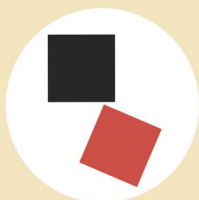




CLAUDIE BROYELLE



EDICIONES
DOSCUADROS



Las mujeres llevan
sobre sus espaldas
la mitad del cielo
y deben conquistarla

Si esa parte del cielo permanece serena,
las tempestades revolucionarias
que deben barrer el viejo mundo,
se reducirán a nubarrones pasajeros.

LA MITAD DEL CIELO

El movimiento de liberación de las
mujeres en China

CLAUDIE BROYELLE

Prefacio de
HAN SUYIN

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: VLB
Revisión del texto: ACH, JMFS, VLB

Primera edición en francés, 1973

Título original en francés: La moitié du ciel

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición: 100 unidades
Noviembre de 2021

ÍNDICE

Presentación	1
Prefacio: de la crítica de la feminidad a la crítica de la sociedad .	3
La prueba del cinco	9
PRIMERA PARTE: EL TRABAJO TRANSFORMA A LAS MUJERES, QUIENES TRANSFORMAN EL TRABAJO	21
1. La vía de la industrialización china y la liberación de las mujeres	27
2. La socialización de los campos en China y la liberación de las mujeres	53
SEGUNDA PARTE: PARA LA SOCIALIZACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO	65
3. Primero colectivización, después ¡mecanización!	75
4. Taking: una ilustración	93
5. La producción doméstica desmitificada	107
TERCERA PARTE: SOCIALIZACIÓN DE LA FUNCIÓN MATERNAL	119
6. La primera infancia	121
7. Desinfantilizar a los niños	139
8. ¿Educación por la sociedad o educación por el Estado?	173
CUARTA PARTE: LA FAMILIA CHINA: HACIA UNA NUEVA COLECTIVIDAD DE BASE	187
9. Un resumen histórico	189

10. Tiempo libre, tiempo de trabajo: ¿Familia refugio o familia abierta?	207
11. La idea de “nacionalización” y sus funestas consecuencias en la familia	219
QUINTA PARTE: A PROPÓSITO DE UN DEBATE SOBRE LA SEXUALIDAD EN CHINA	235
12. Necesidades naturales, necesidades culturales	237
13. La aparición de una nueva cultura sexual en China	249
14. Un nuevo concepto de amor	261
A guisa de conclusión	271
APÉNDICE: CONTRA EL ETERNO FEMENINO	273
ANEXO: ALGUNAS CIFRAS CONCERNIENTES A LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LOS ORGANISMOS DE DIRECCIÓN	297

PRESENTACIÓN

Partimos para China en noviembre de 1971. Nosotras, es decir, doce mujeres provenientes tanto de la provincia como de París; estudiantes, empleadas de oficina, una campesina, una esposa de obrero ya abuela; algunas de entre nosotras, solteras, otras, madres de uno, dos, tres, cinco o seis hijos.

Tenemos, sin embargo, un rasgo en común, todas somos militantes por la liberación de las mujeres.

Ese viaje de seis semanas tenía como objetivo el estudio de la experiencia revolucionaria china en lo que concierne a la emancipación femenina. A partir de ese viaje, de las reflexiones, de los debates que ha entrañado entre nosotras, así como de su confrontación con nuestro trabajo anterior y nuestras experiencias individuales, he escrito este libro.

No obstante, no podría considerarse como el punto de vista unificado de un grupo, ni como el resultado y la expresión de un trabajo colectivo. Eventualmente, aquí y allá, algunas de entre nosotras podrán estar en desacuerdo con las posiciones expresadas. Por otra parte, quiero agradecer aquí a Françoise Chomienne su colaboración a este libro.

CLAUDIE BROYELLE

PREFACIO: DE LA CRÍTICA DE LA FEMINIDAD A LA CRÍTICA DE LA SOCIEDAD

Es una alegría para mí presentar este libro. Lo considero como un trabajo excelente, original e indispensable para ayudar a numerosas mujeres occidentales a clarificar las ideas, a veces muy confusas, que tienen de sí mismas.

Es indiscutible que la experiencia china, o más bien la experiencia revolucionaria de masas mantenida a través de la Revolución china, está estrechamente ligada a una verdadera liberación de la mujer, en todos los sentidos del término, y desde el principio.

La revolución socialista en China, simplemente habría sido imposible de concebirse, si solamente hubiera alcanzado a la mitad de la población, abandonando a la otra mitad al estado de servidumbre y explotación que es, todavía, el destino de las mujeres en todas partes del mundo. Pero en este terreno como en muchos otros, los chinos no proceden ni con la ayuda de esquemas hechos, ni con oportunismo, ni según la idea de que la liberación de las mujeres se obtiene del solo hecho de “darles” la igualdad jurídica, económica, sin más. Es la profunda transformación de la mujer misma, del juicio que ella tiene sobre sí y sobre el grupo, es toda una revaluación de los pretendidos “valores” atribuidos a las relaciones que la mujer mantiene con la sociedad, con la familia, con los hombres, con su función de madre y de esposa así como de trabajadora, lo que se examina aquí en detalle y que será una revelación para numerosas mujeres que quieren ver cambiar su condición, pero que todavía no han encontrado en ninguna parte el camino para llegar a ello.

Lejos de mí la idea de “mirar desde arriba” o de

denigrar a los movimientos de liberación de las mujeres que surgen hoy en día en muchos países occidentales. Como decía el primer ministro Chou En Lai a propósito de los jóvenes, son otras tantas maneras de buscar un camino hacia la verdad. Y todos los movimientos auténticos conocen esas pruebas en sus inicios. Pero la lectura de este libro es necesaria también para todas las mujeres que desean realmente su liberación, porque explica con gran claridad, a través de numerosas anécdotas y relatos vividos que ilustran las diferentes cuestiones abordadas, la lucha de las mujeres chinas en los planos ideológicos y materiales, no solamente para transformar la sociedad y hacer la revolución, sino también para transformarse ellas mismas. Se percibe mejor el “gran salto adelante” de las mujeres chinas en el hecho de que, no solamente se liberan para alcanzar la igualdad con los hombres o por ventajas económicas, sino para “hacer la revolución”, para contribuir a la consolidación del socialismo, puesto que también de esta manera es como pueden consolidar su propia liberación y convertirse así realmente en “la mitad del cielo”.

Debo confesar que leyendo este libro descubrí numerosas lagunas en cuanto a mi comprensión de las mujeres; pues arrastraba todavía algunas ideas “feudales” y “retrógradas” sobre la condición femenina. Esto cabe en los límites de mi propia experiencia que fue la de una lucha individual por conseguir el derecho a expresarme. En razón de esta experiencia personal, he tenido tendencia a ignorar muchos aspectos de la opresión femenina. Habiendo escapado yo misma de ella, llegué a olvidar hasta qué punto ésta es corrosiva. Por eso es que este libro me ha enseñado mucho y agradezco a la autora, de todo corazón, haber realizado este trabajo que enlaza teoría y práctica, que rechaza el paternalismo y la autosatisfacción que se ha podido

experimentar diciéndose que “la partida está ganada”, al creer que una vez que la mujer disfruta de un MEJOR ESTATUTO, ya no queda nada más por alcanzar.

Muy a menudo durante mis conferencias en numerosos países occidentales, encuentro hombres y mujeres que parecen convencidos de que “las relaciones sexuales” y la “libertad sexual” (es decir, las relaciones sexuales para las mujeres y las jóvenes fuera de los lazos del matrimonio) son lo máximo de la liberación. Como parece que relacionan todas sus esperanzas con esta única cuestión, dan la impresión de creer que una vez alcanzada esa meta, todo lo demás es de interés secundario. He combatido esta idea porque las relaciones con los hombres son funciones del sistema social. Pero ahora veo que no había comprendido suficientemente cuán nefasta es esta “teoría sexual”. El capítulo “A propósito de un debate sobre la sexualidad en China” es una parte de la obra que encuentro fundamental para aclarar este problema.

Espero que todas las mujeres, y también muchos hombres, lean este libro. En algunos casos quizá se escandalicen (por ejemplo en lo que concierne al trabajo doméstico en el que la autora piensa que deben participar hombres y mujeres por igual). Pero es bueno recordarles hasta qué punto se agota la energía de las mujeres en las “insignificancias” del trabajo doméstico, que hasta los mejores hombres consideran con la mayor frecuencia como el “reino de las mujeres”. Es bueno reconsiderar este problema aunque la tendencia a plantearlo en términos de “familia” probablemente vuelve el asunto difícil de asimilar (inevitadamente una vez que se han atribuido a las mujeres “aptitudes naturales” para ser madres y mujeres de su casa; la tendencia a dividir arbitrariamente el trabajo familiar de manera que repose enteramente sobre ellas, es inevitable).

Por supuesto, habrá siempre una diferencia: por ejemplo, los hombres jamás conocerán los dolores del parto. Pero ciertamente lo que hay que hacer es socializar y reconsiderar, desde un punto de vista proletario, la importancia y utilidad de la producción en las mujeres, incluyendo la procreación, como nos lo sugieren estas páginas. Espero que este libro, en el que todos estos problemas son analizados detalladamente, haga germinar un gran número de ideas entre todas aquellas mujeres que están realmente deseosas de cambiarse a sí mismas, de cambiar su condición social y, por lo tanto, de cambiar el mundo.

HAN SUYIN

LAS MUJERES LLEVAN SOBRE SUS
ESPALDAS LA MITAD DEL CIELO Y DEBEN
CONQUISTARLA.

MAO TSE-TUNG

LA PRUEBA DEL CINCO

El nuevo movimiento femenino plantea, por su existencia misma, cierto número de preguntas. La primera es: ¿por qué un movimiento femenino hoy? En efecto, en todos los países en donde este movimiento existe, las mujeres tienen el derecho de voto; no es pues para obtenerlo para lo que se han agrupado. ¿El derecho al divorcio? Bajo formas restrictivas, es verdad, pero lo tenemos también. ¿El derecho a la contracepción? Aunque limitado, lo hemos obtenido recientemente. Ahora, prácticamente todas las mujeres tienen la experiencia, en un momento de su vida, del trabajo social. Aun el principio “a trabajo igual; salario igual” ha sido inscrito en el código burgués del trabajo.

Últimamente, una reforma al régimen matrimonial ha atenuado algunas de las discriminaciones sexuales más flagrantes. Hoy en día, las universidades están abiertas a las mujeres. Y después de altos estudios comerciales, el politécnico las admite.

Al fin, numerosos aparatos domésticos forman parte, de aquí en adelante, del consumo de masas.

Entonces, ¿por qué un movimiento femenino? Las mujeres han consumado un ciclo histórico, es decir, un círculo. Se encuentran prácticamente en su punto de partida: ¡siempre oprimidas! Nosotras hemos tenido la experiencia, el derecho al trabajo, al voto, al divorcio, a estudiar, a utilizar la contracepción, así como el molino eléctrico de café; pero no nos han liberado de la esclavitud doméstica ni de la maternidad forzada, ni de nuestra dependencia económica respecto al marido, ni tampoco nuestros derechos políticos nos han permitido cambiar en nada la sociedad.

Por lo tanto, el origen de nuestra opresión no era la ausencia de esos derechos. Esas reformas no solamente

no nos han liberado, sino que nos han hecho sentir más cruelmente todavía nuestra opresión.

“¿Pero qué quieren pues las mujeres?”, exclama enloquecido el legislador burgués, ¡les hemos dado todo!” Justamente, ustedes nos han dado todo (o casi), es decir, todo lo que el capitalismo podía darnos, ¡y es tan poco!

Primera evidencia: no tenemos nada que esperar de esta sociedad. Se necesitaría que este ciclo estuviera acabado, y que con él todas las ilusiones jurídicas que han marcado los antiguos movimientos femeninos estuvieran fuertemente quebrantadas para que pudiera aparecer un nuevo movimiento femenino. Aun si éste no es siempre consciente, es en función de este balance como se determina. Sin embargo, a partir de ahí, todo queda por hacerse.

Si nuestra opresión no tenía como causa la ausencia de derechos, ¿cuál es su origen? Responder a esto, estudiar las razones, las formas y las consecuencias de la opresión femenina, formular hipótesis para abatirla, es de una importancia evidente para quien se preocupe un poco por el porvenir de las mujeres. Empero, eso no interesa mucho al Movimiento de Liberación Femenina; para el MLF la opresión femenina es “vívida”, eso no se explica, eso se “siente”. Nosotras vivimos bajo el régimen de la incomunicabilidad. Ningún hombre puede “elevarse” a la comprensión de la condición femenina. En cuanto a las mujeres, la viven, y no tienen, por lo tanto, necesidad de analizarla, menos todavía de producir una teoría de su liberación. Por otra parte, la “teoría” es una invención de los hombres para los hombres, ¡un “asunto de rufianes”!

Pero para muchas de nosotras está por rebasar ese “feminismo”. Hemos hecho rápidamente la revisión de lo que nos aportan los relatos “vívidos” de opresión femenina, de los que el MLF no está escaso. No aportan

a nuestra causa ni más ni menos que lo que las narraciones sobre la vida de taller le aclaran al proletariado sobre sus tareas. Queremos ir más lejos. En sus albores, la clase obrera oprimida volvió su cólera contra las máquinas; más tarde hizo la Comuna. Entre esas dos etapas hay la misma distancia que la que queda por recorrer entre la revuelta contra “el macho” y la liberación de las mujeres.

Todo lo que hemos visto en China confirma esta idea, y lo que hemos aprendido nos permite disipar un equívoco: la emancipación de las mujeres no podrá ser una tarea autónoma, un “suplemento de alma” que bastará agregar al socialismo para darle un aspecto humano. Tomemos el ejemplo de la sexualidad: toda tentativa por liberar a las mujeres de los mitos de la pasividad, de la mujer objeto sexual, etc., no son más que piadosos deseos si una no se interesa en destruir la dependencia económica que justamente la obliga a esa pasividad, a representar ese papel de objeto. Es decir, si no se ataca la función económica y política de la célula familiar burguesa en la que la mujer está encerrada. Pero esta familia patriarcal tiene su razón de ser en un régimen capitalista. Así como la escuela no es la invención diabólica de los “profesores”, la familia no es el fruto de la mezquindad de los hombres. No son los que representan la obra los autores del argumento. Esas instituciones son máquinas, equipos indispensables para que los trabajadores puedan regresar a trabajar al día siguiente, para que sus hijos aprendan día tras día el papel que la sociedad les reserva.

Es la razón por la cual el capitalismo, no obstante estar siempre ávido de renovación y de transformación, preserva una de las más antiguas empresas artesanales: el taller doméstico en el que se preparan los “trabajadores honestos” y las esposas dóciles, conscientes de sus deberes y respetuosas del bien ajeno.

Para el capitalismo, las mujeres, mano de obra calificada que les rinde tan buen servicio, no deben ser distraídas de tan rentables ocupaciones, aunque, según las necesidades del momento, explote en esta mano de obra a las trabajadoras de las que tenga necesidad provisionalmente. Tanto en un caso como en otro, es indispensable que ellas aseguren su función doméstica.

Para destruir la máquina todavía hay que conocerle los resortes. En verdad los mitos y las ilusiones consolidan y justifican moralmente la esclavitud doméstica, la función materna, pero son muchas de esas trabas materiales las que trazan a la mujer la red estrecha de sus movimientos y de sus actos cotidianos; es por lo que las mujeres que limpian las verduras o lavan la vajilla ven en ello un talento, una vocación, un destino. Son esas bases materiales las que hacen nacer las ilusiones y los mitos de la feminidad, y no a la inversa. Más allá de todo discurso sobre la “esencia” de la mujer, ser mujer en un régimen capitalista es estar implicada en cinco relaciones sociales principales: es vivir en una cierta relación con

trabajo social,
el trabajo doméstico,
los hijos,
la familia,
la sexualidad

Pero estos cinco componentes de la opresión no son equivalentes, intercambiables. No es pues, por azar, que el primer capítulo de este libro trate de la producción social y que lo siga inmediatamente el capítulo sobre el trabajo doméstico: es porque existe en nuestra sociedad una división del trabajo que excluye a las mujeres de la producción social y las confina al trabajo doméstico, por lo que las mujeres están oprimidas. Por eso es que la plena participación de las mujeres en el trabajo social

constituye la primera tarea para su emancipación. Sin ella, todas las discusiones sobre la liberación de las mujeres, no son más que palabras huecas. Tampoco es casualidad si la sexualidad se aborda al final; es porque se necesitaba ante todo haber trazado el cuadro en el que ella interviene para intentar analizar cómo se plantea objetivamente esta cuestión hoy en día en China. Una vez más, tampoco es casualidad si la liberación de los niños ocupa el centro del libro, viene después el capítulo consagrado al trabajo doméstico y a su socialización, y antes el que trata de la familia. La función maternal no puede “marchar” en la sociedad capitalista más que a condición de que la mujer sea excluida del trabajo social, es ahí donde reside su papel principal. Para comprender bien las consecuencias, desde el punto de vista de la liberación de las mujeres y de la revolución en la educación de los niños en China, se necesitaba pues, primero que nada, haber trazado el nuevo papel de las mujeres en las diferentes actividades sociales. Inversamente, todo acercamiento a la familia en China hubiera sido en vano si no se hubiera estudiado antes ya, no solamente los lazos nuevos que las mujeres que componen esas familias mantienen con la sociedad, sino también el nuevo papel que desempeñan los niños en la sociedad, y la manera en que ésta tiende a tomarlos a su cargo.

Puesto que somos mujeres revolucionarias, se nos quisiera acuarteladas; se nos quisiera hacer decir que en tanto que mujeres aspiramos a luchar contra los hombres, en tanto que revolucionarias contra el capitalismo. Corneille estaría celoso...

Y bien, no, no estamos “desgarradas”, y no queremos, por lo tanto, reconciliar a las mujeres y a la revolución como a dos hermanas enemigas. Nuestro proyecto es completamente distinto: ver, comprender en qué y cómo una sociedad revolucionaria, el

socialismo, libera a la mujer. Desde un doble punto de vista: no solamente lo que el socialismo “aporta” a las mujeres, lo que es de un interés evidente, sino también, y casi sobre todo, se podría decir, en qué la existencia misma y el progreso de esta sociedad socialista necesitan imperativamente la liberación de las mujeres. Dicho de otra manera, cuáles son las relaciones internas, dialécticas, entre las mujeres y la revolución, la parte y el todo.

“Las mujeres constituyen la mitad del cielo”, dijo Mao, y si esta parte del cielo permanece serena, las tempestades revolucionarias que deben barrer el viejo mundo se reducirán a nubarrones pasajeros.

Con estas preocupaciones en la cabeza organizamos un viaje a China, a fin de estudiar la condición femenina en la sociedad china, todavía más precisamente estudiar la ruta de la revolución china bajo el ángulo de la liberación de las mujeres, y tratando de descubrir los efectos de una sobre la otra.

Sin embargo, debemos poner en guardia a los lectores contra una interpretación rápida de este libro. No encontrarán aquí un “balance” de la realidad china; estamos muy lejos de tener esa visión de conjunto para soñar siquiera en bosquejarla. A cada una de las posiciones revolucionarias que hemos intentado despejar, estudiar y comentar, “corresponde”, en una contradicción dinámica, una posición burguesa reaccionaria que intenta sofocarla. La revolución no progresa de manera lineal; no obedece a la planificación sino que sigue un desarrollo desigual. No hace falta pues, tomar ciertas experiencias de vanguardia para el nivel medio de toda China; algunas especialmente entusiasmantes que hemos visto aquí, serían casi ignoradas allá.

En Chaochán, pueblo natal de Mao Tse-tung, el

comisario político del EPL¹ en la región, nos concedió una entrevista durante la cual nos dijo: “Es absolutamente necesario comprender que China no es toda roja. Por ejemplo, hoy en día hay en China partidarios del imperialismo americano, un puñado de reaccionarios. Si se pierde de vista esta realidad, fracasaremos en todos nuestros proyectos. Ustedes tampoco deben creer en lo absoluto que todo está bien en China. Puesto que hay todavía reaccionarios, ideas y prácticas reaccionarias, ustedes no pueden decir que todo está bien en China. Dos cosas luchan entre sí: la revolución, por una parte, la contrarrevolución, por la otra. Por supuesto, es esta lucha la que hace progresar al socialismo; pero si fracasamos en ella, el socialismo perecerá. En una palabra, la cuestión de saber quién de la burguesía o del proletariado conseguirá un triunfo en China, no está resuelta todavía.”

¹ Ejército Popular de Liberación.



Tanto los pequeños como las pequeñas lavan sus tazones con pasión.



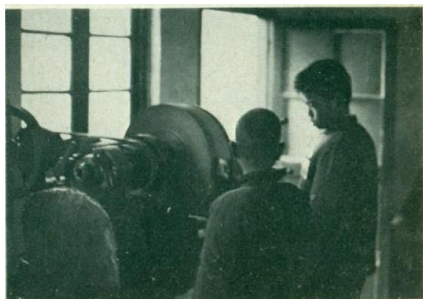
Una chica de la ciudad encabeza una manifestación.



Un pequeño del jardín de infancia practica cosiendo un botón en el saco de una chiquita.



La guardería de la ciudad obrera, construida por los habitantes del barrio, a la derecha una casita de madera para los juegos de los pequeños.



Dos alumnos de la escuela primaria ante una máquina en el pequeño taller de producción.



Al borde de la carretera que lleva a Shawan, adobes fabricados por los miembros de una familia, se secan al sol.



Un anciano de la ciudad participando en el equipo colectivo de limpieza.



Ante las nuevas habitaciones de la comuna popular, hombres y mujeres hacen colectivamente el lavado de ropa.



Jueves: un día de limpieza semanal de la ciudad. Equipo colectivo de barrido de exteriores.



En una sala de cursos del centro universitario de una fábrica de máquinas y herramientas de Shanghai, hombres y mujeres se ayudan mutuamente en el estudio.



Una niña y un chiquillo se ejercitan en el tiro.

PRIMERA PARTE

**EL TRABAJO TRANSFORMA A LAS MUJERES,
QUIENES TRANSFORMAN EL TRABAJO**

Al día siguiente de la liberación, en 1949, China se topaba con este problema: ¿cómo hacer entrar a la producción social a millones y millones de mujeres confinadas desde siempre a las estrechas tareas domésticas? Para operar este desquiciamiento, China poseía triunfos muy favorables. En particular la victoria de la revolución, coronando veinte años de guerra nacional y civil, había transformado profundamente la antigua sociedad, destruido caras completas de la vieja ideología de la inferioridad de las mujeres. Éstas, por millones, habían participado activamente en la guerra antijaponesa, en las regiones liberadas, habían ejercido el poder directamente, y con frecuencia de manera preponderante; habían tomado a su cargo en numerosos lugares las tareas de producción agrícola. En el contexto de esta rica experiencia es donde se situaba la cuestión de proseguir su emancipación. Había ahí una adquisición extremadamente importante sobre la cual el movimiento femenino podía apoyarse para abordar la nueva etapa.

EL TRABAJO NO SIEMPRE ES LIBERADOR

No obstante, si China es hoy en día prácticamente el único país del mundo en donde la inmensa mayoría de las mujeres participan en la producción social, esto no se ha hecho sin tropiezos. Algunas cifras hacen reflexionar. Por ejemplo, en Shanghai, en 1966, en vísperas de la Revolución Cultural, más de la mitad de las mujeres habían abandonado su trabajo y regresado a sus hogares. Esto se explica en parte por la política del Partido Comunista Chino, política impulsada por Liu Shao-chi¹, que hacía una intensa propaganda para ese regreso al hogar. Por otra parte, esto tomaba formas muy diversas. Aquí se alababan

¹ Liu Shao-chi, ex presidente de la República Popular China.

las cualidades “irreemplazables” de la madre para educar a los hijos; allá se afirmaba sin ambages que las mujeres no eran buenas para nada, demasiado limitadas intelectualmente para aprender un oficio; más allá se lanzaba el argumento del insuficiente número de guarderías, de comedores, para impedir trabajar a las mujeres. En cuanto a las que trabajaban, se trataba de dar como significación a su trabajo: un salario de segunda, ¡para mejorar su situación! (“trabajen para nutrir y vestir mejor a su familia”²). Sin duda en ese concierto reaccionario había con qué desalentar buenas voluntades; pero eso solo no era suficiente para explicar el carácter relativamente masivo del regreso al hogar. Hay que investigar las razones de fondo en el trabajo mismo, en su organización. Si no, no se comprende cómo, mujeres que estuvieran tratando de conseguir su liberación ejerciendo un oficio, se dejaron convencer por teorías retrógradas. Es que en realidad ellas no conquistaban, o por lo menos no en todas partes, su liberación. Y por otra parte, ahí donde existía un tipo de trabajo realmente liberador, no se asistía a tal reflujo de mujeres fuera de las fábricas. En la fábrica de Chau Yan, que nosotras visitamos, solamente unas diez mujeres “regresarían tras la puerta de su casa”, como dicen los chinos.

Ya nadie puede ahora estar satisfecho con el esquema soviético: “He aquí una fábrica del Estado, y el Estado es el partido, y el partido son las masas, por lo tanto esta fábrica es tuya obrero. *q.e.d.*” No, esto ya no pasa. Si se me dice: “Esta fábrica es tuya, es del pueblo”, pero que obedezca ciegamente las órdenes de los directores, que no comprenda nada de mi máquina y todavía menos del resto de la fábrica, si no sé en lo que se convierte mi producto

² Cf. boletín de *Chine nouvelle* núm. 61, de marzo de 1968, p. 8, núm. 031406, “los chinos estigmatizan la línea revisionista en el movimiento de las mujeres”.

ya terminado ni *por qué* se ha producido, si trabajo rápidamente, muy rápidamente por el sueldo, si me aburro a morir esperando toda la semana el domingo, y la salida durante toda la jornada, si soy todavía más inculta que al principio después de años de trabajo, entonces es que esta fábrica no es mía, ¡no es del pueblo! Si la producción continúa funcionando según una organización de tipo capitalista, es decir respetando y profundizando la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual según criterios de utilidades y de rentabilidad, si la producción marcha a golpes de reglamentos burgueses, disciplina ciega y estímulos materiales, por un lado los que piensan y por el otro los que ejecutan, entonces los que son menos instruidos, y en particular las mujeres, son también los más oprimidos.

Si finalmente un número importante de mujeres había podido dejarse convencer de los beneficios del regreso al fogón, es en primer lugar porque en ciertas fábricas la lucha de clase entre la burguesía y el proletariado no había permitido todavía vencer a la burguesía en ese terreno. El trabajo, por ese hecho, permanecía sometido a criterios burgueses. No, la producción capitalista no puede “liberar” a las mujeres porque, por otra parte, jamás ha liberado a los hombres. Nosotras, que todas habíamos trabajado en fábricas, recordábamos las eternas discusiones con las otras mujeres al respecto: “Si mi marido ganara lo suficiente yo me quedaría en casa”, “Cuando yo me case ya no trabajaré”, esto volvía constantemente. Aun si las mismas afirmaban al día siguiente que “Por nada del mundo quisieran quedarse en casa porque se aburrían demasiado”. Ese estado de espíritu vacilante no hace más que traducir la situación especialmente ambigua de las obreras de un país capitalista. Una experiencia del trabajo social suficiente para hacernos medir la “mezquindad” del trabajo doméstico, pero un trabajo social suficientemente vacío de sentido como para hacer que se reflejara como un

“lujo” la vida en la casa, momentáneamente inaccesible. En una fábrica de televisores, Chantal, una soldadora, me había dicho: “El lunes en la mañana, al ver toda la semana ante mí, envidio a las que pueden quedarse en casa; el domingo en la noche, después de una jornada de ‘limpieza’, las compadezco.”

Empero si la participación de las mujeres en el trabajo social no las ha liberado, sin embargo ha constituido un factor decisivo de toma de conciencia de su opresión, de la socialización de su revuelta. Ha entrañado una toma de conciencia masiva de nuestra opresión: la “feminitud”, o la desgracia de ser mujer.

CAPÍTULO 1

LA VÍA DE INDUSTRIALIZACIÓN CHINA Y LA LIBERACIÓN DE LAS MUJERES

NI TRABAJO, NI SALARIO, ¡Y ELLAS PERMANECIERON EN LA FÁBRICA!

La fábrica de material médico Chau Van en Pekín tiene mal aspecto. Algunas edificaciones de ladrillo de un sólo piso, en un patio que parece el de una escuela. Sin embargo, ahí suceden, discretamente, cosas decisivas para el porvenir de las mujeres. Fuimos recibidas ahí dos o tres días después de nuestra llegada, en una salita blanca, alrededor de una gran mesa, apretando con los dedos fríos las tazas hirvientes; Ma Yu Yin, una obrera de unos cincuenta años, nos cuenta la historia de esta fábrica:

En este barrio, hasta 1958, la mayoría de las mujeres permanecían todavía en sus casas al servicio de su familia, sus quehaceres, el cuidado de los hijos... Fue entonces cuando el país entero se levantó para realizar “el gran salto adelante”, es decir que todas las energías se movilizaron para franquear una nueva etapa de transformación de la sociedad. En los campos, los campesinos reagrupaban las cooperativas de formación superior para crear comunas populares; la industria se descentralizaba ampliamente, en los lugares más apartados uno veía desarrollarse pequeñas unidades de producción industrial. Y nosotras, las mujeres, ¿debíamos permanecer en casa, al margen de la tempestad? El presidente Mao nos excitó a “*contar con nuestras propias fuerzas, desligarnos de las tareas domésticas y participar en las actividades productivas y sociales*”. Nosotras queríamos responder a esa excitativa, dar también el gran salto adelante. Pero ¿cómo arreglárnoslas? Fue entonces cuando en este distrito una veintena de mujeres se decidieron a

“franquear la puerta de la familia” para crear una fábrica de barrio. Para tal efecto, el comité de manzana nos prestó dos hangares vacíos. Viendo las cosas desde cierto ángulo se puede decir que teníamos todo en contra: éramos pocas, sin ningún equipo, sin guarderías ni comedores, sin ninguna experiencia en producción (todas éramos amas de casa), ni siquiera sabíamos qué producir. Pero por otro lado teníamos grandes triunfos en la mano: no era para aportar un poco más de comodidad a nuestra familia por lo que habíamos decidido trabajar: queríamos transformar la sociedad, transformar la condición femenina. ¡Que las mujeres abrieran la puerta de la casa que les obstruía la vista! No queríamos ya servir a nuestra familia, queríamos servir al pueblo.

Finalmente, después de una encuesta entre los habitantes del barrio, decidimos producir artículos de primera necesidad que les hacían falta: ollas, tubos para estufa, cacerolas, etc. Llevamos de nuestras casas nuestras propias herramientas: martillos, pinzas, algunos destornilladores, clavos, etc. No teníamos más. Fuimos a las fábricas a recoger placas de metal, tubos de hierro, y nos pusimos a trabajar. A veces venían obreras después de su trabajo a mostrarnos cómo emplear tales o cuales medios. Otro problema grave era el cuidado de los niños.

Por ejemplo, esta camarada que está aquí tenía cinco. Nos las arreglábamos como podíamos; los mayores cuidaban de los más pequeños; algunas, apoyadas por sus madres o suegras, podían confiárselos a ellas. También había vecinas que aprobaban lo que hacíamos y que nos daban una mano. Se puede decir que ese problema se resolvió por la ayuda mutua en esa época. Durante todo ese período, no recibimos ningún salario. Con frecuencia nos quedábamos en la fábrica hasta tarde en la noche para terminar algún trabajo que nos habíamos fijado.

Aumentar la producción y profundizar los conocimientos

Finalmente, después de andar a tientas, logramos producir con nuestras manos ollas y tubos para estufas. Esta producción fue aceptada por el Estado. Fue nuestra primera victoria. ¡Cómo! ¿Simples amas de casa sin calificación habían logrado, ayudándose mutuamente, a fuerza de energía y obstinación, fabricar utensilios domésticos de suficiente calidad como para que el Estado los comprara? Aumentó nuestro empeño. Se decidió entonces diversificar esa producción de acuerdo a las necesidades del pueblo; según una encuesta que nos permitió conocer nuevas necesidades locales, comenzamos la fabricación de dispositivos médicos: placas de protección contra rayos X, armarios aislantes. Utilizamos para eso máquinas viejas que ya no servían; las desmontamos, reparamos y transformamos nosotras mismas para aumentar nuestra productividad y facilitar nuestro trabajo. Esto era más complejo y requería más conocimientos que la fabricación de ollas.

Habíamos fijado en el taller un cartel con esta frase del presidente Mao: *Hoy los tiempos han cambiado, lo que puede hacer un hombre, también lo puede hacer una mujer.* En el fondo no había ninguna razón para que las mujeres no pudiéramos construir aquellos dispositivos. A veces, ante las dificultades, el desaliento se abatía sobre algunas de nosotras. Decían: “Para qué todos estos esfuerzos, no triunfaremos. No tenemos instrucción, los dispositivos médicos son demasiado difíciles de producir, valdría más dedicarse a las ollas. Discutíamos entre nosotras. “No estamos aquí para enriquecernos, mucho menos para enriquecer a algún ‘amo’. El pueblo tiene necesidad de esos dispositivos ¡y nosotras, las mujeres, bajaremos los brazos ante los fracasos! Durante siglos y siglos las mujeres chinas han sido consideradas como bestias. Nosotras formamos parte de la clase obrera, ¿cómo podrá ésta dirigir el país si

la mitad de sus miembros permanece inculta, incapaz de asimilar técnicas nuevas? ¡No sabemos nada! Muy bien, ¡aprendamos! ¡En páginas blancas es en donde se escriben las más bellas historias!” Y nos volvíamos a entregar a la tarea, recuperada nuestra confianza. Con la ayuda de otras fábricas que nos enviaron gente experimentada para asesorarnos, logramos producir no solamente placas de protección y armarios aislantes, sino también grandes esterilizadores de alta temperatura y lámparas infrarrojas. Después del examen, el Estado nos confió esta labor de producción y nuestra fábrica tomó su nombre actual de “Fábrica de material médico de Chau Yan”. En ese momento nuestras filas se habían engrosado, éramos un poco más de trescientas, entre las cuales había una veintena de hombres. En 1960, construimos otros cuatro talleres en el patio sin pedir ni un centavo al Estado, simplemente recolectando ladrillos provenientes de antiguas construcciones. Construimos ese mismo año un comedor y una guardería en el recinto de la fábrica. Todo ello con nuestras manos; nosotras podemos construir el socialismo con nuestras manos.

Un ejemplo de resistencia femenina que triunfa

En la fábrica había un ambiente de solidaridad, de dinamismo y de abnegación. No era raro ver a las obreras quedarse después de su jornada de trabajo para terminar una tarea, o para entrenarse en una técnica difícil. Por supuesto que no estábamos obligadas a hacerlo ni tampoco se nos pagaba por ese “suplemento”. ¿Debe una recibir primas por hacer la revolución? Pues estaba bien de lo que se trataba. Por otra parte, nuestra experiencia no a todo el mundo le agradaba. En 1961, una parte de la dirección de la fábrica, completamente cegada por las órdenes de la

municipalidad de Pekín³ decidió “racionalizar” la producción; decidió que éramos demasiado numerosas para el trabajo que había que hacer, que debíamos dejar de fabricar ollas puesto que en adelante seríamos una fábrica de material médico. ¡Con qué desprecio hablaba de nuestras ollas! Según esta “reorganización” una buena parte de nosotras debía regresar a casa. Creían convencernos diciendo que “los salarios de los hombres serían aumentados a fin de que pudiéramos quedarnos en casa para ocuparnos de la familia”. ¿No era todo más simple de esta manera? Pero esos proyectos chocaron con una viva resistencia de las mujeres que declararon: “¡No regresaremos a nuestros fogones, no abandonaremos nuestro lugar!” La vida en la fábrica se volvió muy tensa. Hubo una lucha encarnizada entre esa parte de la dirección que quería hacer marchar la fábrica en función de utilidades inmediatas, que, sobre todo, no quería que las obreras se liberaran, y la gran mayoría de las obreras que querían continuar en la misma vía.

Esa lucha se llevó conscientemente. Comprendíamos lo que se arriesgaba. En la mayoría de los casos, nuestros maridos y los demás hombres nos apoyaban. Esto se explica; lo que pasaba en Chau Van no era un hecho aislado. En todas las fábricas había una ofensiva reaccionaria orquestada por Liu Shao-chi enfocada ya a restablecer las normas capitalistas de producción, ya a impedir que las masas las destruyeran. Eso explica que los hombres que también tenían que enfrentar esta ofensiva burguesa comprendieran y apoyaran generalmente la resistencia de las mujeres. Como para muchas de nosotras ya no había trabajo,

³ La municipalidad de Pekín era un bastión de los partidarios de Liu Shao-chi, intervenía con frecuencia en las direcciones de las fábricas para que éstas “racionalizaran” el trabajo, como entre nosotros; intentaba reducir el poder de los obreros.

tampoco había salario. Pero eso no importó. ¿No nos dan trabajo? ¡Nos lo inventaremos nosotras mismas! ¿No tenemos salario? ¡Nos mantendremos ayudándonos mutuamente! Pedimos a otras fábricas que nos confiaran trabajos que veníamos a realizar en “nuestra fábrica”; algunas obreras llevaban a la fábrica materiales de demolición (ladrillos, láminas de acero, etc.) que nosotras recuperábamos, limpiábamos y que así podían ser vueltos a utilizar. El trabajo de las obreras era *útil*, aunque no fuera “rentable”; lo habíamos probado. No obstante, no todas fueron capaces de superar esas pruebas, pero eran raras, apenas unas quince. Se fueron a trabajar a grandes fábricas, o bien volvieron a sus casas. Durante la Revolución Cultural comprendimos todavía mejor la naturaleza profunda de esa política reaccionaria. Realizamos campañas de denuncia del método de la pretendida “racionalización”. La mayoría de los que habían apoyado las posiciones de Liu Shao-chi descubrieron a qué intereses habían servido; ahora trabajan entre nosotras codo con codo. De las mujeres que habían dejado la fábrica, casi todas han regresado a trabajar aquí. Recientemente, las obreras de esta fábrica han logrado la fabricación de silicio. Anteriormente, las obreras de aquí eran todas antiguas amas de casa, en general relativamente mayores, de cuarenta a cincuenta años. Ahora hay también jóvenes diplomadas de las escuelas que enseñan sus conocimientos a las mayores, al mismo tiempo que aprenden de ellas las cualidades de rebeldía revolucionaria y de firmeza proletaria de las antiguas amas de casa. En el barrio, prácticamente ya no hay mujeres que permanezcan en casa, salvo las que son demasiado viejas o que tienen mala salud, pero hasta para ellas la vida ha cambiado. Se ayudan mutuamente y toman a su cargo ciertas tareas domésticas para aligerar a las que trabajan fuera; organizan la vida política y cultural de los barrios; no están ya aisladas como antes.

Este cambio es el resultado de la “partida” de millares de mujeres hacia las actividades productivas y sociales. En cuanto a nosotras, por supuesto que somos asalariadas, y es importante haber conquistado nuestra independencia económica; pero hay que comprender que lo que es todavía más importante es estar al mismo nivel en el mundo, preocuparse de los asuntos colectivos en lugar de estar preocupadas por los solos problemas familiares. Hemos hecho de la producción un arma para liberarnos, para servir mejor al pueblo chino y a la revolución mundial.

Algo más sobre las pequeñas fábricas de barrio...

Pequeñas fábricas de barrio como Chau Yan, las hay por miles en China. Se suscitó una primera oleada de ellas durante el “gran salto adelante”. Atacadas con una negra obstinación por Liu Shao-chi, muchas desaparecieron en ese tiempo. La Revolución Cultural hizo nacer nuevas, por todas partes, como hongos. Forman un denso tejido industrial, con ramificaciones muy estrechas, extendido por toda China, y por el cual ésta trabaja, respira, vive en fin. Como lo muestra sin equívoco la pequeña fábrica de Chau Yan, no necesitan, o casi, de inversión al principio, de manera que se apoyan completamente en el trabajo vivo, en la determinación política de creación de los obreros y presentan además la ventaja de estar estrechamente ligadas a las condiciones locales, a las dificultades particulares, lo mismo que a las necesidades inmediatas de las masas. Las mujeres del barrio Chau Yan en Pekín tenían no solamente el deseo de hacer un trabajo colectivo útil al pueblo, sino la voluntad de transformar la realidad viva que constituía el barrio. Si las amas de casa decididas a “salir de la familia” se hubieran contratado a la buena de Dios en cualesquiera grandes fábricas alejadas del

barrio, habrían transformado éste sobre todo en una ciudad- dormitorio. Mientras que, al contrario, como nos lo hizo notar Ma Yun Yin, la creación de pequeñas fábricas en el corazón mismo del barrio impulsaba vigorosamente nuevas relaciones entre los habitantes de la ciudad, nuevas actividades que le insuflaban una vida nueva, realizando así una verdadera ósmosis con el resto del barrio.

A menudo vimos esas pequeñas fábricas tanto en las ciudades como en los campos. Están ahí, con todas las puertas abiertas, a la vuelta de una calle, en medio de las casas, concurriendo al ritmo de los días y las noches de los habitantes, aun de los que no trabajan ahí. Para permitir funcionar a las pequeñas fábricas, los jubilados se organizan para ocuparse colectivamente de los niños después de clases.

En la lucha para la creación y el progreso de esas pequeñas fábricas es donde las mujeres plantean el problema del trabajo doméstico y crean comedores y guarderías.

Es por ellas por lo que los hombres participan con más lealtad en la repartición del trabajo doméstico restante. Es todavía alrededor de ellas donde se crea la red sanitaria, de la que no se benefician solamente los trabajadores de la fábrica, sino el conjunto de la colectividad local. Es también a partir de ellas que los adultos, sobre todo las mujeres, con la mayor frecuencia “regresan a la escuela”, es decir continúan estudiando, formándose, en función de los problemas que encuentran en la producción.

Ligadas a las necesidades inmediatas de las masas, las amas de casa que fabrican las ollas, o las que en la comuna popular de Siau Wang trabajan con los hombres para fabricar muebles, tienen la preocupación especial de responder a las necesidades inmediatas del pueblo. Se trata ahí de un aspecto notable de la

industrialización china: no renunciar a la gran producción y a la planificación central para producir lo que falta hoy.

Destruyendo el artesanado, el capitalismo destruyó a la vez la simbiosis viva que éste, a su manera, mantenía con los consumidores. Los pequeños oficios de antaño estaban imperativamente ligados a las necesidades de las masas locales. Si las fábricas de barrio chinas han puesto fin a la pequeña producción individual, en cambio han conservado, y hasta reforzado, los lazos con los consumidores. Y esto es verdad no solamente para los objetivos domésticos como las cacerolas, las sillas, etc., sino también para la fabricación de máquinas, de implementos agrícolas. Este tipo de desarrollo industrial facilita muy especialmente la participación de las mujeres en la producción social. Apela no a una calificación técnica previa que las mujeres no tienen, sino a su iniciativa y a su conocimiento de las necesidades concretas de las masas; ¿y quién, más que las mujeres, está en situación de tomar en sus manos la transformación del barrio, ellas que han asegurado su vida cotidiana durante largos años? ¿Quién más que las mujeres está en situación de poner en primer lugar la utilidad de un objeto, y no su valor comercial, ellas, cuyo trabajo durante siglos ha consistido en mantener, limpiar, preparar, fabricar lo que era útil para los allegados y no lo que “reditúa”. Aun sí, por supuesto, han efectuado esa producción en relaciones de opresión insostenibles que fundamentan su rebeldía, no han adquirido menos un sentido agudo de *trabajo útil*, que no se mide en utilidades, en “rentabilidad”, en tiempo de trabajo. Cuando ellas vuelven a poner en duda colectivamente el sentido de un trabajo vuelto al servicio de la célula privada, cuando la sociedad en su conjunto se compromete en una lucha sin piedad contra el interés privado, entonces las condiciones favorables

existen para que florezcan de manera esplendente las “cualidades de las mujeres” hasta entonces aplastadas.

No es un asunto fútil ligar dialécticamente las necesidades inmediatas de las masas y el desarrollo de una industria moderna. Todas tenemos en la mente las grandes campañas ideológicas de la URSS sobre el sacrificio de una generación para que la siguiente pudiera cantar. En cuanto a canciones, las masas soviéticas más bien han perdido sus ilusiones. La primacía aplastante dada a la industria pesada dejaba sin solución el problema del consumo de masas. Las filas interminables para obtener productos de consumo parsimoniosamente fabricados, la necesidad de salir del paso de manera individual para asegurar a medias el mínimo, de eso también las mujeres sufrían más que nadie. Si China hubiera seguido esa vía de industrialización, apostamos que las mujeres chinas, tal como la masa de hombres de otras partes, hubieran sido utilizadas, en el mejor de los casos, como reserva de la fuerza de trabajo menos calificada no serían hoy en día esas obreras que saben de lo que hablan, que transforman el mundo transformándose.

El desarrollo técnico, si no es preliminar a la creación de unidades de producción, no debe por lo mismo de subestimarse. Y además, el gran mérito de la industrialización china es hacer participar al conjunto de obreros del progreso de las fuerzas productivas. El ejemplo de Chau Yan en donde las mismas ex amas de casa apenas escolarizadas han pasado en ocho años de la producción de ollas a la de esterilizadores y luego a la de máquinas electrónicas, ilustra bien este progreso en la adquisición cada vez más profunda de las técnicas más avanzadas.

Ma Yu Yin nos decía: “Con la ayuda de grandes fábricas hemos logrado esta compleja fabricación.” Esto pasa así: la pequeña fábrica de barrio, para formar

sus propias técnicas, envía algunas obreras a trabajar a las grandes fábricas en máquinas perfeccionadas con obreros experimentados y técnicos. Ahí adquieren ellas nuevos conocimientos útiles; y a su regreso a la fábrica forman entonces con las otras obreras equipos de innovación técnica en los cuales se superan colectivamente los obstáculos nacidos de la falta de medios y de la falta de formación.

Si se hace un paralelo con un pasado todavía reciente, las fuerzas productivas se desarrollan en China a pasos gigantescos, y sin embargo siguen siendo domeñables, y cada vez más dominadas, por las masas. ¿Cómo, por otra parte, podría la clase obrera ejercer su poder si eso fuera de otra manera, si no tuviera más que un conocimiento estrecho, parcelario, de la producción, si estuviera “dominada por la técnica”? Y es justamente lo que fundamenta la liberación de las mujeres chinas: su participación *efectiva*, no formal, *en el poder*, porque han adquirido por la producción social revolucionarizada, un conocimiento profundo de la sociedad, del que estaban privadas en su hogar.

SU CHEU: A PROPÓSITO DE LAS “CUALIDADES FEMENINAS”

En China, si uno ve mujeres en todos los sectores de la economía, encuentra también gran cantidad en los oficios llamados “femeninos”, la sanidad, la enseñanza, la industria textil, etc.; pero ese estado de cosas está considerado de manera general como provisional y con miras a ser transformado progresivamente. Digo de manera general porque no es una opinión del todo unánime. Encontramos algunas personas que parecían no haber profundizado mucho en esta cuestión y tenían el aspecto de estar gustosamente satisfechas con esta

situación. Así, por ejemplo, un responsable de una fábrica nos contaba, no sin orgullo, que se podían encontrar mujeres en todos los puestos de la fábrica, y concluyó citándonos la famosa directiva de Mao Tse-tung: *Lo que un hombre puede hacer, una mujer lo puede hacer también*. “Está muy bien –replicó Chantal– pero hace rato visitamos la guardería de la fábrica y no vimos hombres ocupándose de los niños; ¿por qué razón?” Los camaradas chinos se enfrascaron entonces en una discusión aparentemente bastante viva. Luego él nos respondió: “Es que, vea usted, las mujeres tienen cualidades maravillosas para educar a los niños.”

“¿Usted cree entonces en la teoría de la naturaleza humana?”, preguntó Chantal irónicamente.

“¡No, por supuesto! –dijo él bruscamente, visiblemente molesto– no es eso lo que yo quería decir.” Titubea un momento mientras las risas estallan casi por todas partes a su alrededor, luego nos contesta: “Las observaciones de la camarada Chantal son muy justas y le agradezco que critique mis insuficiencias. La lucha de clases no cesa en el socialismo; si ustedes regresan a visitarnos dentro de algunos años, seguramente encontrarán grandes cambios, y en particular hombres en la guardería”. Y agrega: “No solamente lo que un hombre puede hacer, también una mujer puede; sino lo que una mujer puede hacer, un hombre *puede y debe* hacerlo también.”

Las cualidades “femeninas”, no las que la “naturaleza nos haya dado”, sino las que son verdaderamente la herencia de la sociedad pasada y la marca de la opresión femenina, empero pueden, en ciertos casos, ser transformadas y servir de motor a la transformación de la condición femenina. Tuvimos un ejemplo de ello, particularmente claro, en la fábrica de bordados de Su Cheu.

Bordados para la revolución

Antiguamente, Su Cheu era famoso por su artesanado en bordados, de la misma manera que supongo que Le Puy es célebre entre nosotros por sus encajes. Pero las bordadoras trabajaban cada una en su casa, siendo su vida muy miserable. Después de la liberación, en Su Cheu como en toda China, el PCCH adelantó el santo y seña de participación de las mujeres en la producción social. Se habrían podido construir en esta ciudad algunas fábricas, luego incitar a las mujeres a que trabajaran en ellas; la dirección revolucionaria local se comprometió en otra vía. Existían en Su Cheu cientos de bordadoras que habían adquirido en ese ramo una gran habilidad. Durante generaciones habían usado sus ojos para que florecieran y revolotearan los ropajes de los ricos propietarios. ¿Había que destruir ese arte que las clases dominantes habían acaparado, o había que transformado y restituido al pueblo? La elección probablemente no se hizo sin lucha. La idea de “socializar” bordadoras ciertamente no fue una idea aceptada en el movimiento obrero de los años 50. Una interpretación mecanicista de Marx llevaba a pensar que no se podía socializar un proceso de producción más que apoyándose en un desarrollo previo de su mecanización. Esta “herejía”, sin embargo, no perturbó a las mujeres comunistas de Su Cheu. El pueblo chino tenía necesidad de un arte para sí, como las plantas de agua. Las bordadoras eran útiles al pueblo, y que no se les diga que un país de varios cientos de millones de habitantes, con una economía todavía subdesarrollada, que comenzaba apenas a salir de la maldición secular —no divina sino muy “social”— de las hambres y de las guerras, tenía más necesidad de máquinas que de arte. ¡No se hace la revolución sin él! En Su Cheu, como en Chau Van, fue la determinación de un

pequeño grupo de mujeres (solamente ocho) lo que provocó la cooperación de la gran masa. No obstante, debieron resistir no poca hostilidad entre las bordadoras familiares. En primer lugar, la técnica del bordado se transmitía de generación en generación, y cada quien guardaba celosamente cualquier secreto de familia. Cooperar significaba para ellas la vulgarización de sus habilidades y, por ende su desvalorización. De la misma manera los motivos para ser “válidos”, debían ser originales; si otras reproducían sus motivos ¿qué pasaría? Y además el trabajo en casa tiene sus ventajas, se puede bordar cuidando a los niños, ¿no es verdad? Esas ocho “feministas” no se dejaron seducir. Tomaron su seda, sus tijeras, sus agujas y sus hijos y comenzaron a bordar juntas. Pusieron todo en común, su experiencia, su iniciativa y su entusiasmo.

Después de algunos meses se constató que su trabajo no solamente no había “vulgarizado” los motivos del bordado, sino que los había multiplicado. Hacían juntamente bocetos, discutían proyectos, los criticaban, los mejoraban. Los hacían cada vez más y más bellos entre las ocho que cien bordadoras encerradas cada una en su casa. En el plano de la técnica propiamente dicha, el desarrollo fue también espectacular. En el pasado, se había bordado siempre una sola cara de la seda; ahora ellas habían afinado un método para bordar en ambos lados, lo que daba mucha profundidad al motivo y multiplicaba las posibilidades de “relieve”. En el año, la cooperativa se desarrolló y pasó de ocho miembros a cien.

En esa época había todavía capitalistas en China (pequeñas empresas capitalistas continuaron existiendo bajo el severo control del Estado hasta 1956) y los “séricos” de Su Cheu no veían con buenos ojos el desarrollo de esos “falansterios de endiabladas”. Intentaron romper ese movimiento elevando el precio de compra de los bordados. Por ejemplo, las almohadas bordadas que el Estado

compraba al precio de 20 fens cada una a la cooperativa, fueron propuestas por los séricos a 24 fens, a condición de que fuesen hechas en casa. Este método no obtuvo el éxito esperado; al contrario, abrió los ojos a muchas mujeres: “¿Se había visto antes a algún capitalista aumentar la paga de los obreros sin que éstos ni siquiera se lo pidieran? Con toda seguridad se tramaba algo no muy normal.” Las filas se cerraron alrededor de la cooperativa. Muy rápidamente la venta de bordados y la ayuda del Estado permitieron a la cooperativa garantizar una estabilidad de ingresos a los cooperativistas, en tanto que las bordadoras individuales habían estado en todos los tiempos sometidas a los imperativos de los séricos y a su competencia mutua. Ellas tuvieron derecho como todos los obreros chinos a servicio médico enteramente gratuito; por otra parte, organizaron guardería y sección maternal en los jardines que rodeaban los talleres. Sus fondos de acumulación les permitían aumentar la producción. Compraron grandes tensores para seda (especie de marco de madera armado sobre patas que permite estirar la seda que se va a bordar) para poder realizar grandes motivos que ahora efectuaban entrevarias.

En el terreno político, las mujeres (de las que siempre se dijo que no entendían nada de arte, puesto que el arte es creación y en materia de creación el sexo débil se limita ¡a perpetuar la especie!) pretendieron mezclarse como en las cuestiones artísticas. Se necesitaba audacia para afirmar que obreros, y además mujeres, comprendieran algo en este dominio. ¿A quién servir? ¿Al pueblo y sus enemigos? ¿Atenerse a las tradiciones ancestrales o innovar? ¿Representar reyes y emperadores, o el pueblo en marcha? El debate era muy acalorado. Bajo el pretexto de preservar las ricas tradiciones, algunas mujeres, dominadas por la ideología burguesa, decían que no se podían diseñar con finas agujas las manos rudas de los campesinos. Promovían la teoría según la cual todos los esfuerzos debían tender a mejorar la técnica y no a revolver el contenido. Es por eso

que una gran parte de los bordados representaban todavía, antes de la Revolución Cultural, a los héroes del pasado, tan caros a los anticuarios del Faubourg Saint Honoré. Pero rápidamente se comprueba que también en la técnica esas mismas mujeres defendían líneas completamente falsas. Así por ejemplo, confinaban a la casi totalidad de las bordadoras a la ejecución de conjunto del bordado, exceptuando los rostros, que solamente algunas raras iniciadas sabían ejecutar; éstas, por otra parte, lo hacían a escondidas para conservar ese privilegio. Eso sublevaba a las bordadoras que se desesperaban de producir siempre telas de fondo y cuerpos decapitados. La dirección de la fábrica había escapado de las manos de las mujeres y, en realidad, era un equipo de expertos el que decidía lo que había que hacer y que no se preocupaba en lo absoluto de los deseos y aspiraciones de las mujeres. Cuenta una joven bordadora:

Desde mi infancia, yo ardía en deseos de bordar en seda las caras de los héroes revolucionarios que han liberado a China. Pero se burlaban de mí: “Eres demasiado joven, ni siquiera sabes hacer bien el cielo y los campos, ¿cómo podrías hacer narices y ojos? ¡Eres demasiado ambiciosa!” Sin embargo, yo lo intentaba sola; pero no lo lograba. Llena de amargura, me volví a poner entonces a hacer cielos y campos. Durante la Revolución Cultural decidimos que las caras no serían en lo sucesivo un coto de caza, un privilegio. Todas tendrían la posibilidad de hacerlas. Por lo tanto, se necesitaba enseñar los métodos a todas las bordadoras. Hemos hecho numerosos intentos, no siempre muy exitosos; por ejemplo, una vez yo había bordado un centinela que, agazapado en la sombra, acechaba vigilante al enemigo. Yo quería dar la impresión en ese bordado del pesado silencio e inmovilidad que se sienten en las narraciones de ese tipo de escenas; pero mis camaradas se pusieron a reír al ver mi bordado: “¡Oye, tu centinela ha corrido mucho, está sofocado, está colorado, seguramente debe resoplar como un buey. Si el enemigo no lo oye es que es sordo!” Yo estaba desolada, pero inmediatamente, volviendo a ponerse serias, mis camaradas me dijeron: “No es

grave, si uno no prueba experiencias, jamás podrá alcanzar victorias; vamos a recomenzar juntas, cuidando de no poner demasiado rojo. Poco a poco lo lograremos.” Efectivamente, aunque sea bastante difícil, hoy en día todas podemos lograr cosas, porque tratamos de ayudarnos mutuamente, ya no trabajamos a escondidas.

En esta fábrica, en donde ahora hay 1.600 bordadoras, hemos visto hombres jóvenes sentados ante los tensores, bordando con el asesoramiento de las mujeres. Edith le preguntó a uno de ellos: “¿No le afecta en nada hacer un oficio de mujer?”

“Sí, me gusta. Pero no es un oficio de mujer; lo era en la antigua sociedad que razonaba así: oficio de hombre, oficio de mujer. Los tiempos han cambiado.”

“¿Pero los demás hombres no se burlan de usted?”

“No, el bordar es útil a la revolución. ¡Oh! por supuesto todavía hay quien piensa que es un asunto de mujer”, y agrega con una sonrisa: “La lucha de clases no ha terminado, es necesario continuar el combate.”

LA LUCHA CONTRA LA DIVISIÓN ENTRE TRABAJO MANUAL Y TRABAJO INTELLECTUAL, Y LA LIBERACIÓN DE LAS MUJERES

En una gran fábrica textil de Shang Sha, que emplea más de 7.000 obreros, de los que el 80% son mujeres, es donde bruscamente comprendimos lo que todavía la víspera nos parecía tan confuso: la transformación de las relaciones entre los intelectuales y los obreros en el corazón de las fábricas contribuye poderosamente a la liberación de las mujeres.

Ese día teníamos un programa lleno, si bien la visita a esa fábrica debía ser corta. Casi a paso acelerado habíamos atravesado los talleres llenos del ruidoso

repiquetear de las lanzaderas. En la sala de reunión, en seguida, estábamos bastante poco atentas. Luego esta frase: “Antes de la Revolución Cultural había en nuestra fábrica más de 2.500 reglas y reglamentos orientados a oprimir a los obreros”, Danielle interrogó a la joven obrera, de rostro grave, que acababa de hablar: “¿Puede decirnos en qué se oponían principalmente a los obreros esas reglas?” Sin titubear ni un segundo respondió: “En razón de esas reglas absurdas los obreros no podían hacer innovaciones técnicas. Cuando querían hacer alguna mejora en la producción, debían someter su proyecto a través de una vía jerárquica complicada e intimidante, y cuando el proyecto por fin llegaba a la oficina de los técnicos, en la mayoría de las ocasiones estos no comprendían su interés y lo echaban al cesto. Eso era desalentador y frenaba el desarrollo de la producción.”

Todavía vi las miradas de desengaño o asombro que rápidamente habíamos cambiado entre nosotras a raíz de esas palabras. ¿Qué? ¿El primer ejemplo de represión obrera que le venía a la mente era que no podían desarrollar la producción lo suficiente? Nos pareció una respuesta estereotipada y, para no decir más, poco verosímil.

Danielle cambió de tema:

¿Pueden las obreras cambiar de puesto frecuentemente para conocer el conjunto del trabajo? –Nos esforzamos por facilitar la permuta de las obreras, respondió. Pero es bastante difícil. Algunos puestos exigen mucha experiencia. Las obreras de mayor edad pueden, por lo tanto, cambiar más fácilmente que las jóvenes. Aunque nos esforzamos sin cesar para permitir esos cambios, no los consideramos como decisivos. Para tener un conocimiento global, lo esencial es que los obreros participen cada vez más en el trabajo de “concepción”. En cada taller hay un equipo de innovación técnica compuesto de obreros, de técnicos y de cuadros revolucionarios. Los miembros de esos equipos, que trabajan también como

obreros, efectúan colectivamente el trabajo de concepción, proyectos, planes, maquetas, diseños, etc. Ese equipo trabaja a partir de las sugerencias, de las críticas y de los consejos recibidos diariamente de los obreros. Por este método se hace progresivamente la fusión del “saber” y el trabajo manual, la teoría y la práctica, los intelectuales y los obreros. Y ambos aspectos de la antigua separación —que subsiste todavía, por supuesto, pero que va disminuyendo— se transforman cualitativamente. El objetivo es formar un hombre nuevo que no será ya el intelectual del pasado, separado de la práctica, de los problemas concretos de la producción y de los obreros, ni el obrero del pasado privado de conocimientos teóricos.

Esta transformación es necesaria de los dos lados, pero no es posible más que si los obreros asumen la dirección política e ideológica. Instruyéndose mutuamente, son los obreros los que reeducan a los intelectuales. Esto parece una paradoja, ¿verdad? Antiguamente, se pensaba que tocaba a los intelectuales enseñarles el “saber” a los obreros. Es un punto de vista unilateral. Es verdad que los obreros tienen un conocimiento fragmentario, pero al menos es un conocimiento verificado en la práctica, fundado en una posición de clase revolucionaria.

Es por esta razón por la que les pertenece a los obreros dirigir esta transformación. Para liberarse ellos mismos de los límites de sus conocimientos, deben igualmente liberar a los intelectuales. En este caso preciso está una vez más la verificación de la tesis de Marx: *El proletariado no puede emanciparse más que emancipando a la humanidad entera*. Haciendo de los diferentes puestos de trabajo planchas giratorias, solamente se permite a los obreros aumentar cuantitativamente su conocimiento práctico, pero no franquear la frontera entre la concepción, el proyecto global y su realización concreta. Lo que acababa de explicarnos la obrera de Shang Sha aclaraba de manera luminosa lo que nos había dicho anteriormente; sí, los obreros habían sufrido mucho por no poder hacer innovaciones técnicas, por no poder liberar su iniciativa.

Entendemos bien, me dirán ustedes, pero ¿en qué concierne eso particularmente a la especificidad femenina? —Es muy simple. Ustedes van a comprender, como lo hemos comprendido nosotras mismas:

En esa división ancestral entre el trabajo manual e intelectual, las mujeres en su inmensa mayoría están del lado del trabajo manual. Y esto, doblemente. No solamente porque, como todos los obreros, están privadas del saber, sino también porque, por el hecho de su “secuestro” familiar, están más que nadie privadas de puntos de vista globales, de visión de conjunto. Su mundo es el de la cocina, el cuarto de los niños y el lecho conyugal. Son las “obreras especializadas” del hogar.

Por esas razones, cuando salen de sus casas para trabajar en fábricas tradicionales, están, todavía más que sus compañeros, reducidas a no ser en su trabajo más que ejecutantes “de órdenes misteriosas”. E inversamente, por esas mismas razones, en la transformación revolucionaria de las relaciones entre los intelectuales y los obreros, ellas son las primeras en beneficiarse.

¿Qué mejor medio puede existir para mujeres oprimidas —cuya opresión viene justamente de estar relegadas de las actividades sociales, y en consecuencia privadas de visión “social”— qué mejor medio, pues, que permitirles llegar por asalto a los conocimientos científicos más amplios, más globales? Y no por la vía del alumno que aprende lo que el maestro le enseña, sino dirigiendo la cooperación entre los intelectuales y los obreros.

Otra forma muy importante de la aprehensión por parte de los obreros de los conocimientos globales de los que estaban privados es la adquisición de nuevos oficios y la práctica de experiencias diversificadas. Existen, ésta es una cosa conocida, obreros que se convierten en médicos sin pasar por la universidad,

siguiendo etapas prácticas y teóricas al lado de médicos diplomados. Pero hay numerosos casos diversos. Por ejemplo, los obreros frecuentemente van a trabajar a los campos durante algunos meses para ayudar a levantar pequeñas industrias locales o para formar, entre los campesinos, los obreros calificados de que tiene necesidad la comuna. Hay también grupos de obreros designados por sus camaradas de trabajo para ir – generalmente durante un año– a dirigir el trabajo político e ideológico en toda clase de lugares además de las fábricas: teatros, hospitales, escuelas, administraciones, grandes tiendas, etc. Hay también, naturalmente, los estudios que ellos pueden continuar o retomar bajo múltiples formas, principalmente estando designados por los obreros de su fábrica para ir a estudiar a las universidades, o asistiendo a escuelas nocturnas, o a centros universitarios de medio tiempo creados en ciertas fábricas, como en las de máquinas-herramientas de Shanghai; ahí, los obreros desempeñan media jornada de trabajo Productivo y la otra media de estudios.

Los equipos de innovaciones técnicas así como los de prácticas diversificadas se unen para destruir, en diferentes puntos, la división social entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Y es por lo que la opresión de las mujeres está estrechamente ligada a esta separación ya que, en el movimiento social (compuesto por todas las clases y fracciones de clase revolucionarias de la sociedad) de destrucción de esta división, las mujeres trazan la vía de su liberación.

“A TRABAJO IGUAL, SALARIO IGUAL”: UN PRINCIPIO SIMPLE, PERO UNA APLICACIÓN COMPLEJA

En la comuna popular de amistad sinoalbanaesa, el camarada Pai, secretario del comité revolucionario, nos explicó cómo, ideas llamadas “de igualitarismo absoluto”, desembocaban de nuevo en la opresión de las mujeres. Algunos hombres, en nombre de la igualdad y del principio “a trabajo igual, salario igual”, se oponen a que las mujeres sean retribuidas igual que los hombres puesto que, dicen, “no hacen un trabajo igual, no llevan cargas tan pesadas como nosotros”. Pai nos dijo que esas posiciones, aunque minoritarias, no eran raras, que eran una de las manifestaciones de la lucha entre dos vías, vía capitalista o vía socialista, en la nueva sociedad. “Esas concepciones deben criticarse y combatirse vigorosamente pues son la acción de una actitud feudal respecto a las mujeres y al trabajo. Respecto a las mujeres, porque a pesar de innumerables hechos reales y de importancia histórica, ellas continúan siendo juzgadas por esas personas como seres inferiores que aportarían una contribución menor a la sociedad, lo que es falso en extremo. Igualmente respecto al trabajo, porque son los comerciantes de esclavos, los explotadores, los que acuerdan al trabajo humano el mismo valor, los mismos criterios que al ejecutado por los animales: más o menos de simple fuerza física. Los propietarios tibetanos, por ejemplo, encontraban que un esclavo de buena constitución y físicamente fuerte, podía cambiarse por otros dos un poco menos robustos. En la nueva sociedad, siguiendo el ejemplo de Ta Shai⁴, debemos evaluar el trabajo de cada uno teniendo en cuenta en primer lugar el comportamiento político de la persona –sin importar su sexo– respecto a la sociedad, respecto a su trabajo.”

⁴ Ta Shai, célebre comuna popular en China, citada como ejemplo por Mao Tse-tung para la vía de la edificación socialista en los campos chinos.

Esta polémica referente al valor del trabajo femenino ha sido, por otra parte, objeto de un gran debate en todo el país, como lo atestigua el artículo de Bandera Roja de febrero de 1972⁵.

En lo que concierne a la fuerza física, algunas personas son débiles, otras fuertes. Los trabajos agrícolas que necesitan una gran fuerza física deben confiarse a los hombres que posean esta fuerza física. Es normal que la repartición del trabajo tenga en cuenta diferencias fisiológicas que existen entre los hombres y las mujeres [...].

Yo agregaría: y diferencias que pueden existir entre los mismos hombres; como nos lo han explicado con frecuencia, en China no se confiará a hombres frágiles o de salud delicada trabajos que requieren de una gran robustez física. Y el artículo continúa:

[...] Pero la fuerza o la debilidad física no pueden en ningún caso servir de pretexto para una diferencia de retribución entre los hombres y las mujeres. A cada uno según sus capacidades y según su trabajo: siguiendo este principio, las normas que fijan la retribución del trabajo tienen en cuenta la cantidad y la calidad del trabajo efectivo de cada trabajador, así como la contribución más o menos grande que su trabajo represente en la producción socialista.

Tener en cuenta particularidades fisiológicas de la mujer; esta preocupación se manifiesta también en la duración de las licencias. Todos tienen derecho a un día de descanso semanal, pero las mujeres disfrutan de cuatro días suplementarios al mes durante su menstruación, tanto en el campo como en la ciudad. Asimismo, se jubilan a los cincuenta o cincuenta y cinco años, según el trabajo que hayan desempeñado hasta entonces, y los hombres, hacia los sesenta. Estas

⁵ *La Nueva China*, núm. 8, 1972.

pequeñas diferencias entre el “igualitarismo absoluto” y la igualdad entre los sexos pueden parecer bizantinas, o peligrosamente resbaladizas, susceptibles de introducir la idea de una desigualdad fundada en la “naturaleza”, en la fisiología; en efecto, ¿qué es lo que forma parte de la naturaleza fisiológica sexual? ¿qué es lo que, en cambio, releva de un conocimiento sexual culturalmente determinado por el lugar inferior que las mujeres ocupan en la sociedad? La delimitación quizá no siempre es fácil, es, sin embargo, indispensable.

Sobre las aptitudes de las mujeres para dominar ciertas técnicas agrícolas, se vuelven a encontrar las mismas controversias entre “tareas femeninas y masculinas”. Algunos llegan (en apariencia al contrario de los defensores del “igualitarismo”) hasta a afirmar que los hombres y las mujeres deben repartirse el trabajo según su sexo. El mismo artículo de Bandera Roja comenta a este respecto:

Es la vieja supervivencia de la antigua sociedad que consiste en oponer trabajos agrícolas masculinos y trabajos agrícolas femeninos subsiste todavía en algunas regiones, trabajos de un tecnicismo bastante desarrollado como la siembra del trigo o del arroz y la fertilización de los suelos, son considerados como trabajos de hombres. Algunos niegan a las mujeres el iniciarse y participar en ellos, si no burlándose de ellas, diciendo que eso es “La popa por delante”, que es “el mundo al revés”. [...]

El artículo hace notar que justamente si los hombres han adquirido una superioridad técnica en esos trabajos, se debe únicamente al hecho de que han tenido una larga práctica, mientras que las mujeres, estando confinadas en la antigua sociedad a las tareas domésticas, con la mayor frecuencia los trabajos agrícolas les estaban prohibidos.

¿Por qué –agrega *Bandera Roja*– una práctica repetida no habría de permitirles también a ellas volverse diestras en la

técnica del trasplante? Si se les niega toda experiencia práctica, ¿de dónde vendrá la técnica? Estas actitudes se derivan de un pensamiento feudal. Es una manifestación del desprecio de las clases explotadoras por las mujeres. Es esa pretendida naturaleza femenina un concepto pernicioso y retrógrado al que se referían Liu Shao-chi y otros.

Respecto a las consecuencias de esas actitudes sobre los salarios de hombres y mujeres, el artículo de *Bandera Roja* prosigue:

Existe otro género de ideas falsas que también es necesario combatir. Por ejemplo, algunos camaradas reconocen que efectivamente no es justo que las mujeres reciban 8 puntos⁶, por un mismo trabajo por el que los hombres reciben 10. No obstante, no hacen nada para eliminar esta injusticia, ya que se hacen el siguiente razonamiento: “Considerando las cosas a nivel de hogares y no ya a nivel de individuos, a nadie se perjudica económicamente, puesto que cada familia cuenta con hombres y mujeres.” Esto los lleva a no atribuir más que una importancia relativa a la aplicación de ese principio... Esta manera de razonar es falsa, no se puede examinar el problema desde el punto de vista de la pérdida o ganancia económica sufrida a nivel de hogar. La aplicación del principio de la igualdad de salarios entre hombres y mujeres es ante todo un problema político muy importante, un problema de línea ideológica. La igualdad de hombres y mujeres en el terreno económico está estrechamente ligada a su igualdad en el terreno político. La persistencia en ciertos lugares de la vieja ideología que tiende a sobrestimar a los hombres y a

⁶ La repartición de las utilidades se hace anualmente después de la cosecha de otoño, tomando al equipo de producción (unidad de base de la producción agrícola) como base de cálculo. Mensualmente cada miembro del equipo se atribuye los puntos que cree poder acordar a su propio trabajo; esto se hace en una discusión colectiva durante la cual sus camaradas intervienen si no están de acuerdo con la evaluación personal, ya sea que la juzguen sobrestimada, ya que la juzguen, igualmente, subestimada. Justamente a propósito de la atribución de esos puntos de trabajo, fue que tuvo lugar la polémica.

subestimar a las mujeres no es sino el reflejo político de la desigualdad económica de los hombres y de las mujeres. Y, por otra parte, es en el terreno político donde se manifiesta la oposición de las grandes masas femeninas contra esta desigualdad. Algunas mujeres dicen muy bien: “Nosotras no luchamos por algunos puntos del trabajo suplementario, luchamos por el honor.” Considerar que la desigualdad de retribución entre hombres y mujeres no es de importancia primordial virtualmente significa considerar que el estatuto de la mujer no es de primordial importancia, lo que en sí mismo deriva de una ideología feudal ¡del desprecio por las mujeres!
[...]

CAPÍTULO 2

LA SOCIALIZACIÓN DE LOS CAMPOS EN CHINA Y LA LIBERACIÓN DE LAS MUJERES

Las campesinas cuentan...

En la sala de reunión de la comuna popular de Shawan, una campesina de unos cuarenta años nos contó la historia de la colectivización de las tierras en esta comuna, marcada en todas las etapas por el papel de las mujeres.

En la liberación la reforma agraria emancipó políticamente a los campesinos pobres y medianamente pobres, así como a las mujeres que recibieron tierras como los hombres. Pero la producción se efectuaba todavía sobre la base de la familia, si bien la familia debía desenvolverse sola ante las dificultades. Un año hubo una gran sequía, y para poder levantar cosecha a pesar de ello, fue indispensable acarrear agua a los campos. Las familias a las que les faltaban brazos estaban en mucha desventaja. Una viuda que yo conocía había recibido cinco mus⁷ durante la reforma agraria, pero le faltaba ayuda y sus entradas eran muy bajas. Tomó conciencia de las dificultades y ayudó activamente a la creación de los primeros grupos de ayuda mutua entre las familias. Pero esos grupos no resolvían todo. Nos ayudábamos, pero la propiedad familiar seguía siendo la base de la producción y, finalmente, era la familia la responsable de sus éxitos y de sus fracasos. Un año una familia vecina estuvo muy afectada por las enfermedades no pudieron trabajar y finalmente debieron vender sus tierras⁸ para curarse. Eso fue una lección política importante para los campesinos pobres del pueblo. Pensamos: “¡Si no se prosigue la colectivización, las divisiones de clase se profundizarán!” Entonces creamos las primeras cooperativas. Muchas

⁷ 1 mu = $\frac{1}{15}$ de hectárea.

⁸ Ese derecho de venta existió hasta 1952.

familias trabajaban en común y se repartían los beneficios sobre la base de las tierras y las bestias aportadas. Las mujeres estaban doblemente obligadas a cooperar. Primero como campesinas: reconocían en ello la única vía para evitar que los campos volvieran a ser el horrible infierno de explotación de los pobres; pero también porque tanto tiempo como la producción se efectuara sobre la base familiar, estarían ellas enclavadas en sus casas. ¿Quién más que ellas podría ocuparse de los niños, del arreglo de la casa, de la comida? En cambio en los equipos, todo el mundo, hombres y mujeres, trabajaba: entonces hacía mucha falta encontrar soluciones colectivas para los niños y el trabajo doméstico.

“Si nos ayudamos mutuamente para los trabajos agrícolas, debemos hacerlo también para los trabajos domésticos”, tal era la posición de las mujeres. Yo le decía a mi marido: “Es necesario que entremos en esa cooperativa”. Pero él me respondía: “Tú no eres más que una yegua⁹, no entiendes nada de esos asuntos, ¡tú no irás a trabajar fuera!” Eso me llenaba de cólera: “Las mujeres se han emancipado, no tienes ningún derecho de tratarme así; lo que tenemos lo hemos obtenido luchando, ¡no cederé!” Y entré a la cooperativa sin él. Cuando protestaba por las dificultades en su trabajo (particularmente por su incapacidad, como antiguo campesino pobre propietario de una parcela, para efectuar solo todos los trabajos agrícolas) yo le explicaba, apoyándome en hechos, la superioridad de la cooperativa; después de un tiempo comprendió que el origen de su terquedad eran las ideas feudales que conservaba respecto a la propiedad privada y al papel de las mujeres. Habiéndolo comprendido, pudo incorporarse a la cooperativa. En el pueblo conozco muchas familias en las que pasan las mismas cosas. Más tarde, franqueamos un nuevo umbral en la colectivización. Había que reagrupar más fuerzas para poder emprender grandes trabajos a fin de dominar la naturaleza; por ejemplo, trabajos de irrigación. Pero en lugar de impulsar la vía de la colectivización, los “liuchistas” (partidarios de Liu Shao-chí) aprovechaban cada calamidad natural para promover

⁹ Así se designaba a las mujeres en la antigua sociedad.

su chapucería de la “producción sobre la base de la familia”. Prorrumpían en frases derrotistas o decían insolentemente: “En esta comuna somos demasiado pocos para emprender grandes trabajos, no tenemos más que 2.000 fuerzas de trabajo.” Lo que era falso: llegaban a esa cifra contando a cada dos mujeres por un hombre. Aquí las colinas que rodean la brigada eran tan áridas, tan resacas, que se les podría decir calvas. Los campesinos pobres que querían proseguir la colectivización decían: “Es el hombre quien debe dominar la naturaleza y no a la inversa: las colinas calvas estarán melenudas antes de mucho tiempo.” Y nos lanzamos al combate. Durante días cargamos a la espalda canastas de tierra sobre la colina; excavamos el suelo en terrazas. Una tras otra, las cuatro colinas que rodean la comuna cayeron entre nuestras manos. Ahora recolectamos ahí té, las cosechas más abundantes de la región. ¿Habríamos podido llegar a ese resultado permaneciendo en nuestras parcelas individuales? Por eso es por lo que combatimos a los liuchistas. Y en ese movimiento las mujeres estaban en primera fila, ¡es un hecho de todos conocido!

Ella se calla. El secretario del comité revolucionario sentado a su lado interviene:

Yo también quisiera contar otros actos que muestran que las mujeres muy frecuentemente nos dan lecciones revolucionarias, de perspicacia y de obstinación. Una vez, antes de los grandes trabajos de irrigación, hubo una sequía terrible. Todas nuestras cosechas estaban amenazadas; ni siquiera era cuestión de acarrear agua, los ríos de los alrededores estaban secos. Algunos viejos de la comuna contaban que en su infancia había habido una fuente en una gran pradera, cerca del pueblo, pero nadie sabía ya exactamente dónde. Un equipo de muchachas decidió descubrirla. Partieron inmediatamente a la pradera arriba del pueblo, y durante cinco días y seis noches, removieron la tierra para volverla a encontrar. Muchos juzgaban inútiles esos esfuerzos y se burlaban. ¡Fuentes en Shawan! ¡Eso se sabría! Pero al sexto día en la mañana, las muchachas bajaron como torbellino al pueblo, gritando: “¡Encontramos la fuente! ¡Encontramos la fuente!” Entonces todo el mundo se precipitó a los lugares y

vio un pequeño arroyuelo de agua que atravesaba la tierra. Ellas lo habían encontrado palpando la tierra con sus manos hasta que llegaron a bloques de tierra un poco menos secos. Entonces se habían puesto a cavar sin descanso en ese lugar y habían logrado descubrir la fuente. Eso no era nada. Todo el pueblo se puso a trabajar; cavamos toda la jornada para hacer un gran depósito, luego hicimos canalizaciones; en una semana tuvimos suficiente agua para regar los campos. Nuestra cosecha se salvó. A esta fuente la llamamos “la fuente de las mujeres”, y cuando sucede que los hombres no presten atención a las propuestas de las mujeres, siempre hay alguien que recuerda: “¿Y la fuente? ¿quién tenía razón, ellas o nosotros? ¡no hay que olvidar la lección de la fuente!”

Después de esa reunión fuimos conducidas por un estrecho sendero a la fuente. En su emplazamiento se había cavado un profundo depósito de 6.000 litros con los muros tapiados con piedras. Edith imaginó a las seis chicas a gatas, palpando cada pulgada de la pradera como un gran vientre de enfermo; la certidumbre de que iban a triunfar les impedía encontrar hercúleo tal trabajo. ¿Por qué no fueron hombres los que hicieron ese trabajo? ¡Las mujeres no tienen “dones” especiales de zahorí! Pero también, ¿por qué entre los campesinos son primero los más pobres los que cooperan? Evidentemente porque eran los que estaban más en el caso de comprender la superioridad del colectivismo en razón de su situación económica. Si las mujeres habían pasado cinco días y seis noches buscando el agua con sus dedos, es porque estaban decididas a probar que la colectivización era superior a la propiedad individual familiar y conocían ésta *también* como forma concreta de su opresión femenina.

Se tiene demasiada tendencia a pensar que la especificidad femenina aparece exclusivamente en el terreno de las contradicciones entre hombres y mujeres. En realidad, la larga práctica que las mujeres tienen de su opresión es muy rica. Se puede avanzar como hipótesis que existe una doble especificidad femenina, o más

exactamente dos aspectos de la especificidad femenina: el que resulta de la situación de inferioridad de la mujer en la sociedad (en una sociedad que descansa sobre el interés privado) y el que nace de su inferioridad inmediata en su relación con el hombre, siendo este último consecuencia del primero. Es porque las mujeres tienen un conocimiento más profundo de los límites del horizonte familiar por lo que están mejor situadas que los hombres para rechazar la ilusión de que “lo ideal es ser amo en su casa”. El papel de vanguardia que las mujeres representan en ciertos momentos históricos, se explica por el hecho de que más que nadie ellas no tienen nada más que perder que sus cadenas. Es así como es necesario comprender, en mi opinión, el desafío de las zahoríes de Shawan: y si más que nadie las mujeres estaban desde siempre dominadas por la naturaleza ¿quiénes debían constituir las primeras filas para dominarla? ¡Qué revancha sobre la historia y los escépticos!

LOS NUEVOS COMITÉS DE MUJERES DE SHAWAN

En el trascurso de esa misma discusión se nos confirmó que durante la Revolución Cultural la antigua organización de las mujeres había sido “suspendida”. Esta asociación revolucionaria, nacida en las llamas de la guerra antijaponesa, se había convertido en una asociación de “bienestar” en la que se destilaba una ideología retrógrada de mujeres de hogar que no se interesaban más que en las pequeñas alegrías y tristezas familiares, en suma, la mujercita, muy cercana a la imagen que se da de ella en la prensa capitalista especializada. La camarada Ton An-ming, una campesina de unos treinta años, nos contó que en Shawan, en toda la comuna popular, ellas habían organizado varios comités revolucionarios agrupando

unas 5.500 mujeres, es decir, la gran mayoría (más del 80%) y que ella misma era responsable de uno de ellos. En el curso de nuestro viaje, con frecuencia se nos ha dicho que la organización de las mujeres estaba en su “etapa de lucha-crítica-reforma”, es decir, que el balance completo de sus actividades pasadas no estaba terminado, y que, por otra parte, las nuevas orientaciones no estaban todavía claramente trazadas. Con toda evidencia, hay un debate en las masas a ese respecto, y la organización “nacional” no se creará por una decisión de la “cima”, sino sobre la base de innumerables encuestas y experiencias hechas por las masas mismas. También estábamos nosotras muy particularmente interesadas en saber cuáles eran los objetivos que se fijaban los comités revolucionarios de las mujeres de Shawan (probablemente provisionales), Ton An-ming nos respondió: “Actualmente hemos definido cinco tareas principales.”

Primeramente, *el estudio del marxismo, del leninismo y del pensamiento maoísta*. A ese respecto, quisiera contarles cómo hemos procedido. Al principio, hicimos cursillos de estudio, comunes para hombres y mujeres. Por lo tanto, las parejas traían consigo a los niños pequeños, lo que entorpecía el estudio. Entonces las mujeres propusieron: “En lugar de ayudarnos entre los vecinos para cuidar a los niños, vale más que sean los hombres los que se queden en la casa para cuidar de los chiquitos mientras las mujeres estudian; así nosotras podemos estudiar libremente y, por otra parte, los hombres se dan mejor cuenta de lo que representa el cuidado de los hijos.” Así es como procedimos. Seis veces al mes, las mujeres son las que estudian; otras seis veces, son los hombres. Las mujeres están muy satisfechas con esta solución: “Hemos encontrado así un método eficaz para estudiar la política”, dicen...

En ese momento, una vieja campesina interrumpió la narración de Ton An-ming para decir:

Una noche que yo debía ir a estudiar, empezó a llover a

torrentes. La noche estaba negra. Mi marido me aconsejó no arriesgarme por el camino con ese tiempo y en plena oscuridad. Yo le respondí: “En el pasado a pesar de la luz del día yo estaba como ciega ya que, como casi todas las mujeres, no sabía leer ni escribir. Hoy, con más de sesenta años, voy todavía a la escuela para intercambiar experiencias revolucionarias con las otras mujeres, reeducarme y elevar mi nivel de conciencia política, ¿y tú querrías que me quedara en casa esta noche? No conoces el precio del estudio para nosotras las mujeres.” Les cuento esta historia porque muestra cómo las mujeres están muy fuertemente ligadas al estudio político —acabó la vieja campesina sin volver a tomar aliento.

Visiblemente incómoda por hablar en público, y ante extranjeras, había decidido hacerlo para permitirnos medir la importancia de ese punto que le parecía capital: *¡las mujeres desean ardientemente estudiar!*

Ton An-ming continúa:

En segundo lugar: *hacer todo para facilitar la gran crítica revolucionaria*. Nosotras las mujeres debemos desarrollar una lucha de envergadura contra todas las manifestaciones del revisionismo, principalmente llevar hasta el fin la crítica de masas de las antiguas orientaciones de la organización de mujeres.

En tercer lugar: hacer funcionar todo para que las mujeres participen plenamente en las diferentes actividades políticas, es decir) que desempeñen su papel de “mitad del cielo”. En todos los dominios y en todos los escalones de los órganos de dirección se encuentran mujeres; pero hay todavía demasiadas mujeres que no osan dar su opinión en asamblea pública, o si la dan, algunos hombres no les prestan suficiente atención. Nuestro papel es informarnos sobre este problema, movilizar a las masas y resolverlo.

Eso me recordó lo que nos había dicho el instructor político de una escuela “7 de mayo”¹⁰ cercana a Pekín:

¹⁰ Escuelas de cuadros del 7 de mayo: creadas durante la Revolución Cultural; tienen como objetivo la reeducación de los cuadros de la industria, del comercio y de la administración

“Cuando para una tarea de responsabilidad nos encontramos en presencia de dos personas, un hombre y una mujer, que sensiblemente tienen las mismas cualidades para cumplirla, la política del partido consiste en confiar esta tarea preferentemente a la camarada mujer. He ahí una posición de principio revolucionario.”

En cuarto lugar: destruir las viejas ideas retrógradas entre los hombres, pero también entre las mujeres, principalmente en lo que concierne a la pretendida superioridad de los hombres en ciertos terrenos técnicos. Velamos porque las mujeres participen en todas las actividades sociales sin ninguna excepción. Llevamos una lucha sin piedad contra las supersticiones que muy particularmente han oprimido a las mujeres en el pasado.

No se trata ahí, para la camarada Ton, de una fórmula literaria, sino de una realidad perfectamente concreta. Los mineros de Annuyan nos habían contado que antaño se les atribuía a las mujeres atraer la desgracia, y si alguien veía a alguna caminar cerca de un hoyo de mina, los obreros rehusaban bajar por él, creyéndolo maldito. O bien esa otra historia que muestra el papel especial de las mujeres una de sus especificidades en la lucha contra el oscurantismo: una vieja creencia ordenaba que la ofrenda de vinos en los templos religiosos estuviera prohibida a las mujeres. La que los bebiera debía morir inmediatamente, castigada por el cielo. Asimismo, las mujeres rebeldes hicieron degustaciones públicas de ese vino ante los asustados aldeanos, y cuando éstos veían que no se morían, sus creencias supersticiosas quedaban muy fuertemente quebrantadas.

Ton An-ming añadió esta otra historia:

Hace algunos años tuvimos lluvias torrenciales: hectáreas y hectáreas de siembras fueron destruidas, las trombas arrasaban los campos en declive. Una roca de 500 kilos fue

acarreada a más de un kilómetro de aquí. Entonces un enemigo de clase, Hen, trató de desmovilizar a las masas. Fue por todas partes diciendo: “Cuando se ve el torrente en las vertientes de la montaña, es el dios de la peste que cae sobre la tierra. No hay que oponerse a él o todo será devastado.” Esas palabras feudales sembraron la confusión entre algunos campesinos. Hasta algunos viejos, no estaban lejos de pensar que se trataba de un castigo del cielo contra las transformaciones sociales realizadas por los campesinos. Entonces la camarada Pin se puso adelante y arengó a las gentes del pueblo: “El torrente no es más que agua. Es el resultado de fuertes lluvias. ¿Qué puede devastar? Las casas y los campos, pero no puede destruir *todo*, como dice Hen. No puede destruir nuestra voluntad de llevar la revolución hasta el fin. Eso ninguna fuerza en el mundo lo puede lograr. No solamente no debemos temer ser “castigados”, sino que debemos luchar con todas nuestras fuerzas para vencer esta calamidad *natural*. Si desviamos el curso del torrente, evitaremos que otras siembras y casas sean también assoladas. Así que, ¡manos a la obra!” Organizó a las mujeres para el trabajo y desempeñaron un gran papel. Después de una lucha encarnizada de varios días durante la que desplazamos más de 30.000 m³ de tierra, ¡logramos dominar completamente el torrente! Y ese año, a pesar de los diluvios obtuvimos una abundante cosecha, superior en 25.000 kilos a la recolección precedente. Las masas de campesinos pobres y medianamente pobres de la comuna de Shawan lucharon contra el cielo y la tierra y los enemigos de clase, y alcanzaron algunos éxitos. En todas las luchas las mujeres desempeñaron un papel de envergadura que confirma la apreciación de Mao Tse-tung según la cual las mujeres representan una fuerza decisiva para la victoria de la revolución.

En quinto lugar: *redoblar esfuerzos para proseguir la revolucionarización ideológica de la familia*. Ahí también las mujeres tienen una contribución importante que hacer a la sociedad. Hemos citado ya aquí numerosas pruebas. Quizá la camarada Li Ma-shien pueda contarles su experiencia en este aspecto.

Li Ma-shien, unos cuarenta años, la cara tostada por

el sol, toma la palabra:

Sucedió una vez que la brigada tenía necesidad de una mesa para la colectividad. Cuando lo supe, les dije a las camaradas que yo tenía una en mi casa que podía servir y que por lo tanto la tomaran. Cuando mi marido se dio cuenta de que había prestado la mesa, montó en cólera y me dijo: “Algunas mujeres van a trabajar para aportar más bienes del exterior al interior de la familia, pero yo tengo una mujer que hace lo contrario y da al exterior lo que estaba dentro de la familia.” Después de esas palabras, organicé una reunión de estudio del pensamiento maoísta en nuestra familia. En particular critiqué la concepción revisionista de Liu Shao-chi según la cual no había contradicción entre el interés colectivo y el interés privado. Esas son palabras hipócritas para propagar el egoísmo. Nosotros, campesinos pobres, debemos servir al pueblo totalmente. Es decir, que a despecho de nuestro interés personal, debemos luchar contra el egoísmo e implantar entre nosotros la concepción proletaria del mundo, poniendo siempre en primer plano el interés de las grandes masas. Mi suegra en ese momento evocó los sufrimientos del pasado y la felicidad de hoy; dijo: “¿Debemos nosotros actuar egoístamente, y no pensar más que en nuestra familia, olvidar el pasado, olvidar a los 700 millones de chinos y a los 3 mil millones de seres humanos que pueblan la tierra? ¿Debemos proteger nuestros “bienes” y olvidar que las dos terceras partes de la humanidad viven todavía bajo la opresión y la explotación?” Toda esta discusión descompuso a mi marido. Ahora tiene un especial cuidado de los bienes de la colectividad y además, no piensa sólo en los suyos. Cuando los camaradas devolvieron la mesa algún tiempo más tarde, mi marido hizo su autocrítica y dijo: “Si la brigada tiene necesidad de cualquier cosa, siempre puede tomarla de nuestra casa.”

La transformación revolucionaria de la familia es una tarea muy vasta; concierne, como lo veremos más adelante, tanto a la transformación de su función social, como a la destrucción del interés privado, e igualmente a la creación progresiva de nuevas relaciones entre

hombres y mujeres y a la revolución radical de las relaciones padres/hijos, Es por lo que es interesante notar aquí que la evolución de la familia no está considerada por los revolucionarios chinos como una simple *consecuencia* de los cambios sociales, sino igualmente como una condición necesaria a la revolución; que, por otra parte, son las mujeres quienes naturalmente tienen la responsabilidad de “dirigirla”; y que, en fin, esta “revolución” es una de las tareas fundamentales que las mujeres deben a la humanidad, Ton An-ming agrega: “Podemos resumir así el objetivo de los comités revolucionarios: bajo la dirección del partido y del presidente Mao, *valorar plenamente el papel histórico de las mujeres.*” ¡No hay que equivocarse! En China, no se trata simplemente de “ganar” las mujeres para la revolución, y todavía menos, por supuesto, de neutralizarlas, sino de permitirles totalmente actuar hasta el fin su papel histórico del que la revolución no puede prescindir. ¿Qué será la nueva asociación femenina china? Una cosa es cierta: seguirá estando, a semejanza de los comités de Shawan, y conforme a la orientación de Mao Tse-tung a ese respecto, basada en el reconocimiento de la notable aportación de las mujeres a la revolución. Estamos lejos de los discursos paternalistas de Liu Shao-chi, como del resto de toda una corriente dominante en la III Internacional, que no veía en las mujeres más que una masa atrasada, fácilmente manipulable, y por la que era necesario “hacer algo” a fin de obtener su adhesión.

SEGUNDA PARTE
**PARA LA SOCIALIZACIÓN DEL TRABAJO
DOMÉSTICO**

Para obtener la igualdad entre los sexos es necesario que una cuestión sea resuelta: la de la transformación del trabajo doméstico. Al ponerme primeramente a recordar el papel decisivo de su participación en la producción para la emancipación de las mujeres, he seguido lo que creo que es la verdadera actitud de las mujeres chinas para liberarse. Las mujeres son confinadas a las tareas domésticas que las mantienen aparte de la sociedad, y no pueden liberarse más que participando “sin dificultad de acceso” en la producción social, como lo dijo Ma Yu-yin, Pero justamente esta participación les está prohibida puesto que deben asumir su trabajo doméstico. Es el círculo vicioso completo que conocemos bien en Europa, y que Engels había analizado, pronto hará de esto un siglo, en términos muy claros:

“Es solamente la gran industria de nuestros días la que ha vuelto a abrir —y solamente a la mujer del proletario— la vía de la producción social; pero en condiciones tales que la mujer, si cumple sus deberes al servicio privado de la familia, queda excluida de la producción social y no puede ganar nada; y que, por otra parte, si quiere participar en la industria pública y ganar por su propia cuenta, no está en condiciones de cumplir sus deberes familiares... La emancipación de la mujer tiene como primera condición la entrada de todo el sexo femenino a la industria pública, y... esta condición exige a su vez la supresión de la familia conyugal en tanto que unidad económica de la sociedad.”¹

En la contradicción en que se encuentra la inmensa masa de las mujeres del mundo, hay forzosamente un aspecto de esta contradicción que la lleva al otro, que la determina y al cual se debe acometer primero.

Si las obreras de Chau Van como las de Su Cheu, no previeron que se resolviera en primer lugar la cuestión

¹ Engels, *L'origine de la famille*, Ed. sociales, París, p. 72.

del cuidado de los niños, por ejemplo, para comprometerse en la producción social, se entiende, en cambio, que si el problema no hubiera encontrado “a su vez” una solución justa, se hubieran vuelto a encontrar rápidamente en una situación que nosotros conocemos bien en Europa: la doble jornada de trabajo.

La camarada Su Yin, que nos acompañó durante todo nuestro viaje, tenía unos cincuenta años y era miembro del Partido Comunista Chino desde hacía casi treinta. Había sido una de las responsables de la organización de las mujeres. Estaba encargada, nos dijo, de ayudarnos a estudiar y comprender el papel de las mujeres en la revolución china: “Socializar el trabajo doméstico, dice, es clave para la liberación de las mujeres. Si no se realiza esta socialización la igualdad entre los sexos será formal, jurídica, pero no real, las contradicciones entre hombres y mujeres no se resolverán y finalmente el socialismo no podrá triunfar. He ahí pues, una cuestión muy importante para el futuro.”

LAS MÁQUINAS LAVADORAS Y LA EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES

Siempre he encontrado rica en enseñanzas esa “afirmación” burguesa enviada ingenuamente por los canales más oficiales: “En nuestros días el ama de casa de las ciudades emplea en promedio el mismo número de horas para su trabajo doméstico que el que empleaba hace cien años.” Por otra parte se cree de buena gana cuando se sabe que una obrera, madre de tres hijos, no “trabajando” (¡oh! ¡la maravilla de hipocresía de este lenguaje!), a pesar de todo pasa alrededor de 14 horas ocupándose del hogar. Hace cien años las jornadas no tenían ¡ay! más que 24 horas, y mal se imagina uno que nuestras bisabuelas hayan podido “ocuparse” más

tiempo cada día.

No obstante, la industrialización masiva de todos, o prácticamente todos los sectores de la producción, ha tenido en el trabajo doméstico consecuencias notables, innegables. Tomemos el ejemplo simple de lo que era, hace todavía cuatro o cinco generaciones, una producción casi exclusivamente familiar: la confección de las vestimentas familiares, la fabricación de las conservas y salazones, incluso el pan, a veces las telas; todo eso, pura y simplemente ha desaparecido de los deberes femeninos. Encontramos todo en el comercio, es decir, en la industria capitalista. Más recientemente, la producción en masa de aparatos domésticos como las lavadoras automáticas de ropa suprimieron casi totalmente nuestro trabajo de lavado. Pero entonces, en lugar de todas esas cargas de las que el capitalismo nos “ha liberado”, ¿qué se encuentra? No hacemos *menos*, sino *otras cosas*, diferentes, y eventualmente, en peores condiciones. Es verdad que ya no vamos a azotar en el lavadero nuestra ropa. Pero nuestras bisabuelas no tenían un marido que trabajaba en equipo obligándolas a un jaloneo imposible entre el ritmo del marido, el de los niños en la escuela, el de las tiendas o la oficina de correos. No perdían horas en transportes cada día, o muy frecuentemente, para ir al supermercado “menos caro, pero más alejado”. No pasaban tardes enteras de una oficina a otra, rechazadas, de un especialista a otro, de una ventanilla a otra para llenar los papeles que permitan al mayor ir de vacaciones al campo, para inscribir al pequeño en la escuela, para obtener el reembolso de los gastos médicos, para no obtenerlo, para recuperar la tarjeta de identidad, para conseguir alojamiento, para no conseguirlo, para ir a ver uno y oír *decir*: “Demasiado tarde, ya está tomado”; para llevar al pequeño al dispensario, para hacer la cola, y regresar al día siguiente. Ellas no tenían guarderías, es verdad, pero

tampoco nosotras, o tan pocas, y tan tristes; pero tenían a los abuelos, si no en la misma casa, al menos muy cerca, y en su barrio tenían viejas amigas que conocían desde siempre. Lo que nosotras “conocemos” es lo que los sociólogos llaman “la necesaria movilidad de la fuerza de trabajo”; hemos cambiado, y cambiaremos, tres o cuatro veces de ciudad en nuestra vida; nuestro barrio, apenas lo conocemos, nuestros padres, están lejos, demasiado lejos para ocuparse de los chicos.

Antes, es verdad, no había agua corriente, había que ir al lavadero del pueblo, pero una se encontraba ahí entre mujeres. Se discutía. El agua corriente, al suprimir ese servicio, suprimió al mismo tiempo un *lazoo social* entre las mujeres. Y en lo sucesivo, detrás de los muros privados, el trabajo consagrado al lavado de la ropa se convirtió en algo “invisible” y socialmente “*inexistente*”.

Aspiradoras, refrigeradores, lavadoras: ¡buen negocio! Una se endeuda para comprarlos; para mantenerlos o reparados se necesitaría ser técnico. Entonces se llevan con el “especialista”: “Pero, figúrese usted qué curioso, ya no se hace ese modelo: ya no hay partes sueltas.” Está perdido. Paul no tiene tiempo de reparado aunque tenga habilidad. ¡Ah! por suerte el vendedor nos lo toma: por nuestra vieja aspiradora que ya no valía nada hace unos segundos, ahora nos ofrecen 50 francos... con la condición de comprar una nueva que cuesta La mecanización así concebida es de doble filo. Si, por una parte, facilita algunos trabajos, el mantenimiento de esos aparatos crea nuevos; para ser verdaderamente eficaces, se necesitaría que esos aparatos fueran colectivos y que cada familia, es decir cada mujer, no tuviera sola la carga de su mantenimiento...

Christiane Collange², una mujer que ha triunfado y

² Christiane Collange, *Madame et le management*.

en quien se puede confiar, hizo hace unos años un descubrimiento: el trabajo doméstico es como el trabajo de fábrica. Para cumplido correctamente es necesaria una buena administración, finanzas sanas, racionalización de las tareas; en suma, es una pequeña empresa que se puede “regentear”; ¡al final dejará utilidades! Y gracias a ella, las mujeres no son sirvientas, sino ejecutivos que tienen inquietudes ciertamente (como todos los ejecutivos, ya se sabe) pero la gran satisfacción (¡Oh! ¡cuán grande!) de cumplir su trabajo en seis horas, donde las pobres criaturas limitadas, que todavía no han comprendido el alcance histórico de su papel, emplean seis y media, digamos siete. ¿Y qué hace *Madame et le management* con esas dos horas así ganadas... a sí misma? Va al peluquero para que le haga rizos que “complacerán” a su marido, o que más verosímelmente él no notará. ¡Qué vida tan excitante!

Es verdad, nuestras bisabuelas tenían fastidiosas jornadas de lavado. Había el día de los vidrios, el de los pisos, el día de las mermeladas y el del planchado. Nosotras, tenemos más bien las camas, los mandados, la comida, los platos sucios, planchado, lavado, vuelta a los mandados, otra vez la comida, de nuevo platos sucios, y eso todos o casi todos los días. Hemos aumentado nuestro ritmo. Por supuesto que hay pausas, tiempos muertos. Porque *no se puede almacenar el trabajo doméstico*. No se pueden zurcir los calcetines antes que se hayan agujereado, no se pueden lavar los platos antes que se hayan ensuciado. Entonces hay bajas en la intensidad del trabajo, incluso francamente “tiempo libre”, por ejemplo dos horas a media tarde, atrapadas en *sandwich* entre los mandados-comida-platos sucios del medio día y las prisas de las 4:30 hs. de la escuela-merienda-disputas-niños-cena-platos sucios-bebé a la cama. ¡Pues de estas dos horas no podemos hacer nada!

Demasiado breve, demasiado cortado, demasiado incierto además, para organizar una ocupación regular como trabajar “fuera”, demasiado poco hasta para salir puesto que se está lejos de todo. Entonces esas dos horas ganadas arduamente se convierten en dos horas de aburrimiento terrible, de soledad, de desesperación. Es en esos momentos cuando una se detiene a pensar, y se ve como una marioneta que se agita en todos sentidos sin avanzar ni un centímetro. ¿Cuál es el sentido de todo eso? Estallar, agotarse, ayer, hoy y otra vez mañana, y lograr el mantenimiento de toda la casa, descansar, “vivir en familia”, salir de vacaciones, el tiempo libre ¡qué!... ¡Mentira! En realidad, es descansar lo suficiente para poder volver a empezar al día siguiente, y al otro y siempre, y que nuestros hijos, después de nosotros, hagan lo mismo... Hay momentos en que las manos de las mujeres, esas famosas “joyas que me enloquecen”, de buena gana se convertirían en puños cerrados.

¡No, Moulinex no libera a la mujer! Ni Moulinex ni la lejía que quita lo amarillento sin hervir. Y sabemos de lo que hablamos, nosotras, las hijas del Robot Charlotte y de Madame Soleil. Porque no se puede liberar a la mujer sin destruir la función misma de la familia en nuestra sociedad; esa función es para las clases oprimidas: producir los futuros trabajadores (los hijos), cuidar, nutrir, mantener en condiciones a los actuales trabajadores (los maridos) y de tal manera que nuestros hijos y nuestros maridos estén conformes con el “consumo” que la burguesía quiera hacer de ellos, es decir, no pueden ser otra cosa que oprimidos, física, intelectual, moral, políticamente. ¡Ah! por cierto, si el capitalismo pudiera, sin hacer peligrar su existencia, reunir a los trabajadores en grandes cuarteles, con el estricto mínimo necesario para sobrevivir, si pudiera poner a todos los niños en orfanatos, quizá entonces

la condición femenina se *modificaría*. Tendería a parecerse a la de los hombres. Pero, ¿se podría hablar de liberación? Eso mismo es una hipótesis absurda puesto que la fluidez y la competencia entre las fuerzas de trabajo implican que éstas se reproduzcan de *manera privada*, siendo cada quien responsable de desarrollar todos sus esfuerzos para corresponder lo más posible a lo que espera de él el capitalista en todos los terrenos, bajo pena de ser rechazado de la producción y de perecer.

Se comprende que los príncipes que nos gobiernan no tengan la menor intención de desechar *esta* familia, una máquina tan necesaria y que ha demostrado su valor.

CAPÍTULO 3

PRIMERO COLECTIVIZACIÓN, DESPUÉS ¡MECANIZACIÓN!

La socialización del trabajo doméstico implica *necesariamente* la destrucción de la función económica de la familia, y por lo mismo, de su función política pasada.

Pero esta destrucción, a su vez, vuelve absolutamente necesaria la creación de nuevas estructuras sociales que puedan remplazar los diferentes “deberes” de la familia. De la preparación de las comidas a la educación moral de los hijos, de la conservación de la ropa, como de los cuidados a los pequeños, de los ocios; en suma, de todo lo que constituye el pan cotidiano de la mujer en el hogar.

Destruir esas funciones familiares es una evidencia para los revolucionarios, pero ¿cómo y por qué remplazarlas? ¡Eso es otro asunto! Kollontai, una dirigente bolchevique de los años 20 preconizaba, para liberar a la mujer de los fastidiosos servicios domésticos (entre otras medidas) la creación de un cuerpo especializado de obreros del Estado, quienes se encargarían de eso exclusivamente. ¿Pero quién liberaría a ese cuerpo especializado de ese fastidioso servicio? Sobre ese capítulo Kollontai permaneció muda. Para abolir una opresiva división del trabajo que condena a las mujeres al cuidado de la casa, se introduce una nueva división del trabajo, que no resuelve nada.

*“El hogar individual peligra; cada vez más, es remplazado por el hogar colectivo. La mujer trabajadora muy pronto podrá no ocuparse de arreglar su alojamiento ella misma; en la sociedad comunista de mañana, ese trabajo se hará por una categoría especial de obreras que no harán más que eso.”*³

Así pues, ¿las mujeres se quejan de estar confinadas al

³ Kollontai, *La famille et l'État communiste*.

trabajo doméstico? ¿No quieren ser ya las “obreras especializadas” del hogar? ¡Que eso no sea un obstáculo! Crearemos un cuerpo especializado de trabajadores (Kollontai dice de *joberas!*) que no solamente harán su propio trabajo doméstico, ¡sino el de todos los demás! ¡Qué éxito!

El socialismo no consiste en remunerar mejor las tareas fastidiosas, o en hacer que las tomen a su cargo sólo una parte de los trabajadores, sino en suprimir el carácter fastidioso y absurdo del trabajo. Y en tanto que en tal o cual rama no se ha podido todavía suprimir totalmente, no se le debe concentrar en las manos de un batallón sino todo lo contrario, repartido lo más ampliamente posible, de tal suerte que, asumiendo cada uno una pequeña parte, a nadie esclavice.

IMÁGENES Y DISCUSIONES ACERCA DE LA VÍA CHINA

Se sentía fresco ese jueves de diciembre en que filmamos la gran limpieza semanal de la ciudad obrera de Shanghai⁴. Niños de todas las edades, armados con escobas y recogedores de basura, limpian las alamedas, amontonan las hojas, los trozos de papel (los que son raros, pues en China se es “social” y no se tira basura al suelo) mientras que aquí dos equipos de jubilados lavan las escaleras, otros más, las baldosas, en tanto que pequeños grupos reparan, aquí y allá, una puerta estropeada, una pila que se sale. Reina una animación extraordinaria. Se aprovecha para continuar una discusión con los vecinos, para enseñarse mutuamente alguna nueva canción. Este no es un trabajo pagado, es voluntario y colectivo. Si alguien no participa, no se le arrastra ante los tribunales. No obstante, si usted lo evita sistemáticamente, o si lo hace “para quitárselo de

⁴ Véanse ilustraciones.

encima”, siempre habrá una pandilla de chicos que vendrá a pedirle cuentas, criticarlo y hablar con usted hasta que esté convencido de la importancia del trabajo colectivo y voluntario.

Una discusión en Siau-Wang

La vía china consiste en poner en primer plano la lucha contra la ancestral división del trabajo, y esto sin la premisa de progresos técnicos. En la comuna popular de Siau-Wang las callejuelas del pueblo conducen en zigzag a una plaza en la que se elevan las “nuevas construcciones”, pequeños edificios bajos con techos ligeramente levantados que recuerdan vagamente los de las pagodas. Los muros de ladrillo estaban blanqueados con cal y cada puerta daba a un alojamiento. Se llegaba al piso superior, en el que se encontraban las recámaras, por una escalera de madera que partía de la cocina. Las salas comunes se abrían directamente sobre la plaza; el piso de tierra apisonada, en el muro blanco un sombrero de paja de grandes bordes, más lejos un cedazo de madera oscura. Todo era simple y cálido. Se veía normalmente a la gente comiendo en el umbral de la puerta charlando entre ellos.

Evidentemente la mecanización del trabajo doméstico estaba todavía muy poco avanzada, es decir, que aquí, como en la mayoría de los pueblos, todas las casas tenían electricidad, pero no había todavía agua corriente, ni inodoros. Una mujer joven muy sonriente, nos ofreció té en su casa; entraron los vecinos, saludaron con un movimiento de cabeza y vinieron a mezclarse en la conversación. Todas nuestras preguntas se reducían a ésta: ¿Cómo resolver el problema del trabajo doméstico en condiciones de comodidad tan rudimentarias? Nos dijo:

Es necesario hacer esfuerzos para desarrollar la

mecanización de las tareas domésticas. Los campesinos trabajan aquí en eso, pero no hay que esperar a haber alcanzado esa mecanización para descargar a las mujeres de esas tareas tradicionales. Hace quince años no había electricidad, menos todavía máquinas lavadoras, ni guarderías. Para crear las cooperativas agrícolas, los campesinos inventaron soluciones que suplían a la falta de medios. ¿Los niños? se les llevaba a los campos en donde los más grandes los vigilaban mientras copiaban caracteres para aprender a leer. En cuanto a los viejos, asumían en el pueblo servicios colectivos: talleres de reparación y lavado de ropa, etc. En la época de las cosechas, ellos preparaban las comidas que tomábamos todos juntos.

Esta costumbre no se ha perdido, y durante los grandes trabajos hay siempre esa especie de comida colectiva, que tiene a la vez algo de comida campestre, de restaurante, de comer de prisa y de jolgorio de campo. En cuanto a lo que concierne al mantenimiento de las casas propiamente dicho, ha habido una repartición equitativa en el seno de la familia. El marido, la mujer, los abuelos, los niños, todos trabajan realmente por sí mismos. Un hombre que no solamente lava los platos sucios, sino que prepara la comida, lava el piso, pega un botón, cura el rasponcito al chiquitín, y no una vez el domingo, sino regularmente, ese no es ya un marido en el sentido clásico.

Y para que las mujeres llegaran a ese resultado se necesitó que algo pasara. ¿Qué fue lo que pasó? Este “pequeño acontecimiento”: las mujeres se habían convertido en una fuerza política cuya importancia estaba claramente manifiesta en la lucha por la socialización de las tierras, como los campesinos de Siau-Wang nos lo habían contado. Una fuerza política masiva, tenaz, penetrante que no se podía ignorar. Es fácil hacerse servir por una esposa sumisa, silenciosa, ignorante de las cuestiones generales; pero vaya a rehusar lavarle el piso a una mujer que acaba de tomar

la palabra frente a todo el pueblo, que ha tenido la valentía de erguirse contra los campesinos ricos, que se ha batido para estrechar las filas de los campesinos, que ha organizado equipos de mujeres que participarán mañana, como los hombres, en los trabajos para irrigar los desecados campos, una mujer que ha sido apoyada y aplaudida por el pueblo... ¡Delicado! Y eso era el pan de cada día.

Sí, las mujeres se habían convertido en una fuerza política muy real con la cual había que contar, en todos los sentidos de la palabra. Si un marido, un padre recalcitrante se rehúsa a admitirlo y no cambia su comportamiento, será persuadido para que se convenza. Al principio, su mujer, paciente, tratará de persuadirlo por medio de la discusión; si eso no es suficiente, no vacilará en reunir a toda la familia para ponerla de testigo; si esto no produce ningún efecto, el comité de mujeres del pueblo vendrá en masa a su casa a exigirle, política pero firmemente, que tome conciencia de que el socialismo y el feudalismo son dos cosas diferentes. Y si a pesar de todo eso, nuestro hombre se obstina, lo que raramente sucede, todavía se podrá hacer una crítica masiva con todo el pueblo. En fin, “en última instancia” existe el divorcio. La joven concluye:

“Principalmente por nuestra participación en la lucha de clases es por lo que hemos comprendido el origen de nuestra servidumbre y por lo que hemos modificado nuestra situación de mujeres.” Varias veces antes de esta visita, habíamos tenido la oportunidad de reunirnos con mujeres veteranas en la lucha revolucionaria, y habíamos “presentido”, al escuchar sus narraciones, lo que sin ambigüedad nos decía ese día esta campesina. Porque las mujeres chinas se han erguido contra el feudalismo, contra el enemigo de clase, es por lo que han profundizado en la conciencia de su opresión como mujeres. Las campesinas que

participaron en la lucha antijaponesa vieron en su situación conyugal un obstáculo suplementario por superar para alcanzar la victoria. Las tradiciones feudales, que les prohibían trabajar en los campos, eran insoportables, no solamente porque las privaban de la posibilidad de tener alguna independencia económica aunque fuera, sino sobre todo, porque si las mujeres no hubieran tomado en sus manos la producción agrícola en las zonas liberadas, que con frecuencia los hombres robustos, en la fuerza de la edad, habían abandonado para enrolarse en el ejército popular, éstas no habrían podido sobrevivir y bastarse a sí mismas: la revolución no hubiera podido triunfar. Con frecuencia en la lucha por hacer admitir su *derecho a hacer la revolución* es donde las mujeres medían lo vasto de su opresión específica. Asimismo las campesinas que masivamente participaron en el movimiento por la socialización de la agricultura son quienes han adquirido en esas luchas una experiencia social fundamental; quienes han ampliado así su horizonte, resienten todavía más el trabajo doméstico tradicional como una estrecha argolla, apretada, en total contradicción con el papel revolucionario que representan y desean representar. ¿Cuántas veces nos han contado que tal obrera o campesina que quería trabajar se veía criticada por su familia o su marido?: “Pero eso es insensato, hay suficiente dinero en la casa, ¿para qué irías tú fuera?” “¡Para hacer la revolución!”

Hay rodeos necesarios para que la conciencia de nuestra particular opresión se forme claramente. ¿Por qué ha sido necesario en los países capitalistas la entrada de una fuerte minoría de mujeres en la industria, o más generalmente en una actividad social, para que nazcan movimientos femeninos? Sin duda porque esa experiencia del trabajo social ampliaba bruscamente el horizonte femenino limitado hasta entonces a los insolubles problemas familiares. Porque por primera

vez; sin duda la condición femenina no aparecía ya como una fatalidad divina, sino como una consecuencia inevitable de una organización social inhumana, que transforma a los hombres en máquinas de producir, y a nosotras en “reparadoras” de esas máquinas. Al entrar en la producción social capitalista, las mujeres descubrieron quiénes eran los responsables, a qué intereses servía realmente su esclavitud doméstica. Es una lección que no podían olvidar.

SOCIALIZACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO, SOCIALIZACIÓN DE LA AGRICULTURA: UN PARALELO REVELADOR

Decenas de veces hemos verificado que la socialización, la transformación de las relaciones entre las gentes, no se conciben en China como una etapa posterior al desarrollo de la mecanización sino al contrario, se emprende sin demora, progresivamente. Yo lo decía francamente a las obreras de las pequeñas fábricas de barrio como la de Chau Yan. Este paso es igualmente válido para el trabajo doméstico. “No hay que esperar el desarrollo de la mecanización para comenzar a socializar”, nos explicaba ese joven, y eso nos traía a la memoria la afirmación de Trotsky, cuando era todavía un dirigente de la URSS:

Tenemos necesidad de una acumulación socialista y *solamente con esta condición* podremos nosotros liberar a la familia (y por lo tanto a la mujer) de todas las funciones que hoy en día la oprimen y la destruyen.⁵

Esa idea justificaba que se dejara siempre para el día siguiente el encargo de resolver el problema del trabajo doméstico. Entretanto, las mujeres continuaban desempeñando, como en el pasado, la doble jornada de

⁵ Citado por Geiger, *The Family in Soviet Russia*, p. 79.

trabajo, y sufriendo el desprecio más o menos sutil de la sociedad, justamente porque todavía eran “sirvientas”. Más todavía, eso redundaba, en los hechos, en hacer depender la emancipación de las mujeres, no de su trabajo mismo, sino de los progresos técnicos de una industria en la cual desarrollaban funciones particularmente subalternas. En el fondo, tocaba a los técnicos liberar o no a las mujeres de la opresión doméstica.

Por lo demás, esa posición de Trotsky no tenía nada de original. En esa época, se encontraba en la URSS en todos los dominios semejante “sacralización” del desarrollo económico, de la técnica. En cuanto a la agricultura, por ejemplo, Stalin no vio el problema de manera muy diferente. Para socializar la agricultura se necesita mecanizarla, por lo tanto, construir tractores, por lo tanto, desarrollar la industria pesada. Entretanto, se observaba la mayor desconfianza para con el campesinado, esa masa de pequeños propietarios ¡que no aspiran más que a convertirse en kulaks! Se requisan sus cosechas, se saca de entre ellos el número de obreros que la industria necesita. Y el día en que se produce el tan esperado salto de las fuerzas productivas, se ponen tractores en los campos que se decretan “desde lo alto” propiedad del Estado o propiedad colectiva koljosiana sin otra forma de proceso; los campesinos se convierten en obreros agrícolas y la colectivización está terminada.

Las cooperativas agrícolas de tipo inferior, los primeros pasos de la colectivización en China, se constituyeron sin ninguna mecanización. Con frecuencia una carreta tirada por un hombre era un medio precioso de producción. Lo que se “socializaba” eran ante todo las fuerzas de trabajo humanas, las energías, el entusiasmo. Y sobre esta base es como la mecanización se desarrolló progresivamente, hasta la utilización de ese pequeño motocultor teleguiado que

hemos visto arar solo el flanco de una colina muy escarpada, formada de estrechas terrazas como peldaños de escalera; llegó al extremo de uno de ellos, se puso casi vertical, descendió un grado, y aró el escalón inferior en sentido inverso. Varias decenas de metros más arriba, un campesino apoyado contra un árbol guiaba las maniobras del motocultor con la ayuda de una simple caja de mandos.

Poner en primer plano la revolución ideológica, la política, la transformación de las relaciones entre las gentes en el trabajo, es asegurarse de que los adelantos técnicos corresponderán realmente a las necesidades de las masas, que se desarrollarán en un sentido socialista.

El conocido dirigente de la comuna de Ta Shai, el campesino Chen Yun-kui, haciendo el balance de las experiencias de su brigada escribía:

La mecanización agrícola no puede progresar en la vía socialista más que cuando trae aparejada la revolucionarización ideológica... Algunos estiman que la mecanización se orienta simplemente a reducir la intensidad del trabajo y a proporcionar comodidad, sin poder comprender que se trata de la línea fundamental del partido en el campo, que permite atenerse al socialismo y hacerlo triunfar sobre el capitalismo; hay otros que interpretan únicamente la mecanización de la agricultura como medidas ordinarias destinadas a economizar mano de obra y a aumentar la producción sin tener en cuenta su importancia en la consolidación de la alianza de los obreros y los campesinos así como en la industrialización socialista a un ritmo acelerado y en la reducción de las diferencias entre obreros y campesinos. Si no se le comprende ni se aplica la línea revolucionaria del presidente Mao, la mecanización no aportará el socialismo y, al contrario, entrañará el regreso al capitalismo... *La mecanización no es una simple cuestión técnica*⁶. La mecanización de la agricultura se volcará en una vía falsa si,

⁶ Subrayado de la autora.

sin ocuparse de la revolucionarización ideológica del hombre, se vela exclusivamente por la mecanización o si se emplean mal sus beneficios⁷.

Las profundas coincidencias de las orientaciones en la agricultura y en el trabajo doméstico (tanto en la URSS, por otra parte, como en China, aunque de maneras diametralmente opuestas) se explican fácilmente. En esos dos dominios, se trata de transformar un proceso de trabajo basado en la familia, fuertemente ligado a la pequeña propiedad privada —el pedazo de terreno del campesino y la vivienda del ama de casa— y hacer de ellos una industria social. Esta transformación no solamente no puede efectuarse sin el deseo “libremente expresado” —como lo dijo Mao— de los interesados, lo que es evidente, sino que además fracasará igualmente si, destruyendo esas formas arcaicas de producción se las reemplaza por estructuras en las que las masas hayan perdido todo poder.

En la URSS, numerosos campesinos pobres, entre los que de buen grado habían aceptado la colectivización de las tierras y la creación de los koljoses, se unieron a la oposición al régimen soviético cuando comprendieron que, en esos koljoses no tenían en lo sucesivo nada que decir. Técnicos y “apparatchiks” negaban a los campesinos todo conocimiento en ese dominio, decidían en su lugar todo lo que debía producirse, en qué cantidad, cómo, cuándo, etc.; lo que terminó en estruendosas catástrofes en la producción agrícola misma.

Es esa estrecha similitud entre los problemas planteados por la pequeña propiedad agraria y los planteados por el trabajo doméstico la que permite a numerosas mujeres llegar a conocer y criticar con vehemencia la política liuchista de restauración del

⁷ *Chine Nouvelle*, núm. 1276, octubre de 1971.

capitalismo en los campos. En mi opinión, esa es una de las razones de fondo que sitúa a las mujeres en la vanguardia de ciertas luchas como lo vimos en Siau-Wang, sin que el lazo entre la opresión específica de las mujeres y esa lucha sea inmediatamente discernible.

La política de Liu Shao-chi, llamada “Zen-Zy-Yi-Bao⁸”, implicaba muy explícitamente: creación de un mercado libre en el que los precios se fijarían según las leyes capitalistas de la oferta y la demanda, extensión de las parcelas individuales (evidentemente heredables), creación de empresas individuales que asumieran la responsabilidad completa tanto de las utilidades como de las pérdidas, fijación de las normas de producción por parte de la familia. Cada una de esas medidas contiene una traducción inmediata en términos de opresión femenina. Particularmente la que era la condición sine qua non de las otras: *el reconocimiento de la familia como unidad de producción*. Impelida a enriquecerse, puesto que se beneficiaría de eventuales utilidades, pero amenazada de ruina puesto que en contrapartida sería responsable de las pérdidas. Esa es la familia que proponía Liu Shao-chi, con su cortejo de “maldiciones” femeninas: la maternidad como un deber, tener herederos, fuerzas de trabajo suplementarias; los cuidados de la casa para que el marido se consagrara a los trabajos agrícolas; el enclaustramiento, el lugar de eterna menor sometida, la jornada para el marido, ¡el derecho de callarse! Es el

⁸ Zen-Zi-Yi-Bao es una abreviatura de: extensión de las parcelas individuales, desarrollo de los mercados libres, multiplicación de las pequeñas empresas que asumieran la responsabilidad completa de sus utilidades y pérdidas, y fijación de las normas de producción sobre la base de la familia.

Esta política estaba acompañada por la contraseña llamada de las “Cuatro libertades”, puesto que preconizaba: Libertad de practicar la usura, libertad de contratar granjeros, libertad de comprar y vender las tierras, libertad de empresa.

regreso a ese “paraíso” lo que inevitablemente emanaba de las “Cuatro libertades”. Sin duda aquí reside una de las explicaciones de la oposición femenina. Pero aun así, para que esa oposición fuera reforzada y cristalizara, se habría necesitado que las mujeres hubieran conocido, o entrevisto, otra solución que les permitiera arrojar los “beneficios” de la propiedad individual al rango de piezas de museo arqueológico.

REVOLUCIÓN EN EL URBANISMO

1. La experiencia soviética

Hubo en la URSS, en los años que siguieron a la revolución, un debate muy cerrado entre los arquitectos. El 17 de octubre es la primera piedra de la obra de construcción de un mundo nuevo; todo estaba por hacerse. ¡Un sueño para los urbanistas! Ni que decir tiene que se pusieron a fabricar pabellones “do-mi-si-lado-re”. Había que “colectivizar”. Muchas escuelas se opusieron ásperamente. Una de ellas, dirigida por Sabsovitch, simboliza especialmente esas nuevas búsquedas. Su teoría es simple: hay que fabricar estructuras materiales, “condensadores sociales”, que ayudarán a apresurar la formación de nuevas relaciones entre los individuos. El proyecto más extremo de esos urbanistas preveía la creación de “casas comunes” de varios miles de habitantes con grandes edificios divididos en tres partes. Una reservada a los niños, otra a los hombres, la tercera a las mujeres; grandes corredores con calefacción conectarían esas partes unas con otras. Sabsovitch había cronometrado en la segunda la duración de casi todos los gestos necesarios en la vida cotidiana... ¡a ritmos infernales! Ahí, se había imaginado una organización de la vida según el modelo de organización capitalista: racionalizada, normalizada,

taylorizada, estúpida a morir... En el fondo, esa corriente de pensamiento había comprendido exactamente el antiguo papel de la familia: producir y reproducir la fuerza de trabajo, y lo que concebía no era otra cosa sino que el Estado tomara en sus manos esa función, antaño individual⁹.

Si el trabajo doméstico femenino debía ser abolido, es, en primer lugar, por razones de rentabilidad. Sabsovitch comprobaba en uno de sus folletos que se empleaban diariamente 36 millones de horas de trabajo en la preparación familiar de las comidas, “en tanto que,

⁹ El cronometraje de la jornada de trabajo de un obrero, visto por Sabsovitch:

1	acostarse	22	h
2	ocho horas de sueño. Levantarse	6	h
3	gimnasia, 5 minutos	6	h 05
4	lavabo, 10 minutos	6	h 15
5	ducha (discrecional), 5 minutos	6	h 20
6	vestirse, 5 minutos	6	h 25
7	ir al comedor, 3 minutos	6	h 28
8	desayuno, 15 minutos	6	h 43
9	ir a los vestidores, 2 minutos	6	h 45
10	vestirse (exteriormente), 5 minutos	6	h 50
11	ir a la mina, 10 minutos	7	h
12	trabajo en la mina, 8 horas	15	h
13	ir a la comuna, 10 minutos	15	h 10
14	desvestirse, 7 minutos	15	h 17
15	lavado de manos, 8 minutos	15	h 25
16	comer, 30 minutos	15	h 55
17	ir a la sala de descanso para utilización de un tiempo muerto de una hora, 3 minutos	15	h 58
18	tiempo muerto, 1 hora	16	h 58
19	lavabo, cambio de ropa, 10 minutos	17	h 08
20	ir al comedor, 2 minutos	17	h 10
21	té, 15 minutos	17	h 25

(Cf. Kopp, *Ville et révolution*, pp. 160-161.)

decía, bastarían seis millones de horas para hacer el mismo trabajo en fábricas-cocinas que entregarían en seguida en cajas-termos la comida caliente en los diferentes comedores”. No tenemos nada contra las cocinas colectivas ni contra los comedores, al contrario, pero es particularmente molesto comprobar que lo que en el fondo impulsa a querer abolir el trabajo doméstico femenino, es que éste no es lo suficientemente “rentable”. No les quedaba más a las mujeres soviéticas que agradecer al cielo que en ese momento existían medios técnicos para hacer el mismo trabajo que ellas más rápidamente, si no sin duda un buen número de militantes por la liberación de las mujeres les hubieran aconsejado quedarse en casa.

Esos sueños “concentracionistas” tuvieron, por otra parte, un curioso destino. Kopp (en *Ville et Révolution*, p. 162) reporta que al cabo de algunos días los obreros, alojados en esos inmuebles modelo, se reagruparon, mujeres, niños, mamouchka y otros sobrinos; cada familia en una sola pieza que habían transformado, en donde hacían todo: cocina, lavabo, comida, descanso, ignorando deliberadamente los servicios colectivos. No es que las masas soviéticas se opusieran a eso por principio; al contrario, la prensa local y nacional de esos años rebosa reclamaciones de todas partes pidiendo más guarderías, restaurantes, casas para jóvenes, etc., sino porque se trataba, no de nuevas habitaciones que permitieran la expresión de nuevas relaciones sociales a punto de nacer en todos los sectores de la vida sino de una creación, por estructuras autoritarias de pies a cabeza, de esas nuevas relaciones sociales fuera de la iniciativa de las masas, “relaciones” salidas directamente de la imaginación de algunos arquitectos. Se trataba ahí de una concepción despectiva respecto al pueblo, entendido como una especie de pasta maleable que bastaría con poner en un molde para que tomara la

forma deseada. Y de ese gran debate que duró varios años, ¿qué resultó? Vastas ciudades-dormitorios, tipo staliniano, hermanas gemelas de los HLM de Sarcelles¹⁰. En el mejor de los casos, puesto que la crisis de alojamiento jamás fue resuelta y miles de personas continuaron alojándose como podían en barracas de tablas y hogares desocupados, o como lo cuenta Yvon en su libro¹¹ en el metro de Moscú durante toda la duración de los trabajos.

Esas concepciones pecaban también por otro lado: no eran proyectos realizables más que con materiales modernos como el hormigón, el vidrio y el acero, y técnicas modernas, como la utilización sistemática de grúas. Todas esas condiciones hacían imposible la multiplicación de tales construcciones en la URSS de preguerra; si bien podían realizarse como experiencias de vanguardia, reservadas a una minoría, en ningún caso podían representar una solución concreta para los millones de personas sin alojamiento o mal alojadas.

2. *La opción de China*

Para aquel que espera encontrar en China una arquitectura nueva, que traduzca en la piedra un mundo nuevo, sin duda alguna el primer sentimiento será una gran decepción. A nuestra llegada, desde el auto que nos conducía del aeropuerto a Pekín, situado a unos treinta kilómetros, vimos muchos edificios recientes, de cuatro o cinco pisos, de ladrillos sin revocar, lo que a nuestros ojos les daba un extraño aspecto inacabado. No había llovido en Pekín desde hacía mucho tiempo.

¹⁰ En Francia, edificios modernos de departamentos baratos, asignados a familias de bajos ingresos. [I].

¹¹ Yvon, *L'URSS telle qu'elle est*, Ed. Iles d'or.

Y bajo el sol de mediodía, la tierra —pues las aceras son de tierra apisonada— y los muros de las casas estaban como acoplados, de un color de arena quemada, sobre los cuales los árboles, muy numerosos, formaban grandes manchas verdes de sombras refrescantes que vibraban en la luz. Pero de nuevas formas arquitectónicas, ¡ni hablar!

La primerísima necesidad, al día siguiente de la liberación, fue dar un techo a todo el mundo. No era un asunto insignificante en un país en el que millones de campesinos no poseían otra cosa que la ropa que llevaban puesta (y eso cuando no se repartían entre dos y por turnos una túnica hecha de tela de costal, como un viejo obrero de rostro terriblemente marcado por las privaciones pasadas les contó ante nosotras a los alumnos de una escuela primaria en Nankín). Conviene recordar otra vez que China salió de treinta años de guerra con todo su cortejo de ruinas, de destrucciones.

En el momento de la reforma agraria se dividieron todas las casas existentes en secciones que eran asignadas de oficio a los “sin techo”. Hinton cuenta esto con mucha precisión en su libro *Fanshen*. Nosotras hemos visto, sobre todo en el campo, esas antiguas mansiones enormes de ricos propietarios en las que cohabitaban varias familias (con frecuencia —pero no siempre— emparentadas). En las ciudades había también la misma partición; naturalmente se requisaron las casas de los enemigos de clase, pero los “burgueses nacionales” también debieron ceder algunas de sus piezas para alojar obreros. Por supuesto, se trataba de medidas de extrema urgencia; había que construir. Sin embargo, este período no dejó de tener sus consecuencias. Las familias que cohabitaban debían compartir cocina, lavabos, fuente, lo que a cambio contribuyó a favorecer un inicio de hacer en común muchas tareas domésticas, o por lo menos desmitificó

su carácter “privado”. El problema que se planteaba ahora era: “¿Se debía esperar la fabricación de materiales modernos que permitieran la edificación de grandes inmuebles, lo que podía requerir tiempo, dado el débil desarrollo industrial de China en la liberación (pocas o ninguna fábricas de cemento, grúas, acero, etc.) o bien, *movilizando al pueblo*, había que emprender inmediatamente nuevas construcciones grandes en número, modestas en su realización?” La notable ayuda de la URSS permitió la reconstrucción de no pocos inmuebles, especialmente edificios públicos: asambleas populares, hospitales, universidades, grandes tiendas, etc. Pero fue principalmente comprometiéndose en la segunda vía como se resolvió el problema. Construir inmuebles de ladrillos trabajando con espátula no requería tecnología previa, solamente ladrillos en cantidad suficiente. Las ladrilleras trabajaban a toda su capacidad, pero hasta eso era insuficiente, todo el mundo se puso a cocer ladrillos durante su tiempo libre.

En el distrito de Ling, vimos niños poniendo una especie de tierra húmeda en moldes de hierro, parecidos a un aparato para hacer los “croque-monsieur”¹², luego, poner a secar al sol esos moldes, unos al lado de los otros al borde del camino, mientras que un poco más lejos, un campesino los metía a un horno, como bollos. Innumerables ciudades fueron construidas de esta manera. Con una inversión cercana a cero, apoyándose en el ingenio de las masas. En general esos edificios tienen una cocina común para dos o tres departamentos. Tienen electricidad, agua corriente en las cocinas, así como el gas de la ciudad.

Lo barato de la construcción permitió lo barato del alojamiento: un departamento cuesta en promedio 5

¹² En Francia, especie de emparedado hecho de pan con jamón y queso. [T].

yuanes al mes, siendo el salario medio de un obrero 70 yuanes. En ese precio están incluidos el agua, el gas, la electricidad, los muebles de primera necesidad, el mantenimiento y las reparaciones (pintura, vidrios, etcétera).

CAPÍTULO 4

TAKING: UNA ILUSTRACIÓN...

LA POLÍTICA DE CONSTRUCCIÓN EN CHINA

No es solamente la gigantesca movilización de masas para suplir la falta de medios técnicos, es además, y más fundamentalmente, la estrecha unión entre los problemas de urbanismo y los de la sociedad. Pero esta unión no podría efectuarse más que con la entrada de los obreros y de los campesinos en el dominio antaño reservado a los especialistas, el de la arquitectura. Porque sólo la masa de obreros y campesinos podía orientar la construcción en el sentido de las necesidades de las masas y de la revolución.

Un ejemplo típico es el de Taking. Los campos petrolíferos de Taking, los más importantes de China que hace diez años no eran más que pastizales, están poblados hoy en día por unos 40.000 obreros, técnicos, y sus familias. Debo precisar inmediatamente que nosotras no pudimos ir a Taking; creo que con excepción de Anna Louise Strong¹³; ningún extranjero lo ha visitado jamás. No obstante, si queremos hablar de ello aquí es porque Taking es en China el Ta Shai de la industria, es decir, una unidad de producción de vanguardia, modelo para toda China, y que si quiere comprender realmente la revolución china, es necesario no solamente conocer su estado actual “medio”, sino también las experiencias piloto que indican el sentido de la evolución. En fin, otra razón es que, a pesar de una documentación relativamente abundante, la experiencia de

¹³ Véase principalmente Anna Louise Strong, *Lettre de Chiné*, núms. 44-45, 15 de diciembre de 1966.

Taking es todavía demasiado poco conocida por todos aquellos que se interesan en China.

Los primeros obreros y técnicos que llegaron a Taking en 1959, no encontraron para alojarse más que los cobertizos de los pastores, de tierra apisonada. No había ciudades, muy pocos pueblos, todo estaba por hacerse. Con la ayuda de los pastores, los pioneros de Taking construyeron ellos mismos edificios nuevos utilizando los materiales y las técnicas tradicionales de la región, el apisonado, cuyas cualidades aislantes permiten tener fresco en verano y calor en invierno. Sin embargo, algunos pensaban que esas construcciones no podían ser sino provisionales, que había que realizar algún proyecto grandioso, del nivel de las explotaciones petroleras mismas. ¿Se podía seriamente prolongar esa situación ridícula en la que obreros y técnicos entre los más altamente calificados de China, de un nivel de vanguardia internacional, viven en casas de tierra apisonada como pastores? Un grupo de especialistas propuso la construcción de una inmensa ciudad del petróleo en la que se concentrarían todas las habitaciones y los servicios necesarios para la vida de los obreros y de sus familias.

Ese proyecto fue combatido muy vivamente por la gran mayoría de los habitantes de Taking, quienes denunciaron sus principales defectos: como los pozos están muy dispersos en un radio de 20 kilómetros, imponía tiempos de transporte inútilmente largos del lugar de trabajo al de habitación, cuando la tarea actual es justamente reducirlos al máximo. Requería inversiones desmesuradas, cuando se podían encontrar en el lugar material muy baratos que han dado muestras de servir. Finalmente, y sobre todo, profundizaba la separación entre la ciudad y el campo en lugar de dedicarse a reducirla: construir una ciudad nueva especialmente para las “gentes del petróleo” era apartar a éstas de los campesinos y de los pastores de la región, lo que volvía a ocasionar el no preocuparse por la alianza

revolucionaria de obreros y campesinos.

Por otra parte, ¿cómo iban a alimentarse los obreros de Taking? Ciertamente no de petróleo. Asentarlos en una ciudad era confirmar el hecho de que la comunidad de Taking no podía vivir más que importando de las regiones agrícolas los alimentos que necesitara. Eso era pues crear un desequilibrio económico *típico* de los países capitalistas y que justamente el socialismo debe resolver. Por todas estas razones el “proyecto grandioso” fue rechazado. Se designó un “comité de arquitectura” por los obreros, incluyendo arquitectos, obreros, técnicos, campesinos, amas de casa, cuadros del partido, a fin de presentar contraproyectos. Ese comité emprendió una profunda encuesta. Interrogó a todos los habitantes de Taking acerca de sus deseos, recogió las críticas formuladas respecto a las casas de tierra apisonada. Trabajó en estrecha unión con los campesinos para conocer mejor los defectos y las cualidades de las casas tradicionales. Luego, sobre la base de esa profunda encuesta, propuso un modelo de casa apisonada “mejorada”. Ese nuevo proyecto fue entonces largamente discutido por las masas, modificado otra vez, luego adoptado. Entre 1962 y 1966 fueron construidos *un millón de metros cuadrados* de superficie de habitación según ese método, que igualmente se utilizó para construir guarderías, escuelas, dispensarios, oficinas, talleres, tiendas, cines, servicios públicos, etc. Solamente la refinería, el hospital central y el Instituto de Investigaciones Petrolíferas fueron construidos con materiales clásicos (cemento y acero) por ser demasiado grandes y altos para fabricarse de tierra.

A petición de las mujeres, las casas habitación se concibieron para varias familias (3, 4 o 5). Fueron previstas partes comunes, una cocina espaciosa así como una sala común, en tanto que el resto del departamento quedaba reservado a cada una de las familias. Por fuera, los habitantes trataron de que las casas tuvieran un aspecto

alegre y agradable. La base de los muros es ordinariamente color castaño oscuro, el color del apisonado en bruto, mientras que los muros están recubiertos de pintura ocre. Puertas y ventanas, así como la cornisa de madera que soporta el techo de paja, están pintadas de un color vivo que contrasta; en general un azulintenso.

La implantación de esas casas fue determinada por la voluntad de “descentralizar”. La comunidad de Taking se divide en varias decenas de barrios, con frecuencia bastante alejados unos de otros, pero cercanos a los lugares de trabajo de sus habitantes. La técnica de construcción fue simple, los materiales necesarios se encontraron gratuitamente en el lugar; los obreros construyeron muy rápidamente su casa con la ayuda de los vecinos, lo que por ende volvió el alojamiento gratuito. Al desarrollarse la explotación petrolífera llegó a obtenerse el gas contenido en el petróleo. Éste, en gran cantidad, es almacenado y enviado a toda China en camiones- cisterna y, por otra parte, se instalaron conductos especiales a fin de permitir la distribución de gas para todos los habitantes de Taking, cuyas casas cuentan así con calefacción gratuita.

No obstante, por bien concebidas que estén, las casas no son más que casas y nadie tendrá jamás la propiedad de hacer nacer la vida ahí donde no existe. Si, por lo mismo, hoy en día los barrios forman comunidades vivas, y si Taking es un modelo para toda China, es porque Taking ha logrado establecer, probablemente por primera vez en la historia, un equilibrio entre la industria, la agricultura, las actividades culturales y la naturaleza. Y esto, solamente los hombres podían realizarlo: En Taking, esos hombres, fueron sobre todo mujeres.

La madre Shue, una “madre coraje” de nuevo tipo

Todo bien considerado, proporcionalmente a la inmensa extensión de Taking, los diferentes pozos de

petróleo, sus canalizaciones y las refinerías, no ocupan más que una pequeña parte de la superficie existente. El resto, en 1962, eran inmensos pastizales y tierras principalmente yermas. En la primavera de ese año, las cosechas fueron muy malas en toda China debido a calamidades naturales sin precedente. Los cereales fueron racionados. Un buen número de mujeres de obreros que acababan de instalarse en Tating decidieron espontáneamente tomar azadones y picos para mejorar la alimentación. Se pusieron a cavar la tierra de las huertas cercanas a su hogar.

Pero ese trabajo no satisfacía a la madre Shue, esa mujer de cincuenta años cuyo marido y los tres hijos trabajaban en los pozos. No, eso no marcharía. Las mujeres de los obreros del petróleo no debían limitarse al mantenimiento de algunas huertas aun si éstas eran para todo el mundo; eso no era más que provisional debido a las dificultades pasajeras que atravesaba China. Ella alimentaba otro proyecto bien distinto: “Las mujeres debían transformar Tating, ciudad industrial, en una vasta ciudad industrial y agrícola y para eso partir a la conquista de las tierras yermas.” Convenció a cuatro de sus vecinas para ese proyecto.

Después de haber tomado consejo de los campesinos del lugar, escogieron algunos campos yermos distantes de sus casas como unos treinta kilómetros. Inmediatamente se presentó un problema. Todavía no existían dormitorios ni guarderías para los pequeños y esas mujeres tenían hijos. “Tanto peor; a los niños los llevamos con nosotras, después veremos cómo organizar los servicios necesarios”... Y una mañana, reunieron sus cinco azadones, latas de conservas, una tienda, los tres niños, cacerolas, algunos kilos de semillas, y partieron. Plantaron su tienda en un campo a una media hora de camino del primer pueblo. La primera noche se soltó un viento terrible y pasaron toda la noche deteniendo la tienda que amenazaba volarse. A pesar de eso, a la

mañana siguiente comenzaron a cavar el campo. En tres días, removieron así cinco mus. Cuando amanecía el cuarto día, vieron llegar a una veintena de mujeres, con trece niños, que dijeron a la madre Shue: “Nos inquietamos por ustedes durante el ventarrón de la otra noche, y pensamos: Esas mujeres desafían la borrasca y el frío con sus hijos por el bien de la comunidad, mientras que nosotras dormimos calentitas; ellas son quienes transforman el mundo; lo que ellas hacen, también nosotras lo podemos hacer... Así que... ¡henos aquí!” La madre Shue se puso tan contenta que no pudo pronunciar palabra. Rápidamente se organizó la comunidad. Una mujer se encargaría de cuidar a los niños mientras que las demás cavaban la tierra. Desmontaron y sembraron dieciséis mus suplementarios que dieron una cosecha de 1.925 kilos de habas de soya. Así fue como nació la primera “brigada agrícola” de Taking.

Al siguiente año, sobre los lugares de trabajo de esa primera brigada, se construyó un pueblo de unas 200 casas. La madre Shue volvió a partir a desmontar otros terrenos arrastrando con ella a unas cien mujeres. Esta vez, las mujeres tomaron tiempo para organizarse. Construyeron casas colectivas apisonadas (según el modelo descrito más arriba) para ellas y sus familias, que las habían seguido. Su primera tarea fue organizar una guardería y una escuela para los pequeños. Para la guardería el problema fue fácilmente resuelto. En una de las casas apisonadas se reunieron andaderas y camitas, se arregló un lindo jardín y se confió a todos los niños a un equipo de abuelos y abuelas voluntarios. En cuanto a la escuela, fue una institutriz quien la creó, secundada por otras mujeres. Algunos cursos los daban personas que no eran profesores, como los de historia de la revolución que los daban hombres y mujeres que habían participado en grandes luchas en el pasado. Las mujeres

se ocuparon también de que tanto los niños como las niñas adquirieran algo de práctica básica de trabajo doméstico colectivo. Se crearon cursos de costura, de reparación de calzado, etc. Pudieron emplearse más fuerzas en la agricultura y la primera cosecha de ese año fue recolectada sobre más de 150 hectáreas.

La creatividad de las mujeres no se detuvo ahí. Organizaron un comedor popular, talleres colectivos de trabajo doméstico y, con los médicos recién llegados, una red de sanidad muy descentralizada. En Taking cada pueblo, por pequeño que sea tiene una policlínica en la que se pueden hacer operaciones comunes. Más tarde se crearon pequeñas fábricas para producir los diferentes objetos útiles en la vida de los habitantes y en el trabajo, luego fábricas de receptores de radio, pasando por las de zapatos, de cacerolas, de muebles, de piezas de repuesto para las máquinas, hasta la producción de máquinas para quitar la cáscara a los cereales. En esa extraordinaria corriente desencadenada por las mujeres fueron arrastrados los jóvenes adolescentes, las personas de edad, los estudiantes del instituto del petróleo. Aunque menos de la tercera parte de esas personas hayan sido consideradas al principio como activas, poco a poco todos, con excepción de los enfermos, quisieron organizarse para efectuar trabajos colectivos. Y es quizá esa una de las señales más flagrantes del éxito de las mujeres al haber diversificado al extremo sus actividades partiendo de la producción alimenticia, y que poco a poco integraron en todos los sectores hombres y mujeres.

Un aspecto poco conocido de la especificidad femenina

Otra particularidad de Taking merece atención: son gratuitos la mayoría de los servicios colectivos, como los peluqueros, la preparación de las comidas, el cine, los

transportes, etc. En cuanto a los talleres de reparación de ropa y calzado, no se cobra más que el precio de los materiales utilizados, telas, hilos, botones, etc., pero no el trabajo. Hay que buscar la razón de esta gratuidad entre las mismas mujeres. Como lo observamos a propósito del desarrollo de las fábricas de barrio, lo que las impulsó a trabajar, no fue el deseo de aumentar sus entradas individuales, sino el de representar colectivamente un papel económico y político considerable que transformara la existencia de todos transformando su condición específica. Su objetivo era dar un paso más hacia el comunismo que verá las tareas asumidas según la capacidad de cada uno y la distribución de las riquezas efectuada según las necesidades de cada uno. Ya cuando la madre Shue creó la primera brigada de producción, las mujeres que habían participado en ella adoptaron el método de los puntos de trabajo para su retribución teniendo en cuenta la capacidad de cada una. Pero además, las que habían obtenido más puntos decidieron redistribuir una parte de sus ganancias entre las que tenían hijos endebles o que tenían cualquier otra dificultad material, juzgando que tenían más necesidad que ellas. ¿Es un simple efecto del azar si esas concepciones de vanguardia han comenzado a ser aplicadas por mujeres? O ¿no habría, en la milenaria práctica de las mujeres, que miden siempre su trabajo no en función del pago que obtienen por él, puesto que no reciben salario, sino en función de la utilidad de ese trabajo para la familia, habría en ello una tendencia comunista de esas mujeres por dar prioridad a la calidad de utilidad social del trabajo? En todo caso, era a esa misma conclusión a la que había llegado Anna Louise Strong en su discusión con las mujeres de Taking, entre ellas la madre Shue; decía: “Esto —el trabajo gratuito de Taking— no está lejos de lo que la tarea de las mujeres ha sido a todo lo largo de los siglos.

Ellas han trabajado siempre para aumentar las entradas familiares por medio de ocupaciones que no se *calculan con cifras*, y no está lejos tampoco de la comuna del porvenir, en donde las tareas serán ejecutadas según las capacidades de cada uno y recompensadas según las necesidades.” (*Lettre de Chiné*, Anna Louise Strong, 15 de diciembre de 1967.) ¿No tocamos aquí un aspecto fundamental de lo que es hoy en día la especificidad femenina, en sus múltiples facetas? Mao Tse-tung lanzó el santo y seña de “aplicarse a la escuela de Taking”, en el que precisa: “si las condiciones lo permiten, los obreros deben ocuparse de agricultura como se hace en los campos petrolíferos de Taking.” Lo que implica que después de haber estudiado las experiencias de las mujeres de Taking, el Partido Comunista comprendió toda su importancia para el porvenir de la economía china, para el porvenir del comunismo. El modelo es esa nueva forma de organización social que integra la ciudad y el campo combinando las ventajas de una y otro, lo que no puede hacerse más que avanzando en la colectivización de todos los sectores de la producción, principalmente la producción doméstica, es decir, en la transformación de la condición femenina.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS SERVICIOS DOMÉSTICOS EN UNA CIUDAD OBRERA DE SHANGHAI

En los barrios de las ciudades, así como en los pueblos, el “restaurante popular” es con frecuencia el edificio colectivo más importante; también con frecuencia es el más antiguo. De las diferentes tareas domésticas que se organizaron primero, fueron generalmente las comidas colectivas.

Igualmente sin duda porque retirar a las mujeres la

exclusividad de la preparación de las comidas era un paso importante para liberarlas del trabajo doméstico, aunque su interés público en ello era inmediatamente visible y aunque, por otra parte, para hacerlo funcionar no se necesitaban más que algunas salas grandes.

Después de haber visitado una fábrica textil en Pekín, se nos condujo al restaurante del conjunto habitacional cercano a esa fábrica (la misma fábrica tenía también su propio comedor, abierto, por otra parte, a los miembros de las familias de sus empleados y a sus amigos). Un receptor de radio transmitía informaciones que los comensales comentaban ruidosamente. Los ruidos de fuera, esa voz aguda de muchacha mezclada con los sonidos metálicos que se escapaban de un pequeño taller vecino, se detenían en el umbral del restaurante en el mismo lugar en que el sol dibujaba un cuadrado de luz sobre el suelo. Ese restaurante, instalado en una gran pieza de muros altos, era, una vez terminadas las comidas, la sala de espectáculos del barrio, en donde el señor Chang y la señora Kié ofrecían representaciones después de su trabajo. Era mediodía y los largos panes crujían sobre la vajilla de barro vidriado. Aquí, una pareja se afanaba muy cerca uno del otro, tomando sus alimentos con sus dos chiquillos. Allá, una viejecita discutía en una mesa de jóvenes. Más allá, unos diez niños de seis u ocho años comían solos tranquilamente. En una esquina, largas ventanillas separaban el restaurante de la cocina. Se compraba ahí su plato y luego se iba a comerlo en una de las grandes mesas de la sala. Otros, que habían comprado ahí su comida lista para el consumo, la llevaban a su casa en platos de metal para comer en familia. Cerca de nosotros, dos pequeñines, cuya barbilla difícilmente alcanzaba el borde de la ventanilla, pedían de comer. La camarera los atendió gentilmente. Los niños tomaron los platos que les tendía y fueron a sentarse al lado de un hombre que comía solo en una mesa. Él les

sonrió y empujó un tazón para hacerles lugar. Los chicos comenzaron a discutir con él; él les escuchaba atentamente, moviendo la cabeza. Le ayudó al más pequeño a desmenuzar su pescado. Terminada la comida, los niños recogieron con sus tazones y palillos los del hombre y los llevaron a otra ventanilla; él les agradeció con un gesto amistoso. Salieron corriendo nuevamente al patio, a los juegos y la luz. No eran los hijos de ese hombre, ni siquiera eran de su familia. Sin duda de algún vecino. Tampoco eran niños “desamparados”. Por la razón que fuera, tomaban solos su comida y, con toda naturalidad, cada adulto, incluso cada hermano mayor, se sentía obligado a velar por ellos como por los propios. Los restaurantes, nos dijeron, están abiertos todos los días y para todas las comidas. En beneficio de los que deben desplazarse por su trabajo o por cualquier otro motivo el restaurante ofrece también “raciones” para llevar bien surtidas...

El sistema habitual de administración de esos restaurantes está basado en la triple dirección de los cocineros, los consumidores y los responsables de los otros servicios colectivos de la ciudad, para asegurar su coordinación. Las antiguas amas de casa del barrio son con mucha frecuencia, quienes han creado esos restaurantes y son ellas además quienes aseguran su organización. La existencia generalizada de esas cocinas colectivas redujo considerablemente la importancia de las cocinas privadas. Por otra parte, éstas no lo son generalmente en sentido estricto, sino comunes a dos o tres familias. En los edificios de esa ciudad encontramos una por piso, es decir, una por cada dos departamentos. Los utensilios domésticos se usaban en común y con frecuencia las familias se organizaban entre sí para hacer por turnos la comida para todos. El día de nuestra visita un abuelo y su nieta preparaban la comida (o la recalentaban) para dos familias.

En cuanto a los otros servicios colectivos, como los que se crearon en Taking, tuvimos la ocasión de visitarlos largamente, principalmente en Shanghai. Su primera particularidad es haber sido creados por las mujeres mismas. Lo que quiere decir que tanto su organización concreta como su desarrollo son extremadamente dependientes de las aspiraciones de esas mujeres por destruir el carácter privado, familiar, de esas tareas. En medio de los edificios de varios pisos, pequeñas construcciones bajas recientemente hechas, constituían los polos de animación de la vida del barrio. De sus puertas abiertas a la calle, se escapaban los ruidos de las máquinas y de las conversaciones. Entraba y salía gente, llevando algún paquete. Una especie de “sidecar” – bicicleta – se detuvo frente a uno de ellos, y el chofer entregó ahí piezas de tela en cantidad bastante grande.

Ese taller se ocupaba del mantenimiento de la ropa. Por la mañana, los obreros pasaban a los departamentos a recoger las ropas para reparar: camisas desgarradas, calcetines agujereados, pantalones descosidos, botones por pegar, cuellos raídos, pantuflas que había que zurcir, vestidos por agrandar o recoser, etc. Luego, vueltos al taller, se ponían manos a la obra. Éste colocaba una pieza, luego cosía un botón, aquél hacía un dobladillo; dos máquinas de coser, una frente a otra, mordían una tela de grandes flores, probablemente un edredón. En un lapso muy corto, con frecuencia en el mismo día, las ropas estaban reparadas y devueltas a su propietario (entregadas a domicilio) y por un precio extremadamente modesto, apenas más del precio del hilo o de la pieza de tela necesaria para la reparación. Existen tales servicios para lavado y planchado, zapatería, arreglo de ropa de cama, para confección de ropa sobre medida. Tienen dos cualidades particularmente importantes: para ser realmente eficaces, están en el corazón mismo de los conjuntos habitacionales, por ende muy cercanos a los consumidores; y son muy

baratos, por lo tanto utilizados masivamente. Igualmente hay talleres de reparaciones varias; se ocupan de arreglar diversos utensilios familiares: pegar pedazos a ollas o cacerolas de metal agujereadas, afilar tijeras y cuchillos, pero también reparar en casa la puerta del armario estropeada, la ventana que se atasca, etc. También hay servicios de limpieza que van a domicilio regularmente a limpiar los departamentos, y también eso a un precio verdaderamente mínimo hasta para los presupuestos obreros.

Los equipos de trabajadores que se ocupan de esos talleres de “servicios” han sido, ya lo hemos dicho, creados por las mujeres, pero engloban a otras personas aparte de las amas de casa, en particular han sido el medio para que los jubilados con buena salud continúen ejerciendo actividades sociales, lo que constituye una de las razones de la integración total de los ancianos a la sociedad; igualmente se encuentran ahí hombres “activos”. Los obreros de esos talleres trabajan 6 horas al día, y algunas veces solamente 3 o 4 horas, lo que permite la participación de personas menos fuertes, la de jóvenes fuera de horas de estudio, e igualmente autoriza la participación de esos trabajadores en otras actividades, especialmente las culturales y las de carácter artístico, como la creación de grupos de teatro de aficionados, de coros, y también el reinicio de la escolarización de los adultos, o la adquisición de conocimientos completamente nuevos, incluso un nuevo oficio —como por ejemplo, la formación de “médicos descalzos” entre las amas de casa en las ciudades.

Desarrollar la mecanización, sobre la base de esos talleres colectivos, es una preocupación constante tanto de los trabajadores como de los cuadros políticos. Hay en esos talleres, como en cualquier fábrica, pequeños grupos de inventores compuestos de obreros y de técnicos, que trabajan afinando nuevos procedimientos para mecanizar y simplificar el trabajo. Aquí, se trabajaba para afinar un

sistema de secado de ropa rápido y económico, en otra parte, se inventan aparatos para cardar los colchones; más allá, se esfuerzan por fabricar pequeños aparatos para zurcir. Todos esos equipos están en contacto con fábricas de bienes de consumo para estudiar con ellas las posibilidades de satisfacer diferentes necesidades. Pues si la mecanización no es previa a la socialización, en cambio, tan pronto como comienza, se convierte en un importante medio de refuerzo.

Como los precios de esos servicios son muy bajos, a los obreros les paga la administración de los barrios, de los fondos municipales; según el caso, existen subvenciones del Estado para salarios; en los casos en los que las municipalidades son más ricas, ellas solas retribuyen a los empleados. El monto de los salarios es bastante bajo, aproximadamente treinta yuanes al mes, ya que las horas de trabajo son, con frecuencia, bastante menos que en una fábrica, pero tienen derecho, como cualquier otra clase de obreros, a los servicios médicos gratuitos.

**LA PRODUCCIÓN DOMÉSTICA
DESMITIFICADA**

Si los talleres colectivos modifican la apariencia de los barrios, modifican todavía más profundamente las relaciones entre los habitantes, y en primer lugar la vida de las mujeres. Al colectivizar el trabajo doméstico, aparece cada vez más claramente que éste no era, en el fondo, más que una producción como cualquiera otra; que su carácter familiar no se debía más que a una organización peculiar de la sociedad que necesitaba que cada familia lo tomara a su cargo por sí misma, y no ligado a su pretendida “naturaleza”. Zurciendo los calcetines de todos, y zurciéndolos con hombres y con otras mujeres, es más fácil comprender que lo que había de servil, de poco glorioso en ese trabajo, venía, en realidad, de que una misma estaba “esclavizada” a ese trabajo despreciado por todos, de que su carácter útil, necesario, no estaba reconocido socialmente. En Francia (como en la antigua sociedad china, por otra parte), sucede lo mismo con muchos trabajos; en realidad, todos los trabajos manuales son despreciados, y al mismo tiempo, el desprecio por el trabajo alcanza a todos aquellos que lo ejecutan. Pero esta actitud despreciativa de gran señor se manifiesta, bajo su forma más acabada, respecto al trabajo doméstico.

En nuestros países se hace más que despreciar el trabajo doméstico; se le niega. Las mujeres no trabajan, “se ocupan”. Una de las cualidades quizá esencial de esos talleres es la función educativa que llenan respecto a jóvenes y hombres. La existencia de esos talleres ha vuelto tangible, palpable, lo que las mujeres de nuestros países llaman a justo título “el trabajo invisible”. Nadie puede ya ignorarlo. Y tanto los hombres como los

jóvenes aprenden a reconocer su importancia. Esto se traduce en su participación voluntaria en el trabajo de esos talleres en su tiempo libre o, más todavía, en la construcción común de nuevos edificios para abrir nuevos talleres.

Al socializarse, el trabajo doméstico ha reconquistado su derecho de ciudadanía; y al mismo tiempo, los que lo toman a su cargo, cesan de ser menospreciados. La socialización transforma y enriquece la vida de las antiguas amas de casa. Organizados y funcionando como cualquiera otra unidad de producción, los equipos de barrio participan masivamente en la vida política en todas sus formas: tienen lugar debates sobre la situación internacional, o se discuten las posiciones del gobierno, las cuestiones importantes de la edificación socialista, el papel de las mujeres en la revolución, etc. No se ve que sean mantenidos aparte en ningún sector. El estudio generalizado del marxismo leninismo, se ha convertido recientemente en un movimiento pujante, y no es sin un dejo de orgullo como amas de casa de unos cincuenta años, y que apenas han sido escolarizadas, nos dicen que actualmente estudian “materialismo y empiriocriticismo” de Lenin, de lo que lo menos que se puede decir es que no es fácil de abordar. También en estos equipos descansa lo principal de la vida cultural del barrio. Hay muchos grupos de artistas aficionados en China, y las mismas antiguas amas de casa han creado muchos de ellos. Organizan espectáculos para los habitantes del barrio y también van a actuar a las fábricas para otros obreros, o bien reciben en su barrio a otros grupos de aficionados que vienen a veces de lejos para representar ahí piezas de teatro o para hacer números de acrobacia, especialmente apreciados en China.

EL COMERCIO: UN NUEVO “SERVICIO PÚBLICO”

La transformación del comercio representa un papel notable en la liberación de las mujeres de las tareas domésticas. Después de la liberación, no fue suprimido el pequeño comercio. Los pequeños comerciantes fueron llamados a agruparse en cooperativas de distribución, las que progresivamente se convirtieron en propiedades colectivas, como pasó con los campesinos y los artesanos. Los antiguos propietarios de tiendas pequeñas continuaron trabajando en su tienda como antes, con la diferencia de que los precios de las mercancías eran fijados por el Estado. Hoy en día, por supuesto, hay grandes tiendas del Estado que concentran en sus diferentes estanterías una multitud de sectores comerciales. Pero igualmente se han desarrollado los pequeños comercios locales, los mercados ambulantes, y más generalmente todas las formas de descentralización del comercio, a fin de poner éste lo más cerca posible de los consumidores. Los precios fijados en los pequeños comercios de barrio son los mismos que los de las grandes tiendas y se encuentra en ellos todo lo necesario para la vida cotidiana. Desde la Revolución Cultural han tenido lugar nuevas transformaciones. Se ha insistido en el vínculo entre producción y distribución; y a los vendedores toca formar este nexo entre las necesidades de los consumidores y las fábricas. Así, los vendedores mismos van regularmente con sus clientes a tomar opiniones. ¿Están contentos con la calidad de tal producto? ¿Están satisfechos de su uso? ¿Es práctico? ¿No es demasiado caro? ¿Cuáles son sus defectos? ¿Tienen sugerencias que hacer? etc. Provistos de estos informes, estudian con las diferentes unidades de producción a quienes concierne, los medios para

satisfacer mejor las necesidades del pueblo. Una vez al año, todo el personal del comercio va a hacer un cursillo de alrededor de un mes a los lugares de fabricación de los productos que venden. Esto permite una liga política más estrecha entre los obreros de fábrica, los campesinos y los “obrereros del comercio”, como los llaman los chinos. Permite también a los vendedores conocer todo el trabajo social que representan los objetos que manejan continuamente. Un joven vendedor nos contó que después de haber trabajado en una comuna popular, las legumbres que vendía le parecieron preciosas, y tenía un cuidado muy especial para preservar su calidad; las manejaba con precaución, y estaba afinando un sistema de rejas ventiladas que permitiera preservarlas de la humedad. Explicaba “que habiendo visto cómo luchaban los campesinos contra la sequía y las inundaciones, cómo trabajaban duramente y de manera desinteresada para proporcionar una buena alimentación al pueblo, pensaba que era su deber velar porque éstas conservaran todas sus cualidades y también porque no hubiera más pérdidas”. “Calidad, economía y dedicación, eso es –nos decía– lo que le habían enseñado los campesinos con los que había trabajado.”

Conocer los productos que uno vende, significa también ser capaz de repararlos. Así que cada vez hay más vendedores que al mismo tiempo hacen reparaciones; atestigua la historia de esa joven que vendía despertadores mecánicos en un gran almacén. Ella consideraba como un gran defecto en su trabajo el no conocer de los despertadores más que el precio. Por lo tanto, después de haber trabajado en la fábrica que los hacía, puso todos sus esfuerzos en conocer a fondo el mecanismo; lo logró tan bien que cuando vendía un despertador jamás olvidaba precisar: “Si no funciona ya después de algún accidente o por una falla de

fabricación, tráigalo, yo le haré la reparación.” Y cuando los clientes querían pagarle por su trabajo, rehusaba, diciendo: “Soy vendedora en la nueva sociedad, esto forma parte del trabajo por el cual ya me pagan. Antes no sabía nada de mecánica y esa ignorancia me impedía servir al pueblo como yo deseaba. Ahora me sirvo de mis conocimientos para servirle mejor, eso no es nada más que lo normal.”

La transformación del comercio en el sentido de una unión siempre más estrecha con los consumidores evidentemente participa en el cambio de la condición femenina. No se busca, como es el caso en nuestros supermercados, compensar una débil bonificación sobre los precios con un considerable flujo de clientela atraída a la tienda desde muy lejos, lo que tiene como consecuencia hacer perder el tiempo en los transportes. ¡No! los comercios están “a la vuelta de la esquina”, y se han convertido en verdaderos servicios públicos.

Otro concepto de la medicina; sus consecuencias para la mujer

La enorme descentralización de los servicios de sanidad, aligera considerablemente a las mujeres a quienes en nuestros países también incumben tareas de ayudantes-cuidadoras muy emocionantes. Ya no es sobre la madre de familia sobre la que reposa la responsabilidad de velar por la buena salud de todos los miembros de la familia; no es ya tampoco sobre ella sobre quien cae la carga de cuidar y atender a los hijos cuando están enfermos. Para empezar, en todos los lugares de trabajo, médicos y médicos-obreros (obreros formados por médicos en el lugar de trabajo) asumen, no solamente los cuidados inmediatos sino lo que es todavía más importante, la prevención, participando

ellos mismos en el trabajo como los demás. En las escuelas, los niños también aprenden los principios de la medicina y los primeros auxilios. Hay grupos de niños que luchan contra los insectos en verano se les ve a veces recorrer las calles para recomendar a los viejos quitarse el hábito ancestral de escupir en el suelo; para pedir a las personas resfriadas que no salgan sin máscara de protección. Saben cuidarse mutuamente y ponen el mayor cuidado y seriedad en seguir las prescripciones médicas. Son igualmente capaces de hacer diagnósticos simples como los resfriados, las anginas, las indigestiones y con frecuencia también de dar las primeras atenciones necesarias en caso de accidente. También saben practicar algunos puntos de acupuntura para curar pequeños males.

En cada uno de los grupos de edificios de los barrios de Shanghai, hay un puesto sanitario. Ahí, formados por médicos en el lugar de trabajo, dos o tres habitantes de los edificios, por lo general antiguas amas de casa, saben todos los cuidados y diagnósticos comunes. En constante contacto con el personal médico de los dispensarios que asegura la salud de la ciudad, ellas toman a su cargo a aquellos cuya salud no exige una hospitalización, o bien que están convalecientes. Esos trabajadores sanitarios vigilan igualmente que los enfermos descansen lo mejor posible, les llevan de comer, o les ayudan en su aseo personal, o hasta toman la iniciativa de prevenir a los diferentes comités del barrio en el sentido de que la camarada Fulana tiene una pierna rota, que hay que ir a verla, llevarle qué leer, ayudarla en tal o cual tarea, lo que se hace de la manera más simple del mundo. En China no se puede imaginar la situación, tan comúnmente odiosa entre nosotros, en que una persona se quede sola con sus problemas; pero para llegar a ese resultado, se necesitaría que los diferentes sectores de las actividades sociales se preocuparan de esas cuestiones, como lo hacen las

fábricas y las escuelas, etc., y que la medicina se convirtiera poco a poco en una práctica de masas.

La cooperación en la familia

Nos parece que hay dos aspectos en la transformación del trabajo doméstico en China. El primero, del que hemos dado numerosos ejemplos, consiste, bajo múltiples formas, en socializar ese trabajo, en reagruparlo, en organizarlo fuera de la estructura familiar. Principalmente por esa socialización es por lo que desaparece progresivamente el trabajo doméstico; pero por otro lado, hay tareas que no exigen en absoluto ser centralizadas para liberar a las amas de casa, sino al contrario.

Si consideramos este segundo aspecto, es justamente porque, en la perspectiva burocrática de la liberación de las mujeres, se presenta como necesario centralizar al máximo las tareas para aumentar la productividad. Eso parte del análisis superficial de la diferencia entre trabajo familiar y trabajo social; pero en realidad, el trabajo familiar no es “familiar”, no se efectúa por la familia sino para ella y *únicamente por la mujer*. Al marido no se le ocurriría pedirle a su mujer que le lavara los dientes o lo vistiera, pero encuentra natural que ella le haga la cama, le lustre los zapatos o arregle el desorden que él ha hecho en la casa. Esta comparación quizá parezca forzada, sin embargo no lo es si se piensa que no hace tanto tiempo que las gentes ricas tenían ayudas de cámara cuyo trabajo consistía justamente en lavar, peinar, empolverar, vestir a la señora o al señor. Hacer su cama, cepillar su ropa, dar una puntada a un vestido, arreglar sus asuntos, es en China como lavarse los dientes: cada quien lo hace por sí mismo de la manera más natural del mundo. Y si justamente se ha convertido

culturalmente en una cosa natural, mientras que hace veinte años no lo era, es porque los hombres también se han reeducado en el trabajo doméstico. Han aprendido a medirlo realmente, a no despreciarlo. Ya no es femenino.

También el nuevo movimiento femenino en Francia milita en favor de la división de las tareas: “Por cierto, reclamamos en primer lugar la colectivización del trabajo doméstico, pero también queremos que lo que no es ‘colectivizable’ se reparta igualmente entre todos.” Al formular esta exigencia, que el simple sentido común basta para encontrar legítima, el movimiento femenino seguramente no supuso que provocaría un escándalo entre los encargados de hacer los “programas comunes”.

Cuando el PCF se acuerda de las mujeres...

Es necesario creer que, sin saberlo, se había tocado ahí un punto sensible. Veamos: después de haber recordado las estadísticas según las cuales una mujer de obrero, al efectuar la doble jornada de trabajo —una en la fábrica y otra al volver a casa—, tiene semanas de 80 a 100 horas de trabajo, un folleto del PCF¹⁴ agrega:

Espíritus prudentes... ven el remedio a ese exceso de trabajo en una división equitativa de las tareas domésticas entre el marido y la mujer.

Es cierto que muchas mujeres trabajadoras obtienen una ayuda apreciable por parte de su compañero en los trabajos domésticos y nosotros vemos en ello una prueba de la evolución de las relaciones entre la pareja. Pero, no querer resolver la carga demasiado pesada que agobia a la madre trabajadora, más que a través de una repartición igual en el

¹⁴ *Les communistes et la condition de la femme*, estudio de la comisión central de trabajo del partido comunista entre las mujeres, 1970.

matrimonio, de las dificultades y de la fatiga, es una concepción limitada de la igualdad¹⁵, que nosotros, concebimos como una elevación de la condición humana, debiendo volverse cada uno más disponible para el otro y para los hijos.

Y nosotros haremos dos observaciones:

1) Esta “solución” no puede ser sino un paliativo en la época en que el intenso y rápido desarrollo de las ciencias y de las técnicas debería poder poner en la puerta de todos los hogares (sin que ello les imponga privaciones) los aparatos domésticos, en la medida en que puedan llegar hoy en día a la mecanización de los trabajos domésticos. Lo que no es el caso, como lo muestran las estadísticas... 72.5% de los hogares franceses están equipados con refrigeradores, 50% solamente poseen aspiradora y lavadora.

2) Esta “solución” es una diversión que eximiría a los poderes públicos y al sector patronal de las obligaciones que les resultan en el sentido de facilitar la tarea de madre de familia a la trabajadora.

El PCF no tiene “una concepción limitada de la igualdad”; por ese lado no hay nada que temer. Simplemente no logra “concebir” lo que podría significar la igualdad.

La división de las tareas domésticas no puede arreglar el problema, eso es evidente, pero reúne en el seno del pueblo una parte de las condiciones políticas e ideológicas que permiten plantear mejor el hecho de que se encarguen del trabajo doméstico las colectividades, con base en un espíritu igualitario. Sin esta preparación política e ideológica, el que realmente toda la sociedad se encargue – y no solamente las mujeres, aunque encabecen un equipo electrodoméstico importante– sigue siendo imposible, y

¹⁵ Subrayado de la autora.

no se puede sino volver a caer en los “paliativos” que propone el PCF: el desarrollo de los aparatos domésticos individuales gracias a la ayuda de los patrones y del Estado.

Ciertamente, la división igualitaria es “insuficiente”, pero ni más ni menos que cualquiera otra medida parcial; solamente la destrucción de las relaciones de producción capitalista es “suficiente”. Rechazar de plano toda lucha por la división igualitaria de las tareas domésticas, declarándola “maniobra de diversión”, como lo hace el PCF, eso es, dándose cómodamente aires “de izquierda”, adoptar el punto de vista retrógrado que Lenin criticaba a ciertos comunistas:

Entre nuestros camaradas hay muchos de los cuales desgraciadamente se puede decir: “rasque un poco en el comunista y encontrará al filisteo.” Por cierto, hay que rascar en el lugar sensible: su mentalidad respecto a la mujer. No hay prueba más evidente que el hecho de que los hombres miren tranquilamente a las mujeres consumirse en un monótono trabajo menor, fatigante, que absorbe su tiempo y sus fuerzas: el cuidado de la casa. Con ello, ven estrecharse poco a poco el horizonte de sus compañeras, marchitarse su espíritu, aflojarse los latidos de su corazón, debilitarse su voluntad... Hay muy pocos maridos, aun entre los proletarios, que piensan en aligerar sensiblemente las penas y las preocupaciones de sus mujeres o de igual modo desembarazarlas completamente *ayudándolas en el “trabajo femenino”*. No hacen nada de eso porque sería contrario “a los derechos y a la dignidad del marido”. Exigen para ellos el descanso y la comodidad. La vida doméstica de la mujer es el sacrificio cotidiano de sí misma en las pequeñas cosas¹⁶.

Ese sacrificio cotidiano de las mujeres en las pequeñas cosas, es la realidad, lo contrario de las frases melosas de la burguesía sobre la “maravillosa maternidad” y el papel “irremplazable” de las madres. Escuchemos, además:

Lo queramos o no, el papel de la madre es primordial en la

¹⁶ Clara Zetkin, *Mes souvenirs de Lénine*.

continuidad de la especie, no solamente en el momento de la gestación y del parto, sino en el trascurso de los años necesarios para hacer del niño un adulto.

¿No es eso decir muy claramente que la función de la mujer es la de educar a los hijos y soportar sola la carga del trabajo doméstico que necesita una educación? Y ese elogio hipócrita de las cualidades femeninas no está extraído de un discurso de Mlle. Dienesch, es una manifestación de las “concepciones no limitadas” del PCF¹⁷. Pero uno se dice socialista; entonces se agrega a la exaltación de la función maternal el epíteto de “función social”: “La maternidad debería ser considerada como una función social tomada en cuenta por la sociedad”¹⁸ ¡como si fuera suficiente pegar la palabra “social”, o “nacionalizado”, o “verdadero” sobre cualquier mercancía para transformarla automáticamente en un producto auténticamente socialista! Sigamos el consejo del poeta de la China antigua y “disfrutemos juntos de esa extraña literatura, y juntos analicemos sus oscuridades”: “La maternidad debería ser considerada como una función social tomada en cuenta por la sociedad...” La sociedad burguesa ¿no consideraría por lo tanto, desde hoy la maternidad como una función social? Pero cuando una sociedad considera “natural” que las mujeres se consagren exclusivamente al hogar, al marido, a los hijos, ¿no es la señal evidente de que las mujeres llenan una función esencial en la sociedad, una “función social” anclada tan profundamente en este punto en las costumbres, que se la reconoce como “completamente natural”?

¡Bonito concepto de “función social”! Las mujeres no tienen más que hacer que se les “tome en cuenta” su

¹⁷ *Les communistes et la condition de la femme*, p. 44.

¹⁸ *Ibid.*, p. 47.

función. En cambio, esperan de sus luchas que esa función social deje de ser “la suya” y se convierta en la de todos, la de la sociedad.

Cuando la burguesía trata de volver compatible el ejercicio de la función maternal con el trabajo asalariado de las mujeres, ¿no es eso reconocer que no se puede prescindir de las mujeres para asegurar el trabajo doméstico? Precisamente, el objetivo de la sociedad actual es conciliar lo irreconciliable, volver compatible la esclavitud asalariada y la esclavitud doméstica, estirar al máximo la relación de explotación de las mujeres al hacerlas trabajar 70 horas a la semana, mitad “casa”, mitad “trabajo”. Y, curiosa coincidencia, el PCF también propone “medidas complementarias” para “permitir a los millones de mujeres que cumplen un *doble papel social* ejerciendo un trabajo profesional y educando a sus hijos, *conciliar* ¹⁹ esas dos actividades en mejores condiciones”²⁰. Mientras que la burguesía en el poder espolvorea aquí y allá unas cuantas guarderías, algunos subsidios, empleos de tiempo parcial, etc., el PCF detrás de ella, le insinúa al oído “¡Pon un poco más, pon un poco más...!”

¹⁹ Subrayado de la autora.

²⁰ *Changer de cap*, p. 66.

TERCERA PARTE
**SOCIALIZACIÓN DE LA FUNCIÓN
MATERNAL**

CAPÍTULO 6

LA PRIMERA INFANCIA

Transformar la función maternal es, vamos a verlo, una empresa social gigantesca. No puede realizarse más que en el desquiciamiento de las relaciones entre adultos y niños, en la destrucción de la jerarquía autoritaria, de la infalibilidad de los adultos, etc. Implica que la sociedad *en su conjunto* esté profundamente consciente de la importancia decisiva de esta transformación, para la liberación de las mujeres y el porvenir de la revolución.

Transformar la función maternal es, en primer lugar, descargar a la madre de los cuidados continuos a los pequeñines. Es obvio que esta cuestión, menos que ninguna otra, no puede tratarse sin la libre participación de las mujeres.

¿GUARDERÍAS O “DEPÓSITOS”?

En Francia existen guarderías, es verdad. En número insuficiente, también es verdad. Y la burguesía trata de frenar hoy en día ese sistema de guarda y educación del niño en colectividad, en provecho de lo que hipócritamente llama “guarderías a domicilio”, y que de hecho no son sino nanas, pretendidamente controladas, que cuidan varios niños en una casa particular.

En tanto que generalización de un sistema de educación “socializado” de la primera infancia, el poder burgués está hoy en día contra las guarderías: eso cuesta, por supuesto, demasiado caro, pero también es un poco demasiado colectivo: a la larga, quizá se arriesga a mellar el poder y la estructura del aparato familiar burgués. La solución-nana ofrece, al contrario, todas las garantías necesarias; la familia sale de ahí reforzada: no hay más

relación que la del niño con su madre, el niño solamente cambia de familia. Se vuelve a encontrar en el mismo marco estrecho: una mujer, un hogar, uno o varios niños.

Por lo tanto, la guardería constituye, en el solo nivel de la estructura, un progreso considerable. La guardería capitalista contiene pues ya un cierto número de fermentos que, ciertamente, no podrán desarrollarse plenamente más que en el socialismo, pero que existen desde ahora. Y sin embargo, puesto que su razón de ser no es ni la de favorecer a la emancipación de las mujeres ni la de liberar a los hijos, hoy en día en Francia la guardería es una realidad eminentemente contradictoria. Es así como las encuestas muestran que la gran mayoría de las mujeres cuyos hijos están en la guardería, y las que quisieran que lo estuvieran, reconocen que si escogieron esta solución fue porque no les era materialmente posible cuidar a sus hijos; pero agregan sin vacilación que si tuvieran la opción (material), preferirían cuidarlos ellas mismas.

¿Qué significa esta actitud ambivalente? Se vuelve a encontrar ahí primeramente el efecto de la actitud de la mujer respecto al trabajo, en las sociedades capitalistas, del que hemos hablado más arriba¹.

Sin duda, es necesario ver en esa actitud la idea tenaz de que el papel de la madre es por naturaleza irremplazable, que el deber de una mujer es educar ella misma a sus propios hijos, que cualquier otro tipo de cuidado no es válido si no respeta esa relación privilegiada madre-hijo, y no la modifica. El cuidado del niño en la guardería conserva así, también, a pesar de las apariencias, esa relación madre-hijo; su propósito es reproducirla mejorándola gracias a las técnicas de aprendizaje y de educación puestas a funcionar. Pero

¹ Cf. pp. 16-17.

hay quizá otra cosa en esa desconfianza de las mujeres respecto a las guarderías, y es algo que sería profundamente justo.

Hoy en día en Francia, las guarderías no están de ninguna manera bajo el control de los padres. Del mismo modo que en la escuela, se deposita en la guardería al niño en la mañana, se le recoge en la tarde y no se tiene la menor influencia sobre todo lo que pueda pasar entretanto. Es entonces inevitable que las guarderías aparezcan a priori como un lugar extraño y hostil.

No se puede aceptar deliberadamente ver a su hijo sometido desde su más tierna edad a una disciplina cuyo único objetivo es crear en los pequeños comportamientos de temor, de servilismo y de favoritismo. Desde que los alumnos de secundaria han tomado la palabra en numerosas ocasiones, desde que los maestros revolucionarios han denunciado con lucidez el papel de la escuela, ya nadie puede ignorar todavía su carácter represivo. Pero quizá se conoce menos el alcance y las formas, con frecuencia solapadas, de la represión en los maternos y aun en las guarderías.

¡Denúncielos! ¡denúncielos! siempre quedará algo

Esa desconfianza de las mujeres con respecto a las guarderías, se refuerza además por el hecho de que son exclusivamente especialistas quienes se ocupan de los niños.

Todo converge al mismo tiempo para hacer sentir a la madre (porque siempre se trata de la madre, jamás del padre) la indignidad de su conducta. ¿No es ella quien debería cumplir ese deber en lugar de abandonarlo (y su hijo por la misma circunstancia...) en las manos de especialistas, de “extraños” (¡dejar a su hijo con extraños, qué vergüenza!) a los cuales se está entonces

obligado a reconocer todos los derechos y todos los poderes? Esta actitud deja a las mujeres tanto más desarmadas cuanto que las “tradiciones maternas” prácticamente han desaparecido. Las condiciones de vida en nuestros países, sin duda con excepción del campo, hacen que el primer hijo de un matrimonio sea, efectivamente, en la mayoría de los casos, el primer bebé al que se pone un pañal, al que se viste, al que se da el biberón. Las abuelas experimentadas no están más ahí para mostrar cómo lo hacían ellas. La madre desamparada, sintiéndose culpable (“¿Es normal que yo no me sepa desenvolver? ¿Cómo hacen las demás? Algo me falta, no soy buena madre, una verdadera madre”, etc.) no puede entonces buscar consejo entre las que “saben”.

La madre, aturdida y confusa, sabrá entonces que lo que hace es perfectamente atrasado, sin valor, incluso dañino, y que solamente los diplomados saben lo que es y lo que no es bueno para los niños. Se impide así que, del balance colectivo y crítico de la inmensa práctica de las mujeres en ese dominio, se desprendan métodos correctos de educación de los hijos y que, inversamente, lo que realmente es falso y atrasado se combata por las mujeres mismas.

Cada quien permanece en su lugar y en su papel: la madre desgarrada, culpable, que abandona a su hijo. La puericultora obligada, para mantenerse en su estatuto de experta, a denigrar a los padres y su manera de educar a los hijos.

Así, en la guardería a la que iba mi pequeña hija, las educadoras tendían a que los niños no fueran al bacín antes de quince o dieciocho meses; pensaban que el adiestramiento precoz en la limpieza provocaba más tarde reincidencias y querían evitar esas escenas penosas de niños de ocho meses sentados amontonadamente en sus bacines, que se levantaban con un círculo rojo en las

nalguitas. Pero esta medida, insuficientemente explicada y discutida, sobre un punto en el que las madres pensaban todavía tener alguna competencia, provocaba la “alegre guerra” de incesantes observaciones: “¡y bien! en casa, ella acaba de hacer en un bacín”, “¡y bien! no vamos a la guardería”, y elaboradamente: “Es verdad, soy falible, abandono a mi hijo, pero al menos tengo el derecho de conservar una migaja de conocimiento; no me sumerja completamente bajo su técnica que ya le reconozco. No me tape la boca completamente.”

Ellas denotaban así su derecho, al menos sobre un punto, de saber mejor que cualquiera lo que convenía a “su” hijo. Se trata de un índice pequeñito, pero la completa ignorancia en la que son mantenidas las madres acerca de lo que hacen sus hijos toda la jornada, les hace resentir cruelmente que ahí tampoco tienen nada qué decir, puesto que por definición se sabe mejor que ellas, y “por su bien”, que también en ese terreno son oscuras ignorantes.

La sociedad ejerce sobre la madre que lleva a su hijo a la guardería un innoble chantaje sin salida posible. Su principio es “dar con una mano y reprender con la otra”: “¡Tú no te ocupes de tu hijo, no tienes vergüenza! No te ocupes, ‘Guigoz y Prenatal’ lo hacen por ti...”

Puesto que derecho y deber se confunden para la mujer en una sociedad en la que se proclama en todos los tonos que la madre es irremplazable al lado del niño, es inevitable que, confiar su hijo a la guardería, a “extraños”, sea resentido por la madre como una falta cuya única excusa es “que verdaderamente no puede hacer otra cosa”. Al culpar a las madres, a todas las madres, se les mantiene en un estado de sumisión y de dependencia ideológica muy favorable para la burguesía. Condicionadas con un ingenio tan maravilloso y tanto refinamiento en la represión, se convierten en las

educadoras que la burguesía necesita. No es solamente la madre quien educa al hijo como la sociedad quiere, es además la sociedad quien, por medio del hijo, educa a la madre según sus deseos.

El hijo es un medio de presión destinado a encerrar a la madre en su papel de madre. Esto no quiere decir que el hijo oprima a su madre deliberadamente, él es más bien el sostén de toda suerte de sueños, de deseos, de mitos que someten a la mujer a su “vocación de mártir”; el hijo es la continuidad de la estirpe, el tributo que ella debe a su marido, la esperanza de un éxito que ella no conoce. Él la ayuda a aceptar las mezquindades y bajezas de una existencia que se detiene en el umbral de la casa. Él es el sentido de su vida. Pero esta subordinación al hijo se duplica en compensaciones. Según la ideología burguesa, los deberes sagrados de la madre le dan derechos morales; todo sucede con una lógica comercial: dando, dando. Sin saberlo, ella hace pagar muy caro las noches pasadas a la cabecera del hijo enfermo, pues tiene necesidad de que él no sea nada sin ella. Por eso es que lo mutila, lo paraliza, lo asfixia. Para que pueda saciarse su deseo de brindarse, ella crea en el hijo una necesidad decuplicada de ternura. Se autoriza a sí misma a limitar la vida de su hijo a su único amor, a su sola presencia. ¿Quién es más desdichado el día de entrar a la escuela, el niño sollozante o la madre conmovida y “satisfecha” de la desesperación de ese ser enloquecido?

Las guarderías que nosotros conocemos no han modificado en nada ese comportamiento doblemente cruel y represivo. ¡Al menos tengamos el derecho de esperar que las madres, a pesar de todo, sean liberadas de su servidumbre material! Pero aun desde este ángulo, empero elemental, las guarderías no son un éxito deslumbrante.

Los inconvenientes de la organización de las guarderías

son conocidos; abren demasiado tarde y cierran demasiado pronto, lo que con frecuencia obliga a las madres a hacer malabarismos con los horarios, a encontrar paliativos complicados, como pasar a su hijo de mano en mano hasta la hora de apertura. Rehúsan recibir niños enfermos, lo que obliga a las madres a faltar al trabajo para cuidar al pequeño, en tanto que las guarderías fácilmente podrían reservar algunos cuartos para uso de los niños dolientes, si la administración de las guarderías realmente se preocupara por satisfacer las necesidades de las masas, y en particular de las mujeres. Las mujeres jamás confiarán de buen grado sus hijos a las colectividades mientras éstas sigan siendo depósitos en los que se deja un bulto estorboso: su hijo. No encontrarán ahí, ni el medio de beneficiar a la sociedad con buenas ideas nacidas de su experiencia, ni el medio de luchar ellas mismas contra las ideas falsas y reaccionarias, igualmente producidas por su práctica familiar estrecha y egoísta. En fin, para que el hecho de confiar su hijo a la colectividad no sea más desgarramiento, es necesario, sobre todo, que los hijos dejen de ser la única razón de vivir de las mujeres, es decir, que éstas se integren al fin a la sociedad. Solamente las guarderías creadas por las madres, organizadas por ellas para permitirles tomar en sus manos el conjunto de las tareas revolucionarias, podrán convertirse en lugares de verdadera socialización de los niños. Justamente en la medida en que esta iniciativa de las mujeres implique completamente que tengan otra razón de ser que sus hijos, que quieran desempeñar su papel revolucionario, en suma, que vuelvan a poner en duda, al mismo tiempo que su propia finalidad, las tradicionales condiciones de existencia represivas de los niños.

Una experiencia soviética

Por no haber comprendido claramente la importancia de este asunto, la URSS de los años 20, partiendo del deseo

de liberar a las mujeres del “tráfago” de los hijos, reprodujo a gran escala las mismas tareas que caracterizan la educación por el Estado capitalista. Lilina. Zinoviev declaró al día siguiente de la revolución:

Debemos salvar a los niños de la influencia nefasta de la vida de familia. En otros términos, debemos nacionalizarlos. Vigilados por pedagogos calificados y personal médico, se les enseñará el ABC del comunismo y más tarde se convertirán en verdaderos comunistas. Nuestra tarea ahora es obligar a las madres a darnos sus hijos a nosotros, al Estado soviético².

Esta idea fue resumida por Kollontai en su fórmula “los hijos, son asunto del Estado”, y agregaba explícitamente:

La obligación social de la maternidad consiste primeramente en producir hijos sanos y que puedan vivir, en segundo lugar en nutrir de su seno a esos hijos; pero después de haber cumplido ese papel la mujer tiene el derecho de decir que su obligación social está cumplida.

Una imagina el papel de contraposición que podía jugar ese programa respecto a las masas. Pero todavía más que sus resonancias insoportables sobre la separación forzosa de los hijos de su madre, es reaccionario por el soberbio desprecio que denota respecto a las mujeres. A semejanza de la burguesía de nuestros países, son consideradas precisamente como buenas para fabricar niños –esperando que se pueda prescindir de ellas para hacerlo, como efectivamente se prescinde para la lactancia desde que se fabrica leche en lata– pero no deberían tener la menor pretensión educadora; solamente pedagogos especializados sabrán educarlos. No es ya el tradicional discurso “¡Mujer, regresa a tu fogón!” que se tiene para las mujeres, sino “¡Mujer, regresa a tu alto horno, a tu fábrica”; en los dos casos: “Cállate, tú no sabes nada en materia de educación; permanece en tu lugar en la especialidad que la sociedad te

² Citado por Geiger, *The Family in URSS*, p. 72.

ha preparado y que te asigna; deja a la sociedad, es decir al Estado, decidir en tu lugar lo que está bien y lo que no lo está en ese terreno.” Una puede entristecerse de que tales concepciones retrógradas, tal desprecio a las mujeres tengan curso todavía hoy en día en diferentes organizaciones revolucionarias, las cuales, a pesar de sus numerosas divergencias, tienen un rasgo en común; el de ignorar la fuerza política femenina, o analizarla a través de unos cuantos restos, retenidos sin crítica, de los discursos de la III Internacional. Pero es todavía más indignante encontrar ese pensamiento “chauvinista macho” en la boca de una de las que más han influenciado el nuevo movimiento femenino: Kate Millet, quien dice, en *La politique du mâle*:

A partir del momento en que se revelan las primeras aptitudes cognitivas de los niños, sería mejor confiarlos a *profesionales* de ambos sexos, que tuvieran *vocación*, más que dejarlos en manos de personas atormentadas, y con demasiada frecuencia desdichadas, que no tienen *sino poco tiempo y ¡ningún gusto!* para educarlos y formarles el espíritu³.

ORGANIZACIÓN Y FUNCIÓN SOCIAL DE LAS GUARDERÍAS CHINAS

Las guarderías chinas son producto de una concepción diferente: como lo decía Krúpskaya, la mujer de Lenin, oponiéndose a las dos teorías según las cuales los hijos son, ya sea propiedad de los padres, ya del Estado: “Los niños no pertenecen ni a sus padres ni al Estado, sino a sí mismos”, estando llamado el Estado a dejar de existir bajo el comunismo: Por otra parte, es

³ Kate Millet, *La politique du mâle*, ed. Stock, p. 145. Subrayado de la autora.

por eso por lo que el conjunto de la sociedad, cada uno de sus miembros, y no el Estado, tiene deberes hacia ellos; todos somos responsables de su formación física, intelectual, moral e ideológica.

En China se encuentran guarderías en los lugares de trabajo y en los barrios habitacionales; las primeras están destinadas especialmente a los lactantes que las madres van a ver varias veces al día para amamantarlos. El tiempo consagrado a la lactancia, por otra parte, se les cuenta como tiempo de trabajo y por lo tanto no se les deduce de su salario. Estas guarderías tienen además un mérito político todavía más importante: llevar a los niños a los lugares de trabajo, ante el conjunto de obreros, es decir: “He aquí a los pequeños que hemos hecho juntos, de los cuales todos somos responsables; comúnmente ustedes no los ven, sin duda se imaginan que por un acto de magia ellos se alimentan, se lavan, se visten, se cuidan, sin que nadie se ocupe de ello. Y bien, despierten, abran los ojos; ellos están aquí. ¿Qué van a hacer, qué vamos, todos, a hacer?” El comité de mujeres de la fábrica se pronuncia por la construcción de una guardería aquí mismo y, después del trabajo, hombres y mujeres construyen los locales para los niños. Y entonces, ahí los hombres se reeducan, aprenden a conocer la multitud de problemas planteados por el cuidado de los hijos. Los hombres “reconocen” al fin a los niños, no ya solamente de manera jurídica como es el caso entre nosotros: reconocen la materialidad completa de su existencia con todas las obligaciones sociales que entraña, en los dominios morales, afectivos, políticos, así como sus necesidades materiales. No hay duda de que la entrada masiva de los hombres en los oficios de “nodriza” de guardería, que no dejará de producirse próximamente, entrañará profundas modificaciones positivas, tanto en la educación misma de los niños como en la ideología de los hombres.

Las guarderías de barrio son en general al mismo tiempo guarderías para los bebés destetados (los que por lo tanto no tienen ya necesidad de estar en inmediata proximidad con la madre) y maternales en las que los niños se quedan hasta los seis o siete años. El personal que se ocupa de las guarderías está todavía, esencialmente, compuesto por mujeres de las cuales una buena parte son antiguas amas de casa. Se nos ha dicho que existían escuelas que forman especialmente a los trabajadores de las guarderías. Pero en el momento de nuestro viaje, parece ser que esas escuelas estaban afinando reformas y no las pudimos visitar. Fuera de esas escuelas, se ha dado un lugar importante a la formación pedagógica, a los intercambios de experiencias regionales y nacionales entre los trabajadores de las guarderías. Las muy frecuentes encuestas efectuadas por los empleados de los barrios, las fábricas, los campos, son tenidas igualmente como una importante medida que permite que se hagan en el tiempo deseado, el balance y el reajuste de las experiencias adquiridas en las guarderías en función de las opiniones de las masas.

Entre las mujeres que se ocupan de los niños, algunas han seguido una formación médica especial.

La dirección de las guarderías se asegura conjuntamente por miembros elegidos por el personal, por padres que utilizan la guardería y obreros delegados de una fábrica, o aun obreros retirados.

Este tipo de dirección facilita el control de las masas sobre la “socialización” de los pequeñines. Permite sobre todo que se elaboren de manera colectiva métodos nuevos de educación de niños y que la guardería no constituya el “reino independiente” de los especialistas.

Las guarderías funcionan las veinticuatro horas del día, de manera que permiten a los padres que lo desean, consagrarse después de su trabajo a actividades culturales, artísticas, políticas, etc.; pero esto no es fijo más que para

los muy pequeños o para aquellos que no tienen hermanos mayores que puedan ayudar a cuidarlos en casa. Desde que el niño es un poco mayor, hacia los dos años, es más común que vuelva cada noche a casa de sus padres. Es posible otro acomodo: se toma al bebé consigo en la noche, y, los días que se desea salir, se confía a la guardería. En fin, como muchas fábricas funcionan día y noche, los padres están facultados para dejar a su pequeño durante la noche y llevárselo por algunas horas durante el día. Las guarderías de fábrica son gratuitas. Las de los barrios se pagan en parte por la fábrica en la que trabajan los padres, y en parte de los fondos colectivos del barrio. Los padres no están obligados más que a una participación muy modesta en los gastos.

Pasamos un día con los niños de una guardería —un jardín de niños de un barrio de Shanghai.

Primero el marco: son edificios de un solo piso, muy simples; hay flores en macetas bajo las ventanas y un gran patio enfrente. Cuando llegamos ahí esa mañana, hacia las 9, a pesar del sol radiante hacía todavía bastante frío. Sin embargo los niños estaban afuera con sus pequeños baberos (tanto las niñas como los niños) sobre varios suéteres uno encima de otro, lo que les daba un aspecto de “pelotas”. Nos esperaban con tambores, platillos, tamborines, flores de papel, una alegre valla bulliciosa y cantadora; nos dividimos en cuatro grupos de tres para ir a las diferentes secciones de la guardería. Yo entré con Edith y Danièle a una sala en la que, sentados alrededor de pequeñas mesas redondas, niños y niñas de tres a cuatro años, participaban de un curso de enseñanza doméstica. Se trataba de aprender a lavar platos. ¿Nos podíamos imaginar que un chiquitín supiera fregar con habilidad un tazón con una esponja y polvo⁴? La joven mujer los miraba hacer; mientras les hablaba, ayudaba a uno de ellos que tenía

⁴ Véase foto de esta escena.

graves dificultades con el secado. Entonces se podía imaginar a esos niños participando realmente en el lavado de platos en sus casas, sin que los “¡Cuidado! vas a romper el vaso” de una madre enloquecida acabara por paralizarlos.

¿Podemos imaginar, en nuestro medio, a los niños ayudando realmente a las puericultoras en su trabajo? Cuando mucho se les pide que se metan el pañuelo al bolsillo. Esto nos hizo pensar a Edith y a mí que muy frecuentemente una se rehúsa a dejar cumplir alguna tarea a los niños porque hacen más estropicios ayudándonos que lo que nos ayudan realmente. Yo me pregunto si en el fondo no hay en mi actitud un deseo secreto de probar a los niños que “mamá sabe hacer todo, que no se pueden desenvolver sin ella”, en suma, que tienen mucha necesidad de mí. Edith me recordó el día en que los “grandes” (nueve años), durante las últimas vacaciones, habían decidido hacer el desayuno para los pequeños; yo había dicho que sí, pero me pasé todo el tiempo atrás de ellos repitiéndoles: “Pones demasiado chocolate, no olvides el azúcar, la leche no está suficientemente caliente.” En resumen, no les tuve confianza; no es extraño que eso les haya hecho sudar más de la cuenta y que después de unos días, hayan aceptado insensiblemente que yo les sirviera en todo. En el fondo me lo merecía.

Lo que nos “arrebató” al ver esta “lección” de fregado, no es que se haya pensado en hacer que los pequeñitos hagan cosas útiles, sino que las hagan de manera tan perfecta. Nos deja soñando; implica que se han tomado la molestia de mostrarles, de enseñarles; que se ha reflexionado en la utilidad de ese trabajo por los pequeñines, que ellos mismos lo hayan comprendido muy bien, que sepan hacerlo colectivamente; *y que concierna tanto a los niños como a las niñas*; que eso sea para los pequeños tan evidente como comer o dormir. Los pequeños llegan a la mesa sabiendo lo que se ha necesitado hacer; entre otras cosas, preparar la comida, poner la mesa, y que luego habrá

que lavar los platos y arreglar. No simplemente tienen hambre, son “responsables”. Al final del día tuvimos una larga discusión con las institutrices y los niños más grandes (¡que apenas pasaban de cinco años!) Nos explicaron que para la educación de los pequeñines veían dos etapas ligadas dialécticamente. La primera consistía en hacerles adquirir lo más rápida y completamente posible su autonomía individual: aprender a comer solos, a lavarse, a vestirse, hasta donde fuera posible sin la ayuda de los adultos. Después, se enfatiza en la educación colectiva: aprender a hacer conjuntamente no ya cosas para sí mismos (comer, lavarse) sino para todos, por ejemplo, hacer las camas, lavar los platos, arreglar los cuartos, etc. Ambas etapas, por supuesto, están muy ligadas. ¿Cómo confiar a un niño que ni siquiera sabe calzarse solo la tarea de limpiar los zapatos? ¡eso no podría parecer más que una novatada!

Lo que verdaderamente es extraordinario, es que el trabajo de los pequeñitos no se considera ni como un pasatiempo (no es para “ocuparlos”) ni siquiera como una ayuda no calificada del trabajo de los adultos: “¡Ve a buscarme eso! ¡pásame aquello! ¡toma esto otro!”, sin darles una tarea completa que efectúen de principio a fin, lo que en el fondo *proviene* de tratarlos como “obreros especializados”, de hacerlos hacer cosas que no pueden comprender completamente y en las que quedan reducidos al papel de ejecutantes subalternos de nuestras órdenes. Hasta con los pequeñitos hay que tender a que tomen completamente en sus manos una o varias tareas útiles. Aunque entre cinco o seis la realicen menos rápidamente que lo haría un adulto solo. *Lo que está en juego no es la productividad inmediata del trabajo, son los conocimientos que los niños pueden obtener de ahí.*

En una comuna popular visitada anteriormente, habíamos visto también en la guardería esa misma preocupación por permitir a los pequeñitos ejecutar enteramente y solos, trabajos simples, así como las tareas de

mantenimiento de la guardería y trabajos agrícolas realizados con los campesinos.

Había una huerta cultivada por las puericultoras y los niños hasta de siete años. Todos participaban en ella, por supuesto tomando en cuenta la edad: los más pequeños regaban, los más grandes cavaban aunque fuera algunos metros cuadrados cada uno; otros sembraban; y otros más vigilaban que se arrancaran las malas hierbas o esparcían los abonos necesarios.

Una buena parte del consumo de legumbres de los niños de la guardería, provenía de sus propios trabajos agrícolas. En el momento de las cosechas, se organizaban en pequeños equipos y el CR de la brigada les confiaba tareas como espigar los campos, extender los cereales sobre las eras de cemento en donde pudieran secarse al sol. Los lazos entre los adultos del pueblo y los niños, nos parecieron muy numerosos y variados. Esto no es una particularidad de los campos; también en las ciudades, desde su más tierna edad, los niños de las guarderías están organizados sin distinción de sexos en pequeños trabajos útiles, efectuados en los barrios. En los jardines de niños, los chiquitines desde los tres o cuatro años comienzan a participar en la producción social. Por ejemplo, sentados alrededor de grandes mesas bajas, ayudados por las educadoras, los niños doblaban pequeñas cajas de cartón que servían después para empacar medicamentos elaborados en una fábrica cercana. Evidentemente, sólo dedican un poco de tiempo a la semana a esta tarea, por supuesto que su productividad es muy escasa, pero ¡qué orgullo cuando parten en filas cerradas, bandera roja a la cabeza, a entregar a los obreros de la fábrica su producción!

Fuera de esas actividades, el énfasis para los pequeños de tres a siete años se pone en la música, la danza, la gimnasia y los cursos sobre la historia y la lucha de clases. En el jardín de niños de la ciudad de Shanghai asistimos a uno de estos, para los más grandes, entre cinco y seis años... Los niños

estaban sentados alrededor de la institutriz. Sobre el muro había carteles que representaban a un muchacho de unos doce años, desharrapado, solo en una selva. La institutriz cuenta la historia del pequeño Chang, hijo de campesinos pobres, durante la guerra antijaponesa. Los sufrimientos que los señores feudales hacían padecer, la humillación hecha al pueblo chino por los imperialistas japoneses; todo eso lleva al pequeño Chang, cuyos padres han sido asesinados por los mercenarios del déspota local, a querer unirse al Ejército Popular de Liberación. La joven se detiene en su narración y pregunta a los niños qué obstáculos va a encontrar el pequeño Chang en su viaje. Una niña responde:

– ¡El frío!

– Es verdad, dice la maestra. El pequeño Chang tendrá frío en la noche. ¿Qué hacer?

– Tratar de encontrar abrigo, o un costal para envolverse, sugiere un chiquitín.

– Hacerse una choza en el follaje, sugiere otro.

– Hacer fuego, dice una niña.

– ¡Ah! no. Eso podría atraer la atención de los enemigos.

– Se ponen de acuerdo en el costal.

– ¿Qué otras dificultades encontrará el pequeño Chang?

– El hambre.

– Que lleve provisiones consigo, dice un niño. Una pequeñita no está de acuerdo.

– En primer lugar, no hay nada que comer en el pueblo, no puede llevar provisiones, y además, deberá caminar mucho, por lo tanto no puede sobrecargarse.

– Todo el mundo es de esa opinión; se admite que llevará algunas batatas, pero que principalmente deberá contar con los recursos locales: las raíces, las frutas

silvestres. Es necesario, por lo tanto, que también sepa reconocerlas.

– Pero justamente, dice la maestra, él las conoce bien, puesto que los campesinos pobres, hambrientos, con frecuencia estaban reducidos a comer hierbas silvestres. Por otra parte, agrega, ustedes también conocen algunas de esas raíces, la vieja abuela Ma les trajo unas el otro día. Pero ¿qué otras dificultades encontrará Chang?

– ¡Enemigos!

– ¿Qué hacer entonces?

– Pensar en todos los sufrimientos de su familia y de su pueblo para darse ánimo; acordarse de que millones de campesinos los batieron ya y se han liberado. Tienen un aspecto terrible, pero en el fondo son ellos los que les tienen miedo a los campesinos pobres.

– Pero, agrega otro niño, deberá tener cuidado de no hacerse notar, de tener lista una historia por si alguien le pregunta quién es y a dónde va.

La joven está satisfecha de esas respuestas; se continuará en otra ocasión con las aventuras del pequeño Chang.

Nada de cuentos de hadas, nada de historias “para niños”, nada del “mundo maravilloso-de- la-infancia”. Sino completamente la adecuación de este mundo tal como es para los niños. Eso me recuerda al pequeño vietnamita que habíamos visto en un reportaje sobre Vietnam del Norte en la televisión; se veía a los niños hacer entrenamiento militar, aprender a activar una granada, organizarse para entrar sin pánico en los refugios, etc. El periodista había preguntado: “¿Encuentras tú que esos preparativos militares son ocupaciones para un niño?” El niño le había respondido: “¿Cree usted que las bombas norteamericanas respetan a los niños? ¿Cree usted que los niños pueden permanecer al margen de la guerra cuando el país entero es atacado? ¡No! Por lo tanto, es justo que los

niños no estén desprovistos y aprendan a resistir a los agresores.” Sería un crimen no enseñarles aquello de lo que tienen necesidad para sobrevivir, para defenderse y también para resistir.

CAPÍTULO 7

DESINFANTILIZAR A LOS NIÑOS

LA ESCUELA CAPITALISTA NO DESCARGA A LA FAMILIA DE LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

No es al cesar su papel de nodriza cuando los deberes de la madre tocan a su fin.

Todas las madres de familia saben que con los hijos, no solamente es el trabajo que exigen, ni el tiempo que toman, sino además las preocupaciones que dan. Y cuando éstas no son por la salud, son por los estudios. Que el niño siga en clases, que sea buen alumno, eventualmente el mejor, he ahí la ambición de muchos padres. Y para lograrlo, la madre está dispuesta a grandes sacrificios. A deslumbrarlo con alguna recompensa si obtiene un buen lugar, a hacer de gendarme si no trabaja, a hacerle recitar quince veces sus lecciones. Si él es así, es porque la escuela educa a los niños en el sentido de la competencia, la rivalidad, el individualismo.

Se les dice: “¡Partan! ¡y que gane el mejor!” Pero la carrera está falsificada. Los juegos están hechos de antemano. Los hijos de obreros deben efectuar recorridos diferentes de los de los hijos de burgueses. Y, aparte de un ínfimo porcentaje, al final de los estudios se encuentran desilusionados, abandonados en el mercado del trabajo como sus padres. Al menos habrán aprendido en los bancos de la clase que deben desconfiar unos de otros, que el “desenvolverse” es una necesidad. Puesto que se exige de cada uno que sea completamente responsable de sus fracasos y de sus éxitos, la familia, *y más especialmente la madre*, no tiene otra salida que desplegar todos sus

esfuerzos para que su hijo “salga de eso”, lo mejor, o lo menos mal posible. Está entonces en una contradicción muy viva que es un rasgo notable de la condición femenina. Por una parte, se debe a su marido; debe ocuparse de él, y muy especialmente velar porque no tenga la preocupación de los hijos al volver de su trabajo, que pueda descansar lo mejor o lo menos mal posible; y para esto, deberá hacer que sus hijos respeten los derechos del padre a la paz familiar, a la tranquilidad. Pero, por otra parte, ella es la madre, la educadora, y a ese título debe consagrarse por entero a sus hijos. No hay que decir que de esas dos funciones contradictorias, la mujer, y especialmente la mujer pobre, no se libra jamás. Y de las dos exigencias, es la más inmediatamente imperativa la que vence. La madre manda entonces a sus hijos a jugar a la calle para que el marido descansa. Pero actuando así se convence todavía más de su responsabilidad personal en los fracasos de sus hijos.

La escuela capitalista no ha descargado a la familia de la responsabilidad de la educación de los hijos, la ha pervertido. Se ha convertido en una “responsabilidad” de la que la familia no es “responsable”, sobre la cual no puede intervenir, quedándole la última palabra de todas maneras al aparato escolar; se ha convertido en una “maldición divina” contra la que no se puede nada. Excepto someterse.

Todos los conocimientos que tanto los hijos como los padres hayan adquirido fuera de la escuela son sospechosos, o simplemente declarados nulos:

“En nuestros días el desarrollo de la industria ha cambiado las condiciones de trabajo de los obreros. Ahora, se montan las casas con grúas, se extrae el carbón con palas excavadoras, el obrero no debe ya efectuar todos esos trabajos con la fuerza de sus brazos. Es la máquina la que los ejecuta, y él conduce su máquina como un piloto su avión...” El hijo de un “obrero especializado” a quien se le dictan esas líneas no podrá sino consentir. Él mismo jamás

ha entrado en una fábrica, y si su padre da del “desarrollo de la industria” otra versión, una descripción en la que es cuestión de números, de trabajo embrutecedor, de jefes, de revuelta, no se puede tratar más que de juicios erróneos, parcelarios, que no pueden ni deben poner en duda la veracidad de la lección escolar.

Al hacer del estudio y de la vida dos dominios separados de manera estancada, se impide que la segunda sirva para perturbar al primero. Para los niños es verdad, puesto que está escrito en los libros, como será verdad más tarde, ¡porque está escrito en el periódico! Lo importante es arrojar un *des crédito profundo* y duradero sobre todas las ideas que los niños y el pueblo pudieran sacar de sus propias experiencias de la vida, de las luchas de clase, de su lugar en la sociedad. La primera función de la escuela capitalista es negar que puedan adquirirse conocimientos en otra parte. Al mismo tiempo, mientras la enseñanza escolar describe una realidad de la que los niños pueden atestiguar, prueba por ello que no podría ser de otra manera, que ese es el orden natural de las cosas. El niño, habituado a ver a su madre desempeñar el papel de sirvienta de la familia, confirmará en la escuela la idea de que se trata de un orden justo y natural que nada debe cambiar. Todos tenemos en la memoria ese género de dictado que enseña a cada uno los deberes de su sexo.

La hermana mayor que me quiere

Narración.

El mes pasado, la mamá de Genoveva estuvo gravemente enferma, y todavía ahora, apenas está convaleciente. Demasiado débil, no puede ya ocuparse de la casa como antes. ¡Cuánto trabajo realiza una mamá en la familia! Cuando no está o cuando está enferma, es cuando todo el mundo se da cuenta de ello.

¿Cómo hacer para que el papá pueda continuar yendo a su

trabajo?

¿Cómo hacer para que Genoveva pueda continuar yendo a la escuela sin preocupación?

Felizmente está ahí Mónica, la hermana mayor. El año pasado era todavía estudiante. Ahora, se queda en la casa. Antes de que papá salga para el trabajo, se oye deslizarse sus pantuflas sobre el entarimado. Los grifos manan, los fuegos se encienden; se oye el ruido de los platos que lava y se siente el buen aroma del desayuno que prepara...

En la tarde, [Mónica] sigue cursos para ser taquímeconógrafa; y en la noche, después de haber ayudado a mamá, sigue las lecciones de Genoveva, hasta llega a velar por su trabajo.

A pesar de eso, está siempre alegre. Cuando llega a la casa después de haber ido a buscar a su hermanita a la escuela, es a ella a quien Genoveva cuenta sus pequeñas alegrías, confía sus pequeñas preocupaciones.

Para ella, Mónica es su pequeña mamá.

Explotación de la narración,

Cuando la mamá cae enferma, ¿quién la reemplaza? ¿Qué hace la hermana mayor de la casa?

¿Tiene usted una hermana mayor? ¿Ayuda a mamá? ¿Le ayuda a usted cuando mamá está demasiado ocupada?

Usted mismo, quizá tiene un hermano o una hermana pequeña. ¿Qué hace usted para ayudar a mamá en su trabajo?

Resolución

La hermana mayor ayuda a mamá y a veces la reemplaza⁵.

El sistema de educación desempeña, en nuestro país, un papel muy importante para despojar a los niños de todo aquello sobre lo que se podrían apoyar, en lo que concierne a experiencia práctica cotidiana, a fin de volar con sus propias alas. La escuela no aporta armas para la vida, las quita. Trata de volverlos enfermizos y de dar a las masas las muletas y los bastones de ciegos de la burguesía. “Sus ojos son débiles, ¡tengan! ¡tomen estos anteojos!”, dice la escuela burguesa; ahora

⁵ *Classiques Hachette*, “La morale au cours élémentaire”, 1966.

bien, esos anteojos no dejan ver más que un espectáculo que desvía los ojos de la experiencia de clase de las masas, para fijar la atención sobre un mundo artificial, que se parece a la vida, pero en el que todo está falseado y tiene el sentido que la burguesía trata de imponer a las cosas. A través de los niños a quienes ata en sus clases, el sistema de educación tiende fundamentalmente a *infantilizar* a los futuros proletarios, según la expresión de Baudelot-Establet⁶.

Mientras los niños sigan siendo menores, las mujeres seguirán estando oprimidas. Un nuevo sistema de educación de los niños debe tender a volverlos responsables, independientes desde su más tierna edad. Y esto en todos los terrenos. Es necesario volver adultos a los niños. O más bien, transformar de arriba a abajo la distinción entre “adultos” y “menores” infantiles, y por lo tanto liberar a las mujeres del papel de tutela y de guardiana de niños. Por eso es que la liberación de las mujeres exige una nueva concepción de la educación de los hijos basada en relaciones de igualdad entre los adultos y los niños, que permitan a estos últimos participar por entero en todas las actividades sociales. Evidentemente, la creación de un nuevo sistema escolar juega un papel determinante en la transformación de esa relación, y en consecuencia, un papel muy importante en la emancipación de las mujeres. Eso no es pues desviarse de la “especificidad femenina” sino luchar por semejante revolución en la enseñanza. ¡Examinemos esta cuestión más de cerca!

CHINA. LA ESCUELA PRODUCTORA DE NUEVAS RELACIONES SOCIALES: “¡TOMAR LA SOCIEDAD POR LA CLASE!”

Liberar a la mujer del niño es, en primer lugar, ¡liberar al niño mismo! Es, pues, transformar la escuela. Es necesario que la escuela se abra hacia la sociedad, que la tome como materia de estudio; debe tejer lazos múltiples y recíprocos con las diversas actividades sociales. He ahí la primera base de una

⁶ En *La escuela capitalista*, Siglo XXI, México, 1975.

enseñanza revolucionaria.

Los alumnos de la escuela primaria de Nankín nos contaron a ese respecto cómo concebían ellos sus diferentes terrenos de trabajo y de ocios.

Cada clase establece regularmente un plan de trabajo en unión con los barrios. Después de una discusión, decidimos las tareas que vamos a acometer. Por ejemplo, en nuestra clase, hemos tomado la responsabilidad completa de la limpieza de varias calles del barrio así como campañas de educación para la prevención de enfermedades. Constituimos equipos de alumnos que, después de la escuela, desempeñamos esas tareas. Hay también planes a corto plazo; por ejemplo, vamos a realizar los quehaceres domésticos en casa de una familia para ayudar a los equipos de trabajo de los barrios; o también vamos a leer y escribir cartas a una persona ciega, o que está muy poco alfabetizada. Practicamos –nos dice el pequeño Li– la ayuda mutua colectiva.

Esto no es una aseveración formal. Cuando un poco más tarde pregunté qué relación existía entre las amistades individuales y los sentimientos amistosos “colectivos”, el pequeño Li nos contó una anécdota significativa:

El año pasado cayó enfermo mi mejor amigo; faltó a clases bastante tiempo. Inmediatamente pensé que no debía permanecer aislado y que yo podría ayudarlo a seguir el trabajo de la clase yendo a verlo diariamente. Pero, reflexionando, pensé que la enfermedad de mi camarada nos preocupaba a todos y que era una buena ocasión para reforzar la “ayuda mutua colectiva”. Entonces hablamos de ello en clase y yo propuse que se formaran equipos con todos los alumnos quienes irían por turno a verlo todos los días para ayudarlo a trabajar, cuidarlo, distraerlo, contarle lo que hacíamos, etc. Fue una buena idea que permitió reforzar la amistad y la unidad en nuestras filas, y que animó a mi amigo más que si yo hubiera ido solo a verlo.

En Shanghai visitamos un “palacio de los niños”, que ilustra también el tipo de relaciones que existe entre la escuela y la vida. Está en una espléndida quinta, una

especie de palacio efectivamente, que un gran capitalista inglés se había hecho construir antaño, y que los niños han organizado como un centro de diversiones un tanto peculiar. La elección de la casa sin duda no fue casual, ya que se nos contó que ese capitalista se hacía servir por una sarta de criados y domésticos que seleccionaba exclusivamente entre los niños. ¡Se les trataba casi como a perros! Un obrero que nos recibió y que dirigía ese centro, era justamente un antiguo niño-obrero que había servido en esa casa. Es decir, con qué sentimiento podía observar a los niños jugar al ping-pong en un antiguo y aparatoso salón, él, que trabajando en la calefacción del castillo no había tenido derecho ni siquiera a entrar a las cocinas. Ese centro, como muchos en China, es común para numerosas escuelas. Dirigido por un comité de niños y un equipo obrero, acoge diariamente alumnos un poco de todas partes. Lo sorprendente es la concepción de los “ocios” que lo presidía. Pues si se encontraban niños jugando al pingpong, o maniobrando un modelo de avión teleguiado que ellos mismos habían fabricado, también vimos una gran sala de conferencias llena hasta los topes, y atenta a una exposición hecha por un miembro del partido sobre la cuestión de Pakistán. Muchos tomaban notas. A los lados del hombre en la tribuna, estaban tres niños que participaban igualmente en la exposición. En el jardín, un grupo de niños y niñas se entrenaban en tiro de fusil siguiendo los consejos de un soldado del EPL⁷. Al ver la extrema precaución de sus tiros y la seriedad que ponían, se comprendía que no se trataba de una “diversión”. *Es que al modificarse la función del trabajo y de la escuela, la del ocio se encuentra transformada igualmente.* Nada parecido a esas recreaciones cuyo único objetivo es el de permitir a nuestros niños descomprimirse después de varias horas de una disciplina esclavizante y estúpida.

⁷ Véase ilustración al inicio de este texto.

Los juegos y lo que reflejan

Al ver jugar a los niños, se comprenden muchas cosas acerca de las nuevas relaciones sociales. En Nankín discutimos largamente con los niños a propósito de sus juegos. Anne les preguntó si había juegos reservados tradicionalmente a los varones. La pregunta les asombró: ¿qué clase de juegos podrían hacer bien los niños, de los que las niñas estuvieran excluidas? No, verdaderamente no lo veían. “Los juegos, nos dijeron, con frecuencia tienen un sentido útil. Si vamos a pasearnos al campo, aprovechamos para ejercitarnos en reconocer y recolectar plantas medicinales que luego llevamos a la farmacia del barrio. Otras veces, por ejemplo durante las cosechas, vamos por el camino que lleva de los campos a las brigadas y recogemos los tallos de arroz o de trigo caídos de las carretas y los llevamos después a los campesinos.” Cuando los niños describen sus actividades fuera de la escuela, nos cuesta trabajo distinguir entre lo que contienen de juego y de trabajo; esas palabras ya no significan la misma cosa. Reflexionando acerca de ello, nuestros Juegos de niños tienen algo de profundamente desesperante: a la vez reflejo del mundo en que vivimos, y tentativa para escapar de él. Los pequeños chinos y sus camaradas evidentemente no juegan a “Estaremos casados, tú llegarás cansado del trabajo, y yo habré preparado de comer, los niños estarán acostados”, como me contó Edith que escuchó un día a su hijita decirle a su hermano pequeño. En China, sería más bien del género “Había habido lluvias torrenciales que habían roto los diques, había riesgo de que se inundara la cosecha, se necesitaría reparar los diques...”, o más todavía, como nos lo dijeron, “Ejercitarse en los campos para la guerra popular, aprender a acordonar una colina y a conservarla”. Se puede hacer un paralelo entre los juegos de los niños y el arte. En ambos casos hay un reflejo de la sociedad que actúa a cambio sobre sí misma. En una

sociedad capitalista los juegos tienen la misma función que el arte destinado a las clases populares: permitir “olvidar” al inculcar la ideología dominante. Los niños aquí tienen también juegos que se asemejan a China; pero no es para hacer como las “personas mayores”, ni para escaparse *soñando* de la condición “infantil”, sino porque completamente es *su* mundo también. Porque ellos no están aparte en ningún aspecto de la realidad social. No es suficiente colectivizar a los niños para que espontáneamente liberen una ideología diferente. Se necesita, además, que esta puesta en común de los niños no consista en ponerlos aparte en la sociedad. ¿Qué puede significar la lucha contra el egoísmo o el interés privado para niños que viven en una sociedad cuyo motor es justamente ese interés privado, ese egoísmo? Si los pequeños Jin Hua y los pequeños Tsé Tan no se arrancan los cabellos por apropiarse de su pequeño auto es, sobre todo, porque jamás han visto a los adultos pasarlas negras por tener su auto para ellos, muy suyo.

El objeto de ese palacio de los niños era justamente crear nuevos lazos entre los alumnos de las diferentes escuelas, y permitir a los niños hacer el “relevo” entre ciertos dominios exteriores a la escuela y la escuela misma, en especial permitir a los alumnos adquirir conocimientos nuevos que no se enseñan en sus escuelas. Niños que venían a aprender aquí la técnica del modelado, en cursos impartidos por escultores, enseñaban después a sus compañeros de clase lo que habían aprendido. Lo mismo sucedía con el canto, la danza, los cursos de música instrumental, el diseño, etc. Lo que se aprende, se enseña a los demás aunque uno mismo esté todavía poco calificado. He ahí un principio general. No todos los niños van al mismo tiempo al palacio de los niños; no está organizado para ser un simple centro recreativo sino justamente al reunir alumnos provenientes de numerosas escuelas diferentes, se les da la posibilidad de conocer a otros niños

aparte de los de su escuela, lo que constituye un elemento de ampliación de las relaciones sociales; al hacer esto, se incita grandemente a los niños a desempeñar el papel de “relevo” entre enseñanzas extraescolares y la escuela misma. En la escuela de Nankín, también se nos había hablado de la importancia de ese relevo para los niños. Se nos dio el ejemplo de una niña cuyo tío tocaba el acordeón; él enseñó a su sobrina a tocarlo. En seguida, la pequeña enseñó a sus camaradas la técnica adquirida. Llevaba regularmente a la escuela el instrumento prestado por el tío, y los niños practicaban en él bajo sus consejos.

Relación: padres - escuela - hijos

Pero no paran ahí los múltiples lazos de la escuela con la sociedad. En la escuela de Nankín estaba también a recibirnos el padre de un alumno. Habíamos discutido acerca del papel de los padres en la escuela y fuera de la escuela:

En mi opinión —dijo él—, los padres desempeñan en la educación un papel secundario importante. Participan en la crítica del antiguo sistema de educación. Y cuando se ha establecido un nuevo programa escolar en el escalón de Nankín, hemos tenido frecuentes reuniones con los maestros y el equipo obrero, para ver cómo vamos a aplicar concretamente el programa en la escuela. Es importante que los padres comprendan y conozcan bien el contenido ideológico de la educación de los escolares. Esto permite cooperar con esa educación. Sin duda ustedes saben que en China el día de descanso semanal es muy diferente para cada unidad de producción o cada taller. Ahora, los maestros piden que los padres vengan de tiempo en tiempo a la escuela durante su descanso. Asistimos a cursos, podemos darnos cuenta de la actitud de los niños en la clase. También tenemos lazos continuos con los maestros quienes a su vez visitan sistemáticamente a las familias de los alumnos. Si hay un problema con un alumno, los padres, que conocen

bien a su hijo, pueden unir sus esfuerzos con el maestro para ayudar al niño a superarla. La cooperación es necesaria. Tres veces por semestre hay una reunión de las familias de los alumnos en donde se discute el funcionamiento de la escuela, lo que no va bien, o lo que falta. Pero es sobre todo con los mismos niños y con el equipo obrero, con quienes los maestros resuelven los problemas.

Otro aspecto de la educación de los padres es la educación por el ejemplo: para educar a los hijos, es necesario reeducarse a sí mismo sin cesar, criticar sus errores, e igualmente aceptar *ser educado por los niños*. Pero eso no solamente es válido en el seno de la familia, más generalmente, es la necesidad de conformar sus actos a sus palabras, la teoría a la práctica. Esto nos recuerda una anécdota referida en el jardín de niños por una maestra de un grupo de pequeños de tres años:

Una tarde, mientras aprovechaba la siesta de los pequeños para discutir con otra institutriz, varios de ellos vinieron en delegación a hacerme notar que turbaba su descanso y que no comprendían por qué se les hacía callar ¡a ellos! En su opinión, me hicieron notar, “¡el respeto al silencio era válido para todos!”. La institutriz agregó: Mis otras camaradas tenían la costumbre de molestarme y me decían riendo: “Tú tienes un buen oficio, con los pequeños no tienes que hacerte criticar como nosotros.” Me puse muy contenta de poderles demostrar que no había nada de eso.

El papel educativo de la familia no debe, pues, ser ya un pretexto para la dictadura de los padres. La educación socialista es la lucha contra la ideología burguesa, y esa lucha común la lleva cada quien en el seno de la familia. Una madre nos contó:

Había emprendido el estudio de un texto de Marx, pero las dificultades eran tan numerosas, que poco a poco me desanimé. Estaba casi decidida a abandonarlo, pensando que eso no era para mí, que a mi edad era incapaz de dedicarme seriamente al estudio. Mi hija vio mi desaliento; me reconfortó, me explicó que había que continuar y me propuso ayudarme.

Así que estudiamos las dos, dos veces por semana, concluyó. Gracias a la ayuda que me da mi hija, he podido progresar en mi propia educación. Experimento una gran satisfacción al reconocerlo.

EN CHINA, LOS NIÑOS ESTÁN EN EL PODER

Hacer desempeñar a los niños un papel educador, no solamente es permitirles criticar a los padres. Esto implica el reconocimiento del papel político de los muy jóvenes, ¿y qué mejor prueba de tal reconocimiento que la participación de los niños en el poder? En los comités revolucionarios dirigen las escuelas primarias, se les encuentra como representantes de los maestros, de los miembros del equipo obrero y de los escolares, elegidos por sus camaradas. Estos últimos participan en todas las tareas de dirección del comité revolucionario.

Las relaciones entre maestros y alumnos revelan también la importancia de la responsabilidad de los niños. Quizá es la reforma en el control de los conocimientos lo que da la visión más clara. Primeramente, el método llamado de los “ataques sorpresivos” ha sido totalmente abandonado; el maestro no busca ya acosar al alumno, la nota no es más un veredicto definitivo, es objeto de discusión entre alumnos y profesores. En el momento de los exámenes, los alumnos disponen con frecuencia de sus libros y de sus notas personales. Por lo general, conocen por anticipado el tema sobre el que les preguntarán. No se trata de simples ejercicios de memoria, sino de esfuerzos de reflexión y de comprensión. Pero, sobre todo, los exámenes se han convertido en una doble prueba destinada a medir la calidad de la enseñanza del profesor tanto como los conocimientos del alumno; el alumno y el maestro examinan juntos periódicamente los progresos de su trabajo escolar. “Regularmente tenemos asambleas en

las clases en las que alumnos y profesores se critican mutuamente.” Si los maestros se equivocan, deben admitirlo públicamente. Si se presenta el caso de que los escolares no estén satisfechos con la actitud de un profesor y que éste persista en sus errores, los niños pueden pedir al comité revolucionario de la escuela que venga a estudiar la cuestión y tome las decisiones necesarias.

Pero —agrega la institutriz—, nuestra experiencia es todavía muy corta y no hemos sabido de un caso así. Fuera de esas reuniones fijas cada trimestre, los niños naturalmente, pueden hacer críticas y sugerencias al maestro cuando haya lugar, durante los cursos mismos. Y si estiman que alguna cosa verdaderamente no está bien, pueden pedir una reunión general sin esperar a la fecha prevista. El equipo obrero asiste a las reuniones generales y nos ayuda a resolver los problemas dándonos un punto de vista de clase.

¿Eso quiere decir que la escuela esté dirigida por los alumnos? Me parece que sería un grave error creerlo. No hay rastro de demagogia “infantilista” en la política china concerniente a la educación. Esto se comprende fácilmente. Teniendo los niños una práctica todavía limitada, es evidente que también tienen una visión menos global de la sociedad, de ahí la importancia vital de ampliar *lo más pronto posible* y en múltiples direcciones su experiencia, justamente para que se desarrollen sus conocimientos. Es importante comprender bien este punto esencial. “*La educación de la joven generación está siempre al servicio de una clase*”; o es la burguesía la que educa a los niños o es el proletariado. Sin embargo, se dice que los niños tienen responsabilidades políticas; no solamente se les da la palabra, incluso para criticar a los maestros, a los padres, etc., sino que aún se desarrolla el espíritu crítico: Un comunista —dice Mao— debe plantearse la pregunta del por qué “por una parte, se dice, participan en el poder”, y por la otra, se dice, “es la clase obrera la que ejerce el poder, es ella la que educa

a los niños”. ¿Contradicción? No, al contrario, justamente ahí es donde todo se aclara. Precisamente porque es el proletariado el que ejerce el poder sobre la educación de los niños, es por lo que éstos no son ya los seres sin derechos y sin poder que nosotros fuimos y que son todavía nuestros hijos. Parafraseando a Mao, se podría decir: “El imperialismo hace la escuela a su manera, y nosotros la hacemos a la nuestra, a la que nos es propia, y ambas maneras opuestas son dos funciones de objetivos opuestos que nosotros nos damos.” Dar la palabra a los niños es justamente una de las maneras que tiene el proletariado —y que le es propia— de ejercer el poder.

Si el proletariado no teme, y hasta exige, que los niños hagan el ir y venir constante entre la teoría —todo lo que está en sus libros y en la enseñanza de los maestros— y la realidad, es que la verdad está necesariamente del lado del proletariado. Pues una de dos: o lo que dicen los maestros, los libros, el partido, etc., es conforme a la realidad y, en ese caso, la práctica de los niños les permite asimilar más profundamente el conocimiento verdadero científico de apropiarse realmente el punto de vista del proletariado que se les enseña; o bien la realidad invalida los discursos y, en ese caso: “Gracias, niños, la teoría enseñada no era el punto de vista del proletariado; tienen ustedes razón en rechazarla.” Imaginemos por un solo instante nuestras escuelas funcionando “a la manera” del proletariado chino; los niños quieren hacer encuestas en la sociedad: —barrios bajos, HLM, pero también residencias particulares. ¿Por qué? Quieren visitar fábricas: —directores, jefes, obreros, eventualmente guardianes, en cuyos bolsillos se encuentran pistolas. ¿Por qué? ¿Para qué sirve eso? Vienen obreros a contar en clase su versión de la última gran huelga; un trabajador argelino viene a contar su versión de la guerra de Argel. Los niños se organizan

entre sí y tienen la palabra; al final de la clase critican al maestro. ¿Qué quedaría entonces del respeto absoluto por el maestro, de la disciplina de los alumnos? ¿Qué quedaría de la escuela capitalista? ¡Tomar la sociedad por clase! No importa qué clase, no se les puede permitir. Si es verdad que en sus escuelas la burguesía inculca su ideología —y el proletariado la suya—, sabemos desde Marx que la ideología de la burguesía es el reflejo invertido, mistificado, de la realidad, mientras que la ideología del proletariado es científica, por lo tanto realmente se puede probar. He aquí lo que nos permite comprender que la contradicción de hace un momento, no lo era más que en nuestro espíritu, pero de ninguna manera en la realidad.

Un aspecto de la independencia de los niños

Evidentemente, este tipo de educación tiene por consecuencia romper los estrechos lazos de dependencia en los cuales son mantenidos los niños por sus padres, así como por los maestros, aunque de manera bastante diferente. En un país capitalista, el dejar a la familia la responsabilidad exclusiva de satisfacer materialmente las necesidades, todas las necesidades de la educación de la joven generación, permite a los padres no valerse más que muy excepcionalmente de la ley, para ejercer su autoridad. Es que para el niño privado de toda autonomía hay los padres o la calle. Se puede siempre hablar de liberación de los niños si no se ve que la dependencia material respecto a *una* persona ¡es justamente la negación de toda independencia! Si esta situación no es criticada de ordinario, es que parece perfectamente natural: ¿cómo podrían los niños satisfacer ellos mismos sus necesidades? Evidentemente la solución no es transformar a los niños en asalariados. “*En China, si los padres también asumen materialmente la carga de los hijos, no tienen la exclusividad*”: Y

todo está ahí. Los centros infantiles, como los palacios de los niños de Shanghai de los que hablaba más arriba son gratuitos. Las funciones de cine, de teatro, los encuentros deportivos son gratuitos para los escolares, ya sea que los niños tengan el derecho de entrar libremente ya que las escuelas distribuyan regularmente boletos de entrada para todos los niños, puesto que no se trata de una recompensa. Cuando los niños parten a las comunas populares, son tomados a su cargo por la brigada⁸. La socialización del trabajo doméstico les permite no tener que depender sistemáticamente de su madre para los problemas de todos los días. En suma, si los padres continúan manteniendo a sus hijos, también la sociedad contribuye con una gran parte. El hecho de que el niño no esté jamás limitado en sus actividades culturales, deportivas, de expansión, de estudio, etc., por los recursos de “sus” propios padres, le permite, justamente, no ser ya dependiente de ellos.

LA TRANSMISIÓN DE LOS CONOCIMIENTOS ES LA TRANSMISIÓN DE UNA POSICIÓN DE CLASE

Antes de la Revolución Cultural, las escuelas eran, dicen los chinos, calcadas del modelo soviético, a su vez calcado del modelo capitalista. Buenas notas y castigos, honores y reproches, todos los elementos tradicionales del teatro escolar estaban presentes. Pero, puesto que el pueblo había ya comenzado y profundizado en ciertos terrenos el desquiciamiento de las relaciones sociales, puesto que el proletariado había derribado el poder de las antiguas clases explotadoras, puesto que nuevos valores morales basados en el colectivismo habían nacido, el aparato escolar entraba

⁸ Brigada = unidad de producción agrícola. Varias brigadas forman una comuna popular. Generalmente, una brigada está constituida por un antiguo pueblo.

en contradicción explícita con la revolución. Y ahí donde el poder de ésta estaba firmemente establecido, había vivas resistencias a la escuela, que llegaron a veces hasta a la creación por los obreros y los campesinos mismos, directamente, de nuevas escuelas controladas por las masas.

La primera etapa de la crítica del antiguo sistema escolar consistió en descubrir claramente el carácter de clase. Los diarios locales y nacionales de esa época abundan en artículos refutando la tesis burguesa clásica, según la cual la educación sería una simple técnica neutra de trasmisión de conocimientos neutros. Se afirma al respecto: “La educación responde siempre a la necesidad de una clase por la conservación de su denominación. La burguesía trata de transformar el mundo a su imagen, mientras que el proletariado también trata de transformar el mundo a su imagen. Quién de esas dos clases triunfará en su lucha a muerte, no está todavía realmente decidido”, dijo Mao. Así se abre paso la idea según la cual los métodos pedagógicos no son simples medios más o menos eficaces para transmitir conocimientos a los niños, por otra parte universalmente justos, sino por completo “la” forma política e ideológica precisa de una clase que decreta, según su interés, que lo que es Justo para ella, es verdadero para el conjunto de la sociedad. “En las escuelas –dice además Mao– toda actividad apunta a transformar la ideología de los alumnos.” Los “conocimientos” difundidos por los propietarios de esclavos justifican la esclavitud, los que trasmite la burguesía justifican el capitalismo; los que trasmite el proletariado tienen por función formar la ideología de las jóvenes generaciones según los valores revolucionarios. Lo que destruye radicalmente la posibilidad para el proletariado de utilizar, por ese hecho, los mismos “medios” que la escuela burguesa. No es remplazando el antiguo estudio académico de los manuales de historia burguesa por el estudio académico de algunos libros marxistas, aunque fuesen las obras de Mao Tse-tung,

como el proletariado podrá formar continuadores de la causa revolucionaria.

Para que el proletariado eduque a la joven generación, es necesario, además, que pueda desempeñar su papel de dirección política e ideológica, que tenga la posibilidad de adquirir una experiencia en ese frente. Hasta ahora el proletariado no iba a la escuela más que a sentarse en el banco de los alumnos; jamás entró como maestro. Ciertamente, hijos de obreros se habían convertido en profesores, como sucede a veces aun en los países capitalistas. Pero entonces, justamente, no eran ya obreros. Y como el sistema de enseñanza estaba todavía dirigido por la burguesía, se convertían en simples resortes de esa máquina. No se trata, pues, de “proletarizar” el reclutamiento de los maestros, aun si esta medida, por otra parte, sigue siendo necesaria, sino hacer que la clase obrera viva, actual, comprometida en la práctica revolucionaria de hoy, revolucione el sistema de enseñanza y ejerza su dirección. Es pues para apoderarse del poder en el sector de la educación de los niños, para lo que entraron en las escuelas en el trascurso del verano de 1968 grupos de obreros elegidos por sus camaradas de taller⁹.

En la escuela primaria de Nankín, una institutriz nos hizo la narración de la llegada de uno de esos equipos a su escuela: “Era el otoño de 1968. Varias fábricas vecinas

⁹ Los miembros de esos grupos son escogidos según los criterios políticos siguientes: deben tener práctica en la producción, experiencia en la lucha de clases, en especial en la lucha contra el revisionismo; deben tener una buena conciencia socialista en su trabajo; deben ser capaces de llevar la lucha ideológica para unir a las grandes masas sobre posiciones revolucionarias, y en especial luchar contra el sectarismo y el fraccionarismo. Deben estudiar con dedicación el marxismo, el leninismo, el pensamiento maoísta. Entre esos obreros, no todos son miembros del partido comunista, pero el equipo es dirigido por el partido.

designaron a algunos obreros para participar en la revolucionarización de la enseñanza. Al principio, el nudo de las contradicciones son los profesores. Tienen el poder en la escuela, reinan ahí enteramente, pero ¿quiénes son ellos? En su mayoría han salido de las filas del pueblo, pero eso no es suficiente en absoluto para hacerlos especialistas en una educación nueva. ¿Qué lazos habíamos conservado nosotros con las masas? He ahí una pregunta embarazosa.

En realidad, estábamos desligados de las preocupaciones del pueblo. Nuestra única preocupación era velar porque los alumnos siguieran el programa, pasaran los exámenes, pero no nos preguntábamos si el contenido de esa enseñanza era útil a la revolución. Esa atmósfera provocaba entre los niños la “zambullida” en los libros. Aprendían para tener buenas notas, para pasar los exámenes, para pasar a las clases superiores. Se volvían indiferentes a la política, a la sociedad, al resto del mundo.

En este punto, un muchachito interrumpió a la maestra para apoyar lo que ella decía:

Antes de la Revolución Cultural, cuando mi madre le pedía a mi hermano que se ocupara de la comida o de cuidarnos, pues ella debía ausentarse para trabajar con otras camaradas, mi hermano le respondía: “No me corresponde a mí hacer eso. Yo debo consagrarme a mis estudios, tengo deberes que hacer y si no los hago me pondrán malas notas.” Mi madre se enfadaba siempre: “¿Qué clase de escuela es ésta, que enseña a los pequeños a ser egoístas, a triunfar, sin preocuparse de la colectividad?”

La historia del pequeño Li —volvió a hablar la institutriz— muestra que nosotros no partíamos de las necesidades de las masas. Bajo pretexto de transmitir conocimientos intelectuales puros, transmitíamos en realidad, una ideología reaccionaria. ¿Cómo se podía pretender formar a la joven generación de revolucionarios manteniéndolos al margen de la revolución?

Cuando los maestros chinos nos dicen: “El vicio del antiguo sistema es que no estaba al servicio del pueblo”,

significa: el sistema de educación no servía a los intereses fundamentales del pueblo, que son dotar a la joven generación del arma de la crítica materialista por medio de la unión de la teoría y de la práctica, a fin de que continúen conscientemente la revolución en todos los terrenos.

Las nuevas medidas pedagógicas y su carácter de clase

Sin duda es en esta escuela donde hemos visto más claramente las diferentes formas concretas de unión de la teoría y de la práctica, de la enseñanza y del trabajo productivo, de la escuela y de la sociedad, de los alumnos y de los profesores con las grandes masas. Niños y niñas de siete a doce años viven ahí, como en todas las demás escuelas, una experiencia fundamental. La responsable del comité revolucionario nos explicó, para comenzar, que el nuevo sistema de enseñanza creado desde la Revolución Cultural estaba todavía en su etapa de prueba, y que la lucha crítica-reforma se desarrollaba siempre. Por ejemplo, no había —a fines de 1971— programa escolar nacional para las escuelas primarias.

En Nankín, en el trascurso de la Revolución Cultural, los diferentes comités revolucionarios de las escuelas, habían establecido un programa provisional y ellos mismos habían redactado nuevos manuales sobre la base del vasto movimiento de crítica del antiguo sistema pedagógico, llevado conjuntamente por los alumnos, los profesores, los padres y los equipos obreros. Precisó, por otra parte, en respuesta a una pregunta, que no era seguro que fuera restablecido en el futuro un programa escolar nacional, con los mismos manuales para todas las escuelas. Eso se vería más tarde. Lo importante era hacer participar a grandes masas, con los profesores mismos en primer lugar, en la

elaboración de nuevos programas, seguir la misma orientación política definida en el curso de la Revolución Cultural en todas las escuelas, y llevar a los niños al fin de las clases al mismo nivel escolar nacional.

Los cursos están divididos en cinco materias: política, literatura, cálculo, cultura física y arte (diseño, canto). En las dos clases superiores, se agregan dos nuevas materias: lenguas extranjeras (principalmente inglés o ruso) y ciencias naturales. Si existe un curso especialmente consagrado a la política, todos los otros cursos están también gobernados por la política. Así, el curso de chino, es asimismo un curso de historia de la revolución, y si se estudian las reglas de gramática, es en las narraciones acerca de la Comuna de París o de la guerra antijaponesa.

Los diarios del país ocupan un lugar importante y son también “manuales escolares”. Se observa la misma orientación en el curso de cálculo. Los niños aprenden a componer ellos mismos los problemas, partiendo de los problemas reales que se plantean en la sociedad. No es cuestión de ejercicios absurdos e irreales del género de “la bañera que se sale-mientras- que-un-grifo-la-llena”: “Eso es un despilfarro, dicen los niños, ¿por qué dejar que se salga una bañera en lugar de reparar la fuga?” Y cuando los niños calculan el tiempo que se necesitaría para irrigar una superficie X de campo, teniendo en cuenta un volumen Y de agua corriendo por minuto en Z canales de irrigación, también calculan que ese tiempo podría reducirse a la mitad si se introdujeran en las embocaduras ruedas de paletas para aumentar el suministro de agua.

Pregunté a uno de los niños presentes si llegaba a suceder que no estuvieran de acuerdo con las posiciones del gobierno ¿qué pasaría en ese caso? Los niños rieron cuando se les tradujo mi pregunta.

Por supuesto, sucede que no estén de acuerdo; ¿quiere usted un ejemplo? —el niño que respondió tenía diez años—. Y bien, recientemente, a propósito de la venida de Nixon hubo desacuerdos. Yo, por ejemplo, encontraba inadmisibles que el jefe del imperialismo americano pudiera venir a nuestra patria socialista. La institutriz nos propuso investigar entre niños de otras clases, en nuestras familias, con los obreros, para recoger las opiniones de las masas, y, por otra parte, estudiar más seriamente la situación de conjunto para volver a situar esta cuestión en su contexto. Pasamos entonces una gran parte de nuestro tiempo libre en debates sobre este asunto, en nuestras familias y en reuniones públicas en los barrios. Al término de cierto tiempo, después de un estudio serio, hemos comprendido. Ahora yo estoy de acuerdo en que Nixon venga.

¿Puedes decirnos cómo lo justificas? —le pedimos.

¡Sí! es necesario entender bien una cosa: no somos nosotros quienes rehusamos tener relaciones con los Estados Unidos. Siempre hemos estado dispuestos a establecer relaciones con todos los países sobre bases correctas. Pero el gobierno de Estados Unidos, esperando el fracaso de nuestra revolución, puso un bloqueo económico y político a China. Militarmente, los Estados Unidos se apoderaron de la isla de Taiwán, provincia china, instalaron ahí a Chang Kai-shek y lo proclamaron “representante auténtico de China”. Lo hicieron sentar en la ONU y negaron la existencia de China. ¡Y bien! hoy en día Nixon viene en persona a visitar un país tachado de su propio mapa. Es una primera victoria. Se debe principalmente a las derrotas que los pueblos de Asia han infligido a los Estados Unidos, obligándoles así a revisar algunas de sus posiciones que nos conciernen. Sabemos muy bien que para abatir a la reacción de un país, es necesario contar con el pueblo de ese país. Establecer relaciones con los Estados Unidos favorecerá el intercambio y la comprensión entre nuestros pueblos.

Los reaccionarios del mundo calumnian a China y quieren hacer creer a los pueblos que desea hacer la guerra a otros países para imponerles su política. Al rechazar la invitación de Nixon, nos privaríamos del medio de desmentir otra vez esas

calumnias. No faltarán quienes utilicen la venida de Nixon aquí para pretender que nuestro gobierno pudiera modificar su posición o su apoyo a luchas llevadas por otros pueblos. No es porque ciertos Estados se rehúsen a reconocer al gobierno chino por lo que éste ha apoyado las luchas revolucionarias del mundo, sino porque es un gobierno de dictadura del proletariado que pone el internacionalismo proletario en primer plano. El hecho de que algunos gobiernos comiencen ahora a restablecer relaciones con nosotros no cambia en nada nuestra posición. Para probar esto de manera indudable, lo mejor que se puede hacer es aceptar la venida de Nixon, quien ha pedido él mismo venir. Los pueblos juzgarán nuestra actitud con pruebas, y ese será el mejor mentís. He aquí por qué estoy de acuerdo con la venida de Nixon.

Jenny pidió a la institutriz que nos explicara los principios que la guían en sus cursos políticos:

Nos esforzamos por dar todos los elementos del problema a fin de que los niños puedan juzgar teniendo un mejor conocimiento del asunto. Es necesario armar a los niños, armamos nosotros mismos del análisis y de la crítica materialista. Tenemos cuidado de permitir a los que tienen una opinión opuesta, o que titubean, que expresen dudas y críticas aunque a veces sea una pequeña minoría, o hasta si las críticas son muy falsas; esto permite a los alumnos criticar los puntos de vista erróneos, es educativo para todo el mundo. Hay que aprender a reflexionar. No queremos inculcar a la joven generación la sumisión servil que predicaba Liu Shao-chi. La revolución tiene necesidad de una adhesión profunda y entusiasta, no de un consentimiento formal. *La lucha de clases está presente en todas partes, lo importante es enseñar a los niños a llevarla conscientemente.*

La historia contada por aquellos que la hicieron

Asistimos a un curso de lucha de clases sobre el “pasado”.

El abuelo de un alumno vino a contar, ante una clase

de 25 niños, su infancia y su juventud en la China de antaño. Cuando se nos hizo pasar al fondo de la clase, el viejo obrero había comenzado su narración desde hacía algunos minutos, y, aunque nuestra visita a la escuela había suscitado no poca curiosidad, ni uno solo de los alumnos chistó cuando entramos. Ninguno volvió la cabeza ni una sola vez para dirigirnos una mirada, ni siquiera furtiva. Estaban todos tensos con la narración del anciano, pendientes de sus labios inmóviles por la emoción.

¿Se puede imaginar eso en nuestro medio?: un simple obrero, poco instruido, en ropa de trabajo, en una escuela, haciendo una exposición a toda la clase en un silencio impresionante. Era flaco y parecía haber sufrido terriblemente; sus manos eran nudosas, como las de los viejos trabajadores manuales. Casi no hacía gestos al hablar. No “reforzaba” su narración. Se mantenía ahí, sin miramientos, pero sin actitud doctoral tampoco. A veces, al evocar la miseria en la que su familia, al igual que todo el pueblo, era mantenida por los señores locales, su voz retumbaba y al escucharlo, yo pensaba que el pueblo no puede dejar de rebelarse, aunque sea mucho tiempo después, contra la opresión que ha padecido. Era, sin lugar a dudas, un testamento precioso de la vieja generación que ha sufrido los peores males de la explotación, que se ha erguido y ha aniquilado el viejo orden, y que, poco a poco, trasmite a la nueva generación una fantástica herencia revolucionaria.

Se puede medir la importancia para el futuro de la transmisión de las lecciones del pasado, en los esfuerzos implacables que hizo y continúa haciendo la burguesía francesa para impedir a nuestro pueblo apoderarse de la historia de la Comuna de París. Es una verdadera captación de herencia. Hemos visto, todavía recientemente, con “Jacquou le Croquant” hasta qué punto las masas oprimidas pueden fácilmente identificarse con las luchas revolucionarias, aun antiguas, sobrevenidas en condiciones

aparentemente muy diferentes.

“Esas evocaciones del pasado”, que tienen un lugar tan importante en la vida cultural de todos los días, guardan una profunda significación. Es la historia de China, contada por su pueblo y creada por él. Es el reconocimiento, por medio de los hechos, de que al pueblo es a quien corresponde juzgar lo que está bien y lo que está mal. Es, además, el derecho de los que han hecho la historia, de transmitirla ellos mismos a los jóvenes. Es un medio decisivo por el cual la historia de la revolución, y, fundamentalmente, la revolución de los pobres dirigida por la clase obrera, se convierte en una “cultura nacional” en la que las jóvenes generaciones se identifican, y que transforman en valores morales.

En la escuela de Nankín, los alumnos nos ofrecieron una representación artística. Entre las obras que representaron, había una pequeña pieza montada por ellos mismos, sobre la narración que les había hecho una vieja campesina de su vida pasada. En una escena, la madre – justamente esa campesina –, representada por una chiquilla de unos diez años, veía que le era arrancado su hijo por “criados” de los propietarios terratenientes, porque no había podido pagar sus impuestos. La niña se encarnizaba con “los criados” para recuperar a su pequeño, ellos la arrojaban brutalmente al suelo mientras que ella lanzaba un grito desgarrador. Sollozaba, luego se la veía en su desesperación, atravesada por el odio, aumentando poco a poco su rebeldía, levantarse con los ojos secos, en una actitud resuelta, bravía e indomable. Era conmovedor, y mucho más accesible para nosotros que ciertas formas de la ópera de Pekín. Nos pareció que, no obstante que las evocaciones del pasado no hubieran servido sino para crear una tradición cultural en la que los niños se identificaban con tanta convicción y calor, ya con eso hubieran sido preciosas. ¿No hay ahí una revancha formidable contra la cultura impuesta al pueblo por la

burguesía, en la que él no es más que una comparsa ignorante, brutal y gregario?

LAS CHICAS MANEJAN EL FUSIL, LOS MUCHACHOS REMIENDAN: UNA VERDADERA EDUCACIÓN MIXTA

Lo mixto de la enseñanza no consiste solamente en poner varones y niñas juntos. Es, además, enseñarles rigurosamente las mismas cosas. Y la enseñanza doméstica es una de las pruebas más importantes en una situación mixta, real o ficticia.

En la URSS, el retorno forzado, a partir de 1936, de la ideología de la mujer en el hogar, tuvo efectos rápidos sobre la educación de los hijos. Ese “retorno de manivela” ideológico estaba ligado directamente a la necesidad, para el régimen soviético, de restituir a la familia su función económica en cualquier parte donde había sido un tanto destruida. Era reconocer sin ambigüedad que, para desarrollar “la sociedad”, uno se servía de todas las funciones económicas e ideológicas de la familia burguesa. El carácter extremadamente reaccionario del retorno a la antigua familia se descubre ostensiblemente en las razones dadas por los dirigentes soviéticos para justificar la educación diferente de niñas y niños:

La medida ha sido tomada para que la escuela pueda, en la medida necesaria, adaptarse a las características especiales de los niños y de las niñas. El Estado soviético confronta hoy en día problemas importantes y ante todo la consolidación de la primera célula social, la familia, sobre la base de la completa igualdad de ambos jefes de familia, el padre y la madre, *pero con una división bien clara de las tareas de cada uno*. En consecuencia, es necesario un régimen escolar que eduque a los jóvenes para ser futuros padres y combatientes valientes por la patria, y a las jóvenes a convertirse en madres esmeradas, educadoras de

una nueva generación¹⁰.

Así pues, los niños son llamados a convertirse en combatientes, y las niñas en las educadoras de los futuros combatientes!

Orlov justifica así en Izvestia del 20 de agosto de 1943 la medida que introdujo una liquidación progresiva de lo mixto:

En la educación mixta, ni las particularidades físicas de los niños y de las niñas, ni las necesidades requeridas por el desarrollo de *sus vocaciones particulares*, pueden recibir una atención especial... Es necesario introducir en las escuelas de niñas temas suplementarios como la pedagogía, los trabajos de costura, cursos sobre el trabajo doméstico¹¹.

Asimismo, en abril de 1915, en la revista oficial de pedagogía soviética, Timoniev declaró:

El humanismo socialista debe tener en cuenta *la sensibilidad de la mujer*. Es necesario mantener su interés por las cosas bellas, las flores, las ropas elegantes, los ornamentos¹².

Cursos de instrucción doméstica. Nada como esas palabras para revolvernos el estómago; le recordaba a Jeanne esos miércoles en la tarde cuando los niños dejaban la clase, mientras que las niñas sacaban un pequeño cuadro de tela blanca en la que se hacía sobrehilado, orla, punto de cruz, esperando el gran día en que se hiciera una camisita de bebé. El inconmensurable aburrimiento de esas tardes eternas en las que el porvenir se dibujaba en nuestros hilos de colores, terriblemente gris y monótono; y por añadidura, los gritos de los chicos que jugaban al fútbol bajo nuestras ventanas, como para burlarse de

¹⁰ Citado por Volpicelli, *L'Éducation en URSS*, p. 209.
(Subrayado de la autora.)

¹¹ Citado por Schlesinger, *The Family in URSS*, pp. 363-63.
(Subrayado de la autora.)

¹² Citado por Volpicelli, *op. cit.*, p. 209. Subrayado de la autora.

nosotras: Ellos hacían deporte. ¡Ellos estaban al aire libre!... En el fondo Jeanne no tenía razón en despreciar los cursos domésticos ya que fueron tan buen fermento de rebeldía femenina.

En la Escuela Secundaria núm. 26 de Pekín, los cursos domésticos tienen otro aspecto. Reúnen niñas y niños para el cumplimiento de diferentes servicios. En un cuarto pequeño se había organizado una zapatería. Cuando la visitamos, los niños remendaban zapatos, remontaban suelas de alpargatas, sentados en taburetes. Cuando entramos, estaban callados para recibirnos, pero desde el pasillo se oía el estrépito de sus *voces* algunos segundos antes. Había también varios servicios en los que se zurcían las ropas de 106 alumnos; un chico de trece o catorce años estaba pegando diestramente un gran parche en el trasero de un pantalón¹³; todavía en otra sala, los niños se encargaban del servicio de peluquería para sus camaradas. Otro taller era una verdadera carpintería. Niñas y niños reparaban ahí el material escolar, aprendían a fabricar bancos, y, de manera más general, el variado trabajo cotidiano. En otro más, los niños se curaban por acupuntura, aprendían a conocer las plantas medicinales, a preparadas. Todos los alumnos trabajaban por turnos en esos servicios, ayudados por obreros o maestros.

La enseñanza doméstica es pues, mixta, pero también es inmediatamente útil. Los servicios no solamente funcionan para aprender “a hacer algo más tarde” sino para servir hoy. Que se piense hasta qué punto la madre puede estar “liberada”, cuando sus hijos toman a su cargo en la escuela el mantenimiento de la ropa y de los zapatos, de su salud, en suma, cuando los hijos “se bastan”. Pues, una vez

¹³ No solamente es en las escuelas secundarias en donde niños y niñas aprenden a coser. En un jardín de niños en Shanghai vimos chiquillos de tres y cuatro años recoser un botón a un saco. (Véase ilustración al inicio del texto.)

más, eso es lo que es extraordinario en la vía de la Revolución china: no se ha remplazado el trabajo de la madre por “servicios del Estado”, *de los que los hijos serían igualmente dependientes*, sino porque lo han tomado colectivamente, repartiéndolo en los diferentes sectores de la vida, las tareas antaño estrictamente familiares, es decir, femeninas.

Pero para lograr ese resultado, hay todo un mundo de prejuicios por desenraizar, hay que combatir bajo por una disparidad natural de las aptitudes, esas viejas ideas que prestan a los hombres cualidades innatas de iniciativa, de autoridad, y que no acuerdan a las mujeres una “sensibilidad” mayor, más que para mejor negarle toda aptitud en el trabajo intelectual. Es necesario demostrar a los niños que no se nace más apto para los ejercicios intelectuales que para los trabajos manuales, ni tampoco “dotado” para los quehaceres de la casa o para las lenguas extranjeras. Es una lucha ideológica de cada instante. Lo que fundamenta su eficacia, es que la escuela china permite a las niñas instruirse en todas las ramas y los mismos dominios que los niños, sin ninguna restricción. El aprendizaje de la guerra popular concierne a la infancia. Y las niñas no son mantenidas al margen; siguen, tal como los niños, cursos de entrenamiento militar, se ejercitan en el tiro de fusil, hacen los “trayectos del combatiente” y aprenden los rudimentos del combate cuerpo a cuerpo. En todas las escuelas, en todas las actividades fuera de la escuela, los niños de ambos sexos realizan entrenamiento militar, manejan armas, se organizan en milicias, aprenden a protegerse y a cavar refugios.

LIGAR LOS ESTUDIOS Y EL TRABAJO PRODUCTIVO

En talleres construidos dentro de la misma escuela por

los habitantes del barrio, todos los alumnos de la escuela asisten por turno a un curso de trabajo productivo alrededor de una semana por año escolar. No se trata de los diferentes servicios de los que hablé más arriba referentes a que la escuela se encargue de ciertos trabajos anteriormente domésticos. El papel y el objetivo de estos talleres es completamente diferente.

No se busca dar a los niños una idea del trabajo manual abstracta o caduca, como es el caso entre nosotros donde, cuando se habla de trabajo manual, se trata siempre del artesanado; el herrero, el albañil y su cuchara, el carpintero, constituyen siempre la materia prima de los dictados y de las narraciones en la escuela primaria, aun si esos oficios han desaparecido, o casi. Entre nosotros, jamás se habla del trabajo social que domina la producción industrial moderna, las cadenas de montaje, los ritmos..., por razones obvias. O si se habla, es para dar de ello una imagen muy abstracta que, por lo mismo, no es “inocente”.

La imagen de Épinal, la más común del trabajador manual es la del compañero del siglo XVIII que posee el arte de su oficio, que hace una dura “labor” (en nuestros días esa palabra no evoca para los niños un “trabajo penoso”) pero que está satisfecho de una faena bien hecha, que posee el amor por su oficio.

Los pequeños talleres de escuela

En la escuela de Nankín se nos explicó que al establecer contactos estrechos con una vecina fábrica de camiones, habían sido creados los talleres. Los obreros de la fábrica habían venido a instalar algunas de sus máquinas; en los talleres, habían organizado un proceso de trabajo simple, pero que permitiera efectuar algunas de las operaciones de trabajo de la fábrica. Los niños fabricaron ahí filtros de aire para la fábrica. Una obrera de esa fábrica, miembro del “equipo obrero”, trabajaba en esos pequeños talleres.

Enseñaba a los niños la marcha del trabajo, las técnicas elementales de las que tenían necesidad, permitiéndoles así adquirir muy pronto calidad manual. Pero sobre todo, se encargaba de hacerles medir la importancia del *trabajo colectivo*, de la unión, para crear riquezas. Esos pequeños talleres de las escuelas, “nuestros” talleres, como dicen los niños que los tienen bajo su entera responsabilidad, que ellos mismos organizan y dirigen, y que descansan casi exclusivamente sobre ellos, permitiéndoles adquirir una experiencia diferente de la que pueden obtener yendo a las fábricas.

Los talleres están compuestos de máquinas verdaderas, pero reúnen un número de operaciones relativamente reducido, un proceso de trabajo simple, de suerte que los niños estén en mejores condiciones de dominarlo y de comprender el significado de conjunto. En consecuencia, en mejores condiciones de proceder a innovaciones, a invenciones, a juzgar lo que está bien y lo que debe modificarse. Es una cosa muy importante el permitir a los niños que sus primeros contactos con el trabajo productivo no sean sinónimos de disciplina ciega, sino al contrario, ligados estrechamente al ejercicio colectivo del *poder*.

Considerándolo más de cerca, es un contrapeso necesario al resto de la enseñanza escolar. Pues aun si el trabajo en clase se hace colectivamente, si los niños se ayudan mutuamente en lugar de conservar cada uno para sí, celosamente, sus conocimientos, no por eso significa menos que el trabajo individual leer-escribir-cantar-aprender es preponderante; por eso es que la experiencia de una producción colectiva, y que no puede funcionar *más que* colectivamente, es extremadamente importante para la adquisición de las posiciones socialistas. Los niños se preparan para convertirse, como dijo Marx, en trabajadores colectivos libremente asociados.

Asisten a los talleres durante las horas de clase y

siguiendo el mismo ritmo que los otros alumnos; cada 45 minutos toman 10 minutos de recreo. Tres veces 45 minutos en la mañana, y dos veces en la tarde. Los pequeños trabajan sólo en la mañana. Jeanine preguntó a los niños si consideraban los talleres como un juego. La pregunta les molestó mucho:

No, en lo absoluto, respondió uno de ellos, el asunto de los talleres es muy importante. ¿Cómo podríamos continuar lo que los obreros y los campesinos han emprendido si nuestros estudios estuvieran separados de la práctica, si no tuviéramos ningún conocimiento real de lo que es la producción, si no tuviéramos lazos con los obreros y los campesinos? ¡No podríamos!

En ese trabajo, no es la producción lo más importante; haciendo trabajar a los niños no se busca utilizar a toda costa todas las fuerzas de trabajo disponibles en la sociedad, incluyendo a los niños. No. *El trabajo es educador para los niños. Porque es útil para la sociedad, y es útil para la sociedad principalmente porque es educador para los niños.*

Al lado de los talleres, hay igualmente huertas cultivadas por los niños a todo lo largo del año, por equipos y por turno. Proveen de una buena parte de las legumbres que se consumen en su comedor. Por todas partes hay huertas, hasta en las ciudades; y a veces se ha necesitado excavar en las aceras y en las calles para encontrar, bajo los embaldosados, el campo.

El trabajo productivo fuera de la escuela

Pero no residen ahí los únicos lazos de los niños con la producción social.

El año escolar propiamente dicho dura ocho meses y medio. Después de eso, los alumnos parten con su profesor, para estar tres semanas en una comuna popular y participar en los trabajos agrícolas. Ahí viven con los campesinos y sus hijos, aprenden a conocer las condiciones

de vida y de trabajo en el campo.

Tienen la posibilidad de hacer importantes intercambios de experiencias, su horizonte se abre así sobre dominios más vastos. Los campesinos, nos dicen, los reciben cálidamente y ponen gran empeño en darles una educación de clase. Es la ocasión de las noches culturales en que los alumnos de las ciudades dan representaciones teatrales a los campesinos y viceversa. Se les relata muy concretamente tanto las luchas del pasado como las luchas actuales. Los niños están en condiciones de darse cuenta, “apoyándose en pruebas”, de la creatividad de las masas campesinas, de los progresos que éstas han hecho hacer a todo el pueblo chino.

Los niños chinos no son atraídos “irresistiblemente” hacia las ciudades; más tarde irán igualmente a instalarse en los campos. Es una política constante del partido (aunque contrarrestada por los que tienen una concepción burguesa de la industrialización) no “urbanizar” China sino desarrollar la industria en los campos mismos, a partir de las brigadas agrícolas existentes. Por supuesto, esta política no puede concretarse más que en la medida en que los campesinos no sean despreciados socialmente, en que la importancia del campesinado en la revolución, y en particular la necesidad de reducir la separación entre ciudades y campos, esté claramente asimilada, principalmente por los niños desde su más tierna edad.

Luego, algunas semanas después de esa estancia en el campo, con frecuencia los niños van a trabajar (dos o tres semanas) a una fábrica. Evidentemente, tal como en el campo, no hacen todos los mismos trabajos que los adultos, ni tanto tiempo. Pero están en los talleres, entre los obreros, trabajando a su lado. Ahí tampoco se puede disociar la adquisición de conocimientos técnicos de la formación ideológica y política que reciben. Participan

en las diferentes actividades culturales y políticas de los mismos obreros, lo que da una idea de la estima en la que se les tiene. Se introducen, nos dicen, en la escuela de los maestros obreros; también en ese trabajo se enfatiza sobre el estudio. No se trata de ninguna manera de hacerles aprender algo “a las volandas” para efectuar operaciones de las que no conozcan el significado. Al contrario, se les explica el propósito de las técnicas empleadas. Por qué tal pieza debe estar atornillada y tal otra soldada; cómo el trabajo que efectúan ahí, es una etapa de todo un proceso de trabajo colectivo, que no tiene valor ni sentido más que porque otros antes y después de ellos se han agrupado para efectuar una producción común.

Conocen también muy concretamente las lagunas actuales en el trabajo. Se pone especial cuidado en hacerles compartir el interés que tienen los obreros en los progresos técnicos de la producción y cómo llegan a ellos a través de su estrecha colaboración con los técnicos. No se deja de hacer resaltar constantemente la lucha entre las dos vías en todos esos dominios. No deben tener la ilusión de que el desarrollo de las fuerzas productivas es neutro y sin consecuencias políticas.

¿EDUCACIÓN POR LA SOCIEDAD O EDUCACIÓN POR EL ESTADO?

El encargarse de la educación de los niños, lleva a algunas reflexiones suplementarias. Está claro que el campo de los niños ya no es, en China, un campo familiar privado, pero está igualmente claro que tampoco es un terreno de especialistas. Aquí también la Unión Soviética procuró, en contraposición, los medios de comprender mejor los alcances de la experiencia china.

“No hay duda –decía Lunacharski– que expresiones como ‘mis padres’, ‘mis hijos’ desaparecerán poco a poco y serán remplazadas por los conceptos de ‘personas de edad’, ‘adultos’, ‘niños’, ‘bebés’, etc.” para apoyar la tesis de que los niños deberían pasar de propiedad de los padres a propiedad del Estado.

La cuestión de los niños es, fundamentalmente, la cuestión del porvenir de la sociedad. ¿Se quiere conservar la división social del trabajo y las tareas actuales, o se la quiere destruir? Si se la quiere destruir, ¿cómo esperar hacerlo confiando la educación de los niños a un cuerpo de especialistas “estatizados”? Nada puede contribuir mejor que semejante educación a cortar del cuerpo social real a los niños, a fijar para toda su vida en su “psiquismo” una actitud de eternos menores, sometidos constantemente a la tutela de cuerpos especializados que, siempre y en toda circunstancia, “saben mejor que ellos” y son “más competentes”. La relación de propiedad, de sumisión, de los hijos a los padres debe desaparecer; pero existe una relación social más vasta que la subtiende, que delega, podríamos decir, en los padres, un poder de tutela sobre los hijos; esa relación no solamente hace estragos en los niños sino entre todos los oprimidos asigna a los niños

un papel de “menores”, privados de toda autonomía, de toda responsabilidad. Esa relación es producida por el confinamiento de los niños al margen de la sociedad, en un mundo aparte, el “mundo del niño”, el de la escuela y la familia. La perspectiva que abría Lunacharski no hacía sino reforzar esa relación.

En el fondo, la cuestión de los niños, sin que así lo parezca, es cuestión del Estado. El período de transición del capitalismo al comunismo —el socialismo—, es justamente la destrucción del antiguo Estado y la construcción de uno nuevo, pero de un Estado un poco especial puesto que se fija como objetivo su propia desaparición. ¡Un Estado para que ya no haya más Estado! No es sorprendente que esta cuestión sea el escollo de todas las falsificaciones revisionistas posibles, porque, en ese dominio más que en cualquier otro, la burguesía sigue siendo fuerte mucho tiempo después de su ruina, como resultado del monopolio completo que previamente conservaba el Estado. Es cierto que también dirigía las fábricas, pero, evidentemente, no podía impedir que los obreros las hicieran funcionar y, por lo tanto, las conocieran.

La vía china de la educación de los niños es un ejemplo palpable de ese nuevo tipo de Estado que se refuerza al destruirse. Por eso es que el poder del proletariado está reforzado, porque la ideología del proletariado es, en ciertos campos, lo suficientemente directiva como para que las masas puedan comenzar a controlar directamente la educación de los niños, y hasta en ciertos aspectos, tomarla ellas mismas a su cargo, destruyendo así el *monopolio* de los cuerpos especializados del Estado en ese terreno —principalmente el sistema escolar, aunque también el aparato paramédico, los psicólogos, etc. Es dirigiendo directa y efectivamente sectores cada vez más amplios de la sociedad, rompiendo el monopolio ejercido por los aparatos de dirección tradicionales,

como el proletariado refuerza su poder; es igualmente el significado de la entrada de la clase obrera en las escuelas, y las universidades, pero también en los hospitales, las oficinas etc., bajo la forma de equipos obreros de propaganda, respondiendo al llamado de Mao Tse-tung “la clase obrera –y no *solamente* su *partido*, o su *ejército*– debe ejercer su dirección en todo”. Que se pongan en guardia. Eso no significa que en China el Estado proletario se venga abajo en pedazos. Al contrario, se podría decir que jamás ha sido más “potente”. Pero el carácter distintivo de esa potencia, su diferencia respecto a todas las “potencias” de los estados opresivos, es que proviene del poder, de la capacidad de dirección de las masas, reforzada sin cesar –la clase obrera y sus aliados– en la sociedad. Y mientras más se extiende ese poder, –lo que, como lo ha mostrado de manera esplendente la Revolución Cultural, es siempre el resultado de una lucha encarnizada entre el proletariado y la burguesía–, *mas pierden su monopolio de dirección los aparatos de Estado* (y digo bien, pierden su *monopolio* de dirección y no la *dirección*), y más, el Estado en tanto que órgano y expresión del poder del proletariado y de las masas populares, se refuerza.

No son ya los especialistas de la “política” y del trabajo de dirección quienes monopolizan ese trabajo; a medida que la capacidad de dirección de las masas crece, el trabajo de dirección se desmultiplica, los aparatos de dirección en todos los niveles se aligeran y se simplifican y las formas diferentes de organización de masas toman a su cargo cada vez más funciones.

EL MITO DE LA AUTOEDUCACIÓN

Hoy en día se comienza a saber cómo logran las concepciones burguesas de la escuela, transformar la

masa de niños en esos seres sumisos que conocemos; también hay que saber que la burguesía tiene otros recursos para impedir a los niños adquirir el punto de vista del proletariado.

En términos generales, hay dos maneras de mantener al proletariado en estado de inferioridad: o bien se le aparta de los “dominios reservados” de la ciencia, de la técnica, de la filosofía y del arte diciéndole claramente ¡que en verdad es demasiado estúpido!, o bien, al contrario, se le dice que tiene inteligencia natural, innata, que de su práctica puede obtener, *tal como es*, todos los conocimientos de los que tiene necesidad, y que por lo tanto no vale la pena ir a meter la nariz en los dominios de la ciencia, de la filosofía, etc. Al mismo tiempo, se predica la necesidad de destruir la escuela, la universidad, los institutos, etc. Todo esto, con el fin de impedir al proletariado adquirir experiencia *en la reforma* de esos dominios, al transformar la masa de intelectuales que, hasta entonces, oficiaban solos.

Esas dos actitudes han sido practicadas sucesivamente en China por los portavoces de la burguesía que son los revisionistas. La primera, antes de la Revolución Cultural; la segunda, durante la misma, para conservar el poder y dar el cambio, al disimular la política de restauración del capitalismo bajo las apariencias de una línea ultrarrevolucionaria.

Asimismo, hay dos maneras de mantener al niño en un estatuto infantil burgués. La primera ha hecho sus pruebas históricas: en la manera autoritaria y “escolar” de la escuela capitalista con su ideología del don, sus dos redes de escolarización y sobre todo la separación absoluta del “trabajo” escolar de la producción, la experimentación científica y la lucha de clases. No insistimos: se conocen los resultados.

Pero hay otra, mucho más solapada porque es, en apariencia, de todo punto opuesta a la primera, pero que

en la práctica conduce a resultados idénticos: es la política de la *autoeducación no directiva y libertadora* de los niños por sí mismos. Aquí también, lo que se emplea es la vieja teoría burguesa de la “naturaleza humana”: los niños estarán oprimidos en el sentido en que se comprime un resorte; quite el peso que gravita sobre ellos y su *naturaleza hablará*.

¿Qué hay más de “izquierda”, en apariencia, que fijarse como objetivo liberar totalmente a los niños de toda sujeción, o mejor, de toda intervención exterior? Como su nombre lo indica, la autoeducación significa que no hay educadores, o que los educadores son los mismos niños. Entonces, como los cuerpos “libres” sucumben en “libre” caída sometidos a la ley de atracción terrestre, así los niños “libres” caerán también en las trampas de la fuerza de atracción dominante, la ideología burguesa, y quizá todavía más insidiosamente. En efecto, ¿qué es lo que disimula mejor a los educadores escondidos, los amos de la sociedad, que una teoría que afirme que no hay educadores? Porque la sociedad está ahí, y siempre habrá educadores. ¡Pero digan que lo son y den la cara!

En la URSS, en los años 20, se intentaron muy numerosas y ricas experiencias pedagógicas. Esas corrientes de ideas, aunque comportando muchos aspectos *realmente* de izquierda, arrastraban, sin embargo, cierto número de puntos de vista erróneos; las corrientes ideológicas que se señalaban entonces no habían caído del cielo, habían salido de la experiencia adquirida por los medios pedagógicos progresistas en la lucha contra el zarismo. Pero esas posiciones no eran todavía el punto de vista del proletariado sobre la cuestión de la escuela y de la educación. Las masas no habían tenido todavía posibilidad de plantear esos problemas en la práctica, de verificar la precisión de ciertas tesis, de incubar nuevas y de criticar los puntos de vista erróneos. Muchos puntos de vista idealistas, democrático-burgueses principalmente, habían sido pura y simplemente tomados de ciertas corrientes de

la pedagogía occidental, por ejemplo de Dewey. La lucha contra la enseñanza zarista semifeudal y ultrarrepresiva había reforzado la idea, especialmente en Blonsky y Lepechinsky, de que había que liberar la naturaleza del niño de toda influencia exterior y dejarla expresarse. El mejor medio era, pues, velar por que nada “exterior” a los niños viniera a dirigir su educación, y por lo tanto a deformar, aplastar, reprimir, su rica naturaleza.

Chatsky especialmente, representante típico de la pedagogía progresista no bolchevique, da un ejemplo muy claro de ese tipo de desviación; se alzaba contra toda finalidad venida “del exterior” para la educación de los niños. Experimentó comunas de niños autoadministradas que aplicaban el principio de autonomía total de los niños, de autoeducación completa. La experiencia misma de esas comunas debía mostrar el carácter erróneo de los presupuestos idealistas sobre la “naturaleza” de los niños, y a pesar de todo ¡fue un gran fracaso!

Porque, por una parte, ninguna de esas comunas de niños prescindía de educadores: y en lugar de que fueran el proletariado y la sociedad quienes dirigieran la educación de los niños, eran especialistas actuando en su nombre.

Por otra parte, apareció muy pronto que esas sociedades de niños reproducían los rasgos notables de la sociedad de clase de la que se les había separado a fin de preservarlos de su “mala influencia”; a fin de que pudieran, puestos así “a cubierto”, segregar relaciones comunistas igualitarias. Al contrario, se veían aparecer formas típicas de la ideología burguesa, y los niños tenían tanto menos medios para luchar contra ellas, cuanto que estaban más radicalmente separados del conjunto de las luchas que se llevaban en la sociedad contra la burguesía. Krúpskaya fue llevada así a levantarse contra el derecho dado a los niños de esas comunas, de tener cursos de justicia y de infligir castigos: “Pues, decía, esos cursos reproducen pura y simplemente los cursos de justicia de los adultos cuando ni

siquiera participa en ellos ningún adulto.”

Se sabe cómo entre nosotros las bandas de niños reproducen espontáneamente relaciones de disciplina y de opresión burguesa en su seno. Se puede poner juntos, en las mismas escuelas, a niños y niñas pequeños, se puede no hacerles *jamás* un discurso explícito sobre la inferioridad de las mujeres, lo que no impedirá a los pequeñines reproducir entre ellos, por ellos y muy pronto, la situación de la superioridad de los niños sobre las niñas, la relegación de estas últimas de los nobles juegos de la guerra o de las canicas. Más aún, las amistades de los niños y de las niñas se calcarán con mucha precisión de los modelos ultraconformistas de la sociedad. Para los chiquillos, como para los hombres, la amistad franca, un tanto áspera, fiel y sin sensiblería, como la que los padres hacen durante el servicio militar; para las chicas las amistades mezquinas, hechas de envidia y sentimientos posesivos, las amistades eternas que cualesquiera pecadillos transforman en odio feroz. Como las amigas de mamá. ¿El mundo maravilloso de la infancia? ¡Una bella fruslería! En realidad, ahí se reconocen todas las leyes de nuestra sociedad, sus contradicciones, sus luchas, sus valores morales. Mantenedos al margen de la sociedad, pero dentro de un cierto lazo, inevitable, por lo demás, de dependencia frente a los adultos, los niños no conocen de la sociedad sino los deberes, ninguno de sus derechos, ni, sobre todo, los medios de luchar contra ella. Lo que, por supuesto, no puede ser más cómodo para hacer admitir como ley eterna y divina cualquier prejuicio necesario a nuestra sociedad, para inspirar un comportamiento de sumisión servil y de obediencia ciega.

Además, todo parece estar bien arreglado para el mejor de los mundos capitalistas; la escuela y la familia se dividen la tarea para hacer del niño el ciudadano de que tiene necesidad el capitalismo. Pero eso no es más que una apariencia; entre el aparato escolar y la familia no

solamente hay una división del trabajo en la represión, también hay violentas contradicciones; especialmente, por supuesto, entre la escuela y la familia obrera. No ver eso, es privar a la revolución de una de las palancas importantes de la lucha de clases. Si, para un país socialista, la cuestión de los niños es la del porvenir, esto es verdad igualmente para nosotros. Un movimiento revolucionario que no reconoce la importancia de la liberación de los niños es un movimiento suicida, y finalmente, un movimiento no revolucionario. No ver en los niños más que “el trabajo que dan”, más que la dependencia que de ello resulta para las mujeres, es profundamente reaccionario desde un doble punto de vista.

RECONOCER EL DOBLE CARÁCTER DE LA MADRE: REPRIMIDA Y REPRESIVA

En primer lugar, porque eso es “olvidar” que la revolución tiene como objetivo final la emancipación de la humanidad entera, y por lo tanto, de los *niños*. En segundo lugar, porque esconde cuidadosamente que si los niños son fuente de tráfago, de trabajo, de angustia para las familias y sobre todo para las madres, ellos están *sobre todo* reprimidos, y en especial por las madres, aun si estas últimas subjetivamente no lo desean. Empero, el hecho está ahí; “¡TRABAJO-NIÑOS, se está de eso hasta la coronilla!” es un santo y seña profundamente reaccionario; pone en el mismo plano la opresión doméstica, la explotación capitalista y los niños oprimidos. Dicho de otra manera, no hace distinción entre aquello contra lo que se debe luchar y aquellos con quienes y por quienes se debe luchar. Es el santo y seña de la pequeña burguesía nihilista que, aunque oprimida, es incapaz de concebir un proyecto revolucionario que modifique radicalmente sus condiciones de existencia.

Es inimaginable que un movimiento revolucionario de mujeres se desinterese en la cuestión de los niños, como es inimaginable que el proletariado pueda esperar llevar bien cualquier movimiento revolucionario desinteresándose por otras fracciones del pueblo. Nosotras no podemos exigir la igualdad con los hombres sin volver a poner en duda *inmediatamente* la relación de opresión que mantenemos con los niños, y, más generalmente, que los adultos mantienen con los niños.

Son muy numerosos los que, estando conscientes de la importancia de los niños, hacen un análisis insuficiente de las causas de la opresión de los jóvenes. El movimiento femenino se engaña cuando cree que esa opresión es la única consecuencia de la existencia de células familiares productoras de egoísmo y de interés privado. Ciertamente, la familia burguesa (y la familia dentro de la clase obrera es también una familia “burguesa” a su manera; si el hecho de que sus miembros sean obreros, cambia algo, no cambia la función de la familia) es bastante productora de tal ideología. Pero no en razón de los “pocos miembros” que la componen, ni de la monogamia oficial de los padres, ni del hecho de que los hijos vivan con los padres, como dice el MLF. Si la familia “va al egoísmo” es porque el egoísmo es un comportamiento inherente al capitalismo, que le es necesario. La Revolución Cultural ha descubierto claramente ese hecho, en especial en el santo y seña “combatir el egoísmo y refutar el revisionismo”. El egoísmo no es otra cosa que la ideología burguesa, y ésta es producida por el capitalismo, por la manera capitalista por la que son producidas todas las condiciones materiales en las que vive la gente, incluyendo a la familia. Es el capitalismo, o más generalmente las sociedades de explotación, las que producen una familia generadora de egoísmo, y no

la familia generadora de egoísmo la que produce el capitalismo. Y por eso, en tanto existan los asalariados, es decir, una cierta relación entre la fuerza de trabajo empleada y la “compensación” en salario recibido, subsistirá una base material para que el egoísmo exista y se desarrolle. Durante todo el período de transición del capitalismo al comunismo, esa base, aunque se debilita cada vez más hasta desaparecer, continuará existiendo¹⁴.

Es perfectamente idealista imaginarse que reuniendo varias parejas y sus hijos en una comunidad, se pueda remediar sensiblemente ese estado de hecho. En el mejor de los casos, se remplazará el egoísmo familiar por el egoísmo comunitario. Para convencerse, basta ver con qué rapidez las comunidades se cierran sobre sí mismas, se consagran a “sus problemas internos”, se aíslan de la sociedad, tal como lo hacen las familias a quienes ellas mismas se lo reprochan. En la medida en que los miembros adultos de la comunidad no viven en completa autarcía, sin contacto con la sociedad, es en la que inevitablemente son portadores de la ideología social dominante. Y aunque los niños no tengan ningún contacto con el mundo exterior fuera de esos adultos – lo que sería el colmo puesto que se pretende querer luchar contra el espíritu de clan–, ese solo lazo sería suficiente para reproducir en los niños los rasgos más notables de la sociedad de la que se huye. Tal como la madre de familia posesiva en exceso, y penetrada de su derecho maternal, que pasa sola sus jornadas con su hijo separándolo de todo lo “demás”, no deja de hacerlo y de la manera más autoritaria y más implacable que sea.

La única solución que queda en ese caso sería, según toda lógica, abandonar a los niños en alguna Isla

¹⁴ Cf. a continuación, p. 208: La existencia de los asalariados y la opresión femenina.

desierta. Rousseau lo había pensado antes que nosotros. Suponiendo que pudieran sobrevivir, hay que tener una concepción de las más retrógradas sobre la “naturaleza humana” para creer que, lejos de la “sociedad de consumo”, esos buenos salvajes abrirían en florecencia todas sus cualidades innatas, todas sus aspiraciones naturales a la generosidad, al desinterés que la sociedad reprime. En realidad esos niños no serían ni buenos ni malos en el sentido en que nosotros lo entendemos, se forjarían las ideas, los sentimientos y los valores morales que sus condiciones materiales de existencia les dictaran, sin más. Y si estuvieran sometidos a la necesidad primaria de encontrar los medios para sobrevivir al día considerarían justos los medios para conseguirlo, incluyendo la violencia para proteger “su” comida o “su” terreno de caza.

No vamos a volver a escribir la historia de la humanidad. La disyuntiva se plantea en estos términos: o bien aceptamos que los niños sean odiosamente reprimidos por la sociedad, como lo hemos sido nosotros antes que ellos; o bien cambiamos la sociedad para que no reprima más a los niños. Y si existe realmente un sentimiento profundo de rebeldía en el pueblo ante la “condición infantil”—*y existe verdaderamente*— debe desembocar en la toma de conciencia de que sus causas están en la organización social y, en consecuencia, que el remedio no puede ser sino un desquiciamiento de esa organización.

Yo sé bien que, entre todos los que intentan experiencias comunitarias, la mayoría están convencidos de la necesidad de la revolución “en general”, y me redarguirán: “Todo eso, lo sabemos. No pretendemos destruir el capitalismo creando comunidades, pero para hacer la revolución, justamente hay que romper; *previamente*, en algunos puntos importantes, con la ideología dominante. Los niños son

participantes de la revolución. No se puede decir “hagamos la revolución primero, después nos ocuparemos de los niños”.

¡Y tendrán razón! No ya por los niños, por las mujeres, por quien sea, no se puede remitir para después la necesidad de romper el estado de hecho actual. Se puede tan poco, podríamos decir, que esa ruptura es la primera condición de toda revolución. Pero justamente eso implica que nos *opongamos ahora* a la burguesía en diferentes dominios.

En lo que atañe a los niños, por ejemplo, eso quiere decir que nosotros, en primer lugar las mujeres y los educadores, los consideraríamos como una fuerza política, nacida de su rebeldía contra la experiencia específica que tienen de la opresión. Dedicuémonos a darles los medios de sistematizar esa rebeldía; de hacerla pasar de rebeldía individual a rebeldía colectiva. Pongámonos a ayudarles a desenmascarar las causas profundas de su estado de subordinación, a fin de que pasen de la escuela clandestina a la lucha contra el sistema de enseñanza. Unámonos con ellos contra “enemigos comunes”: el aparato de Estado, por ejemplo, que los retira de los padres, no para liberarlos de la autoridad familiar, sino para ejercer directamente su propia autoridad. Impongamos el control de los padres y de los hijos sobre los aparatos que están especializados en tomar a su cargo niños, y, en especial, el aparato escolar. Dejemos de considerarlos incapaces que no pueden comprender el sentido de lo que nosotros pensamos, y mostrémosles la realidad de nuestra sociedad, que conozcan las *otras* formas de opresión de las que es víctima el pueblo, que ensanchen su conocimiento social.

La historia de todos los movimientos revolucionarios muestra que los niños son capaces de una inteligencia revolucionaria inaudita. No solamente

son capaces de rebelarse contra lo que los oprime, sino además contra todo lo que oprime al pueblo. Las causas justas los entusiasman más allá de toda expresión. Vietnam, Palestina, los afroamericanos, Irlanda, lo atestiguan todos los días.

¿Cómo podríamos dudarlos? Nosotros, que hemos visto en 1968, niños de trece años organizar equipos colectivos de pequeñitos de los que se ocupaban para permitir a los padres ocupar las fábricas, en Nantes, por ejemplo; nosotros, que hemos visto a los colegiales batirse junto a los estudiantes y obreros en las barricadas en mayo de 1968, y organizar comités de acción cuyo promedio de edad no sobrepasaba los trece años; y más recientemente todavía, vimos a los alumnos del 60. II de Hurst batirse como leones hasta el punto de “enloquecer” los ministerios del Interior y de Educación nacional, porque estaban profundamente escandalizados de que se les separara de su maestro al condenar su trabajo. ¡Para una vez que tenían uno que los respetaba, que les hacía conocer la verdadera vida, la verdadera realidad, como decía uno de ellos! Evidentemente todo eso no puede hacerse espontáneamente; si no, ya estaría hecho. En primer lugar es necesario efectuar con los niños encuestas profundas y repetidas para definir orientaciones. Las mujeres, por ser las primeras educadoras de los niños, deben dedicarse a ello resueltamente; ellas tienen *un gran papel que representar en ese dominio*. Nosotras debemos estar convencidas de que *no solamente reprimidas, sino también represivas*. Tanto tiempo como lo neguemos, aunque es verdad que no escogimos deliberadamente ese papel, seremos incapaces de comprender las aspiraciones de los niños, y por ende, incapaces de ayudarlos. Una mujer que oprime a un niño, no puede ser una mujer libre. Para emanciparse, las mujeres deben ayudar a los niños a emanciparse también, ambas suertes están

inexorablemente ligadas.

Evidentemente, se habrá adivinado, no pretendemos dar aquí un “programa”. ¿En nombre de qué, por otra parte? Todo queda por hacer: encuestas, experiencias, luchas, debates, estudios un poco menos generales que estos. Es muy posible que las ideas que expresamos sean a veces unilaterales o francamente falsas. Finalmente, poco importa, serán criticadas, y ésta es una buena cosa. En cuanto a lo demás, por medio de esa exposición sobre los niños de China, y sobre todas las cuestiones que se relacionan con ello, hemos intentado mostrar que, lejos de apartarnos de la emancipación de las mujeres, dedicándonos a conocer los problemas de la educación de los niños, estábamos plenamente dentro de “nuestro tema”.

CUARTA PARTE

**LA FAMILIA CHINA: HACIA UNA NUEVA
COLECTIVIDAD DE BASE**

A riesgo de confirmar los temores de los periodistas que resaltan en las narraciones sobre “la China de la pesadilla”, es necesario reconocer que en China la familia está destruida. Si por “familia” se entiende la sumisión de la mujer al marido, su reclusión en el hogar, la autoridad absoluta de los padres sobre los hijos. Si por familia se designa ese “puerto de paz” cerrado sobre sí mismo, ideal de todos los hombres, sin el cual la vida no tiene ningún sentido, ese pequeño islote en el que el marido es el amo, y el único que se desenvuelve en todos los medios frente a las dificultades de la existencia... ¡Y bien! sí, de esa familia, no queda gran cosa. A todo lo largo de los capítulos precedentes, justamente se ha podido ver que las funciones reales o míticas de la familia estaban más que quebrantadas, estaban incluso remplazadas. Pero al mismo tiempo, y a riesgo de decepcionar a otros, vayamos hasta el final: es necesario igualmente reconocer que la familia existe en China. Si por familia hay que entender pareja estable, monogámica, que vive con sus hijos, los cuales no tienen, parece ser, experiencias sexuales fuera de la familia que a su vez formarán más tarde, he aquí un cuadro entristecedor para una parte del movimiento revolucionario. Esta cuestión, sin embargo, no es tan simple y merece que se la examine más de cerca. Si podemos afirmar al mismo tiempo “la familia está destruida” y “la familia existe”, ¿no es que ese término de familia no es tan claro en cuanto a su contenido, como se podría creer espontáneamente?

CAPÍTULO 9

UN RESUMEN HISTÓRICO

Nadie soñaría con asimilar pura y simplemente la familia poligámica feudal y lo que se ha convenido en llamar la familia nuclear de nuestra sociedad, aunque sea patente un rasgo común a esos dos tipos de familia: la inferioridad de la mujer con relación al marido. Es igualmente aberrante imaginar una sociedad feudal descansando en la pequeña producción agrícola, que se daba por estructura familiar esa célula atomizada reducida a la pareja y sus hijos, como lo sería encontrar una sociedad capitalista formada de grandes familias en las cuales cohabitaran el padre y sus esposas, los hijos de sus esposas, las jóvenes hermanas núbiles de éstas, sin olvidar a padres y suegros. Es que, lo sabemos, las diferentes formas familiares son el *producto* de sociedades diferentes y están adecuadas a esas sociedades —no siempre exactamente, volveremos a ello.

La familia china tiene la particularidad histórica, de las más interesantes para avanzar en la comprensión de las diferentes funciones de las diferentes familias, de haber pasado en el espacio de apenas veinticinco años, de la familia feudal a un tipo de familia que no conocemos en los países capitalistas. Esta evolución rápida y reciente es importante, pues por sí sola nos permite comprender ciertas especificidades del movimiento femenino chino, y, en consecuencia, nos permite descubrir mejor lo que en la familia china actual *puede* presentar un carácter universal.

Bodas de sangre

De todos los relatos que nos han hecho, ¿el que cuenta

la vida de la vieja campesina de los montes Sinkiang con sus piecitos mutilados; el de esa obrera del canal Bandera Roja que nos contó, casi sonriente y con palabras mesuradas, que a los ocho años era diariamente azotada por su padrastro; aquel otro que recuerda la joven tibetana sentada en un profundo sillón, su vestido largo de vivos colores ocultándole las piernas, y que no podía impedir llorar cuando nos decía que el propietario de siervos que la poseía la capturó un día que intentaba escaparse, le anudó los pies a la cola de su caballo y la condujo así a su propiedad, al galope, con la cabeza y la espalda rebotando sobre las piedras del camino? Todos se confunden en la misma miseria espantosa, la historia de unas no es sino la vida de las otras. Tener una hija no era, ciertamente, un don del cielo entre los pobres. Y afortunados si la podían “desposar” temprano, estaría entonces a cargo de su familia política. Es decir que, a cambio del albergue y la comida –y de los golpes– serviría a sus parientes desde el alba hasta que cayera la noche... ¡Muy práctico! Más tarde daría hijos a su marido; con un poco de suerte podría hacer padecer a su nuera lo que ella misma había padecido.

¿Hay algo peor que la condición de las mujeres en la familia feudal? Con ellas todo está permitido: comprarlas, venderlas, golpearlas, violarlas, sacrificarlas a los dioses, robarles sus hijos, vendarles los pies para que se les queden minúsculos; la imaginación no basta para hacerse una idea de lo que era la realidad para las mujeres. Toda su vida oyeron repetir la regla de las tres obediencias: obediencia al padre antes del matrimonio, obediencia al marido después del matrimonio, obediencia al hijo mayor en la viudez.

No obstante, no todo sucedía sin tropiezos. Y los matrimonios forzados frecuentemente eran posibles justamente por la “fuerza”:

En semejante caso [matrimonio] no se pide el consentimiento de la interesada. Por supuesto, ella siempre protesta un poco, pero no hay más que atarla, meterla en un

palanquín, hacerla trasportar a casa del mando, ponerle una corona de casada en la cabeza para la ceremonia después de lo cual se la encierra en la cámara nupcial y el asunto está arreglado. Pero cuñada Siang-lin no es como las otras; parece que se ha debatido terriblemente, hasta se ha dicho que probablemente era porque había trabajado con los letrados por lo que era tan diferente de las otras mujeres. Señora, hemos visto a muchas de esas viudas que se vuelven a casar; unas lloran y gritan, otras quieren suicidarse, otras más hacen un escándalo en el momento de la ceremonia, rehúsan adorar el cielo y quieren hasta romper los candelabros nupciales. Pero cuñada Siang-lin ha actuado de manera diferente. Durante todo el trayecto no hizo más que dar alaridos y gritar injurias, si bien al llegar al pueblo de los Ho, estaba enronquecida. Después de haberla sacado por la fuerza de su palanquín, no se pudo lograr hacerla que se postrara para adorar al cielo, no obstante haber intervenido tres, dos hombres y su joven cuñado, para obligarla a inclinarse. En un momento, por inadvertencia, soltaron el lazo, y entonces ¡cielos! ¡nada menos que se fue a golpear la cabeza contra la esquina de la mesa que tenía el incienso y las velas, y se hace un gran agujero en la cabeza! La sangre no paraba de correr; se le curó la herida con dos pellizcos de ceniza de incienso y dos pedazos de trapo rojo, pero seguía sangrando. Para terminar todos los hombres presentes se hicieron uno y lograron encerrarla con su marido en la cámara nupcial en donde continuó sus insultos... ¡Ay ay ay! Ya está... Sacudió la cabeza, bajó los ojos y se calló¹.

Evidentemente, sucedía que el marido, aun por la fuerza, no pudiera tener ocasión de ser marido. La prometida podía matarse, antes que dejarse casar. Eso no era raro. En 1919, en la época del levantamiento en masa de la juventud revolucionaria china, el suicidio de una joven, la señorita Zhao, sublevó la cólera de las mujeres contra los matrimonios forzados.

¹ Lon Sin, *Littérature chinoise*, núm. 4, 1971.

Las tres redes de acero

Un suicidio está enteramente determinado por las circunstancias. La idea original de la señorita Zhao ¿era buscar la muerte? Al contrario, era buscar la vida. Si la señorita Zhao finalmente buscó la muerte, fue porque las circunstancias la acosaron. Las circunstancias en las que se encontraba la señorita Zhao eran las siguientes: 1° la sociedad china; 2° la familia Zhao de la calle Hanyand en Changsha; 3° la familia Wu de Ganzixuan de Chang-sha, la familia del marido al que ella no quería. Esos tres factores constituyen tres redes de hierro, que se puede imaginar cómo constituían una especie de jaula triangular. Una vez capturada entre esas tres redes ella tuvo ocasión de buscar la vida por todos los medios no había posibilidad de vivir; lo contrario de la vida es la muerte y la señorita Zhao debió, por lo tanto, morir... Si entre esos tres factores hubiera habido uno que no fuera una red de hierro o bien si una de las redes estuviera abierta la señorita Zhao ciertamente no estaría muerta... 1° Si los padres de la señorita Zhao no hubieran recurrido a la fuerza, sino se hubieran plegado a la libre voluntad de la señorita Zhao, la señorita Zhao ciertamente no habría podido morir. 2° Si los padres de la señorita Zhao no hubieran llevado el asunto por la fuerza si no hubieran permitido a la señorita Zhao dar a conocer su opinión a la familia de su futuro marido y explicar las razones de su rechazo, y si, a fin de cuentas, la familia de su futuro marido se hubiera sometido a su opinión, respetando su libertad individual, ciertamente la señorita Zhao no habría podido morir. 3° Aun si los padres y la familia de su futuro marido no hubieran podido admitir su libre voluntad, si en la sociedad hubiera habido una parte muy poderosa para apoyarla, si hubiera habido un mundo enteramente nuevo en el que el hecho de huir de casa de los padres y encontrar refugio en otra parte hubiera sido considerado honorable y no deshonoroso, igualmente en ese caso, la señorita Zhao ciertamente no habría podido morir. Si la señorita Zhao está hoy muerta, es porque estando sólidamente rodeada por las tres redes de hierro (la sociedad, su propia familia, la familia de su futuro marido) buscó en vano la vida, y finalmente fue conducida a buscar la muerte.

[...] El incidente de ayer fue importante, se produjo a causa del innoble sistema de matrimonios arreglados, a causa de las tinieblas del sistema social, la negación de la voluntad del individuo, y la ausencia de libertad para escoger su propio esposo... Hay que esperar que los que se interesan en él, comenten este asunto bajo todos sus aspectos, y que defiendan el honor de una muchacha que ha sufrido una muerte de mártir por causa de la libertad de escoger su amor.

[...] La familia de los padres y la familia del futuro marido están imbricadas ambas en la sociedad, una y otra son parte de la sociedad. Debemos comprender que la familia de los padres y la familia del futuro marido han cometido un crimen, pero la fuente de ese crimen se encuentra en la sociedad. Por cierto, las dos familias han podido cometer ese crimen; pero una gran parte de la culpabilidad les ha sido transmitida por la sociedad. Además si la sociedad fuera buena, aun si las familias hubieran querido realizar ese crimen, no hubieran tenido oportunidad de hacerlo.

[...] Si nosotros hacemos campaña en favor de la reforma del matrimonio, primeramente son las supersticiones respecto al matrimonio las que hay que demoler, y en primer lugar, la creencia de que los matrimonios están predestinados por la suerte. Una vez destruidas esas creencias, el pretexto detrás del que se esconde la práctica del arreglo de matrimonios por los padres, desaparecerá al mismo tiempo y entonces el concepto de “la incompatibilidad entre el marido y la mujer aparecerá inmediatamente en la sociedad. Y tan pronto se manifieste el concepto de la incompatibilidad entre el hombre y la mujer, el ejército de la revolución familiar se levantará en una muchedumbre densa, y la gran ola de la libertad del matrimonio y de la libertad del amor se esparcirá sobre China.”

Mao Tse-tung² fue quien escribió ese artículo en 1919. Ahí se encuentran estrechamente ligadas la llamada a la lucha contra la sociedad “devoradora de hombres” y contra los matrimonios arreglados. El

² *Mao Tse-tung*, presentado por Stuart Schram, París, Colin, pp. 287-288.

principio del matrimonio forzado fue combatido incluso por hombres; los niños que desde los siete u ocho años habían sido casados, no apreciaban en lo absoluto esa costumbre. Sucedió que emprendían la huida de su pueblo para escapar también ellos a su suerte. La mayor parte del tiempo iban a engrosar las filas del Ejército Popular de Liberación.

LA GRAN SUBVERSIÓN

No había solución para las mujeres en la China feudal. Su opresión no se debía simplemente a viejas costumbres, a tradiciones milenarias demasiado pesadas para disiparlas. La opresión marital de las mujeres, estaba enteramente ligada al sistema económico. Si no ¿cómo comprender que semejante situación hubiera podido mantenerse, ya no digamos siglos, sino siquiera algunos años? China ha conocido a todo lo largo de su historia numerosas revoluciones campesinas, pero jamás triunfaron, y jamás las mujeres pudieron entrever otra vida. No es sino con la aparición del proletariado con lo que una vía nueva, una salida aparece para cientos de millones de campesinos y para las mujeres. Es por lo que el movimiento de liberación de las mujeres chinas está tan íntimamente ligado a la revolución pues, por primera vez, las mujeres veían la posibilidad de desempeñar un papel nuevo sobre la tierra, la posibilidad de hacer otra cosa que servir al marido, servir a la suegra, servir al propietario terrateniente, servir a los dioses... Por primera vez, veían la posibilidad de dejar su lugar detrás del fuego, sobre el kang, o cerca del pozo. "...¡La libertad del amor se esparcirá sobre China!": esas aspiraciones estaban todavía muy lejos de la realidad para cientos de millones de mujeres. Una canción popular china evoca sus sentimientos:

*Había una chica que tenía 17 años
Y cuatro años más tarde tuvo 21
Recibió un marido que tenía 10 años
¡Era mayor que él 10 años y 1!*

*Ella iba al pozo a buscar agua
Dijo a su marido corriendo en sus faldas:
(Un bordo era bajo, un bordo era alto)
— ¡Quítate de ahí si temes la caída!*

*Si mis suegros no fueran amables
Yo te empujaría al fondo del pozo
Si mis suegros no estuvieran aquí
¡Te arrojaría al agua, marido mío!*

Si una mujer quería partir, su marido le decía: “¿Qué harás tú sin mí? ¿Quién te dará de comer? ¿Quién cultivará los campos para ti? Sueñas en quimeras que no existen más que en la cabeza de los atolondrados, no hay otra solución. Tu destino está *aquí* para servirme, como el mío es servir a los propietarios terratenientes que disfrutaban del maná celestial.”

La liberación de las mujeres no podía ser asunto *solamente* de las mujeres; estaban ligadas demasiadas cosas a su opresión. ¡Dependían de tantas cosas! No podía hacerse más que en la revolución. Asimismo, la revolución no podía hacerse sin romper las supersticiones, el respeto al clan, el culto a los ancestros y el poder marital sobre los que reposaba el poder del propietario terrateniente. Por eso es que, en las regiones liberadas por el ejército rojo de los obreros y de los campesinos, el movimiento de las mujeres tuvo tal amplitud. Por todas partes las mujeres operaban la “gran subversión”; con la llegada del VIII ejército de ruta, ellas se convencían de la posibilidad de establecer la igualdad de las mujeres con los hombres. Así, organizaban equipos de vigilancia y cuando encontraban un caso típico,

una familia que trataba a la mujer particularmente mal, iban a verla, a hablarle, a persuadirla de la posibilidad de liberarse de ese yugo si las mujeres se unían. Entonces organizaban reuniones con las mujeres del pueblo en las que convocaban al marido, o al suegro y lo requerían para explicarse públicamente ante las acusaciones de la mujer, o de la nuera. Si rehusaba explicarse, no era raro que ellas le pegaran para mostrarle que en adelante las cosas no serían ya jamás como antes, y que no debía ocurrírsele castigar a su mujer ni una sola vez, pues el comité de mujeres permanecía ahí vigilándola, listo a intervenir de nuevo si lo hacía. Hinton cuenta³:

Entre esas mujeres, se encontró la de Man-ts'ang, un campesino pobre. Cuando llegó, después de una reunión de la asociación femenina, su marido la apaleó: “¡Te voy a enseñar a quedarte en casa!” Pero la esposa de Man-ts'ang asombró grandemente a su señor y amo; en lugar de obedecerle como esclava sacrificada, al día siguiente fue a ver a la secretaria de la asociación, y depositó una queja contra su marido. La secretaria convocó a una reunión de mujeres del pueblo. Por lo menos una tercera parte, quizá la mitad de la población femenina, respondió a la convocatoria. Ante esa asamblea sin precedente de mujeres resueltas, Man-ts'ang fue requerido para explicarse. Él lo hizo con gusto, en un tono arrogante y categórico. Declaró que apaleaba a su mujer porque iba a los mítines y que “las mujeres no iban ahí más que a exhibir su coquetería y su seducción”.

Esa observación suscitó vivas protestas de la asistencia femenina. La palabra dejó lugar rápidamente a la acción. Las mujeres se le echaron encima, lo derribaron, le desgarraron las ropas, le abofetearon, le tiraron de los cabellos, lo golpearon hasta que le faltaba la respiración. “Tú quieres golpearla, ¿eh? Dínoslo pues. Golpearla y calumniarnos a todas, ¡eh! ¡Toma! ¡Maldita sea tu madre! ¡Quizá esto te enseñe a comportarte!” “—Paren, ¡ya no la golpearé jamás!”, dice con voz ronca el aterrorizado marido, medio desmayado por los

³ Hinton, *Fan Shen*, Plon, 1971, pp. 196-198.

golpes. Ellas se detienen, lo sueltan y lo dejan partir, pero previniéndolo de que si le levanta otra vez un sólo dedo a su mujer, recibirá el mismo trato.

A partir de ese día, Man-ts'ang no osó más pegar a su mujer; en lo sucesivo ella fue conocida en el pueblo bajo su nombre de soltera, en lugar de ser simplemente señalada como “la esposa de Man.ts'ang”, según la costumbre ancestral...

Así se operaba lo que las mujeres llamaban “la gran subversión”, y aun si los maridos no siempre aprobaban inmediatamente sus actividades sociales, aprendieron rápidamente a mostrarse mucho más circunspectos frente a ellas. En general, la asociación de las mujeres estaba obligada a pasar por esta primera etapa para asegurar un mínimo de seguridad a las mujeres que querían comprometerse en la lucha.

A CADA CLASE SU FAMILIA

Si el matrimonio forzado, la venta y compra de las novias niñas era un rasgo común que marcaba la posición de la mujer en toda la sociedad, se observaban muy notables diferencias entre las familias de la clase feudal y las de las clases pobres.

No era legal, desde hacía mucho tiempo, la poligamia para la nacionalidad Han, es decir el 90% de la población china. Pero, en cambio, el concubinato era totalmente lícito. El hombre tenía derecho a casarse, y luego, a tomar cuantas concubinas quisiera y hacerlas vivir en el domicilio conyugal. Las concubinas tenían los mismos “deberes” que una esposa legal; en particular, debían respeto y obediencia al amo de la familia. Pero no tenían los mismos derechos: y debían también obediencia a la esposa legítima. Si la esposa legítima pertenecía a la misma clase que el marido —y no era escogida por éste, sino por un acuerdo entre las familias, sin la opinión de los interesados— en cambio, las

concubinas salían casi siempre de las clases pobres y eran elegidas directamente por “el que las iba a utilizar”. En la mayoría de los casos, cuando envejecían o se enfermaban, en suma, cuando no hacían ya “el asunto” por alguna razón, eran echadas a la calle. No les quedaba ya sino intentar colocarse como sirvientas de una familia rica, o ir a engrosar las filas del ejército de mendigos y miserables. En cuanto a los hijos que hubieran podido tener, si, ante la ley podían disfrutar de los mismos derechos que los hijos legítimos, en realidad eran con la mayor frecuencia explotados por el amo como simples mozos de labranza. Las hijas, sensiblemente padecían la misma suerte que sus madres. Se convertían a su vez en concubinas de otros señores. Y si alguna vez podían esperar ser la esposa legítima, muy frecuentemente era de un hombre pobre. Su suerte se dejaba a la libre elección del amo. Por supuesto había ejemplos contrarios: Llegaba a suceder que él los hiciera sus herederos, en todo el sentido del término, cuando la esposa no había podido garantizarle una descendencia, en particular de varones... Pero este reconocimiento de los hijos de la concubina se hacía en su detrimento, pues entonces ya no eran legalmente sus hijos, sino que se convertían en los de la pareja legítima.

El amo escogía y compraba sus concubinas entre las familias pobres; naturalmente éstas no podían decir ni una palabra, y, con frecuencia, no había otra posibilidad de supervivencia para su hija que entregarla al señor; o hasta la venta de una hija permitía tener un poco de dinero para alimentar por un tiempo a los demás hermanos y hermanas. O aun las familias, endeudadas hasta el tope con el señor daban en pago a su hija: el amo no la compraba, sino que en su inefable bondad podía consentir ampliar el plazo de pago de las deudas hasta la siguiente cosecha.

Esta situación, poligámica en los hechos, no

significaba, se habrá adivinado, sino que los hombres ricos que tenían el poder, se ofrecieran lo que deseaban cuando lo deseaban. Para los hombres del pueblo, era otra cosa: no solamente no existía la poligamia para ellos, sino que no era raro que fuesen obligados a permanecer solteros por no tener “los medios” para tomar mujer. En ciertas minorías nacionales esas diferentes formas familiares conforme a las clases, estaban claramente sancionadas por las leyes. En el Tíbet por ejemplo, los propietarios de siervos eran legalmente polígamos –lo que evidentemente no excluía el concubinato. En cambio, la masa de siervos practicaba la monogamia que era un signo de pobreza. Los matrimonios de los siervos eran enteramente decididos por los propietarios que deseaban que “sus” siervos tuvieran descendencia, puesto que ésta era igualmente su propiedad. En las regiones muy apartadas del Tíbet y entre fracciones de la clase de siervos todavía más miserables, lo corriente era la “poliandria”. En el Instituto de Minorías Nacionales de Pekín se nos explicó que esa poliandria no había que entenderla como “poligamia para las mujeres”: no era que una mujer tuviera varios hombres, sino más bien que varios hombres compartían la misma mujer por ser demasiado miserables para pretender tener una cada uno.

Esas diferentes formas de familia, ya fuera que estuvieran inscritas dentro de la ley, como en el Tíbet, o que estuvieran impuestas por los hechos como con los Han, encubrían funciones diferentes de esas familias. Pues decir de la familia que difiere según la sociedad en la que *funciona*, no constituye más que un punto de partida; todavía se necesita aprender a reconocer las diferentes especies según las diferentes clases en el seno de una misma sociedad. Evidentemente, para la masa de pequeños campesinos atados a la pequeña producción individual, no teniendo

otros recursos fuera de los que producían con sus propias manos, la familia era la única posibilidad de sobrevivir. El campesino tenía necesidad imperiosa de una mujer con la cual compartir el trabajo; hacer él los trabajos de la tierra, ella la pequeña producción doméstica. Como China estaba muy poco industrializada, sobre las mujeres recaía el trabajo de fabricar, según las necesidades de la familia, telas, zapatos, salazones, etc. El padre debía también esencialmente darse hijos que le permitieran sobrevivir en su vejez; sin hijos que les tomaran a su cargo, los viejos morían de hambre y de frío. Evidentemente, para el propietario terrateniente, enriquecido con los frutos del trabajo de los otros, la familia tenía un significado completamente diferente. En primer lugar, era el medio de transmitir la herencia a su descendencia, la forma que mantenía las riquezas y el poder en el seno del mismo grupo restringido de gente, de la misma pequeña clase despótica. Tener concubinas entraba en ese mismo diseño: el de una descendencia numerosa aseguraba una base más amplia para su dominio. La gran familia del señor, con su esposa, sus concubinas, sus hijos, su séquito de domésticas, sobre las cuales conservaba, por supuesto, derecho de pernada, como sobre todas las muchachas pobres del pueblo en general, eran también a la vez *signo* y *medio* de dominación local. Entrar en concubinato con hijas de campesinos pobres, era también tejer lazos “sagrados” de familia entre ellos y él. Y si esos lazos no implicaban, naturalmente, que el señor tuviera cualquier deber para con “esos” parientes, en cambio reforzaban las creencias supersticiosas y religiosas de los pequeños campesinos según las cuales no se debe causar perjuicio a un miembro del “clan” familiar ni a sus bienes. En realidad, las familias eran diferentes porque tenían funciones diferentes según las clases.

LA FAMILIA “DEMOCRÁTICA” (DESTRUCCIÓN POR ETAPAS DE LAS ANTIGUAS FUNCIONES ECONÓMICAS Y POLÍTICAS FAMILIARES)

La ley sobre el matrimonio, de 1950, al día siguiente de la liberación, atestigua la modificación de las relaciones entre hombres y mujeres que intervienen con la revolución de democracia nueva. Son prohibidos la bigamia y el concubinato. El matrimonio de muchachas y muchachos menores de dieciocho años es igualmente prohibido. El libre consentimiento mutuo es la única condición exigida para el matrimonio. Es instaurado el divorcio gratuito, sin ningún motivo restrictivo de las causas (volveremos sobre esto más adelante).

Pero eso no eran sino leyes: sancionaban el fin de las costumbres feudales e indicaban una orientación política; todavía se necesitaba que en la práctica fueran realmente suprimidas las antiguas funciones de la familia. La reforma agraria, al destruir la gran propiedad territorial, dio un golpe fatal a las antiguas estructuras familiares; distribuyendo la tierra, no solamente a cada familia de campesinos sino también a cada mujer que vivía sola, o que deseaba dejar a su marido, se minaba considerablemente el poder marital. Hubo una enorme ola de divorcios en toda China y un gran número de matrimonios “arreglados” por las familias fueron disueltos. Puede tenerse una idea del reventón de esta ola por el cuadro que sigue. Y además, no se incluyen ahí más que los casos de divorcio en los que hubo proceso. Hay que agregar todos aquellos que se arreglaron en la “alcaldía”, por consentimiento mutuo⁴.

⁴ Folleto con los textos oficiales de la ley sobre el matrimonio, p. 22. Este folleto se encuentra en las ediciones en lenguas extranjeras de Pekín, en la Biblioteca Nacional.

El amor conyugal no había sido jamás, ni formalmente, la justificación del matrimonio. Se convirtió en ella; realizado así, en parte, las aspiraciones de la juventud china que Mao Tse-tung había apoyado unos treinta años antes (véase más arriba el texto sobre el suicidio de la señorita Zhao). Engels, analizando el papel del amor en el matrimonio de las diferentes sociedades, decía justamente a propósito de aquellas en las que se practicaban los matrimonios forzados:

En toda la antigüedad, los matrimonios son arreglados por los padres para los interesados, y éstos se acomodan tranquilamente. El poco amor conyugal que haya conocido el mundo antiguo no es una inclinación subjetiva, sino un deber objetivo, no la causa sino lo correlativo del matrimonio⁵...

<i>Lugar</i>	<i>% de los procesos de matrimonio con relación a la totalidad de los procesos civiles</i>	<i>Época</i>
Distrito de Ching	99%	Enero a noviembre de 1949
Kharbine	42.8%	Agosto de 1948 a abril de 1949
Distrito de Yu	97%	Septiembre de 1949
Pekín	13.4%	1949
Shihchiachung	46.9%	Enero a junio de 1949

Lo que resume bastante bien la situación china antes de la revolución. Mientras que con la libertad del matrimonio:

Una nueva moral se aplica al juicio del comercio sexual; no solamente se pregunta “¿era conyugal o extraconyugal?” sino

⁵ Engels, *Origine de la famille*, ed. sociales, p. 74.

también “¿descansaba en el amor, y el amor compartido?”⁶

Ese es el sentido de las leyes chinas que siguen inmediatamente a la liberación. Comentando la ley sobre el matrimonio, Teng Ying Chao (la mujer de Chou En-lai) precisaba en 1950 que la lucha por una justa aplicación de la ley debía apoyarse principalmente en los siguientes puntos:

Primo: es necesario emprender entre los cuadros el estudio de la ley sobre el matrimonio y la reforma ideológica, a fin de depurar la influencia feudal restante, que reconoce la superioridad del hombre sobre la mujer y considera al sexo femenino como un objeto de diversión... *Secundo:* en favor de la ley, las organizaciones del partido, las organizaciones gubernamentales y populares a todos los niveles, deben proceder seriamente a una popularización y a una educación amplias y profundas entre las masas haciendo de la acción llevada contra el sistema matrimonial feudal un vasto movimiento de masas. Siguiendo las directrices del comité central del Partido Comunista Chino, todo el partido debe considerar el trabajo de propaganda y de organización para asegurar la exacta ejecución de la ley sobre el matrimonio como una de las más importantes tareas del programa permanente, de la hora actual... *Tertio:* es necesario proclamar *la libertad de relaciones sociales entre ambos sexos y la libertad de amarse entre los hombres y las mujeres no casados*. Muy a nuestro pesar comprobamos que sobre este capítulo existe cierta atmósfera malsana, aun en el seno de nuestros cuadros. Con frecuencia, cuando camaradas de ambos sexos se frecuentan un poco, suscitan gesticulaciones y habladurías interminables. Debemos oponernos a esta tendencia. *Debemos preparar buenas condiciones sociales para la realización de la libertad del matrimonio*. Hay que notar que el amor y el matrimonio, vistos desde su lado, pasivo, forman parte de la vida privada de un individuo, los demás no deben mezclarse por lo tanto sin ninguna necesidad. Vistos desde su lado activo, el amor y el matrimonio constituyen una parte orgánica de la vida social; el

⁶ Engels, *ibid.*, p. 74.

amor y la vida armoniosa del matrimonio entre los particulares son una condición indispensable para a vida social plenamente feliz. La sociedad debe protegerlos, pero no molestarlos.⁷

Ni que decir tiene que esa primera etapa no era todavía más que la destrucción de la familia feudal y que se necesita ir más lejos⁸, para que la familia deje de ser la unidad de producción que conocemos. A partir de ese momento, las transformaciones que deben operarse no son a *principalmente* el despedazar las estructuras feudales (desde hace tanto tiempo desaparecidas entre nosotros) sino la destrucción de las formas burguesas de la familia. Ciertamente, las características particulares de China persisten; en primer lugar, el hecho de que las luchas contra la familia burguesa son llevadas en un régimen en el que el proletariado está en el poder, y luego, que el pasado feudal reciente influye sobre el tipo de familia instalada en el momento de la revolución de democracia nueva. Pero a partir de ahí, entramos en un campo que concierne a la lucha contra las formas burguesas de la familia, campo que nos es, claramente, más familiar.

Si la reforma agraria había sido un golpe fatal asestado a la familia feudal, la colectivización debía ser, a su vez, un fuerte fermento de desunión de las características burguesas de la familia “democrática”. Ese punto, por otra parte, estaba bien comprendido por la burguesía. Cuando enarbolaba el retorno a la familia como base de

⁷ En el folleto sobre “la ley del matrimonio”, ya citado, pp. 48 a 51. (Subrayado de la autora).

⁸ Esto es lo que Teng Ying Chao, en ese mismo artículo, hace observar sin ambigüedad: “...Atravesamos hoy en día un período transitorio; debemos, en efecto, edificar activamente un nuevo sistema de matrimonio, pero necesitamos *en primer lugar aportar nuestros esfuerzos para abolir lo antiguo*. Tenemos ante nosotros la misión de asegurar al pueblo la plena libertad de matrimonio, de *dar un golpe decisivo al antiguo sistema matrimonial y de luchar por la formación de nuevas familias*” (folleto citado p. 37).

la producción, a lo que propendía era a la detención de la colectivización. Siempre se puede hablar de “revolución en las relaciones sociales”, de la “necesaria igualdad de los sexos”, del “amor como fundamento del matrimonio libre”; pero cuando la propiedad privada es la base de la producción, esas no son sino palabras huecas. La herencia de las tierras o de los medios de producción *es suficiente*, sin que haya necesidad de codificarlo en las leyes, para hacer de la familia una imperiosa necesidad económica y, al mismo tiempo, del matrimonio, un simple *contrato de trabajo*. Eso es lo que comprendieron muy bien, como lo hemos citado en las páginas consagradas a la lucha contra el Zhen Zui y Bao.

Pero aunque fuertemente quebrantado, el papel económico de la familia no fue destruido, sin embargo; demasiadas funciones estaban todavía casi exclusivamente a su cargo, como los cuidados de los niños, el trabajo doméstico, etc. Para liberar el matrimonio de los apremios materiales, debía abordarse una nueva etapa: emprender, a gran escala, la colectivización del trabajo doméstico, al mismo tiempo que se organizaba que la sociedad tomara a su cargo ciertos “deberes familiares”, por ejemplo, la sanidad, o la jubilación de los trabajadores viejos que permite a éstos no depender ya económicamente de la familia.

TIEMPO LIBRE, TIEMPO DE TRABAJO: ¿FAMILIA REFUGIO O FAMILIA ABIERTA?

Con frecuencia nos han dicho en China: “Hoy en día las mujeres y los hombres son iguales económica, política y jurídicamente.” Evidentemente, esto quería decir en primer lugar que no existe ninguna medida discriminatoria para con las mujeres sino al contrario, como lo veremos más adelante. No obstante, no es menos evidente que la igualdad completa entre los hombres y las mujeres debería desembocar en una repartición igual de ambos sexos en todos los sectores de la sociedad. Ahora bien, hay todavía muchos campos mayoritariamente masculinos y hasta ciertos campos casi exclusivamente femeninos. Si se examinan, por ejemplo, los organismos de dirección, la proporción de mujeres es ahí claramente inferior a la de hombres y más claramente cuando se sube a los escalones superiores... (Cf. algunas cifras dadas en el anexo). He ahí la señal de que la igualdad no existe todavía “en la práctica” y, por otra parte, ¿sería imposible que hoy en día fuera de otra manera! Pero hacer caso omiso, o reconocer esa persistencia de la desigualdad sexual, constituye en sí una primera demarcación importante, aunque todavía insuficiente.

A veces se nos ha presentado esta desigualdad en los hechos como un simple “atraso” de las ideas, heredadas del pasado: “Es necesario luchar contra las ideas reaccionarias heredadas del pasado acerca de la inferioridad de las mujeres.” Pero no diciendo *más que* eso, se hace caso omiso de las bases materiales objetivas sobre las cuales reposa todavía hoy en día esa inferioridad relativa. Si no se descubren los obstáculos

concretos, objetivos, que hay que destruir para realizar la igualdad, evidentemente ésta no puede alcanzarse, aunque se esté firmemente convencido de que las “ideas” según las cuales las mujeres deben tener un estatuto inferior, son radicalmente falsas, ¡lo que es lo menos importante!

Indicar las bases materiales que subsisten en China, que fundamentan la inferioridad de las mujeres, es una tarea política indispensable. No solamente para las mujeres y la revolución china, sino para las mujeres y la revolución en todas partes del mundo.

El trabajo doméstico, ya lo hemos dicho, ha seguido un largo proceso de socialización; pero éste no está aún realizado integralmente. Si bien todavía pertenece a la célula familiar suministrar un trabajo especial para auxiliar en las necesidades de los miembros de la familia; ese trabajo doméstico, por supuesto, es una base concreta, objetiva, que continúa haciendo de la familia una unidad económica, aunque este aspecto es cada vez más reducido; he ahí un obstáculo *material*, y no solamente “ideológico”, para la emancipación completa de las mujeres.

Destruir la propiedad capitalista de los medios de producción y remplazarla por la propiedad colectiva, socialista, no es una simple medida jurídica que el proletariado, cuando toma el poder, decreta inmediatamente, lo que también suprimiría inmediatamente las bases del capitalismo. Esta concepción del socialismo todavía muy generalizado, no es sino una variante del revisionismo, para el que todas las bases materiales del capitalismo son buenas para conservarse, ante el solo hecho de eliminar la forma jurídica de la propiedad. A cuenta de eso, las sociedades por acciones, que no son propiedad privada de un patrón “de carne y hueso”, o hasta las empresas nacionalizadas, serían modelos de socialismo, y como

dice Engels⁹, Napoleón, con su decreto sobre la nacionalización de la administración del tabaco, ¡sería un gran comunista! Esas son ilusiones jurídicas que tienen consecuencias sobre el movimiento femenino, como veremos.

Así pues, para probar que la emancipación de las mujeres no está ligada a la victoria del socialismo, se dice como lo hace Christine Dupont:

La opresión de las mujeres¹⁰, *abí donde el capitalismo ha sido destruido como tal*, es atribuida a causas puramente ideológicas, lo que implica una definición no marxista e idealista de la ideología como factor que puede subsistir en ausencia de una opresión material que sirve para racionalizar.

Pero ¿qué es haber “destruido el capitalismo como tal”, sino haber realizado la fase socialista y haber alcanzado el comunismo? El socialismo no significa que el capitalismo ha desaparecido y que no hay ya bases materiales para la subsistencia de relación de opresión, de desigualdad; crearlo es *precisamente* cargar sobre las espaldas “viejas ideas” que sobreviven sin bases materiales, todas las opresiones y desigualdades que continúan existiendo en el socialismo; esto pretende de nuevo que la única diferencia entre el comunismo y el socialismo *sería* que el primero tuviera una ideología adecuada a su base material, y el segundo, al tener esa base material, tuviera además ¡la vieja ideología del pasado!

A todo lo largo de la etapa socialista, se combaten encarnizadamente dos sociedades por medio de las clases que las representan: el capitalismo y el comunismo. En donde el capitalismo es vencido, se crean embriones de “relaciones comunistas”. Pero en tanto subsistan aspectos enteros del capitalismo, no puede ser instaurado el

⁹ Engels, *Anti-Dübring*.

¹⁰ En “Libération des femmes, année zéro”, núms, 54-55 de la revista *Partisan*, Maspero, París.

comunismo.

Supongamos una revolución en Francia, hoy. Esta misma noche, el proletariado decreta la abolición de la propiedad capitalista de los medios de producción. ¿Habrá destruido el capitalismo “como tal” por lo mismo? Ciertamente no. No ha destruido, por ejemplo, la división entre trabajo manual e intelectual ni los asalariados, de un plumazo..., ni tampoco con una ráfaga de metralleta, por otra parte. Esta división, necesaria al capitalismo, y que éste ha llevado a un grado inaudito, no puede sino *heredarla*. Lo que subsiste es capitalismo, relaciones capitalistas *muy reales*. Destruir esta división, implica una revolución particularmente profunda en el campo de la enseñanza, una devastación constante de las relaciones de producción para que en el seno de las fábricas los obreros no sean ya solamente obreros manuales ni los intelectuales espíritus puros; sino que, bajo la dirección política de los primeros, unos y otros trabajen para producir un nuevo tipo de trabajador a la vez manual e intelectual, tarea que justamente emprende China, en especial con la Revolución Cultural. Para realizar ese objetivo, no son suficientes las buenas intenciones. Es necesario continuar la destrucción del capitalismo “como tal”.

Es lo mismo en lo que concierne a la opresión de las mujeres. Si persiste, aunque mucho más débilmente bajo el socialismo, no es que el socialismo también produzca, “como tal”, bases materiales para esa opresión ni porque la opresión de las mujeres fuera “exterior” a la opresión social, sino únicamente porque el capitalismo “como tal” no está radicalmente destruido.

LA EXISTENCIA DEL SECTOR ASALARIADO Y LA OPRESIÓN FEMENINA

En primerísimo lugar, la persistencia del sector asalariado en China, aun si reviste formas muy diferentes de las de los países capitalistas, continúa sancionando el hecho, de ningún modo comunista, de que la fuerza de trabajo es una mercancía que se compra y se vende. La familia no será ya *de ninguna manera* una unidad económica, y por ende no será ya una base de la opresión femenina, el día, *y solamente el día*, en que el gasto individual de la fuerza de trabajo más o menos grande, más o menos calificada, no entre ya en la línea de cuenta para la retribución: “¡A cada uno según sus necesidades!”

Es decir, que no habrá ya ninguna medida común, ninguna relación entre el trabajo desempeñado y la satisfacción de las necesidades. El trabajo no será ya un medio de ganarse la vida, se convertirá, él mismo, en la primera necesidad vital, la actividad más rica y más libre que la humanidad haya conocido jamás. Pero en tanto esto no se realice —y sin duda no será mañana—, la fuerza de trabajo sigue siendo una mercancía de la que cada uno es propietario individualmente, pues le permite vivir. Lo que implica que se modele esta mercancía a fin de que convenga a la manera de producir que domina todavía dentro de la sociedad; que se la reproduzca, no según su gusto, sino según las normas ordenadas por la producción. En tanto la fuerza de trabajo siga siendo una mercancía, la familia seguirá siendo necesariamente una pequeña fábrica de “producción de tal mercancía”.

Los debates actuales a propósito de los salarios abordan otras muchas cuestiones aparte de la retribución a las mujeres, de la que hemos hablado en el primer capítulo¹¹; no obstante, lo esencial de este debate les concierne muy especialmente, puesto que asimismo es de la desaparición progresiva del sector asalariado, o de su conservación, de

¹¹ Cf. “A trabajo igual, salario igual”: un principio simple pero una aplicación compleja, p. 27.

lo que se trata.

Durante la Revolución Cultural se franqueó una etapa importante en este proceso. El rechazo masivo por el pueblo, en el transcurso de un gran movimiento de crítica a los estímulos materiales, a las primas, a la producción, a la multiplicidad de las categorías de salarios propias para dividir a las masas etc., constituye una adquisición extremadamente importante para la revolución, pero a partir de ahí, se enfrentan nuevas concepciones. Así, la calidad del trabajo, no solamente en el plano técnico, sino también en el político, es decir la actitud colectivista responsable, en el trabajo, fue puesta por delante. ¡Muy bien! Pero si se retribuye más a los que adoptan una buena actitud política *en el salario* ¿no se conduce así, bajo una nueva forma, a la vieja tradición capitalista de los “estímulos materiales”? ¿Es justo tender a dar equivalentes en dinero a actitudes políticas que son revolucionarias justamente en lo que atacan, entre otras cosas, a la significación del trabajo capitalista: “Trabajar por dinero, para ganarse la vida”, y la reemplaza progresivamente por: “Trabajar por el pueblo, gratuitamente, sin contrapartida?” Esta concepción ¿no tiene infaliblemente por consecuencia transformar poco a poco los progresos políticos e ideológicos de una vanguardia en marcha del “bienestar” de una minoría? ¿No se arriesga con eso estimular a los arribistas políticos que harán profesión de estar siempre “en la línea” y le sacarán provecho? ¿No se arriesga con eso reemplazar insensiblemente la actitud colectivista por manifestaciones ostensivas, la actitud política a la vista para ser apreciada y *retribuida*? De ahí un riesgo evidente de la inflación de los signos exteriores del espíritu revolucionario. Es decir, lo contrario de lo que se busca.

Pasa lo mismo en lo que concierne a tomar en cuenta gradualmente las necesidades, el proceso hacia el principio del comunismo “a cada uno según sus necesidades”. Negar

las situaciones desiguales (el estado de salud, las condiciones de alojamiento, el mayor o menor número de hijos, etc.) para no considerar más que la fuerza de trabajo empleada, es también mantener la forma capitalista del sector asalariado. Es necesario, pues, tomar en consideración esas desigualdades, esforzarse por hacerlas desaparecer progresivamente. Pero si como fue —parece ser—, el caso de numerosos lugares, se resuelve el problema dando una compensación suplementaria en salario, ¿se avanza por ahí hacia la desaparición progresiva del sector asalariado? Evidentemente no; al contrario, se refuerza su función. La alternativa no está entre “negar las diferentes necesidades provenientes de las desigualdades existentes”, o “pagar una compensación en salario”, sino entre “negarlas como lo hace el capitalismo”, o “crear formas colectivas que reduzcan esas desigualdades, no por añadidos al salario, sino tomándolas a su cargo, colectiva y directamente, la sociedad”.

Cuando la mujer de un obrero, madre de familia, cae enferma, tener en cuenta necesidades, no es aumentar el salario de ese obrero; es, por ejemplo, la guardería que cuida al pequeño noche y día, todo el tiempo que sea necesario, es el equipo de servicios que lleva las comidas preparadas a la casa, es el equipo de sanidad del barrio que toma a su cargo a la enferma; es la gratuidad de los servicios médicos, es, eventualmente, una ayuda financiera del comité del barrio a la familia, proveniente del fondo de *solidaridad* local, y es además sostener la “moral” del marido, el hacer sentir a la enferma que no está olvidada, rodear a los hijos de afecto, es el estímulo de ayuda mutua fraternal y cálida de los vecinos del comité de viejos, del comité de mujeres, de la escuela, de la guardería, de la fábrica y del hospital. ¡Y eso, eso no se calcula en cifras!

Entre nosotros, la sociedad está hecha de tal manera que cada individuo no puede contar sino consigo mismo y su familia para sobrevivir, cualesquiera sean las dificultades.

Entre nosotros la moral mercantil, los principios de igualdad de la burguesía, son: “Tú trabajas tantas horas, recibes tanto dinero. Poco importa que tengas cinco hijos o ninguno, que tengas o no buena salud, que tengas alojamiento o vivas en una barraca.” En China, si el principio socialista según el cual “el que no trabaja no come” se aplica, es para indicar claramente que nadie tiene derecho a vivir del trabajo de los demás. Pero para el trabajador enfermo, el que atraviesa por dificultades particulares, todo está hecho para ayudarlo tanto en el plano material como en el plano ideológico.

En fin, y ahí está lo más importante, no siendo el trabajo ya un puro empleo de la fuerza de trabajo, ésta tampoco es ya la suma de cualidades físicas, musculares y nerviosas más o menos grandes. La producción de la nueva fuerza de trabajo tiende en consecuencia a estar cada vez más separada de su simple “reproducción física” —comer, dormir para estar en forma mañana. Se forma, cada vez más, en la asimilación por los trabajadores de conocimientos correspondientes a los dominios más variados de la técnica y de los conocimientos sociales en general.

No se espera de un obrero que haga maravillas, sino que participe en la elaboración de técnicas, de concepciones nuevas; que asista a las escuelas de fábrica o vaya a la universidad; que se convierta en médico descalzo; que dirija establecimientos escolares, que se instruya en el dominio militar; que participe en la industrialización de los campos; que sea artista, poeta, filósofo y, ante todo, un elemento consciente y activo en la revolución. ¿Qué hay de común entre las “capacidades” de este obrero y las del proletario de la sociedad capitalista, mutilado y reducido a ser esclavo de las máquinas?

Esta considerable ampliación del trabajo pone en evidencia, si se le compara con la situación de los

obreros entre nosotros, otra función de la familia capitalista: “cristalizar el tiempo libre del trabajador”, obligarlo a “soportar” el tiempo de trabajo. La ruptura entre estos dos momentos, tiempo libre y tiempo de trabajo, son es del todo natural, es el producto típico de la sociedad de explotación que da como única significación al trabajo: ganar con qué sobrevivir.

No le queda al proletario, *desposeído de todo*, más que ejecutar en un melancólico aburrimiento y al precio de grandes esfuerzos físicos, la repetición sin fin de operaciones parcelarias, incoherentes, durante el número suficiente de horas para ganarse la vida. Pero si el trabajo sirve para “ganarse la vida”, ¿cuál es esa vida para la que se trabaja?¹² Una vez que se ha quitado el tiempo empleado en ganarla, queda el tiempo libre, sobre el cual se vuelven todas sus esperanzas, todas sus aspiraciones; los días de descanso aparecen como los únicos momentos de vida verdadera. La casa como único lugar en el que se está bien, las vacaciones como la

¹² Cf. Marx (Manuscritos de 1844, Ed. Sociales, pp. 60-61). “En su trabajo (el obrero) no se afirma sino se niega, no se siente a gusto sino desgraciado, no despliega una libre actividad física e intelectual, sino mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. En consecuencia, el obrero no siente que está cerca de sí más que fuera del trabajo y, en el trabajo, se siente fuera de sí. Su trabajo no es pues voluntario sino obligado, es trabajo forzado. No es pues la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio de satisfacer necesidades fuera del trabajo. El carácter ajeno del trabajo aparece claramente en el hecho de que, tan pronto como no existe obligación física o de otro tipo, se huye del trabajo como de la peste... Por lo tanto se llega al resultado de que el hombre (el obrero) no se siente ya libremente activo más que en sus funciones animales, comer, beber y procrear, a lo más hasta en la habitación, el atavío, etc., y que, en sus funciones de hombre, no se siente más que animal. Lo bestial se convierte en lo humano, y lo humano se convierte en lo bestial.”

finalidad de todo el año. Al menos es así como se las imagina durante las horas de trabajo. No es sorprendente en esas condiciones, que lo “privado” tome tanta importancia. El coche, el televisor, un pequeño nidito impecable y engalanado, es toda la ilusión de una huida lejos de esa sociedad despreciada: partir, ser libre, tener su tiempo libre. Y el tiempo libre es esencialmente la familia. Sin ella, y sin la necesidad de auxiliarla en sus necesidades, nada en el mundo podría obligar a los obreros a trabajar en tales condiciones. Los capitalistas necesitarían emplear la violencia de los propietarios de esclavos para conseguirlo. El pequeño artesano o el campesino pobre, estaban también obligados a trabajar para sobrevivir; ésa no es una innovación del capitalismo; pero la situación del artesano, su “dominio” sobre su producción, el hecho de que era al mismo tiempo su propio intelectual que concebía un proyecto y su propio obrero que lo realizaba con sus manos, daba a su trabajo otra significación, aunque limitada a los cuatro muros de su taller, mucho más enriquecedora que la que sacará de su trabajo, cuando la gran industria, habiéndolo arruinado, privado de sus instrumentos de trabajo, habiéndolo hecho olvidar todas las técnicas de su oficio, lo ate a una cadena de apretar tornillos o de reparar “golpes” a las carrocerías de los coches. Por supuesto, la solución no es regresar al bendito tiempo del artesanado. Al contrario, ése es el carácter “progresista” del capitalismo, haber hecho volar en astillas los tabiques de los oficios, el horizonte limitado del compañero que conocía bien los secretos de su trabajo, pero no conocía nada más, y haber producido los nuevos proletarios, capaces de pensar en términos universales y de proyectar el modelo de una sociedad igualitaria de hombres completos. Pero este mismo proletario, en tanto que esas perspectivas prestigiosas no sean

claramente descubiertas, palpables, en tanto que el camino de su liberación le sea cuidadosamente disimulado, permanece desarmado; privado momentáneamente de objetivos revolucionarios, su vida no tiene otro sentido que la búsqueda de ese tiempo libre siempre engañado. En la familia es en donde los oprimidos ponen su esperanza. Su decepción y su amargura son tanto más profundas cuanto más grandes las ilusiones que hayan puesto en ella.

Pero mientras esta división antagónica entre un trabajo “enajenante” y ocios “para olvidarlo” comienza a borrarse, la familia se modifica inevitablemente. Del pseudorrefugio que era, se convierte en una colectividad de base entre otras, abierta a la sociedad, en simbiosis con ella.

Eso es lo que demuestra la experiencia china. No se puede comprender a la nueva familia china si se la separa del movimiento de transformación social en la que se sitúa, si se olvida el lugar que cada uno de sus miembros comienza a ocupar en la sociedad. Si en lugar de imaginar abstractamente a un chino, a una china y sus hijos, se imagina una mujer como Ma Yu Yin de la pequeña fábrica de Chau Yan, que participa con toda conciencia en la creación colectiva de una vida nueva, por medio de la cual ella se transforma al transformar el mundo, esta mujer que todas las mañanas parte a su fábrica para “hacer la revolución” no tiene ya gran cosa en común con el ama de casa de nuestro país, quien, como dijo Lenin, “está obligada a la esclavitud doméstica, bajo el yugo embrutecedor y humillante, eterno y exclusivo de la cocina y del cuarto de los niños...”¹³ Si se imagina a un niño no abstractamente, sino como el pequeño Li de la escuela de Nankín,

¹³ Lenin, *Oeuvres complètes*. “Pour la journée internationale des femmes”, 4 de marzo de 1920, tomo 30, p. 421.

consciente de la realidad social y de lo que se arriesga en las luchas por cambiar la escuela, integrado al mundo de los adultos, organizando con sus compañeros las actividades más diversas, desde experiencias científicas, práctica de la medicina, debates sobre política internacional, entrenamiento militar y formación de milicias infantiles, hasta barrer la calle, este niño no tiene ya muchos puntos en común con los nuestros, menores sometidos y oprimidos, situados según el psicoanálisis en la punta de un triángulo entre papá y mamá. Si en lugar de representarse un hombre “en lo abstracto”, se imagina a uno de esos millones de campesinos, como ese habitante de Shawan, hijo de un mozo de labranza, mozo de labranza él mismo, que organizó el primer equipo de ayuda mutua, que, ahora presidente del comité revolucionario, continúa trabajando en los campos con los demás, como los demás, batiéndose contra la naturaleza y el enemigo de clase para crear un mundo nuevo, este hombre que encuentra natural zurcir sus calcetines u ocuparse solo de los niños los días en que su mujer estudia marxismo, y *para* que lo estudie, éste no es ya ni el obrero oprimido, ni el varón opresor de nuestros países. Esas mujeres, esos niños, esos hombres nuevos, no son ya raras excepciones, son para todo el pueblo un primer esbozo de la sociedad comunista, representan *la tendencia de la revolución*. Son ellos los que hay que tener en el espíritu cuando se habla de la familia china. Y su nuevo trabajo, el sentido nuevo que le han dado, atraviesa la familia, la modifica, la libera.

CAPÍTULO 11

LA IDEA DE “NACIONALIZACIÓN” Y SUS FUNESTAS CONSECUENCIAS EN LA FAMILIA

LOS ANCIANOS EN LA SOCIEDAD

Daríamos una imagen muy incompleta de la nueva familia china si no habláramos del lugar especial que ocupan en ella los ancianos. En la ley sobre el matrimonio está estipulado que los hijos adultos, que tengan buena salud, deben auxiliar en sus necesidades a sus padres demasiado viejos para trabajar¹⁴. Esta medida está claramente modificada por las jubilaciones que reciben los viejos obreros y que equivalen aproximadamente al 80% del salario. En cambio, los campesinos no tienen jubilación —en todo caso no todavía— y la edad en la que dejan de trabajar depende de su estado de salud. Generalmente trabajan menos conforme envejecen, y se ocupan más bien de tareas menos fatigantes como la cría de cerdos, de conejos, etc. Su tiempo de trabajo es menos largo, e igualmente se les retribuye menos que a los adultos en la fuerza de la edad. Esta medida tiene, por lo tanto, un carácter claramente económico y constituye para la familia la conservación de una función económica evidente. Si los abuelos o las abuelas no cubren, o no totalmente, sus necesidades, corresponde pues a los miembros más jóvenes hacerlo. La cuestión es real sobre todo en los campos, repitámoslo, y constituye uno de los aspectos de la diferencia existente todavía entre la ciudad y el campo. La política del partido orientada a reducir esta desigualdad, ha

¹⁴ Ley sobre el matrimonio de la RPCH, 1 de mayo de 1950, título IV: relaciones entre padres e hijos, art. 13... “los hijos tienen el deber de auxiliar en sus necesidades a sus padres y velar por ellos...”, p. 9 del folleto.

permitido mejorar muy sensiblemente la situación de las familias campesinas. En primer lugar, quizá el desarrollo del sistema de sanidad en las regiones rurales sin duda ha tenido como consecuencia, en cuanto a los viejos, prodigar gratuitamente todas las atenciones mediante una cotización anual mínima (2 yuanes). Además, la implantación de pequeñas unidades policlínicas muy descentralizadas permite igualmente no aislar a los ancianos enfermos en hospitales lejos de su familia, lo que entre nosotros da el espectáculo lamentable de esos servicios de geriatría en los que los ancianos están prácticamente separados de todo lazo afectivo y doblemente abandonados por sus parientes y por la sociedad. Los restaurantes colectivos, así como los pequeños talleres de mantenimiento de ropa, tienden también a quitar a la familia una buena parte del trabajo que dan los viejos. El mejoramiento constante de esos diferentes servicios colectivos, el desarrollo general de las fuerzas productivas, en el futuro deberá permitir a la sociedad tomar totalmente a su cargo la satisfacción de todas las necesidades materiales de la vieja generación.

Pero uno se equivocaría si creyera que “tomar a su cargo” los jóvenes a los viejos no fuera más que una necesidad emanada del estado de desarrollo económico actual. La prueba de ello es que, cuando los viejos reciben ya una pensión que les permite vivir solos, se les encuentra no obstante en las familias con las nuevas generaciones. El braceo permanente de los miembros de la sociedad de todas las edades, de la lactancia a la vejez, tiene una significación política evidente.

Contrariamente a lo que sucede en nuestras sociedades, en China no se considera que un viejo trabajador sea inútil, que se haya convertido en una carga. Permitir que se fusionen las cualidades de entusiasmo y de audacia de las jóvenes generaciones con la experiencia política de los ancianos, nacida de su larga

práctica en la lucha de clases, da una mezcla explosiva, mayores fuerzas a la revolución. Desde la Revolución Cultural, la función social de los viejos se ha acrecentado y ensanchado más.

El comité de ancianos de la ciudad de Shanghai nos había invitado para discutir con ellos esta cuestión. Al dirigirnos hacia su local en medio de los edificios, Noelle, quien había trabajado en un asilo de ancianos, recordó: el asilo como un hospital, el hospital como un cuartel, el cuartel como una prisión. El insostenible aislamiento moral, los días sin fin, sin objeto, cortados por la espera. Espera de la distribución del correo (¿una carta para mí hoy?), espera de las comidas, porque comer hace pasar el tiempo, espera del domingo, día de visita, y con frecuencia ese día, espera burlada, espera sin esperanza, espera de la muerte...

Era una mujer la que había sido elegida por sus compañeros jefa del comité. Pequeña, arrugada y de cabellos blancos, llevaba un pantalón y un saco de tela en el que no se había escatimado en el planchado. Se llamaba Hu Yao Chen y contó:

En la antigua sociedad ser viejo era a la vez un privilegio y una gran desgracia. Un privilegio, porque en razón de la gran miseria del pueblo, la esperanza de vida era muy corta, y la mayoría de los pobres morían antes de la vejez; una gran desgracia, porque los que sobrevivían eran arrojados a la calle en cuanto no podían ya servir a los propietarios o los capitalistas... Los mismos hijos eran frecuentemente demasiado miserables para poder acoger a sus padres. Los viejos estaban obligados a vender su débil fuerza en trabajos extenuantes y por un precio irrisorio hasta su muerte, o bien quedaban reducidos a mendigar día tras día lo que los animales no hubieran querido. Con la victoria, los tiempos han cambiado, y para nosotros, los viejos, la vida no es ya la misma. La sociedad nos rodea de solicitud; vela asiduamente por nuestra salud, por nuestro sostén, por nuestra felicidad. Vivimos días luminosos bajo la dictadura del proletariado.

Cuando se desencadenó la Revolución Cultural, estremeció considerablemente los pensamientos de los ancianos. Muy rápidamente comprendieron que, de no llevar la revolución hasta el final, la antigua sociedad podía renacer. Ellos también escribieron y fijaron sobre los muros de la ciudad periódicos-carteles en los que denunciaban la teoría burguesa de la inutilidad de los ancianos. Participaron en mítines de crítica revolucionaria; hicieron encuestas en la ciudad y fuera, para poder conocer mejor las necesidades del pueblo a fin de organizar sus actividades en sentido revolucionario... Fueron organizados entre ellos por los que tienen buena salud, equipos de ancianos para ayuda mutua en el trabajo doméstico...

“No porque tengamos con nuestra pensión suficiente dinero para vivir sin trabajar, vamos a dejar de participar en la edificación socialista”, nos dijo un retirado para precisar mejor el sentido que dan a sus actividades. Muchos de ellos, según sus fuerzas, trabajan 2, 3, 4 horas al día, ya sea en los talleres de servicios, ya en las guarderías y las escuelas. A fin de dar una educación de clase a los niños, van con ellos durante sus descansos a visitar fábricas, hospitales, a hacer encuestas, etc. Organizan exposiciones públicas sobre las luchas de clases, en las cuales aportan sus testimonios sobre la antigua sociedad. Hemos mencionado en otra parte su participación activa en las escuelas, en especial sus cursos de historia reciente y vivida. Todas esas actividades sociales, productivas, culturales, tienen como resultado inmediato su plena participación en la vida política de las masas. El estudio del marxismo-leninismo tiene un gran lugar, relativamente nuevo, entre sus actividades. Nos dicen que sin el estudio de la teoría revolucionaria, serían incapaces de sacar de sus largas experiencias todas las lecciones necesarias a las nuevas generaciones. Sin duda se puede medir la importancia de esta politización en el interés que aportan a la situación internacional.

Es un lugar común entre nosotros decir que los ancianos tienen un horizonte limitado, que su vida está hecha de pequeñas cosas, pequeñas alegrías y pequeñas penas. Pero si es así, es porque la sociedad los tiene al margen, los acorrala en una vida vegetativa y miserable. La causa es la organización social y no una fatalidad natural.

Uno de esos ancianos chinos nos dice:

¿Cómo podríamos nosotros preocuparnos solamente de nuestros pequeños problemas inmediatos en tanto que las tres cuartas partes de la humanidad padecen todavía explotación? Cuando nos encargamos de ciertas tareas en el barrio, liberamos fuerzas para acrecentar la producción, no solamente para el pueblo chino, sino para ayudar también a los demás pueblos en su lucha contra el imperialismo. Por eso es que decimos que trabajar en los talleres de servicios en una de las pruebas del espíritu de internacionalismo proletario de los ancianos.

Ese estado de ánimo conquistador, se traduce también en la importancia que se da a la constitución física. Con frecuencia hemos visto ejecutar ejercicios de gimnasia; se nos explica que la mayoría de ellos practica regularmente los más variados deportes, así como que con frecuencia han tenido lugar encuentros deportivos entre equipos compuestos por ancianos.

Después de nuestra discusión, los viejos nos hicieron escuchar su coro. Fue una cosa extremadamente enternecedora esa *Internacional* cantada con ímpetu y calidez, en la que algunas voces tenían las entonaciones frágiles y ligemente trémulas de la gente vieja.

El papel que desempeñan los ancianos, la estima de la que son objeto en la sociedad, no reposan sobre alguna precedencia expresa, como es el caso entre nosotros, y que no tiene de igual más que el rechazo, el desprecio real en el que se tienen sus aspiraciones y sus actividades.

“Una tibetana de ochenta y siete años comienza a

aprender a leer”. Leí ese artículo con curiosidad en un periódico chino. Y confieso haber sido escéptica acerca del interés que ese esfuerzo pudiera representar. Si se sabe que se necesitan varios años antes de conocer un número de caracteres suficiente para leer los periódicos, por ejemplo, yo pensé que “sin duda ella estaría muerta antes de haber terminado”. El artículo contaba la vida de esta mujer, antigua esclava vendida, maltratada, humillada, que había trabajado toda su vida, literalmente encadenada a la cocina, al servicio de los propietarios sin siquiera conocer la hora de descanso en el umbral de la puerta, hacia mediodía cuando el sol fija las sombras en una inmovilidad estremecedora, la taza de té hirviendo con el jazmín que tiembla al borde de los labios. Interrogada, la vieja mujer había dicho: “Hoy en día las mujeres pueden aprender y conocer. Yo quiero poder leer.” ¡Cuántas dificultades tenemos para deshacernos de nuestros reflejos mercantiles; qué trabajo nos cuesta no contabilizar todo en términos de rentabilidad! Qué pesada es nuestra opresión... Ahora imagino fácilmente el cuarto blanco en el que esa vieja campesina se esfuerza por retener un ideograma que una chiquilla ha trazado fuertemente en una pizarra. Nadie se asombra. No es tiempo perdido. ¿Quién se educa? ¿La anciana esclava, o la chiquilla?

Lo que está en juego, y que esta historia ilustra, no es la valorización individual por el estudio, es permitir a las masas más amplias, a los más desfavorecidos, a los más oprimidos y antaño despreciados, dominar el mundo. Que esta mujer esté en vísperas de su muerte o que sea un niño, ¿qué importa, finalmente? Una sociedad cuyos valores no se cuentan ya en términos de utilidad – “pongo tanto para obtener tanto”– sino según el criterio: “es justo lo que corresponde a las necesidades del pueblo”, he ahí la condición primordial de nuestra liberación de nosotras las mujeres.

Si la sociedad estuviera organizada separadamente en grupos de edad, los viejos con los viejos, los niños con los niños, etc., los ancianos no podrían desempeñar tal papel. Ésa es una de las razones que justifican la importancia de colectividades de base de las que la familia forma parte, en donde todas las generaciones están mezcladas en una práctica común. A condición de que los viejos participen plenamente, según las formas apropiadas a sus posibilidades en todas las actividades sociales, la familia se enriquece considerablemente con su presencia.

Pues en el fondo, viéndolo bien, no hay sino dos posibilidades para los ancianos. O, al considerar su papel como extremadamente importante se toman medidas materiales, ideológicas, políticas, para integrarlos completamente a todas las actividades sociales o se considera que han vivido su tiempo, que no son ya socialmente útiles, y en ese caso, según la sociedad sea más o menos rica, más o menos “bárbara” se les “nacionaliza” en los asilos o se les abandona a su suerte. Cuando se dice que corresponde a la sociedad y no a la familia privada tomar a su cargo a sus ancianos, sus enfermos, sus niños, en suma, los que no pueden —o no pueden ya— cubrir sus necesidades, algunos lo interpretan diciendo: “Corresponde al Estado ocuparse de eso.” Y se ve entonces en esos asilos de ancianos la prueba de un progreso social indudable. En especial los que militan por la destrucción de la familia —veneran la estatización, *el* remedio milagro. No lo es en lo absoluto; cuando la sociedad no está movida por la ganancia, cuando no considera como productoras las únicas actividades que reportan beneficios, naturalmente viene a modificar radicalmente sus relaciones con los ancianos “improductivos”. No les hace caridad, tiene tanta necesidad de ellos como ellos de ella. Mientras que poner en manos de una administración el cuidado exclusivo de

mantenerlos, es negar en los hechos su utilidad social irremplazable.

Las teorías que intentan prescindir del abono de los ancianos para un progreso de la humanidad, se apoyan también en la oposición entre tiempo libre y tiempo de trabajo que hemos citado más arriba. “Tienen derecho a disfrutar del reposo después de una vida de trabajo; tienen derecho a los ocios ahora que ya no pueden ganarse la vida.” El retiro se convierte entonces en el período privilegiado de la existencia, puesto que ésta no es sino tiempo libre. En realidad, y China lo demuestra, cuando las diversas actividades sociales se transforman progresivamente en una libre actividad enriquecedora, no es un favor estar excluido de ellas, al contrario.

Es evidente que esta crítica al hecho de que el Estado se encargue de los ancianos, no significa que sería justo dejar a cada familia el cuidado de desenvolverse con ellos; es perfectamente justo que los que no pueden ya trabajar reciban una pensión que les asegure su independencia económica, no hay duda de que es en el sentido de esta autonomía material en el que progresa China. Esto no significa tampoco que no haya ningún asilo; existen también en China casas para los ancianos que no tienen familia —no son numerosas. Hay que notar que esas casas no son la única posibilidad para los ancianos sin descendencia; sucede, nos han reportado, que éstos, de común acuerdo, vayan a vivir con parientes lejanos, incluso con otras familias amigas que son “huérfanas” de abuelos. En el fondo es una forma de adopción a la inversa, o más bien recíproca. Construidas en las mismas unidades habitacionales, las casas de ancianos están abiertas a la sociedad. Los que viven en ellas participan como los demás, y con los otros ancianos, en la vida social. Pero estas casas no están consideradas como el modelo por generalizarse.

“A PROPÓSITO DE LA ADOPCIÓN”

Para medir el sentido político de esta cuestión, es necesario ligarla a la situación de los niños huérfanos en China. No hay orfanatos. Se considera que en una sociedad revolucionaria las desgracias particulares, los accidentes de la vida privada, deben ser resueltos y superados por la solidaridad de clase, por la fuerza de los sentimientos revolucionarios y no por un aparato administrativo.

“¿Pero qué ocurre con los niños que no tienen padres?”, preguntamos nosotras. Esto no plantea problemas especiales, son siempre adoptados por abuelos, tíos, amigos, incluso vecinos. Se hace simplemente: Depende de si los niños son bebés, en cuyo caso, los que se encargan de ellos, con la mayor frecuencia, son miembros de la familia, aunque vivan lejos; pero si el niño está ya integrado a su escuela, tiene ahí sus amigos, tiene lazos afectivos en su barrio, entonces lo más frecuente es que algún vecino se encargue de él. El deseo de los niños se considera muy importante en esta decisión. El Estado entrega una pensión para el mantenimiento de cada huérfano. Hay que decir que el Estado no trata de descargar la responsabilidad económica de los huérfanos sobre las familias, sino que en lugar de poner a los niños juntos y aparte, se prefiere hacerlos vivir la misma vida que todos los niños chinos.

Podemos hacer un paralelo de este hecho con un pequeño escándalo que tuvo lugar recientemente entre nosotros. Un obrero, que trabajaba como “obrero especializado” en una fábrica de automóviles, vivía con su mujer y sus cinco hijos en un vagón abandonado en medio de un terreno baldío. Esta situación duró varios años. A pesar de sus repetidas demandas, no obtenía un alojamiento decente. Sobrevino un incidente: la madre cayó gravemente enferma y tuvo que irse al hospital por

meses, hasta por años. El marido, trabajando en equipo, se organizó con los mayores de sus hijos para remplazar el trabajo de la madre en el hogar. Se ocuparon así durante varias semanas de la familia, y principalmente del último niño, un bebé de varios meses. Sin embargo, la asistencia social, durante una inspección, tuvo al fin conocimiento de esta dramática situación. La administración competente, conmovida en su sensibilidad, tomó “las medidas que se imponían”.

¿Qué piensa usted que sucedió? Sin duda se iría a procurar inmediatamente un verdadero alojamiento a esta familia, conforme a sus necesidades. ¿Se iría a dar al padre un subsidio suficiente para que pudiera pagar una ayuda familiar de tiempo completo? ¡Sueña usted! ¡Son ustedes incorregibles idealistas! El genio administrativo imaginó otra solución: se dejó al padre en su vagón. Pero se le retiraron sus cinco hijos que fueron confiados a nodrizas autorizadas los más pequeños, y a la asistencia pública los mayores. Pero como todo eso era todavía demasiado bello, se tuvo buen cuidado de entregar al bebé para que lo cuidara una nodriza en Nevers, el de dos años a otra en Angers, el tercero al norte, los dos mayores a pensiones diferentes y en ciudades alejadas. ¡Ah! ¡Ciertamente el Estado cumplió con su deber! No son ya las grandes burguesas ociosas, reclutadas por San Vicente de Paul quienes se ocupan caritativamente de los casos sociales. De ahora en adelante hay un servicio especial del Estado que resuelve estos “desgraciados” problemas. Y si este obrero está descontento, si el hijo mayor se fuga para reunirse con su familia, es que son ingratos, o izquierdistas sombríos.

La política china contrasta muy claramente con la experiencia soviética de los años 20 sobre estas mismas cuestiones. Fue promulgada una ley prohibiendo la adopción de niños abandonados, o huérfanos, por parejas sin hijos; correspondía al Estado ocuparse de los huérfanos. Medida, por lo demás, completamente lógica en

el marco de la política de “destrucción de la familia” que se trataba de aplicar en esa época. En China, lo hemos visto, se adopta una posición exactamente inversa: prohibición de abandonar a los niños y adopción de los huérfanos.

We Cheng y Chang Kua son dos hermanos de ocho y diez años. Sus padres, obreros en Shanghai, murieron con algunos meses de intervalo. Los niños no se quedaron solos. Como no querían dejar su escuela ni sus amigos, los vecinos del edificio los adoptaron colectivamente. El Estado les entregó la pensión de huérfanos necesaria para su manutención. Continuaron así entre los demás niños, pero bajo los cuidados muy especiales de las otras familias. Al llegar el invierno, se preocupaban de que no salieran descubiertos; por la noche, podían comer, ya fuera con otros niños en el restaurante del barrio, ya en una familia. Esta responsabilidad colectiva no se limitaba a la conservación de su buena salud. El comité de ancianos en especial, los invitaba con frecuencia para contarles la vida de antaño, como lo hacen todos los abuelos de China. Se necesitaba velar porque recibieran, ellos también, una educación de clase acerca del pasado. No les faltaba afecto; jamás hubo una fiesta en una familia en la que no fueran esperados. Se preocupaban de su trabajo en la escuela lo mismo que de sus juegos. Se les criticaba, sin indulgencia compasiva, pero con ese calor propio de las relaciones revolucionarias.

En China, no solamente no hay orfanatos, sino que la ley va todavía más lejos en ese sentido. En el artículo 13 de la ley sobre el matrimonio, al tratar de las relaciones entre padres e hijos, está estipulado que el abandono de los hijos está prohibido:

Los padres tienen el deber de criar y educar a sus hijos; los hijos tienen el deber de ayudar en sus necesidades a sus padres y de velar por ellos. Los padres no deben maltratar ni abandonar a sus hijos. Lo mismo los hijos con respecto a los

padres. El mismo artículo es aplicable en cuanto a las relaciones entre los padres que adoptan y los hijos adoptados.

Los deberes de los padres para con los hijos son rigurosamente los mismos que los de los hijos para con los padres, lo que muestra que no es una relación de propiedad lo que se instaura entre padres e hijos. Más todavía: ni en el artículo citado ni en toda la ley sobre el matrimonio se mencionan ningunos “derechos” de los padres sobre los hijos. La única vez que se menciona el término “derecho”, es cuando se dice: “Los padres no tienen derecho a maltratar a los hijos.” La autoridad paterna no está consignada en ninguna parte en la ley. Es necesario comprender que esta ausencia legal de derecho paterno, apoyada por una independencia material siempre mayor de los hijos con respecto a los padres, no es casualidad o una fachada democrática, sino que reúne y refuerza todas las luchas encaminadas a que el único criterio de “disciplina” en la sociedad, *como en la familia*, sea la conciencia y la unidad política.

LA CONTRACEPCIÓN: MÁS QUE UN MÉTODO, UNA POLÍTICA

Para la nueva mujer china, los hijos no son ya *la* “razón de ser”, la maternidad, una fatalidad. La política contraceptiva es pues una de esas condiciones concretas que nos permiten evaluar el grado de emancipación de las mujeres.

En una de las familias de la comuna de Shawan, encontramos una mujer joven, responsable de la planificación familiar. Primeramente nos explicó que el centro de planificación en el pueblo había sido creado algunos años antes a petición de varias mujeres. Acompañado de dos trabajadores sanitarios, un médico del hospital más próximo vino entonces, a fin de

ayudarles. Ellas habían adquirido en algunos días los conocimientos fisiológicos y técnicas elementales y habían comenzado a visitar a las familias. Las reacciones habían sido un tanto diferentes, algunas mujeres rehusaban limitar su familia a dos o tres hijos, sobre todo si no tenían más que hijas, otros maridos, no aceptaban siquiera la idea de que la contracepción pudiera concernirles, hubo necesidad de largas discusiones para, finalmente, convencerlos. Sin embargo, otras veces, había mujeres que se unían espontáneamente al pequeño grupo y el trabajo avanzaba a grandes pasos.

Prosiguió: “Educamos a los habitantes del pueblo sobre los diferentes medios anticonceptivos y, hoy en día, pienso que el espiral y el diafragma, son los medios más extendidos.” Nos sorprendimos bastante y, hasta nos escandalizamos un poco con esta respuesta. Ella agregó: “Saben ustedes, aquí en el pueblo, de cada 85 esterilizaciones practicadas, 70 han sido en hombres, pues nos esforzamos siempre por hacer comprender a los habitantes del pueblo que la contracepción está íntimamente ligada a la emancipación de las mujeres. Una familia numerosa, es siempre un mayor o menor obstáculo que impide a la madre salir de su casa.”

“¿No emplean ustedes para nada la píldora?”, preguntó Danielle. “Sí, respondió Li Chang, pero con precaución, está todavía en estado experimental y su difusión es 'prudente'. En China, tratamos de controlar al máximo los efectos a largo plazo de todos los productos farmacéuticos.”

Nos habló del aborto enteramente libre, prácticamente gratuito (alrededor de 3 yuanes), y que da derecho a quince días de reposo, pagados al 100% como cualquiera otra atención médica. Precisó que para una pareja sin hijos o con un hijo, se aseguraban de que los riesgos de la esterilidad fueran conocidos por los esposos. Se discute con ellos para ver si sus dificultades no pueden encontrar

otras soluciones (alojamiento, horarios, recursos, etc.), pero, a fin de cuentas, la decisión corresponde a las parejas. Todavía nos precisó que en los casos, muy raros, en los que el marido se opone al aborto, la mujer es la que sigue siendo la única juez.

Li Chang nos explicó que aunque la planificación familiar depende del Ministerio de Sanidad, cada equipo, en los pueblos, en las fábricas, o en los barrios, organiza su trabajo teniendo en cuenta necesidades locales, lo que permite a la gente dominar conscientemente la natalidad.

Una discusión en el hospital ginecológico de Pekín completó nuestra entrevista con Li Chang. Se nos llevó primero a visitar el servicio de las parturientas y los recién nacidos. La salud de las mujeres durante el embarazo es objeto de un cuidado meticuloso: cada mujer mantiene al día una tarjeta indicando las fechas de sus reglas, centralizada por una responsable sanitaria al nivel de la unidad de producción. Al menor retraso, se hace una prueba biológica sobre una coneja. Así, si la mujer desea un aborto, no solamente se practica muy pronto, en las mejores condiciones, sino también la vigilancia médica de su embarazo puede ejercerse desde el principio. Se le podrá encontrar inmediatamente un puesto menos fatigoso, un lugar sentada en el taller, por ejemplo, y como las pruebas que permiten descubrir las enfermedades peligrosas para la evolución del embarazo se practican sistemáticamente (medida que no representaría ninguna dificultad técnica en un país como Francia), se pueden reducir considerablemente las malformaciones y desventajas de todo tipo.

Por otra parte, esas tarjetas proporcionan una documentación preciosa para la investigación médica y el descubrimiento precoz de las enfermedades femeninas.

Las consultas por embarazo tienen lugar

mensualmente hasta el 6° mes, dos veces al mes hasta el 8° y finalmente una vez por semana durante los meses 8° y 9°.

Tanto en el hospital de Pekín como en la comuna de Shawan, se insistió sobre esta idea:

La contracepción no debe confundirse con un simple medio técnico. Requiere una intensa educación ideológica. Es una medida política de envergadura orientada a permitir a las mujeres dominar la “naturaleza”, participar plenamente en todas las actividades sociales, y que favorece por lo tanto, su emancipación.

QUINTA PARTE

**A PROPÓSITO DE UN DEBATE SOBRE LA
SEXUALIDAD EN CHINA**

En China, las relaciones sexuales fuera del matrimonio están expresamente prohibidas. Nada es más conocido, y nada es, generalmente, menos comprendido. Rápidamente se ha hecho ver en *ello* una manifestación de puritanismo burgués, una desviación burocrática de tipo “estalinista”, incluso una prueba de que el socialismo no libera a las mujeres. En suma, ¡es represivo! Esta cuestión no es tan simple como para poder arreglarla en un dos por tres.

NECESIDADES NATURALES, NECESIDADES CULTURALES

Generalmente todo pasa como si todo el mundo supiera qué forma, qué práctica, qué funciones debería revestir precisamente una sexualidad revolucionaria que bastaran, por lo tanto, para medir la distancia entre ese ideal conocido y la posición china para apreciar el grado de revolucionarización alcanzado: la gente se casa aunque no debería existir ya el matrimonio, no se tienen relaciones sexuales sino con el marido (la esposa) en tanto que se deberían tener libremente, etc. No se sale de ese razonamiento, es represivo porque no es libre, es libre cuando no es represivo. Desgraciadamente, jamás se nos da el más pequeño principio de explicación sobre el contenido de esta libertad. Se está reducido a conjeturas. El hecho mismo de tratar de definirlo está considerado ya como represivo.

La concepción “natural” de la sexualidad que subtiende esos argumentos es muy cómoda. Tenemos necesidades sexuales naturales, instintos. Las diferentes normas morales los rechazan, los reprimen con objeto de asegurar la supremacía masculina, de inculcarnos comportamientos de sumisión servil, respeto a las prohibiciones, etc. Es necesario, pues, suprimir toda norma moral y la sexualidad estará liberada, se expresará “naturalmente”. Incidentalmente, esta práctica subversiva destruirá los fundamentos de un poder social autoritario que descansa en la sumisión ideológica determinada por la represión sexual.

Cómoda, pero desgraciadamente totalmente falsa. No hay sexualidad “natural”, o entonces los diferentes tipos de sexualidad que la historia ha conocido serían

todos “naturales”: natural en una sociedad feudal que el hombre se apropie de las mujeres que quiera para su placer, siendo también su placer apropiarse de las mujeres sin su consentimiento; natural en ciertas sociedades primitivas tener relaciones sexuales entre varios; natural en la sociedad capitalista que la mujer sea virgen hasta su matrimonio, y después fiel a su marido; natural que el hombre practique la poligamia *de hecho*, antes y después del matrimonio; natural en todas las sociedades de explotación reducir un batallón de mujeres al comercio sexual, a la producción de placeres para los hombres. No es sino cuando una clase dominante se derrumba, arrastrando en su caída la moral que se había forjado, cuando el carácter natural de la sexualidad aparece como lo que era: un velo para disimular sórdidas relaciones de explotación.

Todavía más: no solamente las pretendidas formas naturales en las cuales se satisfacen las necesidades sexuales están determinadas por el tipo de sociedad existente, sino además las necesidades sexuales mismas, son producidas por la sociedad. Marx decía:

La producción produce el consumo... haciendo nacer en el consumidor la necesidad de productos puestos por ella primero simplemente bajo la forma de objetos. *Por lo tanto, produce el objeto de consumo, el modo de consumo, el instinto de consumo*¹⁵.

Esto es verdad también de la sexualidad.

La sexualidad se ha convertido en una mercancía que se compra y se vende como las demás, sufre las leyes de la oferta y la demanda como las demás, se destruye en su consumo como las demás. Que esta mercancía sea vendida y comprada de manera “legal o ilícita”, con la bendición de la sociedad o en el oprobio, con una persona del sexo opuesto o no, no

¹⁵ Marx, *Introduction a la critique de l'économie politique*, p. 157.

modifica fundamentalmente nada de ese hecho preciso. Lo que nos debemos preguntar es ¿cuál es la función de ese tipo de cultura sexual en nuestra sociedad?

Ésa es la cuestión de fondo. Es a eso a lo que hay que responder ante todo.

OBJETO DE PLACER, OBJETO DE OCIO. EL PLACER ES UN OCIO

Ciertamente, la educación sexual (que, por otra parte, puede estar ausente oficialmente de la educación) inculca, en especial a los niños y a las mujeres, el respeto a la moral burguesa, la sumisión al orden establecido, etc. (lo que, *por otra parte, no es monopolio de la sexualidad*). Pero quizá no está ahí lo más importante. En una sociedad en la que la división del trabajo se acentúa cada vez más, en donde la inmensa mayoría del pueblo tiene autoridad privada de creatividad, en donde el trabajo no tiene ya explícitamente otro significado que su valor *en salario*, la sexualidad, en el tiempo libre, se convierte, no en un *medio para expresar el contenido peculiar de relaciones entre individuos, sino en un medio para cada individuo en particular, de escapar, en el consumo sexual, de la sociedad*. Esta fuga, evidentemente no es más que una ilusión en la que el fugitivo vuelve a encontrar, bajo otra apariencia, todos los rasgos detestables de esa sociedad: relación opresora y oprimida, valor mercantil, egoísmo, consumo por el consumo, etc. Pero por más ilusión que sea, no por ello constituye menos un medio importante para la clase dirigente de imponer al pueblo su propia ética, su materialismo vulgar como pseudosignificación de la vida. “El trabajo, dice el moralista burgués, con demasiada frecuencia es fastidioso y fatigante, es verdad, es ¡ay! el reverso de nuestras sociedades industriales, es

el precio del progreso, pero es lo que permite el progreso. Y el progreso es, justamente, permitir a cada uno tener televisor, coche, seguir la moda, divertirse, tener ocios, en suma, consumir.” Ésa es su moral, y él quisiera que fuera la nuestra. La función social de la sexualidad, ¿no es la de servir de justificación, de compensación a un trabajo sin alegría, a una vida sin esperanza? La cultura sexual burguesa se parece a las “primas de insalubridad”: se estropea la salud de los obreros, pero “en cambio”, se les conceden algunas migajas añadidas en la hoja de paga. El capitalismo, al hacer de la sexualidad y del “placer” sexual (pero, en realidad, ¿qué placer? ¿y placer para quién?) una recompensa, un ocio, al mismo tiempo lo ha integrado al salario. El reposo del guerrero es el escándalo permanente de nuestra sexualidad. Por más de una razón, no solamente porque implica el “servicio” de la mujer —una simple mercancía, un objeto— sino también porque está *exactamente* en el mismo plano que comer, beber y dormir. Es una necesidad vegetativa que entra en la reconstitución de la fuerza de trabajo al mismo título que las proteínas, la ropa, el televisor, la educación, los ocios.

Represión de la sexualidad, represión en la sexualidad

El conjunto de la política sexual burguesa, con sus tabúes y sus dominios autorizados, contribuye a producir una cultura sexual represiva, no solamente en lo que prohíbe de la práctica de ciertas formas sexuales, lo que es secundario, sino además y principalmente, porque toda relación sexual es una relación mercantil, una transacción entre un hombre enajenado y una mujer esclavizada.

Ese hombre y esa mujer no pueden evitar reproducir

en lo que les parece que es un dominio privado, libre, los respectivos papeles que representan en la sociedad: una relación de dominante y dominado. El sadomasoquismo, la mancuerna pasividad-agresividad, potencia y frigidez, no son más que la traducción al modo sexual de la opresiva realidad cotidiana del amo y el esclavo. Lo que evidentemente no quiere decir que en la pareja la mujer sea siempre la parte masoquista, pasiva y frígida. Los papeles pueden estar invertidos en el seno de una pareja: lo que no impide que sean la opresión de las mujeres, los lazos serviles especiales que las atan a los hombres, los que nutren esta forma cultural. El nuevo movimiento femenino con frecuencia razona así: “la burguesía hace de la sexualidad un dominio tabú, no quiere que se hable de ello; y bien, ¡nosotras vamos a hablar!” Muy bien, ¡tomemos la palabra! Critiquemos la moral dominante, ¡que no quede de allá piedra sobre piedra! ¡Preparemos la opinión pública revolucionaria! Pero en el momento de exhortar al combate el nuevo movimiento femenino tira la toalla... En efecto, desde que ha tomado la palabra sobre esta cuestión ¿qué ha dicho? Esencialmente esto: “Es injusto que los hombres tengan libertades sexuales y nosotras no.” Proclama el derecho de las mujeres de usar esas libertades al mismo título que los hombres. ¿Desde cuándo los oprimidos reclaman el derecho de ser “como” los opresores? Si se comprende (y se denuncia) que lo que caracteriza la sexualidad masculina es su aspecto represivo, ¿qué se puede esperar de nuestra participación en esta represión? En el fondo, la burguesía se burla desenfrenadamente de que se “hable” de la sexualidad, en cambio, lo que teme mucho es que se descubra sobre qué “vacío sanitario” nauseabundo está fundada. Decir de la burguesía que es represiva porque prohíbe la práctica de “perversiones” sexuales, es decir exactamente lo que la burguesía quiere que digamos. La

perversión no está ahí donde la burguesía la señala, sino donde la disimula, en las sábanas honorables de los lechos conyugales.

Si hemos empleado aquí un lenguaje como: dominación masculina, o pasividad femenina, es porque esos términos se refieren a un aspecto de la realidad que examinamos. Pero es necesario ver bien que esos dos aspectos culturales opuestos forman parte uno y otro de la ideología sexual burguesa. Evidentemente, no hay un sadismo burgués y un masoquismo progresista; tampoco hay un sadismo netamente masculino y un masoquismo femenino, sino múltiples formas culturales sadomasoquistas, más o menos encubiertas, más o menos imbricadas o separadas. La burguesía, como todas las clases explotadoras, encuentra su placer en esa relación de amo a esclavo. Las orgías de los que nos gobiernan, los matrimonios al vapor, las creaciones pornográficas, los *strip-teases* “populares” de Pigalle o el Crazy Horse para ejecutivos, las prostitutas, las “casas”, la represión a las prostitutas, los confesionarios, todo está edificado sobre este fundamento: hacer de la opresión intolerable un placer al alcance de todos los bolsillos y de todos los gustos.

Los límites impuestos a la práctica sexual no son las *causas* de la represión que nosotros padecemos. Lo intolerable es la perversión profunda de *toda* práctica sexual, la humillación y el mercantilismo implacables. *La represión de la sexualidad forma parte de la sexualidad, no se opone a ella, la determina.*

No se podría escapar a esta opresión contentándose con romper el marco legal de la sexualidad, pues no es eso lo que la produce. Continuamente tenemos pruebas de ello. Por ejemplo, está moralmente prohibido a una mujer tener relaciones sexuales antes del matrimonio y fuera de éste. Cuando la mujer casada tiene relaciones sexuales con su marido, lo hace dentro de la forma social

dominante, es decir, reproduciendo la subordinación de la mujer al hombre y el lazo particular de dependencia de ella a él. ¡Eso es represivo! Cuando esa mujer, queriendo sustraerse a ello, tiene relaciones sexuales con otro hombre aparte de su marido, cuando “trasgrede lo prohibido”, se da cuenta, con gran sorpresa, de que sigue reproduciendo esa misma relación de subordinación. Lenin decía a este respecto en una carta a Inés Armand:

“Una pasión y una unión efímera son más poéticas y más puras que los “besos sin amor” de cónyuges lastimosos y detestables. Es eso lo que usted describe... ¿La oposición es lógica? Los besos sin amor de cónyuges lastimosos son sucios. ¡De acuerdo! ¿Qué es necesario oponerles? Se podría creer que besos *con* amor. Pero usted opone una “pasión” (¿por qué no el amor?), efímera (¿por qué efímera?). El resultado lógico es que uno parezca poner besos sin amor (efímeros) a besos sin amor conyugal... ¡extraño! No sería mejor oponer un matrimonio lastimoso y sucio *sin amor*, de pequeñoburgués-intelectual-campesino, a un matrimonio *civil proletario con amor*.”¹⁶

Sin embargo, si se comprende mejor ahora en qué es enajenante, humillante, represiva, la política sexual, no se ve todavía a qué, precisamente, se opone. Debemos tratar de descubrir el otro lado de la contradicción. Si no, nos será imposible comprender por qué esta cultura sexual se vuelve intolerable en los países capitalistas *hoy en día*, en tanto que fundamentalmente la cultura sexual feudal, por ejemplo, era igualmente represiva y no ha producido, sin embargo, este tipo de controversia masiva. Puesto que, evidentemente el interés que suscita la cuestión sexual en la juventud, en el nuevo movimiento femenino, no podría estar reducido a una simple invención de pequeñoburgueses “desocupados”.

Lo hemos dicho, la represión sexual burguesa se ejerce

¹⁶ Lenin, *Oeuvres complètes*, xxxv, p. 180. Edición de Moscú.

mucho más *en* el tipo de práctica a la que invita que por sus prohibiciones. La sexualidad burguesa no es otra cosa que un intercambio de mercancías, introducido subrepticamente *en una relación que se quisiera amorosa*. Sin duda es ahí donde hay que buscar el “nudo” de esa contradicción. El deseo de una relación amorosa entra en contradicción con su transformación en una relación mercantil. He ahí una contradicción importante y nueva que engendra el capitalismo, porque es el único que produce las bases materiales para que nazca un amor electivo.

Al hacer estallar la producción feudal que descansaba sobre la familia, “liberando” a los proletarios, el capitalismo permitía que la única razón de entrar en relación con otro fuera una inclinación particular por ese otro. Ninguna ley prohíbe las relaciones entre un hombre y una mujer de clases diferentes. Un obrero “puede” casarse con una burguesa, y una acomodadora de cine con el hijo de un millonario. Pero si la única razón de entrar en relación con éste, mejor que con este otro, se deja a la “libre elección” de los interesados, el *hecho* de entrar en relación es siempre una sujeción material. “Yo me caso con Paulette, porque es a la que amo, y no a otra, y ella me ama. Pero en 'general', me caso porque no puedo hacer otra cosa.” Si bien el amor, como única razón de la unión, está indefectiblemente contradicho por el imperativo material de esta unión o, para decirlo mejor, un amor libre, que parece al alcance de la mano, está reprimido por sujeciones llanamente económicas. No hay amor libre, sino una libertad vigilada, en el fondo nada más que un régimen penitenciario que no se reconoce. En función de ese imperativo material es como se diseñan las “libres inclinaciones” amorosas. La necesidad se convierte en un criterio decisivo. No es, pues, solamente, como decíamos más arriba: “Ciertamente estoy obligado a casarme, pero soy libre de casarme con quien quiera”... pero todavía más:

“Puesto que debo tener una mujer que se ocupe de mi casa, que administre mi presupuesto, que me haga la comida y que, al mismo tiempo, me rodee de afecto, se consagre a mi felicidad para que ya no esté solo, *en consecuencia es necesario que ame* a una mujer que sea una buena ama de casa ahorrativa, trabajadora y afectuosa.” La “libertad” de amar, se expresa a fin de cuentas, como todas las libertades capitalistas, sobre el papel, en teoría, mientras que cotidianamente, en la realidad, son burladas y contradichas.

La sexualidad cotidiana se vuelve intolerable porque reposa sobre una unión “libremente decidida”, productora de necesidades afectivas sexuales, intelectuales, etc. contratada entre dos partes que no son libres, y que, en esta unión, buscan cada una alcanzar objetivos no solamente diferentes, sino hasta antagónicos: para el hombre un objeto de ocio, para la mujer una justificación de su enclaustramiento al servicio de la familia. Pero los sentimientos más sinceros, los deseos menos calculados, no resisten mucho tiempo los guisos recalentados, el lavado de los calcetines; la mujer libremente escogida, la “elegida” se convierte rápidamente en la “fastidiosa”, y el marido en un *medio* de vida —en el sentido en que se dice “tengo los medios para tal o cual cosa”. Y en esas condiciones, la vida sexual se inscribe en un florilegio de decepciones de una variada gama, desde las más amargas hasta las más anodinas.

Pasa, con el amor, lo mismo que con todas las aspiraciones revolucionarias que nacen en el seno mismo de la sociedad capitalista. Son, en esta sociedad, aplastadas por bases materiales implacables que se oponen a ellas. *Son reprimidas*. No pueden todavía transformarse en práctica. Pero existen. Las aspiraciones revolucionarias son todo lo contrario de los mitos: son los embriones, los proyectos de una sociedad

futura. El deseo de amor llama a la puerta también en el viejo mundo.

Solamente en una relación entre un hombre y una mujer igualmente libres, podrá tomar forma una sexualidad no represiva, libre. No hay pues otra salida para vencer la represión sexual, fuera de la emancipación de las mujeres. Investigar “fuera” de esta emancipación o, más aberrante todavía, como “medio de obtenerla”, la “libertad sexual” es peor que un señuelo, es un esfuerzo para la burguesía que no esperaba tanto de ella. No hay ninguna razón, económica, política, o ideológica, para que la burguesía no tolere, finalmente, todas las prácticas sexuales que prohíbe todavía hoy en día, y esto no atenuará en nada la represión sexual. Basta con estudiar la experiencia de los países nórdicos, o aun de los Estados Unidos, para convencerse. Afirmar lo contrario, es imaginarse que las superestructuras ideológicas, culturales, sexuales, de la burguesía, están definidas de una vez por todas, en tanto que están en constante readaptación, en reajuste permanente, con bases materiales modificadas, contradicciones latentes ayer y que hoy estallan. La burguesía puede autorizar todo, innovar todo en ese dominio, con la única condición de que el tipo de sexualidad propuesto permanezca en el marco de su moralidad inmoral es decir, como una práctica egoísta no solamente cortada de la sociedad, sino hasta como un medio privilegiado de “olvidarla”¹⁷.

¹⁷ La degradación de la sexualidad proviene principalmente de que está cortada de todas las actividades sociales, rebajada al rango de las actividades vegetativas. Es lo que observaba Marx: “Comer, beber, procrear, etc., son también, indudablemente funciones auténticamente humanas. Pero, en la abstracción, separadas de todo el resto de la actividad humana, convertidas en *finés últimos y exclusivos*, son funciones animales. (Marx, *Manuscritos de 1844*, Grijalbo, p. 79.)

No vamos a recuperar el “paraíso perdido” de una sexualidad natural y libre. No podemos oponer a la sexualidad burguesa una sexualidad revolucionaria “toda hecha”. Ésta no puede nacer más que de la crítica radical de la moral burguesa, de la transformación social del conjunto de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Sin duda, es en primer lugar a las mujeres, que han tenido que sufrir más la sexualidad burguesa, y que tienen la práctica y el conocimiento de su forma más represiva, a quienes corresponde promover los embriones de una nueva moral revolucionaria. No podrían llegar, “fuera” de *su participación*, a una transformación revolucionaria de la sociedad.

CAPÍTULO 13

LA APARICION DE UNA NUEVA CULTURA SEXUAL EN CHINA

UN DEBATE SOBRE “LA UNIÓN LIBRE”

La primera tarea por cumplir es indiscutiblemente, atacar todo lo que, en la antigua sexualidad, pregona la supremacía del hombre sobre la mujer, proponiendo a hombres y mujeres las mismas normas sexuales (aun si esas normas tienen un carácter provisional). En nuestra opinión, hay en eso un primer rasgo positivo importante de la moral sexual en China. No hay régimen de favor para los hombres ni de indulgencia especial respecto a ellos. La lucha ideológica llevada en favor del matrimonio tardío, el descrédito ideológico aportado a las relaciones sexuales fuera del matrimonio, les conciernen tanto como a las mujeres.

Y si las mujeres son generalmente “inexpertas” sexualmente cuando se casan, sus compañeros lo son también. Se plantea entonces una pregunta: si es justo tender a crear relaciones igualitarias entre los hombres y las mujeres, ¿por qué pregonar esa igualdad en el matrimonio? ¿Por qué no dar a las mujeres como a los hombres derechos iguales para la libertad sexual, para la unión libre? Esa experiencia fue intentada en la Unión Soviética al día siguiente de la revolución. Se promulgaron una serie de leyes en ese sentido:

- 1) Reconocimiento del matrimonio de facto (bastaba vivir juntos para tener los mismos derechos y deberes que las parejas casadas);

- 2) Divorcio por la simple demanda de uno de los cónyuges;

3) Separación de bienes entre el hombre y la mujer, el marido no puede ya acaparar lo que pertenece a su mujer.

Pero en una sociedad en la que las mujeres están *todavía* en una situación de inferioridad, esas leyes igualitarias no pueden sino *reforzar* la desigualdad de hecho.

Los hombres estuvieron a sus anchas para practicar una nueva forma de “poligamia”, ésta legal. Cambiaban de mujeres a su gusto, dejándoles el cuidado de educar a los hijos. En un tiempo récord los tribunales soviéticos se congestionaron de quejas de mujeres abandonadas tan pronto estaban encinta; o también algún campesino, que tenía necesidad de fuerza de trabajo suplementaria en la primavera, se casaba para obtenerla, no teniendo derecho de emplear mano de obra asalariada, y se divorciaba después de los trabajos, para no tener que alimentar una boca más durante el invierno¹⁸.

Como la gran mayoría de las mujeres no eran asalariadas, no tenían ninguna independencia económica, de manera que la ley contra la comunidad de bienes se volvía contra ellas. El marido que ganaba el dinero era el amo, ellas podían escoger entre quedar abandonadas en la miseria, o aceptar marido. En cuanto a la concepción del amor que acompañaba esas medidas, se reducía a la teoría del vaso de agua, es decir, que el acto sexual lo es sin consecuencia, y no representa más que beber un vaso de agua, necesidad “natural” y anodina por excelencia, solamente las mujeres “atrasadas” de ideas pequeño burguesas podían sustraerse a ello. Esta concepción adquirió fuerza de ley y permitió a los hombres ejercer una presión ideológica enorme sobre las mujeres a fin de que abandonaran sus “viejos

¹⁸ Geiner, *op. cit.*, caps. III y IV.

prejuicios sentimentales”. Una encuesta hecha entre la juventud comunista a principios de los años 20, lo muestra muy bien. A la pregunta: “¿La supresión de la prostitución es un problema para los hombres jóvenes?” Se respondió: “¡No! ya no hay necesidad de recurrir a la prostitución puesto que uno puede tener gratuitamente a las muchachas komsomols¹⁹ que quiera.” Lo que alentó el renacimiento de un movimiento reaccionario entre las mujeres que, a la misma pregunta, respondían con la petición de la reapertura de las casas de tolerancia que, a sus ojos, debía permitirles mayor “seguridad”.

Las leyes existen porque existen desigualdades sociales. Ya sea que se las quiera mantener —las leyes burguesas—, ya que se las quiera destruir —las leyes revolucionarias. Si hubiera una igualdad real entre todos los hombres, ¿para qué servirían las leyes? ¿Contra qué o contra quién los protegerían? Nos hacen falta leyes desiguales para instaurar la igualdad.

Esta concepción es la que guía a cada paso la legislación china. Tratando de la jurisdicción china concerniente a las mujeres, la revista *La Nouvelle Chine* (núm. 2, p. 31) subraya: “No solamente la ley china no contiene cláusulas discriminatorias desfavorables a las mujeres, no solamente proclama la igualdad de los sexos y la respeta, sino además agrega medidas especiales de protección, *es decir, cláusulas discriminatorias desfavorables a los hombres*. La ley sobre el matrimonio estipula, en su artículo 18, que el hombre no puede pedir el divorcio mientras que su mujer esté encinta, ni en el año siguiente al parto, pero la mujer encinta o que acaba de dar a luz, puede divorciarse. El párrafo 1 del artículo 21 precisa que después del divorcio, si el hijo es confiado a su madre, el padre debe tomar a su cargo parte o la

¹⁹ Komsomol: juventud comunista.

totalidad de los gastos necesarios para la manutención del niño, pero la ley no dice que la madre se encargue de los gastos cuando el hijo sea confiado al padre. Según el artículo 24, el marido es responsable sobre sus bienes propios del pago de las deudas de la comunidad cuando ésta es deficitaria, aunque comparta con su mujer la administración de esta comunidad. El artículo 23 sobre el retorno de los bienes propios después del divorcio, no se refiere más que a los bienes de la mujer.” Agreguemos que el artículo 11 enuncia que los esposos tienen derecho a utilizar, cada uno por su lado, sus nombres y apellidos de familia *proprios a cada uno*, y así se sigue.

En tanto que en la Unión Soviética la unión libre cohabitaba con el matrimonio, China deliberadamente optó en favor del matrimonio (además de que se tomaron medidas especiales a fin de que los niños nacidos fuera del matrimonio tengan rigurosamente los mismos derechos y disfruten de la misma “consideración” que los otros, en especial que el padre “natural” cumpla, como todo padre divorciado, ayudando a su manutención para que ese niño pueda, como hijo de pareja casada, heredar de sus padres, etc. (cf. leyes sobre el matrimonio). No obstante, al mirar más de cerca el matrimonio en China, éste está más cercano a la unión libre que al estado de matrimonio “de facto” soviético.

Lo que es necesario ver bien cuando se habla de matrimonio o de unión libre, es que la función social de uno y otra es fundamentalmente la misma en una sociedad dada. En un folleto²⁰ publicado por el círculo E. Dimitriev del MLF se encuentran estas reivindicaciones (p. 10): “Abolición de la institución del

²⁰ “Sortir de l'ombre”, plataforma de la discusión del círculo Dimitriev del MLF, suplemento del *Torchon brule*.

matrimonio. Reconocimiento de la unión libre.”

El “reconocimiento”, para emplear este término, de la unión libre no tiene interés más que en la medida en que existe la institución de un matrimonio represivo. Por eso es que es escandaloso que un hombre y una mujer que viven juntos sin haber legalizado su unión, sean privados de algunos derechos y privilegios acordados a la gente casada: “legitimidad de los hijos, derecho al reembolso de seguridad social por las cuotas del marido, derecho de herencia, derecho de recibir una pensión en caso de muerte, etc.” es justo exigir el reconocimiento de la unión libre, que ésta no sea ya objeto de discriminación moral, civil, material, etc. Pero si la institución del matrimonio es abolida, y al mismo tiempo se reconoce la unión libre, ¿ésta no se convierte simplemente en la forma nueva que reviste el matrimonio? (lo que por otra parte es, desde hace mucho tiempo, especialmente en la clase obrera donde “estar en pareja” no es más que una de las formas de estar “en familia”, con las mismas tareas, las mismas obligaciones que en la célula legal). El círculo Dimitriev avanza ahí una idea chusca: no es ya solamente “estructura triangular” familiar la que es en sí represiva y generadora de egoísmo y de servilismo, es su forma jurídica. ¡Suprimir al alcalde, y la madre está liberada!

LOS DOS PRINCIPALES ESCÁNDALOS DEL MATRIMONIO BURGUÉS

En el matrimonio de las sociedades capitalistas hay dos componentes principales que lo hacen una institución reaccionaria: la dependencia económica de la mujer con relación al marido, con el estatuto de inferioridad que eso implica (que esta inferioridad esté inscrita en la ley: “La mujer debe obediencia al marido”

o no, poco importa), y por otra parte, la indisolubilidad jurídica de los lazos, o en todo caso la extrema dificultad de romperlos. Hacer de la unión libre una panacea, es no preocuparse más que del segundo aspecto de la opresión del matrimonio. Si muchas mujeres renuncian a recuperar su libertad, incluso las que no están casadas jurídicamente, aunque sean desgraciadas como las piedras, es que el principal obstáculo viene de su incapacidad económica para satisfacer sus necesidades y las de sus hijos.

Está pues claro, que la independencia económica de la mujer, es la primera condición para que la unión sea libre. Sin adquirir esta independencia económica, prescribir unión libre, o comunidades, o hasta “uniones salvajes” para transformar las relaciones entre los sexos, es tan eficaz como una cataplasma sobre una pierna de palo.

Pero si la independencia material de la mujer es una condición absolutamente necesaria para la unión libre, no es, sin embargo, suficiente. Destruir el segundo componente represivo del matrimonio: la indisolubilidad de los lazos no podría limitarse a una simple reivindicación jurídica. Debe ser subtendida por una revolución en los juicios masculinos sobre el valor de las mujeres.

La libertad total de romper la unión no debe significar la posibilidad para los hombres, de *continuar* utilizando a las mujeres como objetos que se abandonan después de utilizarse, cuando ya no gustan, cuando están usados. No hay ninguna razón para esperar que la legislación, bajo una nueva forma de esta práctica masculina secular, pueda traer *la menor* transformación progresista de las relaciones entre hombres y mujeres. No son los hombres los que eran monógamos en el pasado, sino las mujeres; de hecho, si no de derecho, los hombres practican la “poligamia” en todas las

sociedades de explotación.

Esta libertad, para ser progresista, debe tender a revalorizar las razones por las cuales dos personas viven juntas, es decir, el amor. Cuando no hay ya obligaciones materiales que mantienen la unión, las personas que permanecen juntas lo hacen porque se aman. Es decir, que la libertad conquistada da todo su precio al amor, mientras que en la sociedad burguesa, al contrario, hay tantos factores imperativos que obligan a permanecer juntos, que el amor se convierte en la quinta rueda de la carroza, un simple pretexto. La unión libre tiene como condición la conquista de la igualdad entre los sexos, la destrucción de la función económica de la familia, la transformación de las relaciones entre los adultos y los niños.

¡No nos contentemos con palabras! Sin esas condiciones, la unión libre es la libertad para el hombre de oprimir a la mujer, y para los padres de oprimir a los hijos. En suma, es el matrimonio burgués y nada más.

Libertad en la elección

Justamente porque la Revolución china tiende explícitamente a realizar esas condiciones, es por lo que yo decía que el matrimonio chino está, a pesar de una apariencia engañosa, cada vez más cercano a la unión libre. Pero hay todavía otro punto sobre el cual China pregona *en la práctica* la unión libre: es la libertad de elección.

En nuestra sociedad, la parte de cálculo o de empirismo en la formación de una pareja, es preponderante. De cálculo, para la burguesía, es bien conocida. La dote, la herencia, el papel mundano de la esposa, son lo mismo factores que se contabilizan fríamente antes de decidirse. Esto con frecuencia toma, además, la forma del matrimonio arreglado de antemano.

No se pide otra cosa a la mujer que dar herederos y mantener su posición, pero eso es una condición imperiosa. En cuanto al marido que tendrá el privilegio de iniciar a su esposa “inocente” en la triste práctica del deber conyugal, habrá encontrado antes y en otra parte otras compensaciones, y la seguridad de continuar disfrutándolas fuera del matrimonio. El cálculo interesado no es, sin embargo, monopolio de la burguesía. Existe también, aunque de manera menos obscena, en las otras clases sociales. El campesino que está atado a su tierra y no tiene opción de hacer otra cosa que cultivarla, buscará también que su mujer tenga las cualidades requeridas para sus futuras tareas: robustez, reciedumbre para el trabajo, estar habituada desde la infancia a esta vida, etc. No se transforma fácilmente una joven mecanógrafa citadina en una campesina que maneja el rastrillo, ¿No hay también un cálculo en la joven obrera que se prenda de aquel que tiene un oficio seguro, sin coche, o un alojamiento? En cuanto al empirismo, es evidente. Sin siquiera hablar aquí del “amor a primera vista”, se sabe bien que la libertad de selección en el matrimonio son palabras vacías: la que se casa con el vecino de piso, porque es el primero que se lo ha propuesto, la que se casa con el padre de su hijo, porque no tiene otra solución en nuestra sociedad una vez que está hecho, los que se casan por no estar solos, porque solos están socialmente desacreditados y en condiciones económicas muy desfavorables; todos esos, es decir, la mayoría, ¿han ejercido una selección libre? Si se habla de unión libre, lo que al menos implica inmediatamente las condiciones concretas para que haya una libertad real en la selección de la unión, no la simple prohibición del “matrimonio forzado” por supuesto, sino un poder real, para las mujeres y los hombres, de determinarse sin que intervengan obligaciones económicas e ideológicas, y con toda conciencia, es decir, introduciendo en esa selección criterios políticos objetivos, verificables en una práctica

social diversificada y rica.

¿Cuáles son las condiciones materiales que intenta reunir hoy en día China para que pueda aparecer una unión realmente libre? Es ahí donde se sitúa la prueba de la verdad.

EL MATRIMONIO TARDÍO

Sin duda se sabe ya que si el matrimonio está legalmente autorizado a partir de los dieciocho años, se hace una intensa propaganda para que los jóvenes se casen más tarde, en general hacia los veinticinco o los veintiocho años. Por todas partes se nos ha hablado de la importancia de esta cuestión, a lo largo de nuestro viaje. Pero las razones que nos han dado para explicarla, no siempre nos han convencido. En especial una de ellas, citada con frecuencia (y hasta a veces dada oficialmente) la presenta como un simple método para disminuir la tasa de nacimientos. No estoy de acuerdo con esta explicación por varias razones. La primera es porque al decir eso, se hace caso omiso del objetivo *principal* de la planificación familiar: promover la emancipación de las mujeres.

La significación dada en China a la planificación familiar va explícitamente en el sentido de la liberación femenina (lo hemos ya citado en el capítulo precedente), como lo afirma Han Suyin: “La maternidad voluntaria debe fundarse en la *emancipación de la mujer*, su igualdad, su derecho al estudio y a la participación en todas las decisiones políticas, así como sobre su conciencia social acrecentada. La emancipación política y económica de las mujeres fue la primera condición para el éxito de toda campaña de masas sobre la planificación familiar.”²¹

Por otra parte, hay que reconocer que la abstinencia

²¹ *La Nouvelle Chine*, núm. 1, p. 39.

sexual como método “anticonceptivo” es un poco rudimentario. Aun suponiendo que reducir el número de nacimientos sea efectivamente el objetivo por alcanzar (y poniendo entre paréntesis el juicio de valor que se tiene derecho a tener en cuanto a los medios), no se comprende, por lo mismo, por qué implicaría en algo retrasar el matrimonio. Se podría hacer la misma propaganda intensa para que las jóvenes parejas utilizaran la contracepción y dejaran para más tarde el nacimiento de su primer hijo (hacia los veinticinco o veintiocho años, por ejemplo). Si los jóvenes, que masivamente retardan voluntariamente su matrimonio, lo hacen realmente con un objetivo “contraceptivo”, verdaderamente no se ve ninguna razón para pensar que no serían capaces, al casarse jóvenes, de aplazar la reproducción de la especie por medio de la contracepción.

A despecho de estas interferencias, el matrimonio tardío en China sigue siendo una medida revolucionaria de gran importancia, por muchas otras razones que nos incitan a reflexionar.

Hemos dicho y repetido aquí que la igualdad entre hombres y mujeres no es completa en el período socialista. El matrimonio tardío es, sin duda alguna, una medida que, tomando en cuenta esta desigualdad, milita en favor de la igualdad. Es fácil comprender que la joven mujer que, entre los dieciséis y los veintiséis años, por lo tanto durante alrededor de diez años, haya tenido la experiencia de un oficio que le habrá permitido vivir sin ninguna ayuda externa, que habrá participado en las diversas actividades culturales y en los trabajos de la juventud, que habrá tenido responsabilidades políticas, culturales, que habrá pasado un año o más en una comuna popular, que habrá sido organizada en una milicia popular, que, eventualmente habrá asistido a la universidad o a diferentes escuelas, que habrá trabado numerosas amistades con toda clase de personas de los

medios más diversos, que tendrá una visión más amplia de la sociedad, es fácil comprender que esta mujer tendrá una sólida adquisición para resistir a eventuales presiones conyugales o materiales de “regreso al hogar”. La independencia económica, política, ideológica, adquirida en el transcurso de esos años, es un poderoso motor para que, casadas o madres de familia, las mujeres continúen luchando activamente por su emancipación. Que las mujeres chinas no se arrastren, con la cabeza baja, dentro del matrimonio, que no dejen la familia de sus padres para fundar inmediatamente otra, es reconfortante, y para decirlo mejor, envidiable. He ahí una primera razón que, por sí sola, bastaría ya para que se reconociera el carácter revolucionario de esa medida. Pero eso no es todo.

CAPÍTULO 14

UN NUEVO CONCEPTO DEL AMOR

La práctica adquirida por la juventud en los terrenos más diversos, el conocimiento más concreto que tiene de la sociedad, le permite “relativizar” el amor, la familia. No quiero decir que éstos le parezcan entonces fútiles, sino que esa experiencia constituye una base de referencia materialista para luchar contra el idealismo en el amor, azote *del* que sufren especialmente las mujeres oprimidas, justamente en la medida en que, no conociendo nada más, no teniendo “inserción social” real, ni términos de comparación, tienen, tenemos, tendencia irresistible a *poner* en “*el* amor” todas nuestras esperanzas, todas nuestras frustraciones, dicho de otra manera, a idealizado. Lo que trae como consecuencia falsear todas nuestras relaciones con “el marido”, y más generalmente, nuestros juicios acerca de la realidad.

Relativizar el amor, no es despreciado, es evaluado también en función de sus actividades. Si amar significa sustraerse a la sociedad, abandonar la revolución para consagrarse a “él”, entonces, ese amor *nosotras* lo rechazamos. No puede ser sino perjudicial. Relativizar el amor es ligado estrechamente a todo lo que se quiere hacer. Las relaciones privilegiadas que yo tengo con este hombre deben ayudarme, deben ayudarlo, a desempeñar plenamente, conscientemente, el papel de ambos en la sociedad.

El interés del celibato prolongado, en las formas en que se practica en China, consiste en que permite establecer un amor sobre criterios diferentes de la relación privada, remplazada en el contexto revolucionario de la sociedad.

Me explico: no solamente se pide a los miembros de la pareja que sean amables uno con otro, sino sobre todo estar consagrados al pueblo, tener relaciones cálidas con sus camaradas. La transformación progresiva del significado del trabajo, de la que hemos hablado, tiene como consecuencia que se espere del otro que tenga una actitud política consciente en su trabajo. Tendiendo la familia a no ser ya el centro de interés privilegiado, se espera del otro que esté abierto a numerosos campos. Tendiendo las relaciones entre padres e hijos a no ser ya una relación autoritaria y egoísta, se espera del otro que tenga una actitud responsable, fraternal, respecto a los niños. Por supuesto que la práctica social de la juventud en actividades colectivas es eminentemente favorable para conocerse objetivamente, para medir concretamente esas diferentes “cualidades” que se piden. No hay duda que todo, absolutamente todo el alcance revolucionario del matrimonio tardío, descansa *enteramente* sobre esas experiencias de la juventud que acabo de mencionar rápidamente. Sin ese tipo de experiencias, el matrimonio tardío no sería nada. Imaginémos una chica, entre nosotros, en el siglo pasado, que hubiera permanecido en el convento hasta los veinticinco años; claramente se ve que, *por* lo mismo, sería absolutamente incapaz de encontrar ahí razones para emanciparse. Igualmente el hijo de burgués al que se le aconseja que espere a los veintisiete o treinta años para casarse, pero que durante su vida de soltero debe proporcionarse un oficio que reditúe, mucho si es posible, hacer servicio militar como oficial en el ejército imperialista, y que considere como su derecho inalienable, y hasta una garantía para su futura felicidad conyugal, acostarse sin amor con todas las chicas de las que pueda “aprovecharse”, y que aprenderá sólidamente, también eso, a despreciar a las mujeres, a consideradas como simples objetos, evidentemente ese “joven galán” no estará en condiciones de introducir en su matrimonio otra

cosa que la moral corrompida de la burguesía; francamente es hasta más progresista en nuestra sociedad, que ese joven se case a los dieciocho años con la joven estudiante de la que está “ingenuamente” enamorado.

En su comentario sobre la ley del matrimonio Teng Ying Chao escribe:

Estamos por un justo concepto del amor y contra el “amor por encima de todo”, contra el amor como juego, igual que nos oponemos a tomar como condiciones para el amor y el matrimonio, *la posición social*, el dinero, *la belleza* y otros elementos impropios para asegurar la constancia del amor. (Folleto citado, p. 51.)

Me contaron esta anécdota: Durante la Revolución Cultural, en una universidad china, un joven líder revolucionario lleno de pasión y fogosidad era adorado por todo un grupo de estudiantes. Un día hubo una reunión de muchachas para plantear este problema: ¿por qué el camarada Un tel tiene una corte de admiradoras? Una estudiante tomó la palabra y dijo más o menos esto:

Algunas de ustedes aman a este camarada. Me han dicho que lo aman por sus cualidades revolucionarias. Esas razones no me han convencido. Por mi parte, veo otra, sobre la que me gustaría que reflexionaran. Este camarada tiene, por sus cualidades, un gran prestigio entre los intelectuales. Nosotras le hemos confiado grandes responsabilidades; es un dirigente muy escuchado; los que se encuentran desamparados, o que tienen ideas confusas de buena gana vienen a verlo, a discutir con él, a pedirle ayuda y consejo. Esto es normal. Pero yo pregunto ¿no será entonces, precisamente por su posición “brillante” por lo que lo aman tantas muchachas? Y entonces, ¿no amarán más bien en él su posición de dirigente? Esa es mi opinión. He aquí por qué pienso que en esta admiración excesiva hay algo de burgués. Encuentro que nuestras camaradas estudiantes reproducen ahí la relación burguesa de la mujer con el hombre.

Esta historia precisa mejor de lo que yo sabría

hacerlo, el significado de un amor de clase, porque, por supuesto, no basta afirmar que no se quiera *amar* a un contrarrevolucionario para destruir el contenido de clase del amor, para transformarlo. Es necesario además velar por no rodear este amor de actitudes burguesas.

La belleza no escapa a la lucha de clases

Que se tiende a que la belleza no entre en la línea de cuenta, como lo preconizaba Teng, es evidente. Pero ¿cuáles son las características de clase de los cánones de belleza burgueses que deben repudiarse? En las sociedades de clases, la belleza femenina ha sido siempre atributo de las clases dominantes. Son éstas las que decretan, para el conjunto de la sociedad, lo que es una mujer bella. Para ser bella entre nosotros, hay que parecerse a esas mujeres de la burguesía, ociosas y ricas, que ostensiblemente concretan en sus actitudes, en sus ropas, en sus peinados, en sus ademanes, su posición social. Por otra parte, esta belleza no está confeccionada “naturalmente”, sino al precio de algunas medidas concretas como el salón de belleza, las tiendas de moda, los regímenes para adelgazar, la cirugía estética, la valija de maquillaje. No sigo... Es tan conocido, que no nos extenderemos más. Toda la prensa llamada femenina es un himno a este tipo de belleza. En los libritos de cuentas impresos de Madame, se encuentra corrientemente entre los ingresos y los gastos la rúbrica intitulada “presupuesto de belleza”. Este tipo de belleza refleja, por su ostentación y lujo, no solamente el prestigio del dinero en nuestra sociedad, sino sobre todo expresa sin discusión el papel de objeto sexual que corresponde a la mujer. Lo que sin equivocación se traduce en la fórmula corriente: “Para la mujer, la belleza es un capital”. Esos cánones de belleza no solamente son *financieramente* difíciles, sino incluso con frecuencia

imposibles de alcanzar para las mujeres pobres, y lo son también en razón del modo de vida que implican. Aun “engalanada”, una mujer que trabaja en los campos o en la cadena, traspira; sus brazos, su cuerpo se hacen musculosos, sus manos se vuelven callosas; aun “engalanada” el ama de casa que lava, plancha, hace la comida y limpia los pisos, tiene el rostro marcado por la fatiga física o nerviosa, y cuando llega la noche, arrastra los pies. Y sin embargo, el hombre con el que vive, está condicionado, como los demás, a desear ese tipo de belleza —que ella no tiene; ¡eso es también una parte no despreciable de la represión sexual! En China, esta imagen de la mujer no existe más. Se encuentra otra, por todas partes, en carteles sobre los muros de las ciudades, en los periódicos y en la escena. Es una obrera, una campesina de rostro decidido, de ropa sencilla. Está siempre representada en las actividades cotidianas que toman realmente millones y millones de mujeres chinas. Se la ve en el trabajo, estudiando, manifestando, riendo, pero jamás en actitudes irreales y misticadoras como las de nuestras fotos publicitarias.

Sin duda esta transformación de la imagen femenina contribuye progresivamente a llamar la atención de los hombres en sus relaciones con el otro sexo en el nuevo lugar de las mujeres dentro de la sociedad.

Se encuentra en el teatro contemporáneo chino un reflejo del contenido progresista de este amor nuevo, al mismo tiempo que una crítica al amor comprendido como refugio. Es especialmente patente en “La muchacha de los cabellos blancos”, pieza de la cual, uno de los autores, que la modificó durante la Revolución Cultural, nos habló en Shanghai de manera detallada. Nos dijo que el concepto del amor que se había dado en esa pieza, había sido objeto de una áspera controversia.

En la primera versión de la pieza, el desenlace de la intriga mostraba que Hsi Eul —la muchacha de los

cabellos blancos— campesina pobre y ardiente revolucionaria, y Ta Chuen, también campesino pobre y comprometido en el EPL, su prometido, se volvían a encontrar después de que los invasores japoneses habían sido expulsados de su pueblo, para llevar una vida tranquila y feliz. Algunos aprobaban este final “sentimental” y se apasionaban por conservado: puesto que habían luchado y finalmente expulsado a los japoneses de su pueblo, era muy normal que ahora pensarán en ellos mismos. Los revolucionarios la condenaban y querían modificada radicalmente. Al final de la lucha, la versión de los revolucionarios ganó. Aquí está: Después de que los japoneses habían sido expulsados, Hsi Eul y Ta Chuen se volvían a encontrar y decidían continuar el combate contra las tropas del Kuomintang. Los sentimientos que expresan significan: no se puede “vivir tranquilo” cuando el país está a fuego y sangre. Un amor nacido de un odio común contra los opresores no puede florecer libremente en tanto que todos los opresores, extranjeros o nacionales, ejercen todavía el poder. Este concepto del amor, estrechamente ligado a la realidad social, es diametralmente opuesto al concepto idealista y burgués del amor. Nada de mágico ni de inexplicable en el amor de Hsi Eul y Ta Chuen, nada de “atracción magnética” ni de flechazo, sino un mismo pasado de sufrimiento, un mismo odio y una misma una voluntad de lucha. Se aman porque tienen el mismo odio a la antigua sociedad, la misma determinación para crear otra. Rehusando conformarse a los estereotipos tradicionales de la seducción, fragilidad- sumisión, Hsi Eul ama a Ta Chuen de igual a igual. Él no la protege, se ayudan mutuamente. La alternativa no es el amor o la lucha, con la exclusión de uno u otro; está en *la manera como uno escoge amarse*: egoístamente, evadiéndose de la realidad, o participando en esa realidad para transformarla. El amor es entonces

un estímulo y un apoyo mutuo en la lucha. Los sentimientos de Hsi Eul no son incompatibles con su compromiso revolucionario; al contrario, son una expresión de éste.

NO HABRÍA QUE SACAR EN CONCLUSIÓN...

No obstante, no habría que sacar de todo lo que precede, la conclusión de que la cuestión sexual, así como el lugar y el contenido del amor en China, están perfectamente dominados. Evidentemente sería un error. ¿Cómo, por otra parte, una sociedad en donde la mujer no está todavía totalmente liberada, habría podido producir ya una cultura sexual perfectamente satisfactoria, incluso definitiva? Mao Tse-tung dice: “*No existe ninguna idea en el mundo que no lleve la buella de la lucha de clases.*” ¿Por qué milagro la sexualidad escaparía a esta regla? Es evidente, por ejemplo, que interpretaciones estrictamente demográficas del matrimonio tardío no puedan sino reducir su alcance revolucionario. No se puede evitar, por supuesto, que sobre todas las cosas las interpretaciones difieran, es una manifestación de la lucha de clases. Lo que estimamos erróneo es que los revolucionarios no parecen criticar firmemente las interpretaciones de derecha; se tiene la impresión de que los puntos de vista contradictorios cohabitan “apaciblemente”. Naturalmente, esa ausencia de polémica debe tener consecuencias negativas en la práctica. El riesgo es grande, especialmente en esas condiciones, ya que en ausencia de una crítica abierta, numerosos chinos fueron llevados a adoptar el matrimonio tardío, la sexualidad estrictamente monogámica, por conformismo moralista, y no por convicción revolucionaria, lo que evidentemente no es el objetivo buscado. Las mujeres, el pueblo, en suma, la revolución, no tienen nada que temer de una lucha

ideológica abierta sobre el amor y la sexualidad. Por lo tanto, ¿por qué no llevarla a cabo? A una pregunta parecida los camaradas chinos respondieron: “La educación sexual se ha vuelto difícil por la insuficiente educación política e ideológica de los cuadros revolucionarios mismos sobre esas cuestiones, por la timidez de la gente, por la supervivencia de la antigua mentalidad que hace de esos problemas una cosa 'vergonzosa', por el mito de la virilidad, etc.” ¡Con mayor razón es necesario llevar a cabo ese debate! Sin duda no habría razón para que se volviera central: pero existen muchos debates que no son centrales y que son llevados activamente en China.

A despecho de esas críticas que formulamos, pensamos que la política china en esta materia no es asimilable en *ningún punto* con lo que se ha convenido en llamar la moral “judeo-cristiana”. *Una vez más no se puede comprender nada si se separan el amor, la sexualidad, de las nuevas relaciones sociales que los subtienden.* En ese dominio, menos que en cualquier otro, uno no se puede contentar con juzgar a partir de las únicas explicaciones ideológicas que se dan, es necesario también ver las consecuencias de las diferentes políticas en la práctica, desde el punto de vista de la emancipación de las mujeres. Me parece absolutamente cierto que las nuevas costumbres de la juventud china, que algunos juzgan demasiado austeras, tienen como consecuencia ayudar con fuerza a las mujeres a no ser ya objetos sexuales; y efectivamente, no lo son más. No es una simple aseveración de nuestra parte. Una sociedad que tiene a las mujeres como objetos sexuales, en ningún caso lo puede *disimular*. Igualmente si la sexualidad está tan estrechamente ligada al amor, la consecuencia es que, con relación a nuestras sociedades, en China la sexualidad está considerablemente revalorizada. Perder de vista esto, nos impediría aportar el menor juicio

materialista.

Lo que serán el amor, la moral sexual y la familia, en el porvenir, me parece que uno puede hacerse una idea al respecto, aunque todavía muy embrionaria, a partir de lo que existe hoy en día. Lo que hemos sacado como lección de la experiencia china, es que no hay moral revolucionaria “natural”, “innata”, que se tratara de aplicar concretamente; pero que es precisamente en la lucha de clases, en el movimiento revolucionario de destrucción de las antiguas prácticas, divisiones, funciones reaccionarias que esclavizan a las mujeres, y solamente en esta lucha, donde pueden elaborarse progresivamente –lo que no quiere decir de manera lineal– una nueva moral sexual revolucionaria, un punto de vista proletario de la sexualidad, el amor y la familia.

A GUIA DE CONCLUSION

La vía de la liberación de las mujeres en la Revolución china no podría trazarse más que muy aproximadamente. Para discernirla mejor se necesitaría, ni qué decir tiene, llegar a un conocimiento profundo de la sociedad china tanto en sus contradicciones actuales como en su historia pasada, de lo que, evidentemente, estamos muy lejos.

Pero también se necesitaría haber avanzado claramente en nuestro conocimiento de la opresión femenina en Francia, de sus formas concretas, particulares, principales y secundarias; conocimiento que no puede adquirirse más que por encuestas repetidas y lazos cada vez más estrechos con la masa de mujeres de nuestro pueblo. Es decir, que todo está por hacerse.

Porque en el pasado se ha negado su opresión, porque se han transformado sus aspiraciones revolucionarias en un pequeño catálogo de reivindicaciones jurídicas, o presupuestarias, agregado como apéndice a cualquier programa electoral que se respete, las mujeres se esfuerzan hoy por recuperar su especificidad. Pero ésta de ninguna manera podrá conocerse, y por lo tanto fracasaremos, si en ese mismo movimiento nos desinteresáramos por las otras formas de explotación que padecen las distintas capas del pueblo. Esto, no como lo dice, ridiculizándolo, una parte del MLF, por “caridad”, sino porque *todas* las opresiones de las que somos víctimas (nosotras las mujeres) son consecuencias del sistema social de explotación, en nuestro caso del capitalismo; y que por lo tanto no existe salida para las mujeres fuera de la revolución. Sí, las mujeres son solidarias del proletariado, no como un “apoyo”, una “alianza” del exterior, sino más como se dice de los eslabones de una

cadena que son *solidarios unos de otros*.

Esforzándonos por restablecer explícitamente el lazo real pero oculto, entre la opresión específica de las mujeres y el sistema de explotación de nuestra sociedad, es decir, partiendo de la crítica de la feminidad, debemos elevarnos a la crítica global de la sociedad.

Dentro de tal perspectiva, este libro constituye una contribución a un debate necesario sobre el papel de las mujeres en nuestra revolución, debate que apenas comienza.

APÉNDICE

CONTRA EL ETERNO FEMENINO

Confucio murió hace más de 2.000 años, pero su ideología corrupta según la cual los hombres son nobles y las mujeres inferiores, todavía influye en la gente y se manifiesta en todo momento.

He aquí un ejemplo de lo que se puede leer actualmente en la prensa china. Lo que golpea en estos artículos particularmente numerosos, consagrados a las mujeres, no es el reconocimiento que existe en China todavía hoy de las doctrinas, de las concepciones “antimujeres”; esto se dice desde hace mucho tiempo. No, lo que se observa en primer lugar, es el tono de esos artículos que significan claramente lo que expresan. Es asimismo lo que aportan como confirmación de lo que “queda por hacerse” para llegar a la igualdad completa entre ambos sexos.

He aquí lo que contrasta con las corrientes derechistas que se manifestaron más especialmente todos estos últimos años, y según las cuales mujeres y hombres serían hoy en día perfectamente iguales. Algunos hasta habían llegado a pensar que “puesto que esta igualdad existe ya, no hay razón para crear de nuevo una organización específica de mujeres”. No más opresión, no más problema.

Evidentemente, semejante corriente, tendiendo en el fondo a negar la lucha de clases y *por lo tanto la necesidad de luchar*, si se apoyaba sobre ideas erróneas en el pueblo, podía entrañar graves consecuencias. Es lo que tuvo lugar algunas veces, en diferentes dominios. Esta corriente, menos paradójicamente de lo que parecía a primera vista, coexiste pacíficamente con lo que se podría llamar el

antifeminismo ultraclásico y universal, que consiste en predicar muy fresca y abiertamente el desprecio por las mujeres, su inferioridad “biológica”, natural. Distinguiéndose por su lenguaje, por sus palabras, estas dos corrientes se encuentran confundidas en un punto primordial: frenar con todas sus fuerzas la iniciativa de las mujeres, impedirles “pasar a la acción” como por el contrario les recomienda el editorial del 8 de marzo de 1974.

La réplica revolucionaria a esta ofensiva de la reacción (que, por lo demás, no se ha limitado sólo al dominio de las mujeres sino que, por el contrario, intenta progresivamente en todos los dominios de la vida social atraer una restauración del antiguo orden, restauración que necesita imperiosamente el retorno de las mujeres a un estatuto de seres inferiores), ha comenzado ya desde hace más de un año. Desde el principio de 1972, o sea apenas unos meses después del final de Lin Piao —y ciertamente esto no es una mera coincidencia— se podrán encontrar en la prensa llamados a preocuparse más de la cuestión femenina. El editorial del *Renmin Ribao* del 8 de marzo de 1973¹ dará el verdadero inicio a un arranque profundo del movimiento de liberación de las mujeres. Arranque que unos meses más tarde será marcado particularmente por la reconstrucción regional de la Federación de Mujeres. Desde hace un año, esta campaña se ha ido ampliando. La puesta en marcha a principios de este año, del “pi Lin pi Kong”² apela de inmediato a su participación masiva, como lo veremos más adelante.

Para hacer hoy en día el balance provisional de esta

¹ Véase *Pekin information* del 12 de marzo de 1973: “Las mujeres trabajadoras, una gran fuerza revolucionaria”, editorial del *Renmin Ribao* del 8 de marzo de 1973.

² “pi Lin pi Kong”, fórmula condensada utilizada en China para designar la actual campaña de crítica de Confucio y Lin Piao.

campana, nos es posible reconstituir bastante claramente los dominios en los cuales la burguesía intentaba, e intenta todavía, operar su “restauración” lo mismo que la puesta en marcha del contrataque revolucionario. A la hora en que en nuestros países las mujeres tienen cada día más conciencia de la opresión que padecen, en que son cada vez más numerosas para combatirla, esta nueva ola del movimiento de liberación de las mujeres en China, sin duda no carece de interés para nosotros.

¿ES NECESARIO LIBERAR A LAS MUJERES DEL TRABAJO DOMESTICO?

Afirmar que hombres y mujeres son desde ahora iguales, es al mismo tiempo impedirse de tomar las medidas concretas necesarias para permitir a las mujeres justamente llegar a la completa igualdad. El soberbio desprecio ancestral por el trabajo doméstico encuentra aquí su razón. El desarrollo de los talleres de servicios domésticos que son medidas concretas *materiales* (de gran importancia política, ¡jamás se dirá lo suficiente!) para liberar a las mujeres de las tareas domésticas, ha sido frenado, incluso hasta a veces detenido, so pretexto de que hombres y mujeres comparten de ahora en adelante equitativamente el trabajo doméstico.

Esta tendencia nefasta es doblemente errónea. En primer lugar porque considera como sistemática una práctica que es todavía producto de una vanguardia, aun si esta última es relativamente grande; en segundo lugar y sobre todo, porque está claro que la desaparición del trabajo doméstico femenino deriva principalmente de su socialización y de su mecanización, y no de una nueva repartición igualitaria entre mandos y mujeres, aunque esta repartición sigue siendo absolutamente necesaria por más

de una razón, como lo hemos indicado³.

En un artículo aparecido en el número de diciembre de 1973 del *Hongqi*, se insiste sobre la importancia de esta cuestión: “sobre la cuestión de la polarización de las mujeres en relación con las tareas domésticas, se debe hacer un análisis concreto. Durante varios milenios, las mujeres han estado reducidas al papel de esclavas domésticas; el pensamiento fundamental de los propietarios terratenientes de la burguesía era éste: encerradas en la casa, abrumarlas con trabajos domésticos, impedirles participar en las actividades de producción social y en las actividades políticas. *Una de las tareas muy importantes del proletariado es liberar a las mujeres de esa esclavitud.* Después de la liberación, gracias al socialismo, con la participación de las grandes masas de mujeres en la producción social, ese estado de cosas ha cambiado profundamente. *Pero en razón de la ideología de las clases explotadoras, del chauvinismo masculino, y en esa razón de los límites de las condiciones materiales,* las mujeres no han sido completamente liberadas de sus tareas domésticas.”

En efecto, si esas tareas fueran desatendidas, el pretexto invocado no sería la única causa. En el trascurso de visitas recientes hemos podido descubrir otras. Por ejemplo, el desprecio por el trabajo doméstico, por todo trabajo doméstico, denunciado vigorosamente hoy, evidentemente entraña un retraso de su socialización. Algunas ideas han podido influir, tales como: “trabajar en un taller de servicio no es servir al pueblo, es servir al interés privado de la gente”. O bien: “sólo el trabajo productivo – comprendido como trabajo en la fábrica– es noble”, idea bastante difundida en cierto momento entre la juventud⁴,

³ Cf. el capítulo consagrado a la socialización del trabajo doméstico.

⁴ En la fábrica de la calle Chau Yang, en Pekín, que yo había visitado en 1971 y a donde regresé en 1973, los obreros me

o aún más, y al contrario, la vieja demagogia liuchista: “ocuparse de su casa y de sus hijos, es *también* una tarea revolucionaria”⁵.

Sin embargo, los talleres de servicios no son más que el principio de la desaparición del trabajo doméstico. Todavía falta, sobre la base de poner en común tareas antaño familiares, realizar la mecanización de esos trabajos. Esta mecanización a su vez no puede venir fundamentalmente sino de dos sectores: por una parte, los mejoramientos efectuados en la base por los mismos trabajadores de esos servicios y por la otra, el desarrollo de la industria ligera en las ramas concernientes (por ejemplo la producción de lavadoras mecánicas colectivas).

Pero los progresos en esos dos mismos sectores están estrechamente ligados a la línea política que los guía. Si los trabajadores de los servicios, mujeres en su inmensa mayoría, no elevan su nivel de conocimientos cultural y técnico, si su cooperación con obreros experimentados no está correctamente organizada, la mecanización puede retrasarse mucho tiempo. Asimismo, si las necesidades concretas de las masas en ese dominio no están suficientemente sistematizadas y conocidas por el sector industrial, es posible llegar a una situación en la que se

contaron que durante la Revolución Cultural 4 de las 6 jóvenes diplomadas de la escuela de educadoras para jardín de niños, abandonaron su puesto en la guardería, encontrando ese oficio “poco glorioso”, sin nobleza. En esa época, fue imposible convencerlas de que se puede servir al pueblo en otra parte que no sea en una fábrica. Se imagina fácilmente la resonancia que podía tener tal posición sobre el funcionamiento de las guarderías y por lo tanto; inmediatamente, sobre la liberación de las mujeres.

⁵ Señalemos a este respecto un importante artículo aparecido en el número de marzo de 1974 de *Chine en construction*: “Cómo han conquistado la igualdad las mujeres chinas”, en el cual el autor, Swei Yu-lan, fustiga esta “teoría”.

aprecie mal la importancia de tal o cual producción para la liberación de las mujeres. Aquí también la Federación de Mujeres tiene un gran papel que desempeñar, papel de unión con las masas de mujeres, de encuesta acerca de sus necesidades, motor de nuevas iniciativas. Los “límites actuales de las condiciones materiales” de que trata el citado artículo deberán ser apartados. Y para eso, es esencial la movilización política e ideológica.

LA FORMACIÓN DE CUADROS FEMENINOS

Este dominio es especialmente interesante ya que permite ver, con toda evidencia, hasta qué punto ambas concepciones, supuestamente opuestas: “hombres y mujeres son perfectamente iguales” y “las mujeres son seres inferiores”, se reúnen y comunican en la armonía más completa.

El mismo artículo de *Hongqi* del que hablábamos más arriba, y que justamente se titula “Preocupémonos por la formación de cuadros femeninos”, dice muy claramente: “En la hora actual en China el número de cuadros femeninos no corresponde a las necesidades de la edificación de nuestro país. Hay una distancia muy considerable entre su número actual y lo que se necesitaría dentro del partido; y sobre todo dentro de los equipos dirigentes, el número de cuadros mujeres es muy pequeño. Ese estado de cosas hace más lento el ritmo del movimiento para la liberación de las mujeres. *Es necesario comprender la importancia de esta cuestión y tomar medidas al respecto para terminar con esta situación.*”⁶

⁶ En lo que concierne a la proporción de mujeres en los organismos de dirección, o en otros dominios como la enseñanza superior, he podido notar un claro progreso con relación a mi viaje precedente.

En efecto, en 1971 se nos había explicado que el objetivo

¿Cómo se podrían tomar medidas especiales para favorecer la formación de cuadros femeninos si uno se contenta con machacar en todos los tonos que las mujeres han llegado ya a ser iguales a los hombres? Asimismo, descuidando tomar las medidas que se imponen, se intenta Justificar a posteriori el número relativamente pequeño de cuadros femeninos; se continuará, pues, diciendo aquí y allá que es porque las mujeres son atrasadas naturalmente.

COMPROBAR O REFORMAR

Uno se limita entonces a “lamentar” que su nivel cultural y político sea todavía demasiado bajo, que no tengan tiempo a causa de sus ocupaciones domésticas, en suma, que hoy en día no se les podrían confiar responsabilidades, más tarde ya se verá... Entre otras cosas, el *Hongqi* replica: “Algunos camaradas estiman que ellas tienen un nivel de formación muy bajo, poca aptitud...

fijado en esa época por el partido era el de alcanzar el 30% de mujeres en los diferentes puestos de dirección. Hoy en día son numerosas las personas que dicen que eso no es más que una etapa, un escalón que habrá que superar rápidamente.

En la Universidad Singua, en donde recientemente fuimos recibidos, el Comité Revolucionario nos dio las siguientes cifras referentes a la proporción de mujeres entre los estudiantes:

1971: 27%

1972: 30%

1973: 34%

El presidente del Comité Revolucionario agregó: “He ahí progresos estimulantes, pero esas cifras no nos 'complacen'. Necesitamos alcanzar rápidamente el 50%, es decir, realmente, la mitad del cielo,”

Este ejemplo me parece particularmente interesante, sobre todo si se considera que Singua es una universidad científica y técnica, es decir un dominio tradicionalmente masculino.

Estiman que están enteramente absorbidas por las tareas domésticas; por lo tanto llegan a la conclusión de que es difícil seleccionar cuadros entre las mujeres. Esta manera de ver las cosas es también una causa que ha disminuido el ritmo del movimiento... Estimar que las mujeres tienen menos aptitud es superficial y no conforme con la realidad... Si entre las camaradas hay todavía mujeres poco aptas y de nivel cultural bajo, *es necesario buscar sus razones en las condiciones de clase y en la historia social*. Si se llega a comprender eso, se deben hacer *todavía más esfuerzos* para ayudarlas a formarse, a elevar su nivel, y no hay que subestimarlas en lo absoluto.”

Decir de las mujeres que “están todavía demasiado absorbidas”, he ahí en efecto una afirmación objetiva, aparentemente neutra, pero sacar de ahí la conclusión de “que no se les pueden confiar tareas de responsabilidad”, he ahí una actitud reaccionaria que el partido y los comités de las mujeres critican con vehemencia. Es necesario preocuparse más que los problemas concretos, particulares, de las mujeres: desde el editorial del 8 de marzo de 1973, es lo que aparece en toda la propaganda sobre este asunto. Ciertamente existen todavía hoy contradicciones entre el trabajo doméstico que realizan las mujeres y las tareas políticas, ideológicas, culturales, que deben asumir. Negarlo, ya lo hemos visto, no ayuda en modo alguno a las mujeres, pero contentarse con comprobarlo, tampoco nos adelanta mucho.

Para avanzar, hay que aplicar enérgicamente una serie de reformas que ya se han probado en muchos lugares de vanguardia⁷. Es por lo que se reafirma la política a seguir:

⁷ Es por esta razón por la que al lado de artículos críticos, como el de *Hongqi*, se encuentran en la prensa numerosos reportes y balances que describen los enormes progresos realizados en las comunas populares, los barrios, las fábricas, en donde estas cuestiones se toman en serio, en donde las mujeres desempeñan

“Es necesario, pues, una justa solución a la contradicción entre el trabajo revolucionario y el trabajo doméstico. Hay que elogiar que los maridos y las mujeres compartan el trabajo doméstico. Al mismo tiempo hay que ayudar a las mujeres a resolver sus problemas particulares, encomiar el matrimonio tardío y la planificación familiar, administrar bien los establecimientos de bienestar social⁸ para proteger a las mujeres, las madres y los hijos, asegurar un buen funcionamiento de las guarderías⁹. *No es sino adoptando una*

plenamente su papel de mitad del cielo.

⁸ Se llaman establecimientos de bienestar social a los talleres de servicios domésticos (lavanderías, talleres de coso tura y remiendo, de limpieza, etc...), los refectorios, los servicios de sanidad, las guarderías y jardines de niños dependientes de las diferentes unidades de base.

⁹ Se puede suponer aquí que la autora de estos artículos hace alusión a ciertas dificultades que han entorpecido la buena marcha de este sector. En efecto, desde 1966, y según sabemos, aún hoy, la Escuela Normal de Pekín para la formación de educadores para jardines de niños, está cerrada. Desde hace 8 años no ha habido, por lo tanto, nuevos diplomados. “Eso en sí, nos han dicho en el Jardín de Niños núm. 5 de Pekín, es una manifestación de la interferencia de la línea de derecha”, que planteó, y sin duda sigue planteando todavía, serios problemas. Por un lado, es necesario continuar ampliando cada vez más la red de guarderías y maternales, y por el otro, se cierra la fuente de arriba de nuevos diplomados. Por otra parte, existen reglamentos que prevén un cierto porcentaje de diplomados en el conjunto del personal de guarderías. Respetar ese reglamento equivale muchas veces a rehusarse a tomar nuevos niños. Otro tanto, no se oculta, influye el que haya habido un cierto aumento de nacimientos en el trascurso de la Revolución Cultural, niños hoy en día en edad de ir a maternal. Por eso es frente a esta situación algunas guarderías y, sin duda alguna, sobre todo las guarderías administradas directamente por las fábricas o los comités de barrio, hacen caso omiso de esos reglamentos y reclutan empleados directamente, ya sea entre los obreros de la fábrica, ya entre las amas de casa del barrio. En cambio, nos ha

actitud justa y tomando medidas concretas como fácilmente se pueden superar las dificultades en lo que concierne a las mujeres.”

No es sino aplicando firme y sistemáticamente esas reformas, como se podrá resolver la contradicción. Al mismo tiempo, hoy en día en China, reformar o no aparece como el único criterio objetivo que permite juzgar, más allá de toda manifestación formal sobre la “causa de las mujeres”, si se sigue o no una línea revolucionaria.

La formación de cuadros femeninos seguirá siendo todavía por mucho tiempo un terreno privilegiado de la lucha entre la revolución y la contrarrevolución. Mujeres en los puestos de dirección, he ahí lo que choca diametralmente con la vieja moral reaccionaria. “Si ellas triunfan en esas tareas, ¿para qué servirán entonces los hombres?” escribe una obrera al referir la inquietud de ciertos maridos.

Poco convencidos en el fondo, algunos se consideran muy satisfechos (y creen haber realizado una hazaña digna de elogios) tan pronto como su equipo de dirección se aumenta con algunas mujeres.

El citado artículo de *Hongqi* redarguye:

La promoción de cuadros mujeres en los equipos dirigentes significa el comienzo y no el fin del proceso de su formación. Para que puedan ellas continuar dando prueba de dinamismo y de entusiasmo es necesario todavía llevar a cabo un trabajo minucioso. Es relativamente fácil para una organización del partido hacer subir a algunas mujeres a cuadros; pero hacerlas madurar políticamente, eso es harina de otro costal. Por eso es

parecido que las guarderías que dependen de diferentes administraciones, de organismos de enseñanza superior, incluso del Estado mismo, sufren todavía sensiblemente esa situación (por ejemplo en la guardería de la fábrica textil núm. 3 de Pekín, hay dos diplomados por 40 empleados; en Chau Yan igualmente, dos diplomados por una veintena de empleados).

que los equipos dirigentes en los diversos niveles deben concentrar sus esfuerzos en la educación política e ideológica de las mujeres, animarlas a progresar, a superar sus puntos débiles para que tengan la audacia de asumir responsabilidades de cuadros mujeres es dejarlas avezarse en los tres grandes movimientos revolucionarios para elevar así su nivel de conciencia y de competencia [...]. Los comités del partido en los diferentes niveles deben tener como tarea crear las condiciones para un desarrollo rápido y bueno de las mujeres, para que tengan más oportunidades de aguerrirse. Las mujeres cuadros, cuando asumen responsabilidades, deben tener ocasión de valorarse y gozar de confianza y apoyo, y sobre todo de ayuda en los momentos difíciles. Es una tarea para todo el partido y no solamente para algunos departamentos especializados, [...]. Los comités del partido en los diferentes niveles deben comprender esta cuestión en el marco de la lucha entre las dos líneas y de la consolidación de la dictadura del proletariado [...]. Sin detener el trabajo profesional es necesario organizar para las mujeres períodos de estudio, crear para ellas escuelas de cuadros del 7 de mayo, es necesario elaborar planes para su educación. Las mujeres cuadros deben tener una comprensión lo suficientemente clara de su gloriosa tarea en la edificación socialista y en la revolución, deben ampliar su horizonte y tener la audacia de lanzarse a la práctica, estudiar asiduamente a fin de desarrollarse con rapidez. Seguramente veremos a las mujeres aportar una inmensa contribución a la edificación y a la revolución socialista.

Un poco por todas partes, unidades de base han escrito a los diarios nacionales para referir los resultados que han obtenido ellas aplicando esta política y rectificando su estilo de trabajo. Una comuna popular del Kiangsu¹⁰ relata que doce de sus equipos de trabajo estaban compuestos principalmente por mujeres. Antes todos los jefes de esos equipos eran hombres, lo que había creado una mala situación. Los hombres

¹⁰ Reporte de una brigada de producción del Kiangsu, en el *Hongqi* de marzo de 1973.

ignoraban los problemas de las mujeres o bien no se preocupaban por ellos lo suficiente. Por otra parte, a causa de las tradiciones ancestrales acerca del lugar de la mujer en la sociedad, éstas no se atrevían a expresar sus puntos de vista, sus divergencias y dificultades. En el transcurso del movimiento de crítica de Lin Piao y de rectificación del estilo de trabajo, “la brigada estudió concienzudamente ese problema”. Fueron elegidos de nuevo jefes de equipo y todos son mujeres. Los resultados no se han hecho esperar: la unidad entre dirigentes y dirigidos se ha estrechado, los problemas concretos han podido ser estudiados y resueltos a tiempo a medida que han aparecido, el estudio político ha hecho grandes progresos en el seno de esos equipos. El trabajo productivo se ha desarrollado notablemente. De tímidas al principio, las mujeres se han templado en sus nuevas responsabilidades. Su prestigio ha resaltado sobre el conjunto de mujeres que se han encontrado revalorizadas. La lección es clara: aquellos que creen que la naturaleza o el destino han hecho a las mujeres para obedecer dócilmente y para ocuparse de tareas subalternas, consciente o inconscientemente toman el camino de la contrarrevolución.

LA FEDERACIÓN DE MUJERES SE RECONSTITUYE

Es pues en el contexto político de esta campaña orientada a recentrar la cuestión femenina en donde las chinas han empezado el movimiento de crítica contra Confucio y Lin Piao. Pero otro factor que les es muy favorable en la lucha en curso, es la reconstitución de la Federación de Mujeres. Desde junio de 1973, se han celebrado en todas las regiones de China congresos de la Federación de Mujeres; un poco por todas partes se habían vuelto a crear antes nuevos comités de base de la

Federación de Mujeres, que desplegaron inmediatamente una gran actividad.

Desde 1966, las mujeres en su gran mayoría no se habían organizado como tales. Una “tan larga ausencia” de la federación es quizá de tomarse en cuenta en esas corrientes “igualitaristas” de que hemos hablado. En todo caso ha debido ser más negativa para las mujeres que para las otras partes de las masas que también han permanecido sin sus organizaciones tradicionales durante algunos años. En efecto, si la Liga de la Juventud, o los sindicatos, han sido provisionalmente suspendidos como fue el caso de la Federación de Mujeres, los jóvenes y los obreros han tenido desde el principio de la gran Revolución Cultural proletaria sus propias organizaciones revolucionarias, necesarias en esta fase de la lucha, y en donde podían plantear y debatir sus problemas, como por ejemplo las organizaciones de guardias rojos, o de los rebeldes revolucionarios en las fábricas, más tarde los congresos de fábricas. En cuanto a las mujeres, no tuvieron —en general— lugar político propio en el que pudieran elaborar una crítica colectiva de lo que todavía las oprimía.

Puesto que padecen una opresión específica, las mujeres tienen necesidad de organizaciones específicas, tanto para ayudarlas a participar plenamente en el movimiento de conjunto de la revolución, como para ayudar a la revolución a comprender la importancia del movimiento de la mitad de la población¹¹.

¹¹ Sacando el balance de sus experiencias en ese terreno, de sus dificultades y de sus éxitos, el responsable de la comuna popular chino-cubana, cerca de Pekín, que nos recibió, dijo en conclusión: “Las tareas principales del comité de mujeres son: 1) el trabajo ideológico entre las mujeres, 2) el comité de mujeres puede tomar la palabra por las mujeres, para defenderlas dentro

LAS MUJERES, UNA FUERZA MOTRIZ EN EL MOVIMIENTO DE CRÍTICA DE CONFUCIO Y DE LIN PIAO

Desde el principio de la campaña de crítica que en estos últimos tiempos ha tomado amplitud nacional, se citan los cuatro desprecios reaccionarios de la ideología confuciana: el desprecio por el trabajo manual, el desprecio por las mujeres, el desprecio por los jóvenes y el desprecio por los gobernados.

Sin adelantarse imprudentemente, se puede apostar que la cuestión femenina estará con ese movimiento, todavía más que con la Revolución Cultural, en vista de la lucha de clases.

Las mujeres no se han equivocado al respecto, y escriben en el *Renmin Ribao*¹²: “Somos nosotras, las mujeres trabajadoras, quienes hemos sufrido más por el confucianismo, por eso es que tenemos los mayores derechos a tomar la palabra en la crítica a Confucio.”

Los comités de la Federación de Mujeres han partido a la guerra contra Confucio. Se organizan períodos de estudio. Las mujeres chinas se han propuesto arreglarle las cuentas a una ideología más de dos veces milenaria,

de la familia o fuera de ella, 3) el comité de mujeres se ocupa del trabajo de las mujeres. Por ejemplo, las mujeres no pueden hacer exactamente los mismos trabajos que los hombres cuando tienen su regla. Ahora bien, en ese terreno, las ideas feudales subsisten y hacen que las mujeres no quieran decir cuándo la tienen; pero el comité de mujeres, que las conoce bien y está al corriente de sus fechas, puede decidir por ellas. El comité de mujeres interviene igualmente si el principio 'a trabajo igual, salario igual' no se aplica bien, lo que sucede. Si *no hay comité de mujeres, no puede garantizarse el derecho igual de las mujeres.*”

¹² Renmin Ribao del 22 de febrero de 1974 (artículo de Yang Polan y Shen Pei-shen).

de tal manera extendida y enraizada que casi se la habría podido creer “sabiduría popular”. Si tiene una historia tan larga, es porque las bases materiales de la antigua China eran adecuadas para esa ideología. Evidentemente, las cosas han cambiado *fundamentalmente* hoy en día. Pero esa concepción subsiste, no solamente porque ha marcado profundamente la cultura, la manera de pensar, incluyendo la del pueblo, sino también porque existen todavía secuelas materiales de la antigua sociedad que constituyen un vehículo¹³. Profundizar en esta crítica necesariamente conducirá a *reformular las relaciones sociales arcaicas que subsisten*. Y para esta ofensiva se debe, apoyándose firmemente en las *relaciones revolucionarias de producción que existen ya*, movilizar a la opinión pública, a las grandes masas de mujeres y hombres, criticar los viejos hábitos, poner por delante las nuevas costumbres socialistas. Es necesario permitir a las mujeres “liberar sus espíritus” y, por ondas sucesivas, abatir el eterno femenino.

Las mujeres de la federación de la calle Yuen Pin, en el Fukien, escriben:

En el transcurso de la movilización de las mujeres del barrio para criticar a Confucio, se han afinado las “cinco destrucciones y las cinco construcciones”, teniendo en cuenta fenómenos de la lucha de clases que se manifiestan actualmente en el sector ideológico.

- 1) Destruir las supersticiones feudales¹⁴; edificar la concepción según la cual es el trabajo el que crea el mundo.
- 2) Liquidar el antiguo sistema matrimonial según el cual los

¹³ No quiero tomar como ejemplo de ello más que la supervivencia de las tareas domésticas con sus corolarios, mencionadas más arriba.

¹⁴ Está claro para el conjunto de estos cinco puntos que se trata de continuar la destrucción, de destruir radicalmente. La Revolución china no ha esperado a hoy para emprender la eliminación de esas concepciones reaccionarias.

padres deciden arbitrariamente (o hacen “presiones”) el matrimonio de sus hijos, y consideran el matrimonio como un mercado; reforzar la libertad del matrimonio, que se hace de una manera nueva.

3) Eliminar la ideología según la cual los hombres son nobles y las mujeres humildes, eliminar el poder marital. Se le reemplaza por el concepto de igualdad de derechos entre ambos sexos; practicar el principio “a trabajo igual, salario igual”; practicar el control de los nacimientos.

4) Eliminar la teoría según la cual las mujeres son retrógradas; oponer la concepción según la cual las mujeres son “la mitad del cielo”.

5) Eliminar las teorías: “hacer estudios para convertirse en alguien” e “ir al campo para hacerse ver”; oponer la concepción: “estudiar para servir al pueblo” y “valorizar el trabajo agrícola”.

Para llevar a cabo esas “cinco destrucciones y cinco construcciones”, las mujeres de la calle Yuen Pin han organizado su campaña. Dan ciertas indicaciones de la amplitud de su movilización durante algunas semanas: períodos de estudios, mítines de crítica, reuniones y debates, redacción de pequeños periódicos, artículos en la prensa, dazibaos. En total, 1 200 mujeres de la calle Yuen Pin han participado activamente en esta movilización. Los cursos vespertinos de política han sido reforzados, el número de mujeres que participan en ellos se ha duplicado. Algunas que, por complejo de inferioridad, no se atrevían hasta entonces a tomar la palabra, ahora intervienen.

En otros artículos de la prensa se ha podido comprobar que la ofensiva contra el chauvinismo masculino se llevaba por tres lados a la vez.

Se propagan las hazañas reales femeninas, mostrando que los tiempos han cambiado, publicando por ejemplo lo que las mujeres de tal o cual lugar han creado para la colectividad, por ejemplo en Yuen Pin:

Al llamado de la directiva del 7 de mayo las mujeres del barrio emprendieron el desmonte de nuevos campos. Ellas lo arreglaron. Durante tres años consecutivos han obtenido un rendimiento en los cereales de 75 quintales por hectárea. Contando con sus propias fuerzas, han construido pequeñas fábricas elevando así considerablemente la producción industrial. El barrio lo han transformado, de barrio “de consumo” en barrio “de producción”. Estos hechos indiscutibles constituyen un rechazo implacable a la doctrina de desprecio por las mujeres, de Confucio, Liu Shao-chi, Lin Piao y otros.

Con frecuencia las mujeres invocarán en su favor unidades femeninas de vanguardia en el plan nacional. Los artículos de la prensa central que glorifican sus proezas, serán comentados, estudiados, publicados localmente.

Simultáneamente, se denuncian las doctrinas confucianas tales como “las mujeres están hechas para obedecer”, “las mujeres son difíciles de manejar”, “es necesario fijar reglas de conducta para las mujeres y los hijos, si no, se apartarán del buen camino”, “como la gallina al gallo, la mujer pertenece a su marido”, “mientras más hijos, mayor felicidad”, etc....

El editorial del *Renmin Ribao* del 8 de marzo de 1974, precisa a este respecto: “La teoría de la superioridad del hombre sobre la mujer y la de la esclavitud y dependencia de la mujer, deben condenarse sin piedad, y se debe liquidar su siniestra influencia. No solamente las mujeres, *sino también los hombres* deben criticar esas teorías.”

La mayor parte del tiempo, esas críticas se hacen a partir de ejemplos concretos, individuales o no, conocidos por todos localmente. Por ejemplo: “Sie Sieu Yin tiene cuatro hijas; para tener un hijo que continuara el nombre de la familia, se rehusó a practicar la contracepción.” Otra rehusó convertirse en cuadro

temiendo no estar a la altura; otra más no se atrevía a dejar su casa creyendo que su destino era estar ahí. Los ejemplos de ese género, vestigios del confucianismo, no faltan. Esos casos se estudian colectivamente por la federación local de mujeres. Colectivamente se ayuda a su solución. Cada éxito es popularizado y sirve para animar a los demás.

En fin, se elaboran medidas concretas a más largo plazo, principalmente la creación de nuevos pequeños talleres. En un viejo barrio de Pekín visitado últimamente, quedaban todavía amas de casa “en la casa”. Esencialmente eran mujeres de bastante edad, jubiladas, o mujeres de poca salud, incluso lisiadas, de modo que su participación en el trabajo de las pequeñas fábricas vecinas era prácticamente imposible. Estudiando ese problema, el comité de habitantes creó un pequeño taller de pequeñas manufacturas de elementos de decoraciones teatrales (flores de papel, guirnaldas, etc...), taller del 7 de mayo¹⁵. Situado en el

¹⁵ A diferencia de las pequeñas fábricas de calle, los talleres del “7 de mayo”, creados a partir de la directiva del presidente Mao del mismo nombre, parecen tener como principal tarea organizar el trabajo productivo colectivo de las personas demasiado viejas o de salud demasiado precaria para soportar un horario y un trabajo de fábrica. Por eso es que esos talleres generalmente no tienen una división interna del trabajo demasiado compleja, a fin de que las ausencias de unas y otras no entorpezcan el trabajo. Con frecuencia se fabrican ahí ciertas piezas secundarias para una pequeña fábrica de calle o una fábrica de Estado. No solamente la producción responde a necesidades reales de la sociedad, sino que su forma colectiva enseguida permite a las mujeres que trabajan en ella, y esto es quizá lo más importante, tomar en sus manos la administración de su taller, organizar dentro de él el estudio político y cultural, y participar ellas también en la edificación socialista (Véase a este respecto, en *Pékin Information* núm. 12 de 1973 el artículo sobre las mujeres, que aborda esta cuestión).

corazón mismo de las pequeñas callejuelas, el taller permitió a las mujeres reunirse ahí según sus posibilidades, quien solamente en las tardes, quien dos horas al día, en la medida de sus fuerzas. Organizan ellas mismas su producción y reciben un salario. Este trabajo no solamente es útil y responde a las necesidades del Estado, sino que además les permite reunirse, romper el aislamiento que, sin esta adecuada medida, sería su destino.

Igualmente, se ve con frecuencia aparecer últimamente la crítica de las tres obediencias y de las cuatro virtudes. Pregonadas por Confucio y Mencio, las tres obediencias significan que la mujer debe obedecer a su padre y a sus hermanos mayores durante su juventud, a su marido durante su matrimonio, y a sus hijos en su viudez. En cuanto a las cuatro virtudes, fijan el comportamiento que las mujeres deben observar en su conducta, sus propósitos, su arreglo y sus tareas domésticas. Más precisamente: la mujer debe moderarse en toda circunstancia observar los ritos tanto en sus palabras como en su conducta. Su conversación, para no irritar a los hombres, debe ser “reservada”, y, para no decir más, “reducida”. Si ríe, deberá taparse la boca con la mano, pues mostrar los dientes y la lengua es impúdico. La elección de su arreglo la dicta el imperativo de complacer a los hombres; en fin, debe realizar con agrado sus tareas domésticas.

¡Al diablo todas esas insensateces retrógradas! se oye decir y se lee casi por todas partes.

Por supuesto, hoy en día en China¹⁶ no se encontrará ya mucha gente que defienda abiertamente y al pie de la

¹⁶ En el continente, claro está, pues por lo que se refiere a la parte de China todavía no liberada Taiwán bajo el dominio de Chiang Kai-shek, continúa la doctrina de Confucio en 1974, siendo el credo infalible e impuesto al pueblo en todo su rigor.

letra esas reglas feudales.

Pero como decía al principio de este texto esas teorías continúan influenciando a la gente cada instante. La doctrina de Confucio, eminentemente antipopular, casi se podría decir que racista respecto al pueblo y a las mujeres en particular, pesa desde hace 25 siglos sobre las masas y todavía marca la ideología de las masas chinas. Esto, por otra parte, explica por qué la burguesía *todavía hoy en día* está obligada a apoyarse en el confucianismo para sus proyectos contrarrevolucionarios. Esto explica también que el movimiento actual es de una importancia crucial para el porvenir de la Revolución china. Desacreditar radicalmente el confucianismo entre las grandes masas, es asestar un golpe muy severo a la reacción. Y como no se trata de un asunto insignificante, será un movimiento de larga duración. Desde hace 50 años el Partido Comunista Chino existe y, en el fondo, el combate contra el confucianismo jamás ha cesado. Pero esta vez el asalto es sistemático.

Las mujeres están en el corazón de esta lucha. Rechazando la docilidad ancestral, lo que se quebranta son todas las relaciones de jerarquía paternalista heredadas del feudalismo, Entre las que luchan contra el “poder absoluto” del marido, y las que combaten la dignidad de los maestros en las escuelas, las que rechazan el dios de los estímulos materiales, la solidaridad se produce rápidamente. Los temas ideológicos más importantes de la lucha tienen un efecto muy profundo para las mujeres. Por ejemplo, la crítica radical de la teoría del genio. Además en China, como en Europa, se sabe bien que el “genio” es el destino privilegiado de ciertos hombres; destino desconocido por las mujeres, la idea misma de genio, es decir de predisposición natural, innata, para realizar ciertas tareas en lugar de otras, es la base de *todos los sistemas teóricos* sobre la desigualdad entre los sexos. Se entiende que al

denunciar el genio, las mujeres tengan algo que decir y que ganar. Saben de lo que hablan. Vayamos más lejos: es innegable que la crítica contra el desprecio por el trabajo manual, por los gobernados, resulte victoriosa si las masas de mujeres que, desde la más lejana antigüedad se encontraban por principio del lado del trabajo manual, no hacen que se fusione su experiencia con la revolución en curso.

El “pi Lin pi Kong”, es además un método por medio del cual el pueblo aprende a no detenerse en lo que es superficial, sino al contrario, a analizar la esencia de los fenómenos. “Está prohibido despreciar a las mujeres”, dice el número de diciembre de 1973 del *Hongqi*: “entre los oprimidos, eran las mujeres quienes lo estaban más su estatuto político y económico era el más bajo. Pero también eran ellas quienes formaban las reivindicaciones más urgentes y alimentaban *el mayor entusiasmo por el socialismo.*” No ver que su aparente inferioridad, no solamente no está de acuerdo con la realidad, es además privar a la revolución de ese *mayor entusiasmo.*

En el editorial del *Renmin Ribao* del 8 de marzo de 1974, justamente se alzan contra los que creen que las mujeres no podrán, en razón de su nivel cultural más bajo, desempeñar un gran papel en el “pi Lin pi Kong”. Es que, en realidad, esas mismas personas quisieran que el movimiento de crítica fuera una simple discusión académica entre gentes del mundo acerca de algunos detalles arqueológicos.

El desarrollo de la lucha mostrará que, lejos de ser atrasadas, las mujeres son uno de los motores esenciales del “pi Lin pi Kong”.

Una vez más la Revolución china nos recuerda que no hay que olvidar la lucha de clases. Negar la persistencia de la desigualdad de las mujeres, acantonarse en una palabrería jurídica, en una palabra, hablar a la ligera de victoria definitiva de la liberación de las mujeres, es

oponerse al movimiento de la historia, es entorpecer la lucha de las mujeres por su emancipación, es oponerse expresamente a Mao Tse-tung, quien no ha cesado de reafirmar que la emancipación de las mujeres necesitaría de un combate de larga duración y de todos los instantes: “no es sino en el trascurso del período de transformación socialista de la sociedad en el que las mujeres podrán liberarse progresivamente”. En tanto que este período no esté acabado, la liberación de las mujeres no será completa y, para decirlo de una vez, será además susceptible de un regreso a la opresión anterior.

Las mujeres chinas han *transformado fundamentalmente* su estatuto hoy en día. He ahí un punto capital, la base a partir de la cual se lanzan todas las luchas actuales. Negar esta transformación, subestimarla, mantener a ese respecto una visión superficial de las cosas, aislar de su contexto algunos hechos aquí o allá, rehusar ver la *tendencia* de la revolución, su *orientación*, eso es, quiérase o no, adoptar un punto de vista estático y metafísico. Eso forma parte de la misma corriente que, en China, tiende a negar las “novedades socialistas”, las adquisiciones de la Revolución Cultural. Se asiste a una operación en dos tiempos. Primeramente, algunos desarrollan todos sus esfuerzos para obstaculizar o desfigurar las transformaciones puestas por delante por la Revolución Cultural, como por ejemplo la reforma de la enseñanza; luego, ante las dificultades momentáneas que se han suscitado, claman con dudosa inocencia: “La Revolución Cultural no ha servido de nada, no ha cambiado nada; ¡qué desorden, qué embrollo!” Lo mismo pasa respecto a las mujeres. Oponiéndose a la revolución, se oponen a las iniciativas de las mujeres, contrarrestan y sabotean las medidas en su favor. Después proclaman: “las mujeres no se interesan más que en su pequeña familia. Esa es su naturaleza, no se puede hacer nada al respecto”. Contra ellos, contra todos los reaccionarios y sus sueños de pasado, contra el eterno femenino, se

levantan una vez más las mujeres chinas, y, estemos firmemente convencidos, ¡no por última vez!

ANEXO

ALGUNAS CIFRAS CONCERNIENTES A LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LOS ORGANISMOS DE DIRECCIÓN

En general, la política del partido es obtener como mínimo el 30% de mujeres en los organismos de dirección; así pues, se nos ha dicho que el 30% de los cuadros de las minorías nacionales eran mujeres. Para esto se preferirá, a calidad política igual, una mujer a un hombre, para una función de dirección, dondequiera que esto se presente.

1. FÁBRICA DE CHAU YAN

360 personas de las cuales 288 son mujeres, o sea el 80%, 72 hombres, o sea el 20%.

Célula del partido: 9 miembros, de los cuales 8 son mujeres (un poco menos del 90%), 1 hombre (un poco más del 10%).

Comité revolucionario: 8 miembros, de los cuales 6 son mujeres, o sea el 75%, 2 hombres, o sea el 25%.

Equipos: 5 equipos de cuatro miembros, es decir 20 personas, 16 mujeres, o sea el 80%, 4 hombres, o sea el 20%.

Como para el hospital ginecológico de Pekín, es interesante reportar el número de mujeres y de hombres que tienen responsabilidades de dirección, del número total de mujeres y de hombres en la fábrica:

Están en la célula del partido	de 288 mujeres	8 (el 2,7%)
	de 72 hombres	1 (el 1,4%)
Están en el comité revolucionario	de 288 mujeres	6 (el 2,1%)
	de 72 hombres	2 (el 2,9%)
Están en los equipos	de 288 mujeres	16 (el 5,5%)
	de 72 hombres	4 (el 5,5%)

2. HOSPITAL GINECOLÓGICO DE PEKÍN

442 trabajadores, 22 hombres y 420 mujeres (el 95% del total).

Célula del partido: 9 miembros, de los cuales 5 son mujeres, o sea el 55% de mujeres.

Comité revolucionario: compuesto de 24 miembros, 10 mujeres y 14 hombres, el 60% de hombres y el 40% de mujeres.

Equipos: 12 equipos de 8 miembros cada uno, o sea 96 miembros, 77 mujeres y 19 hombres, o sea el 20% de hombres y el 80% de mujeres.

Como hay muchas más mujeres que hombres, la proporción de hombres y de mujeres con relación al total de las personas que tienen responsabilidades de dirección en cada uno de esos niveles (célula, comité revolucionario y equipos) no es significativa; es necesario reportar el número de mujeres y de hombres que tienen responsabilidades de dirección en cada uno de esos niveles, del número total de mujeres y de hombres en el hospital: Están en la célula del partido de 420 mujeres 5 o sea el 1.2%

Están en la célula del partido	de 420 mujeres	5 (el 1,2%)
	de 22 hombres	4 (el 19%)
Están en el comité revolucionario	de 420 mujeres	10 (el 2,4%)
	de 22 hombres	14 (el 64%)
Están en los equipos	de 420 mujeres	77 (el 18%)
	de 22 hombres	19 (el 86%)

Como las personas que tienen responsabilidades en el partido, las tienen también en el comité revolucionario y en los equipos, igual que los que las tienen en el comité revolucionario las tienen en los equipos, global mente hay 19 hombres y 77 mujeres que tienen responsabilidades de dirección, o sea el 86% y el 19% respectivamente.

Se puede observar (lo que será válido igualmente en lo que sigue para los otros ejemplos) que las mujeres se vuelven menos numerosas a medida que se sube en los niveles de

dirección, pero que la separación entre el grado de participación de las mujeres y de los hombres es menor en el partido que al nivel del comité revolucionario.

En el caso del hospital de ginecología de Pekín, se puede pensar que el alto porcentaje de participación de los hombres, dado su reducido número, se explica por una política de envío de cuadros masculinos del partido al hospital.

3. COMUNA POPULAR DE SHAWAN (CERCA DE HANG CHEU)

22926 habitantes, de los cuales 11 296 son mujeres. 12252 fuerzas de trabajo, de las cuales 5820 son mujeres, o sea el 47.5%, 6432 hombres, o sea el 52.5%.

Comité del partido: 110 miembros, de los cuales 49 son mujeres, o sea el 45%, 61 hombres, o sea el 55%.

– De 300 personas elegidas por un año “elementos avanzados de las masas” hubo este año 287 mujeres.

– De 422 miembros de la “liga de la juventud” hay 280 muchachas, o sea el 66%.

– Finalmente, 5 500 mujeres están organizadas en los “comités de mujeres” de Shawan.

Comité revolucionario: de más de 260 miembros, hay 44 mujeres, o sea el 16.6% de los miembros. La oficina permanente del comité revolucionario cuenta con 5 miembros de los cuales 2 son mujeres, una de ellas vicepresidente.

4. COMUNA POPULAR CHINOALBANESA

10 400 fuerzas de trabajo, de las cuales 5 300 son mujeres, o sea el 51%, 5100 son hombres, o sea el 49%.

Partido: 35% de mujeres, 65% de hombres.

Comité revolucionario: 25% de mujeres, 75% de hombres.

Responsables de los equipos: 50% de mujeres, 50% de hombres.

5. PALACIO DE LOS NIÑOS DE SHANGHAI

200 miembros permanentes, de los cuales 100 son muchachos y 100 muchachas.

Comité revolucionario: 45% de muchachas y 55% de muchachos.

Brigadas: 4, de 5 miembros cada una, o sea 20 miembros, 50% de muchachas y 50% de muchachos.

Liga de soldados rojos: 65% de muchachas y 35% de muchachos.

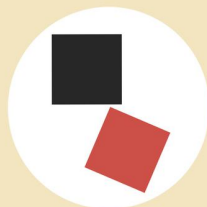
«Las mujeres llevan sobre sus espaldas la mitad del cielo y deben conquistarla.» Mao Tse-Tung

No está claro que esta frase la pronunciara Mao Tse-Tung, pero la veracidad de su contenido es un hecho que no se nos escapa a ninguna.

Lo que se relata en este libro es una demostración de cómo la mujer proletaria, organizada colectivamente, puede conquistar el cielo, ese con el que tan valientemente, como decía Marx, nos enseñaron los comuneros que debíamos tomar por asalto. Claudie Broyelle era una mujer militante, que junto con sus compañeras viajó a China en 1971 para aprender de la experiencia revolucionaria. Lo que allí aprendió lo recogió en el libro que presentamos y que organiza entorno a las cinco particulares formas en las que la mujer es oprimida bajo el capitalismo; trabajo social, trabajo doméstico, los hijos [la maternidad] y la sexualidad.

La riqueza de la experiencia china, que por lo demás debe localizarse temporalmente durante la Revolución Cultural, está, para nosotras, fuera de toda duda. Fue allí, entonces, cuando más profundamente se avanzó en la transformación de las relaciones sociales, la colectivización de la producción y de la reproducción social alcanzó cotas cuantitativas y cualitativas sin precedentes. Es aquí, en la colectivización de las relaciones, donde residía la fuerza de la transformación social. Es en sus compañeras, como se relata en estas hojas, donde la proletaria encontraba la fuerza para enfrentarse a su patrón y a su marido. Broyelle admite que lo escrito es su particular punto de vista, nosotras añadimos que la experiencia aquí recogida es de todas las proletarias del mundo.

Esperamos que su publicación ayude a recoger la bandera roja que en su día alzaron las mujeres chinas contra la opresión.



EDICIONES
DOS CUADRADOS